

¡Mariolatría!

El enigma de la Virgen



Martín Careaga M.



Explicación de la figura.

Esta figura de la Virgen (madera pintada, Francia, siglo XV), contiene un terrible secreto herético que delata la verdadera posición de la María católica romana dentro de su "Iglesia". Ya que una vez quitada la aldaba que nos señala la flecha, la figura se abre -ver portada- para mostrarnos de una manera por demás evidente el misterio blasfemo que encierra el ídolo. Y es que María, considerada en un principio únicamente como la madre de Jesús, ha experimentado a través de los siglos -gracias a los clérigos católicos romanos- un largo *proceso de deificación progresivo* que la ha llevado incluso al extremo de... ¡tragarse a toda la Trinidad! Como podemos constatarlo aquí con esta figura de la Virgen, cuyo contenido nos muestra a un señor con barba que representa a Dios Padre; en la cruz está Jesús crucificado; y, en la punta de la cruz, una paloma que no se alcanza a percibir y que representa al Espíritu Santo. En ambos lados, en las dos alas de la figura, se encuentran representados también -en actitud de adoración- reyes y reinas, un Papa con su tiara (izq.), y un obispo con su mitra (der.).

La labor de investigación contenida en este libro, acerca del vasto tema de la Virgen católica romana, que para su mejor comprensión se presenta con innumerables fotografías, ayudará al lector a descifrar el gran enigma que hoy en día representa el culto idolátrico de la "Gran Diosa". Ya que en esta obra -única en su género- el lector encontrará también respuesta a ciertas interrogantes, tales como: ¿Cuándo, cómo y por qué se originó el culto de la Virgen María? ¿Por qué las raíces del culto se remontan incluso hasta la prehistoria? ¿Cuándo, cómo y por qué se sincretizaron en María las virtudes y funciones de diversas diosas paganas de la antigüedad? ¿Por qué durante los primeros 400 años d.C. no hay vestigios del culto? ¿Cuál es la historia oculta detrás de los dogmas de la Virgen? ¿Cuál es el próximo dogma mariano que se avecina? En fin, muchas preguntas que si se ignora su respuesta, resulta entonces imposible descifrar... ¡El enigma de la Virgen!

**Pontifex Maximus, Dinastía
Milenaria de...
¡Brujos Sacerdotes!
Parte II**

¡Mariolatría!

El enigma de la Virgen

Martín Careaga Montaña

INDICE

¿Un culto con raíces prehistóricas?.....	5
La aureola de la Virgen... ¿Una vulva de mujer!.....	13
La Gran Madre Tierra.....	20
María como diosa de la agricultura y la fertilidad.....	29
María como Nuestra Señora de las Flores.....	46
María como diosa-madre con niño...¿iconografía prehistórica?.....	54
La leche de María.....	61
María como Emperadora del Infierno.....	71
María como Madre de Misericordia.....	75
María como <i>Mater Dolorosa</i> ...¿un concepto blasfemo!.....	79
María como novia de Cristo.....	81
María... ¿siempre virgen?.....	84
María <i>Theotokos</i> ... ¿la Madre de Dios?.....	89
Cibeles... ¿la Madre de los Dioses!.....	95
María como Triple Diosa y... ¿Su Abuelita!.....	103
María en el Nuevo Testamento... ¿brilla por su ausencia!.....	109
María en los Apócrifos... ¿pura ridiculez!.....	111
La necesidad de una Diosa... ¿Mariolatría espontánea?.....	118
El rosario de la Virgen... sus negros antecedentes.	132
El dogma de la Inmaculada Concepción.....	143
El dogma de la Asunción de la Virgen.....	153
El nuevo dogma que se espera... ¿María co-redentora!.....	175
Guadalupe - Tonantzin - Juan Diego - Hongos alucinógenos.....	179

4. The fourth part of the document discusses the implications of the findings. It suggests that the results have significant implications for the field of study and may lead to further research in this area.

5. The fifth part of the document concludes the study. It summarizes the main findings and provides a final statement on the importance of the research.

6. The sixth part of the document includes a list of references to the sources used in the study. It also includes a list of figures and tables that are included in the document.

7. The seventh part of the document includes a list of appendices. These appendices provide additional information and data that are not included in the main body of the document.

8. The eighth part of the document includes a list of footnotes. These footnotes provide additional information and clarification on the content of the document.

9. The ninth part of the document includes a list of acknowledgments. These acknowledgments thank the individuals and organizations that provided support and assistance during the study.

10. The tenth part of the document includes a list of contact information. This information provides a way for others to reach out to the author for more information or to discuss the study further.

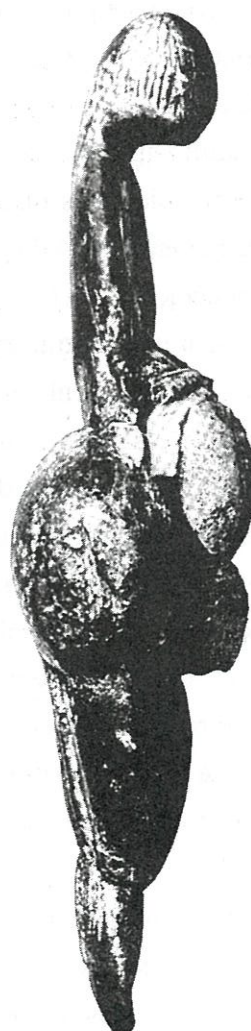
¿Un culto con raíces prehistóricas?

Primeramente es necesario que reconozcamos, quiérase o no, que el culto idolátrico de la Virgen María constituye todo un enigma. Pues vemos que es un fenómeno que por causa de poseer tal fuerza y pasión, parece desafiar cualquier tipo de análisis. No obstante, parte de la respuesta al enigma tiene que ver con el hecho que la historia de la Virgen María realmente empezó mucho tiempo antes que ella naciera, pues su origen se remonta hasta la Prehistoria, es decir... ¡A los antiguos, oscuros, y primitivos mundos del Animismo! Sabemos por ejemplo que durante la Era Paleolítica (antigua edad de piedra), en gran parte del mundo, antes que apareciese cualquier dios masculino, los humanos ya adoraban el concepto de la Gran Diosa o Gran Madre (*The Virgin*, Geoffrey Ashe, 1976, p.10). Estando esto confirmado por el mismo testimonio del arte prehistórico perteneciente a la Era temprana del Paleolítico, el cual no nos muestra a ninguna figura de deidad masculina; pero sí nos muestra, en cambio, a numerosas figuras femeninas con grandes senos y vientres, exagerados indicios de maternidad que representan claramente a la Gran Madre (Ibid.).

Tales figuras femeninas fueron esculpidas como objetos de culto por tribus cazadoras, pues durante ese tiempo el hombre vivía principalmente de la caza. Posteriormente en la Era Neolítica (nueva era de piedra), caracterizada por la aparición de la agricultura, las figuras de diosas son hechas con más realismo y empleando materiales como el barro y también el marfil (*La Diosa*, Adele Getty, 1955, p.8).

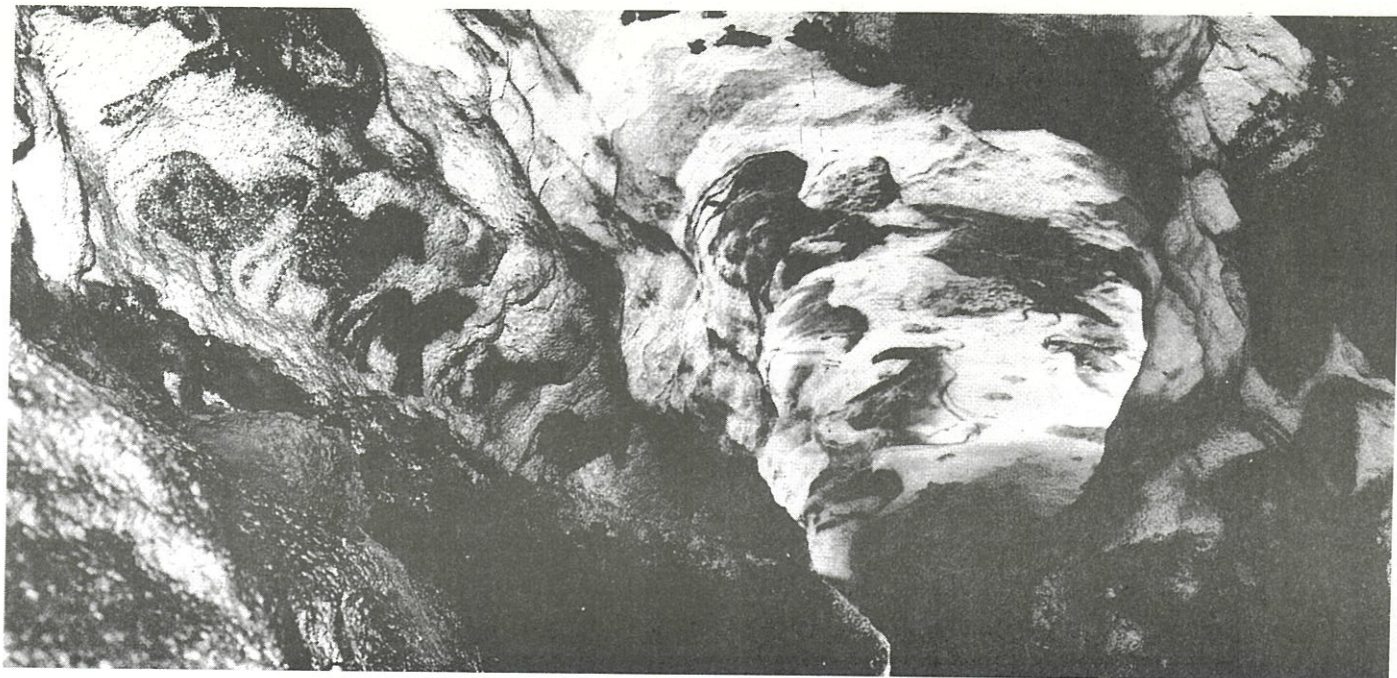
Existe pues el testimonio irrefutable que las estatuillas de la Gran Diosa o Gran Madre, constituyen los más antiguos objetos de culto y arte conocidos por la humanidad. Y también, la aparición de tales figuras a través de un inmenso territorio que se extiende desde Siberia a los Pirineos en Europa, muestran curiosa e inequívocamente la presencia simultánea en la tierra de una misma religión diosa-centrada (*Prehistoric Religion*, E. O. James, 1957, pp. II, 21, 22; *Man, Myth and Magic*, art. "Mother Goddess", J. H. Newmann, 1955, pp. 94, 96).

El hombre primitivo, por su parte, sentía una gran veneración por la Gran Diosa o Gran Madre, pues representaba para él la dadora y sustentadora de la vida. De su vientre surgía el gran misterio y, como madre, los vigilaba a todos y cada uno de ellos desde los primeros momentos de su existencia. Era pues la fuerza femenina considerada la fuente de todas las formas de vida sobre la tierra. Y, debido precisamente a ello, es que la Era Paleolítica registra claramente la existencia de una cultura que se prolongó al menos durante 50 000 años con una figura central... la Gran Madre. Período de tiempo suficientemente extenso, sin duda, para que el culto y devoción a la Gran Madre quedase implantado en las fibras más profundas del alma y "memoria colectiva" de nuestros antepasados. Y, debido justamente a sus ancestrales orígenes prehistóricos, es que la Gran Madre nunca ha desaparecido del todo del SUBCONSCIENTE del hombre. Todo lo cual nos viene a explicar también por qué la Virgen María, conocida también como la "Madre de todos", permanece incrustada firmemente en lo más profundo del ser de todo católico romano. Esto de tal manera que muchos católicos romanos han muerto, o han matado a otras personas, con tal de defender a su Gran Madre, la Virgen María.

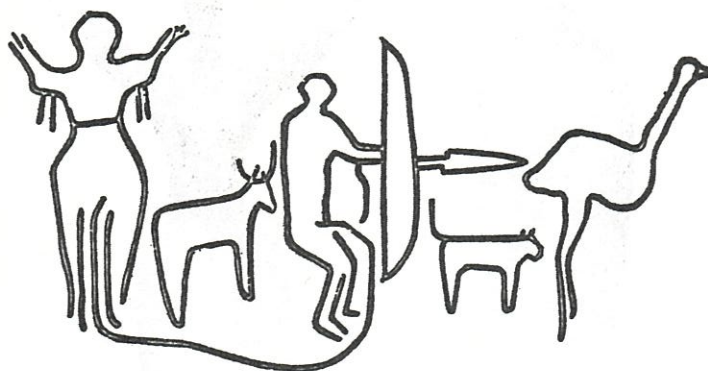


La Gran Madre del Paleolítico.

Estas figuras femeninas fueron encontradas en la entrada de cuevas dentro de las cuales el hombre del Paleolítico efectuaba el así llamado culto-mágico para la caza. Las generosas formas de la Gran Madre son representaciones de la Diosa preñada de la fertilidad, a quien se le veía en ese entonces a través de toda la tierra como la Diosa de la preñez y el parto. La cual también, siendo objeto de culto no solamente de mujeres sino también de hombres, representa así el símbolo arquetípico de la fertilidad, la protección, y el sustento (*From the Stone Age to Christianity*, W.F. Albright, 1958, p.92). Curiosamente tales atributos de la Gran Madre, posteriormente se le atribuyeron a la Virgen María. Pues ella también, protege, sustenta, y es promotora de la fertilidad (*The Goddess' Mirror*, David Kinsley, 1989, p.219).



La cueva, identificada universalmente con el útero de la Madre Tierra, se ha utilizado desde tiempo inmemorial como lugar de renacer simbólico. Los animales que decoran los pasadizos de esta cueva (35 000-19 000 años) en Lascaux, Francia, reflejan asimismo un íntimo vínculo entre la Diosa y los ritos de caza masculinos. La cueva, oscura y con olor a tierra húmeda, evoca así un recuerdo inmemorial en el hombre, es decir, el vivir dentro del cuerpo de otro (Getty, op.cit., p.8).



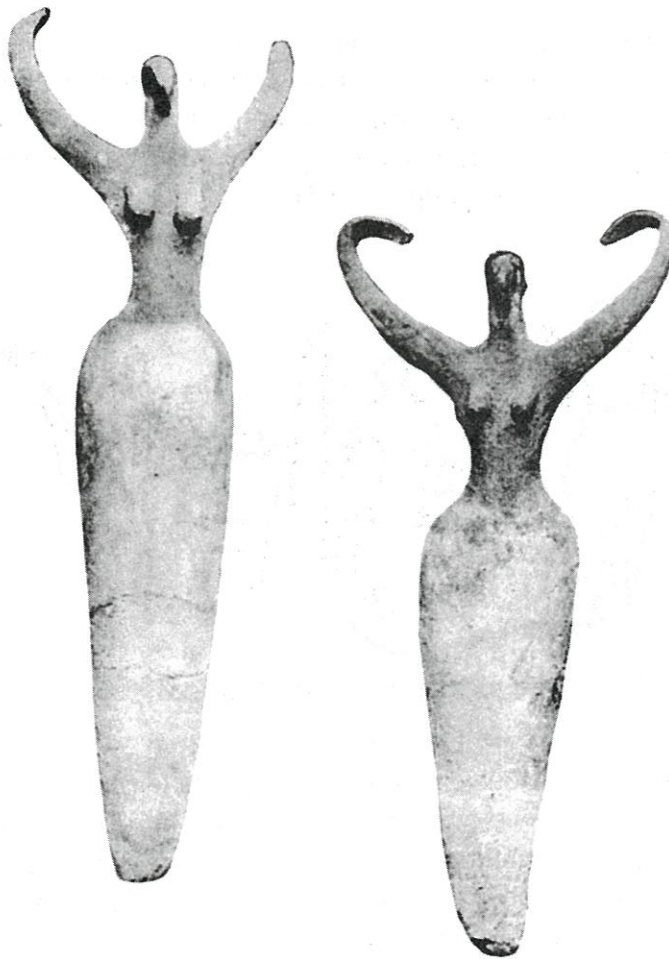
Dibujo en piedra. Era Paleolítica, Algeria.

La figura de la Diosa (más grande que el cazador) con brazos levantados, se encuentra en los dibujos más tempranos de la Era Paleolítica. En el dibujo arriba vemos a la Gran Diosa o Gran Madre con los brazos alzados y mágicamente conectada -de genital a genital- con un cazador masculino. El gesto de los brazos alzados tiene dos posibles interpretaciones que a final de cuentas viene a significar lo mismo. La primera interpretación enfatiza el carácter de la actitud, que puede implicar oración, invocación, o conjuro mágico. La segunda interpretación relaciona el gesto con una teofanía, o sea la aparición de la divinidad. En ambos casos el mensaje es el mismo, la Diosa ayuda al cazador con su intervención.

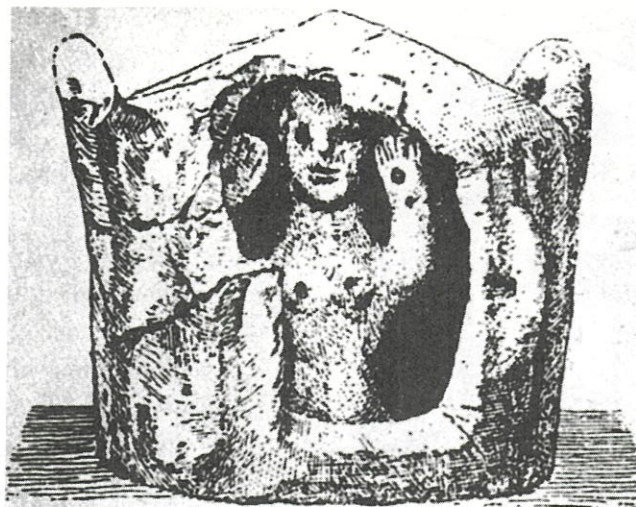


Diseño en vasija, alrededor del IV milenio a.C., Egipto.

Aquí arriba tenemos otra vez a la Gran Diosa con los brazos alzados y más grande que los cazadores. El dibujo representa su intervención en una cacería mágica (*Prehistoric Pottery in Egypt*, Raphael, p.140).



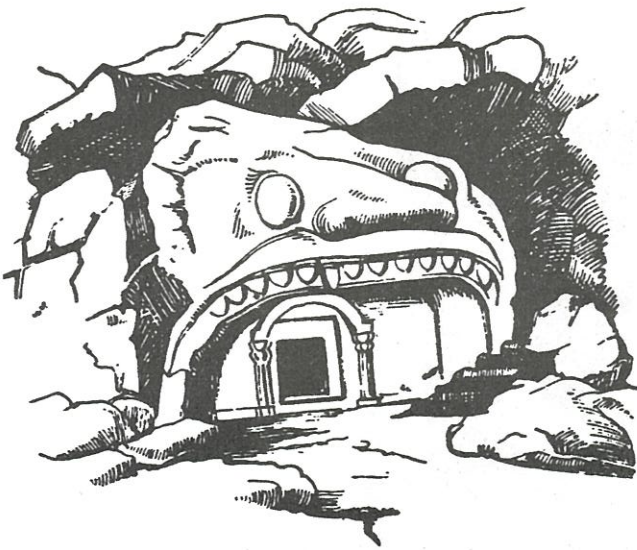
**Figuras femeninas de la Gran Diosa con brazos alzados.
Son de terracota y pertenecen al período predinástico de Egipto.**



La Gran Diosa con los brazos alzados dentro de una urna. Terracota, Creta.

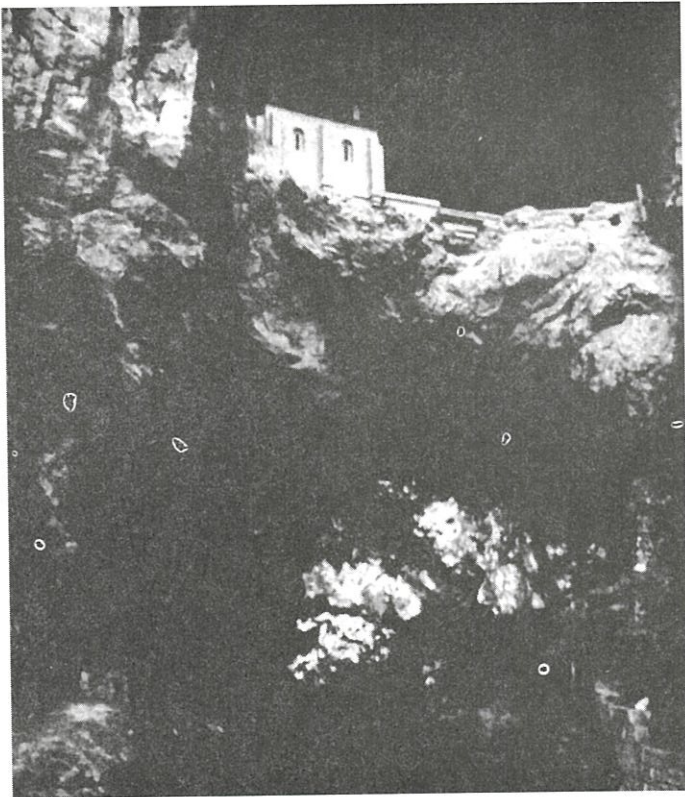


Arriba un cáliz eucarístico de plata (siglo VI, Siria) donde vemos la figura de María decorando un lado del cáliz, con los brazos alzados como la Gran Diosa de la prehistoria. Este gesto de la Virgen, con los brazos alzados, en el romanismo católico se le denomina “*orans*”, y simboliza intercesión. En algunas catedrales de Europa, sobre todo en Francia, se le representa a la Virgen de esta manera. (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, fig. 26).



Cueva de la diosa Kali. Udayagiri, India.

El concepto que el hombre primitivo tenía de la cueva, identificándola con útero de la Gran Madre, sobrevivió en el paganismo de muchos pueblos y culturas. En el paganismo católico romano, por ejemplo, vemos que sus así llamadas Vírgenes Negras -todas ellas relacionadas con poder de fecundidad- han sido encontradas en su gran mayoría dentro de cuevas. Sin embargo, la realidad es que tales “Vírgenes” eran más bien antiguas diosas paganas a quienes se les rendía culto en sus respectivas cuevas. Las cuales, una vez descubiertas, fueron “cristianizadas” por el romanismo católico rebautizándolas como “Vírgenes”. Pues sabemos que las diosas más conocidas de la antigüedad; como Isis, Diana, Cibeles, Perséfone, Inana y Lilit, todas eran negras (*Atlas of Holy Places and Sacred Sites*, Colin Wilson, 1976, p.60).



Cueva de Covadonga (España), donde fue encontrada la Virgen Negra de Guadalupe.



Virgen Negra de Guadalupe, España.



**Virgen Negra de Montserrat, España.
Descubierta dentro de una cueva alrededor del
año 888.**



**Virgen Negra de Newilly,
París.**



**Virgen Negra de Peña de
Francia, en Salamanca,
España. Descubierta
dentro de una cueva en
1434.**



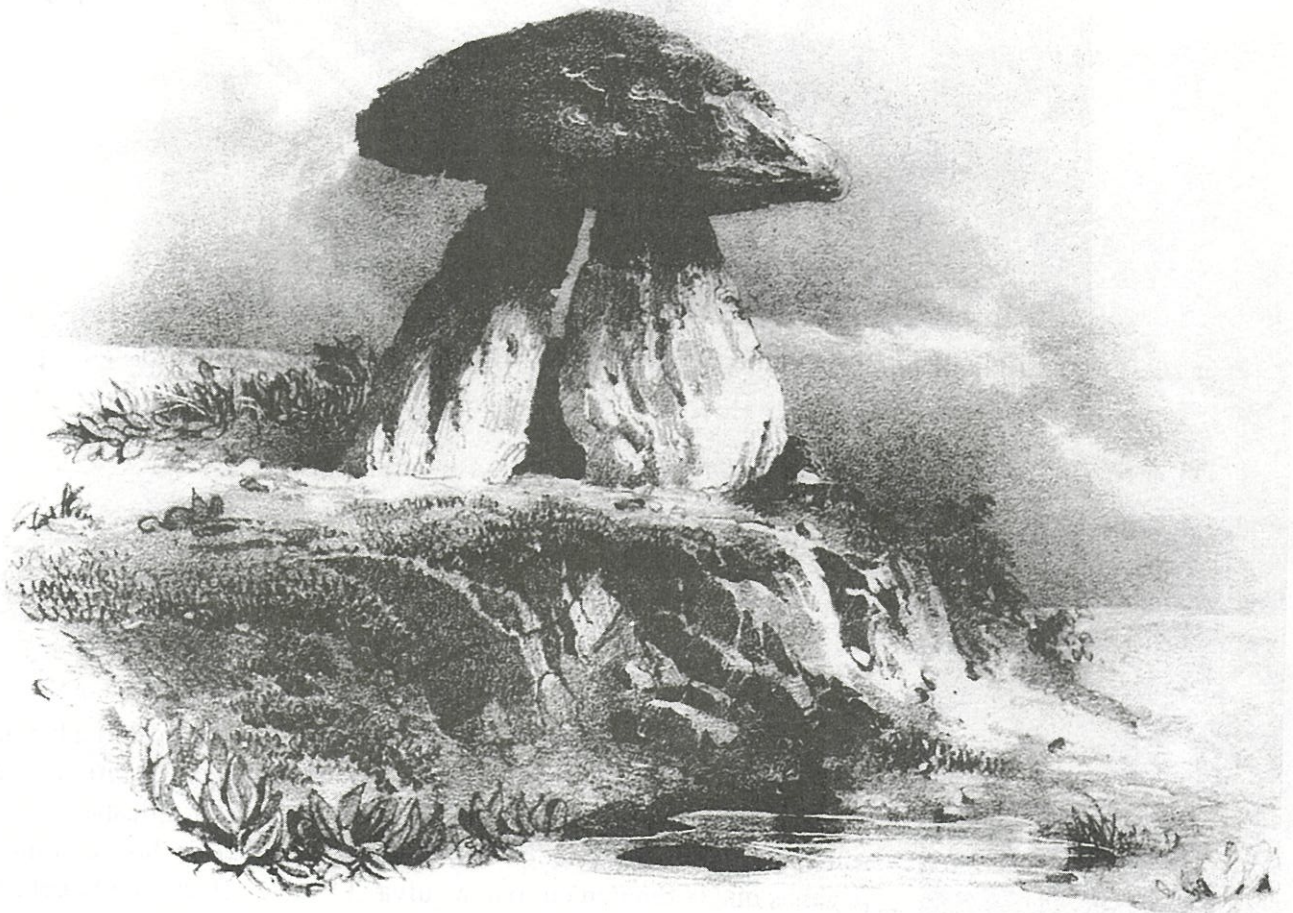
La Madona de la Cueva, Karl Muller (1818-1893), Alemania.

El concepto del hombre primitivo que identificaba a la cueva -lugar donde él nacía y donde también era enterrado- con el útero de la Gran Madre, fue preservado en el catolicismo romano. Esto por medio de leyendas apócrifas donde la Virgen supuestamente dio a luz a Jesús dentro de una cueva, y no en un pesebre, como claramente nos lo dice la Biblia en el evangelio de Lucas 2:7. Note el lector en la pintura católica romana que aparece arriba, cómo toda la escena tiene como marco la oscura y rústica cueva que aparece en el trasfondo. Todo lo cual nos habla elocuentemente del origen prehistórico de este concepto, e identifica así a la María católica romana con la Gran Madre de la Prehistoria.

La aureola de la Virgen...¡Una vulva de mujer!

El primer rito de tránsito de todos los seres humanos comienza en el útero y finaliza entre los muslos de la Gran Madre. En todo el mundo antiguo se rendía culto al *Yoni* -nombre de la vagina en la India- como objeto de gran misterio: la entrada a las cuevas representa así el entrar al santuario uterino de lo divino femenino (*La Diosa*, Adele Getty, 1995, p.66).

La cueva, como ya hemos mencionado, era el lugar en donde se nacía y también donde se enterraba a los muertos, el origen y destino final del hombre. Los dólmenes megalíticos, por ejemplo, constituían cementerios de piedra semejantes a una vagina, esto con el fin que recordasen a la gente el concepto de la Gran Madre. En Malekula (Melanesia) la palabra para designar un dolmen significa precisamente “salir de” o “nacer”.



Dolmen megalítico en forma de vagina. Malabar, India.

Existen innumerables imágenes de todas las épocas y culturas que honran a la vulva o la vagina sin el menor reparo. En la tradición tántrica de la India, por ejemplo, el *Yoni* aparece en los templos para que todos lo honren y respeten como fuente de la vida, la belleza y el placer.

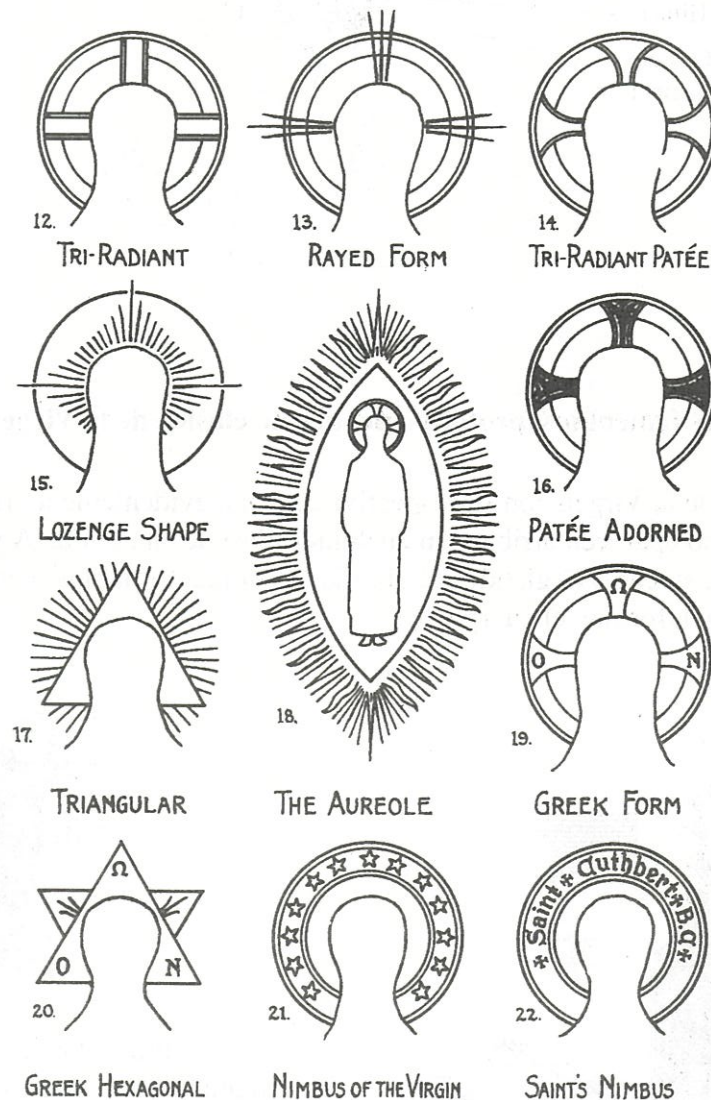


Efigie de la Diosa como regeneradora. Hiderabad, India.



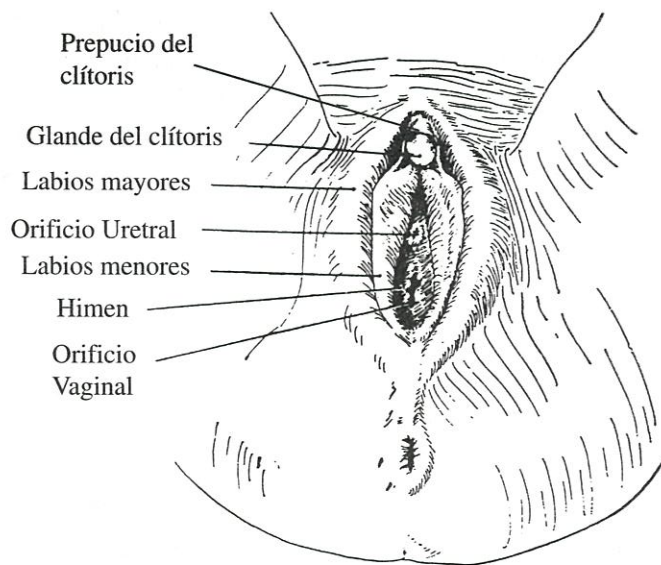
La complacencia sin rodeos en otras culturas respecto a la vulva quizá resulte un tanto ajena a nuestra cultura occidental, pero no es del todo desconocida. En la Gran Bretaña celta existen iglesias católicas romanas donde aún pueden encontrarse vestigios de las costumbres paganas que le rendían culto a la vulva. Como es el caso de Sheela-na-Gig, ahora iglesia de Saint Mary, donde se encuentra la efigie que aparece a la izquierda, con su vulva abierta y el rostro sonriente.

Estando así las cosas, quizá no deba sorprendernos el hecho que si el hombre prehistórico identificaba la cueva con el útero de la Gran Madre, ahora los clérigos católicos romanos identifiquen también a su Gran Madre María -conocida por ellos mismos incluso como la “Madre de Todos”- con una vulva de mujer ¿Cómo es esto? Bueno, no se necesita mucha imaginación para darse cuenta que la aureola con la que suele representarse a la Virgen, es simplemente una vulva de mujer con sus respectivos vellos púbicos. Note el lector la figura 18 que aparece abajo, la aureola ovalada de la Virgen, y juzgue por sí mismo que es una vulva burdamente disfrazada.



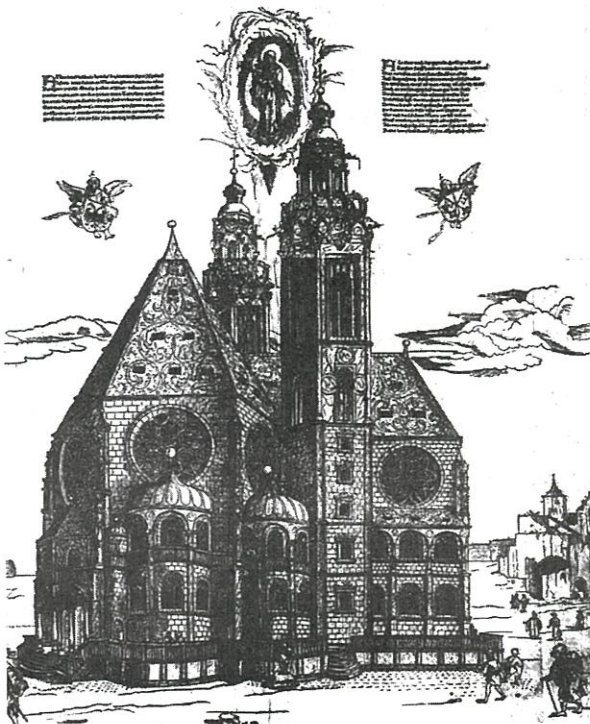
La figura 18 nos muestra la típica aureola dentro de la cual suele representarse a la Virgen, es una vulva con sus respectivos vellos púbicos. Tomado del libro católico *Church Symbolism*, F.R. Webber, 1927, lámina XV.

En relación a esto aquí cabe mencionar que, el famoso psiquiatra y neurólogo Freud, pensaba que la devoción del hombre a las deidades femeninas reflejaba el deseo inconsciente del hombre por reunirse con su madre. Y, por ello, todo hombre que adora a una deidad femenina es porque realmente ha obtenido poca independencia, y desea sentirse cerca de la matriz maternal (*The Encyclopedia of Religion*, Mircea Eliade, 1993, vol. 5, p. 54).



Los órganos genitales femeninos, prototipo del diseño clásico de la Virgen dentro de su aureola.

El diseño clásico de la Virgen con su respectiva aureola, evidentemente fue inspirado por los órganos genitales femeninos, como aparecen arriba y en cualquier libro de anatomía. Aquí vemos a la Virgen con su aureola (labios mayores), su cabeza (glande del clítoris), y su manto (labios menores). El orificio uretral, el himen, y el orificio vaginal, forman el cuerpo.

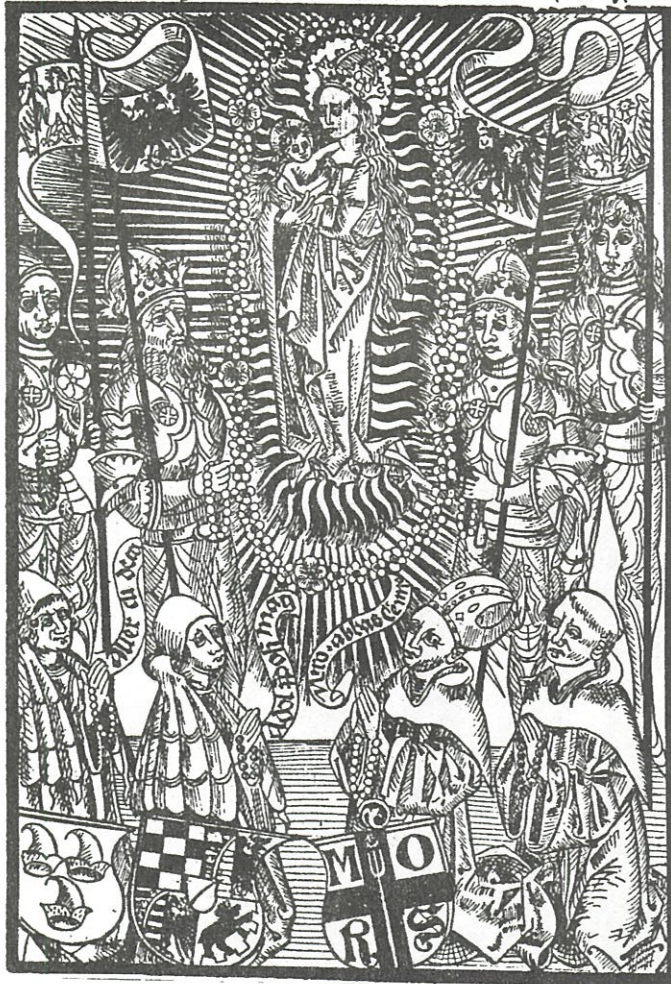


Un vestigio más que evidencia la aureola-vulva de la Virgen lo encontramos aquí en este antiguo grabado en madera, donde vemos que el cielo se abre arriba de la iglesia para mostrar a la Virgen María claramente dentro de una vulva.

**Iglesia de La Gloriosa Virgen,
Regensburg, Alemania 1529. Museo Nacional,
Nuremberg, Alemania.**

Nouum beate marie virgis psalterium

de dulcissimis noue legis mirabilibus divini amoris refectis nouis ad dei pteritis pfectis



Este grabado en madera denominado *Salterio de la Bendita Virgen* fue hecho en Prusia en 1492. Debido a la antigüedad del grabado, se puede apreciar que anteriormente los clérigos romanos no se esforzaban mucho en disfrazar el diseño de la aureola-vulva de la Virgen. Aquí la vulva dentro de la cual se encuentra la Virgen resulta más evidente por los ondulados vellos púbicos que la rodean.



Posteriormente, los ondulados vellos púbicos de la aureola se disfrazaron un poco, dibujándolos rectos para hacerlos parecer como si fuesen destellos de resplandores, como se aprecia aquí con la aureola de la Virgen de Guadalupe.



El diseño de la aureola-vulva de la Virgen católica romana, se hace también patente por la forma de vulva que originalmente tenían, y aún conservan algunas medallas de la Virgen (*Ancient Faiths embodied in Ancient Names*, Thomas Inman, 1873, p.131).



Aquí tenemos otra representación de la Virgen que, por causa de su antigüedad la aureola-vulva resulta también más evidente.

Limoges, Francia, 1470.



El triunfo de Venus. Escuela de Verona, siglo XV.

El concepto pagano de representar a las deidades femeninas dentro de una aureola en forma de vulva, se encontraba presente en la mitología de diversos pueblos y culturas de la antigüedad. Arriba tenemos, por ejemplo, a la diosa romana Venus, la diosa del amor. Ella aparece dentro de una aureola en forma de vulva y rodeada de árboles de granada, símbolo de la fertilidad. Los hombres que se encuentran postrados de rodillas en torno a ella, adorándola, son cautivados por la imagen de su vulva, lo cual es representado por las líneas que conectan los ojos de ellos con la vulva de la Diosa. Por otro lado resulta evidente que cualquiera podría, sin forzar mucho la imaginación, hacer pasar a estos hombres también con adoradores de la Virgen. Ya que los católicos romanos cuando adoran a la Virgen... ¿acaso no están adorando también inconscientemente a la vulva dentro de la cual suelen representarla?

La Gran Madre Tierra

Después de la Era Paleolítica donde el hombre practicó principalmente la caza, sigue la Era Neolítica o Nueva Edad de Piedra donde la humanidad empieza a practicar la agricultura. No obstante, es un hecho conocido que fueron las mujeres quienes primero aprendieron las artes de la agricultura. Ya que cuando los hombres se mantenían ocupados con la caza y la pesca, las mujeres recogían nueces, semillas, raíces y frutas (*Nueva Enciclopedia Temática*, 1963, tomo VIII, p. 34).



Diosa de la Era Neolítica. Tracia, barro.



Diosa de la Era Neolítica. Francia, piedra.

En esta todavía temprana era de la humanidad, la Era Neolítica, que como ya mencionamos la recolección de plantas, raíces, frutas y semillas, era una tarea llevada a cabo principalmente por las mujeres, mientras que los hombres se ocupaban de la caza, la mujer desarrolló una gran intimidad con el mundo vegetal. Esto, como era de esperarse, le proporcionó a su vez un gran conocimiento respecto a esa esfera de vida que resultaba tan esencial para la supervivencia.

La Gran Diosa del Neolítico, ahora identificada con la agricultura y con sacerdotisas que originalmente eran depositarias de la magia de la lluvia que hacía crecer a las plantas, empezó a aparecer entonces en todas partes como la madre de la tierra y la fertilidad. Todo aquello que significaba el sustento se le subordinó. Ella era la diosa de la agricultura, ya sea que su producto fuese arroz, maíz, trigo, o cualquier otro producto de la tierra. Y, por esta causa, a la Gran Madre después se le empezó a asociar frecuentemente con un símbolo vegetal. De esta manera, el lazo o vínculo entre mujer y planta quedó establecido a través de todas las etapas del simbolismo humano. Incluso hoy en día, no es de sorprender que al gran ecosistema de la tierra se le denomine "*hipótesis de Gea*", en honor de *Gea*, la Madre Tierra griega.



La Gran Madre con simbolismo vegetal, 1500 a.C., Micénico.



Veneración de la Gran Madre con simbolismo vegetal, 1800 a.C.



Libación a un recipiente con ramas, con la Gran Madre sentada. Relieve en piedra, Sumeria, 3 000 a.C.



Veneración de la Gran Diosa como árbol, siglo XVIII a.C., Egipto.

Los árboles también están consagrados a la Gran Diosa desde tiempo inmemorial: la higuera a Istar, la palmera es la morada de Astarté, y el sauce es emblema de la virginidad de Hécate.



La Gran Madre Tierra egipcia repartiendo el alimento y la bebida de la inmortalidad a sus fieles, ella representada como Arbol de la Vida. Madre Tierra egipcia con simbolismo de árbol. Siglo XIII, a.C.

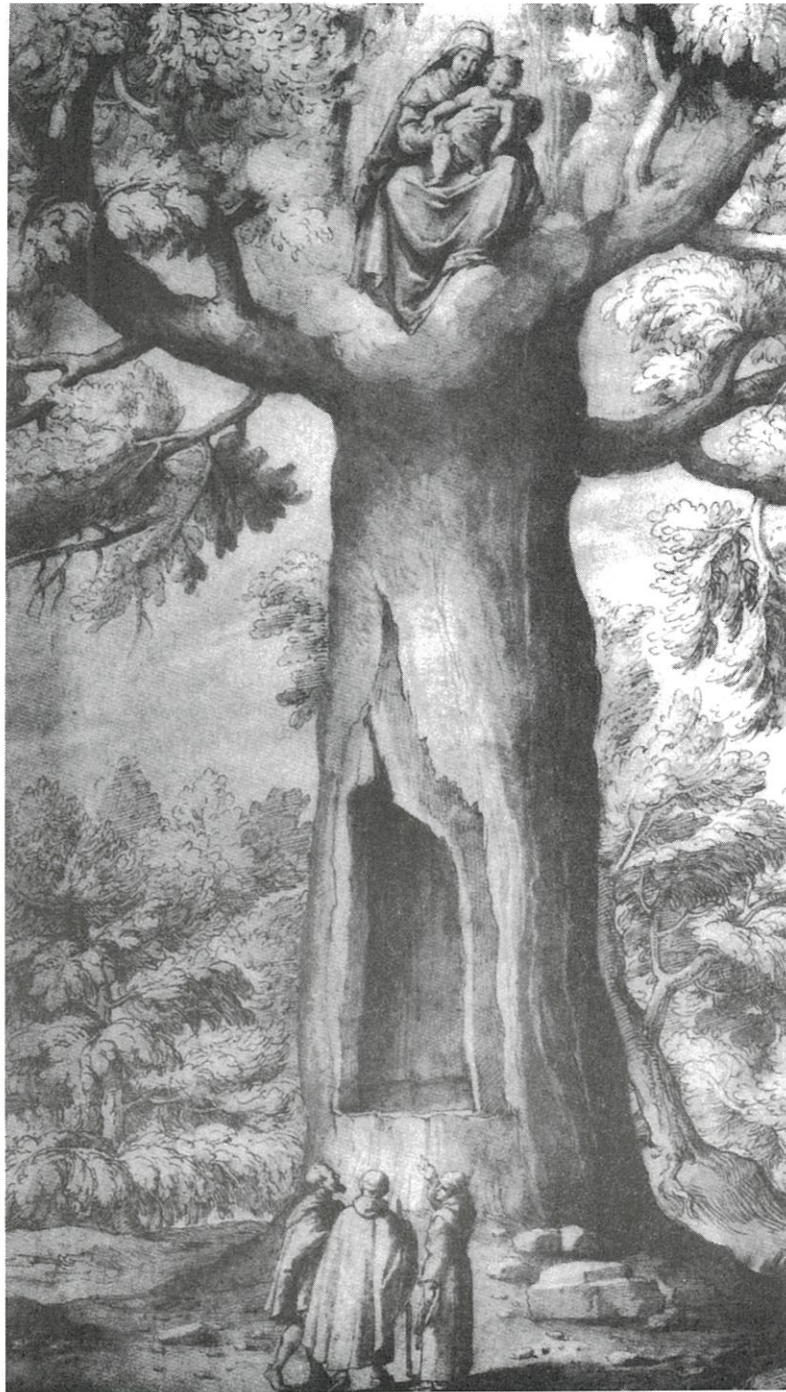
Todo cuanto surge de la tierra en forma de vida vegetativa refleja la gran función generativa de la Gran Madre Tierra.



Madre Tierra hindú como Espíritu de Arbol, Siglo II, a.C.



Un antiguo dibujo de la Virgen María (Mara) representada en medio de dos árboles, identificándola así con el elemento vegetal.



**¿María también como Diosa Arbol? Jacopo Ligozzi
(1547-1627)**



Otra antigua representación de María con el elemento vegetal. La paloma sobre el pilar simboliza su intercesión por los fieles, y la paloma sobre la rama su intercesión por los paganos. La paloma como símbolo, dicho sea de paso, siempre estuvo asociada con Afrodita (la Venus romana), quien como diosa del amor estaba relacionada también con la fertilidad, el crecimiento, y los ciclos de vegetación (*The Goddesses of Love*, Geoffrey Grigson, 1976, p.187).

El hecho que la Gran Diosa siempre ha sido psicológicamente Una o la Misma, resulta evidente, por ejemplo, cuando leemos la siguiente oración dedicada hace 1800 años a la Diosa romana *Mater Tellus* (Madre Tierra). Ya que tal oración, sin duda, también podría ofrecérsela hoy en día a la Virgen María, conocida también como la “Madre de Dios”.

*el poder de los Dioses.
en verdad eres también Madre
de los pueblos y los Dioses.
Nadie puede florecer ni existir sin Ti;
Tú eres poderosa; de los Dioses
Reina y Diosa.
A Ti y a Tu poder invoco, oh, Diosa;
Tú puedes concederme cuanto pido,
y a cambio yo Te daré, oh, Diosa,
mis más sinceras gracias.*

Loa, siglo II



***Mater Tellus* (Madre Tierra) rodeada por los símbolos de la abundancia. Panel del altar de la Paz Augusta, Roma.**

María como diosa de la agricultura y la fertilidad

Debido a que todo lo perteneciente al catolicismo romano es una verdadera “mezcla” de todo el paganismo del mundo, su ídolo principal la Virgen María -la cual obviamente no es la misma María de los evangelios- fue absorbiendo con el transcurso del tiempo los principales atributos y funciones de diversas diosas paganas de la antigüedad. Esto, por supuesto, no sucedió de la noche a la mañana, ya que durante siglos y siglos de historia de la humanidad, la Virgen romana fue experimentando un **proceso de deificación progresivo**.

En el aspecto de la agricultura y la fertilidad, por ejemplo, vemos que María actúa exactamente de la misma manera que actuaban las antiguas diosas paganas que controlaban la fertilidad de las cosechas. Esta relación de María con la agricultura se puede rastrear, por otro lado, a partir de la Edad Media, cuando supuestamente

se le apareció a un comerciante en la ciudad de Milán como la diosa del trigo. Su túnica estaba tejida con espigas de trigo, todo lo cual implicaba entonces una promesa de fertilidad para las cosechas de ese lugar. En agradecimiento, el comerciante mandó hacer una pintura de la visión para el Domo de Milán, donde los fieles empezaron a llevar coronas de flores para asegurar la fertilidad de la imagen para sí mismos.

Durante el siglo XV, la Madona de Milán se volvió una imagen votiva extremadamente popular en Alemania, donde también se hicieron numerosas copias de la imagen en madera (*The Goddesses' Mirror*, David Kinsley, 1989, p.235).

Otro ejemplo posterior, acerca de la relación de María con la agricultura, la encontramos también en la supuesta aparición de María a dos niños que estaban pastoreando unas ovejas en La Salette, Francia, en 1846. La Virgen de La Salette -como así llegó a conocerse- advirtió a los dos niños que los pecados de la humanidad habían acabado con su paciencia y que ya no podía contener más la ira de su hijo. Estando así las cosas, demandó que la gente se arrepintiera, pero si no la obedecían, entonces amenazó con que habrían... ¡malas cosechas! (*Mary: a History of Doctrine and Devotion*, Hilda Graef, 1963-65, vol. 2, p. 101).



La Madona de las Espigas. Bavaria, 1450.

Una de las primeras representaciones de María asociada a la agricultura, con su túnica tejida de espigas. Según la visión que supuestamente un hombre tuvo de ella y que aquí se explica.



*From Mosaize Historie der
Hebreeuwse Kerke*

Isis, Reina del Cielo, coronada con espigas.

Arriba tenemos una representación romanizada de la diosa egipcia Isis. En la cabeza tiene una corona con espigas de trigo, pues a Isis se le relacionaba también con la agricultura. El historiador griego Diodoro, autor de *Biblioteca Histórica* (año 50 a.C.), escribió acerca de una famosa inscripción en una columna de un templo en Arabia donde decía: “*Yo soy la esposa y hermana de Osiris el Rey. Yo les revelé a los mortales el uso del trigo...*”.

Isis, por causa del ser Reina del Cielo, aparece con su manto con estrellas y una luna, símbolos del cielo. De igual manera miles de años después la María romana, al inventar los clérigos católicos que ella había ascendido al cielo en cuerpo y alma sin sufrir corrupción, la declararon también Reina del Cielo. Y, una vez convertida en Reina del Cielo, a María empezó a representársele entonces con un manto con estrellas y una luna bajo sus pies.



Spes, diosa romana con espigas y colmena, de acuerdo a un original romano.

A las diosas grecoromanas de la agricultura solía representárseles con espigas de trigo. De manera que cuando la María romana se convirtió en la Madona de las Espigas en 1450 en Europa, ésta simplemente asumió el papel de tales diosas paganas y por ello empezó a representársele también en su iconografía con espigas de trigo.



La pintura de esta vasija griega nos muestra a Triptólemo, inventor mítico del arado, disponiéndose en un viaje alrededor del mundo para enseñar la agricultura a los hombres. El era el primer sacerdote de Démeter (la Ceres romana) diosa de las cosechas, la cual aparece a la izquierda despidiéndolo tras haberle donado una carroza alada y entregándole unas espigas de trigo, símbolo con el que se identificaba a la diosa.



Ceres con espigas de trigo en las manos. Relieve en terracota, Helenístico.



**La diosa Démeter (Ceres) sosteniendo un canasto con espigas de trigo.
Fresco en Pompeya**

Otra diosa pagana relacionada con la agricultura y a quien la María católica romana también sustituyó, en este caso gracias al ingenio de los franciscanos, fue a Tonantzin. Y, aunque en la última parte de este libro hablaremos más ampliamente de Tonantzin y su sustitución por la María romana, aquí solamente nos limitaremos al aspecto de la agricultura.

En el primer libro de su *Historia General*, sobre las divinidades de los antiguos mexicanos, Sahagún consagra los capítulos VI al XII a las diosas. El primer capítulo lo dedica a Tonantzin, porque la considera más importante: “La primera de estas diosas se llama Cihuacóatl, que quiere decir mujer culebra; y también la llaman Tonantzin, que quiere decir ‘nuestra madre’ (Historia General de las cosas de la Nueva España, fray Bernardino de Sahagún, libro I, cap. VI, p.46).

Tonantzin pues, designaba también a Cihuacóatl, quien en su encarnación provicional era también Xiloen, o sea la diosa de los *xilotes*, las espigas de maíz tierno. Esta diosa tenía su fiesta llamada *huey tecuilhuitl*, donde le sacrificaban niños de cuna, y también esclavas a quienes preparaban con veinte días de anticipación (*Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme, Libro de los Ritos y ceremonias*, fray Diego Durán, ed. Garibay, 1967, tomo I, cap. XIII, vol. I, pp. 118-131).

La fe que los indios le tenían a su diosa Tonantzin para que les ayudara en sus cosechas, después fue transferida a la Virgen de Guadalupe cuando ésta última sustituyó a la primera. Incluso hoy en día, podemos ver cómo la fe del indio hacia la Guadalupe se encuentra todavía aprisionada dentro del ritual azteca. Pues actualmente los indios queman el copal en una pequeña copa de barro, y luego ofrecen flores o espigas de maíz a la imagen de Guadalupe. El indio, a cambio de su ofrenda, pronuncia entonces una súplica de abundancia, exactamente como antes lo hacían con Tonantzin (*Quetzalcóatl y Guadalupe*, Jackes Lafaye, 1977, p.387).

Un claro vestigio de esto lo encontramos también en la leyenda de Juan Diego, donde se nos dice que los indios naturales de Cuauhtitlán iban a verlo para rogarle -cuando él supuestamente ya vivía en una casita junto a la ermita de Guadalupe- que intercediese ante la Virgen para que les diese buenos temporales en sus milpas (*Documentos Guadalupanos*, Xavier Noguez, 1993, p. 127).

HVEI
TLAMAHVIÇOLTICA
OMONEXITI IN ILHVICAC TLATQCA
(IHVAPILLI
SANTA MARIA,
IOTLAÇONANTZIN
GVADALVPE IN NICAN HVEI ALTEPE-
NÁHVAC MEXICO ITOCAYOCAN TEPEXACAC



—[*]—[*]—[*]—[*]—[*]—
Impreso con licencia en MEXICO: en la Imprenta de Juan Ruiz.
Año de 1649.

Para los franciscanos, fue cosa fácil sustituirles a los indios a Tonantzin por María. Arriba un tratado náhuatl para facilitar la “asimilación”.



Una vez que a la María católica romana se le adjudicó la función de diosa de la agricultura, se empezaron a hacer numerosas pinturas de ellas asociándola con el elemento vegetal, como aparece aquí en esta pintura de la Edad Media.



Aquí tenemos otra pintura medieval de la María católica romana, se encuentra dentro de un arco formado principalmente por granadas y uvas, frutas que la asocian con el paganismo grecoromano en el aspecto de la fertilidad. Ya que la granada, por sus numerosas semillas, representaba la fertilidad en la mitología griega. Y, debido a esto, es que Afrodita (la Venus romana) diosa del erotismo y el amor, y por ende también de la fertilidad, tenía como símbolo la granada. Las uvas, por otro lado, representaban a Dionisios, con quien precisamente Afrodita tuvo un hijo (*Gods, Demigods and Demons. An Encyclopedia of Greek Mythology*, Bernard Evslin, 1973, pp.12, 13).



Afrodita con granada en la mano. Terracota, Chipre, V siglo, a.C.

La granada, símbolo pagano de abundancia y fertilidad, fue revivido durante el Renacimiento en imágenes de la Virgen. En la ciudad de Paestum, cerca de Nápoles, se encuentra una imagen de la Virgen llamada La Madona de la Granada, la cual sostiene en su mano una granada, exactamente como aparece aquí Afrodita.



Diana de Efeso. Roma, siglo II, a.C.

Una vez relacionada con la agricultura, posteriormente la María romana asimiló también el papel de diosa de la fertilidad. Lo cual representó otro tardío pero exitoso intento de los clérigos romanos de incorporar más ritos paganos en la adoración de María. Y es que siendo María una madre, no resultó cosa difícil para el diabólico ingenio de los clérigos romanos asociarla a la fertilidad y el crecimiento. En el pasado, ciertas diosas-madre desempeñaban específicamente esa función, como es el caso de la diosa romana Diana que aparece arriba. Ella era patrona de los nacimientos y ayudadora de mujeres en labores de parto (*The Goddesses Anat*, U. Cassuto, 1972, pp. 64, 65).

La estatua se encuentra con los brazos abiertos denotando una actitud maternal. El color negro de su cabeza manos y pies, representa la fertilidad de la tierra negra; los numerosos pechos implican maternidad, sustento y crecimiento; y, la torre sobre su cabeza, la señala inequívocamente como una *Magna Mater*; es decir, una Gran Madre.

En numerosas iglesias y santuarios que se encuentran alrededor del mundo dedicados a María, los devotos los ven como centros donde su diosa María, la Gran Madre, les concede sus favores de poder fecundador. En la catedral de San't Agostino en Roma, por ejemplo, se encuentra una estatua de la diosa romana Juno Capitolina con un niño en los brazos, esculpida por un tal Jacopo Sansovino. Los clérigos romanos, astutamente, convirtieron la estatua en la Virgen María; y, al niño, le cubrieron los genitales con una manta de bronce. La estatua se encuentra rodeada de placas de plata donde se expresa el agradecimiento por la concepción o nacimiento de algún niño, y la inscripción arriba de la estatua dice: "*Virgo tua gloria partus*" (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p.363).

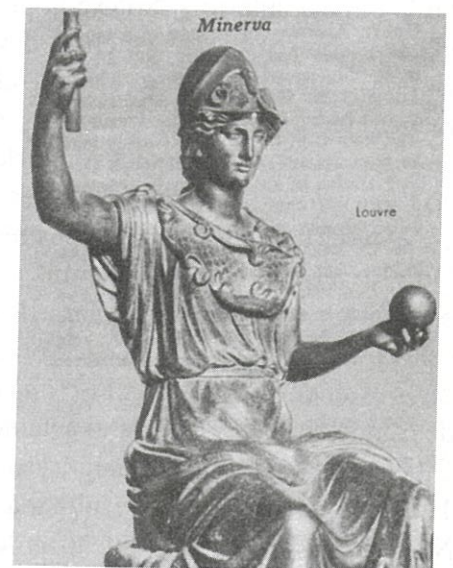
De igual manera en España, una tradición centenaria impulsa a muchas parejas de recién casados a emprender una peregrinación al santuario de la Virgen Negra de Montserrat, con el fin de ser bendecidos con el nacimiento de niños. Esta Virgen preside especialmente sobre matrimonio, sexo, embarazos y nacimientos (*What Montserrat Is*, Kenneth Lyons, 1969).



Virgen Negra de Montserrat, España.

La Virgen Negra de Montserrat, como su nombre lo indica, es igualmente negra como las diosas paganas de la antigüedad cuyo color negro representaba la fertilidad. El color negro de la estatua, no obstante, no ha podido ser explicado satisfactoriamente por los clérigos romanos. Pues éstos atribuyen su color negro a los efectos del humo de las velas, o también al hecho que la estatua fue desenterrada dentro de una cueva.

La "Virgen" se encuentra sentada y rodeada de algo muy parecido a penes erectos con sus respectivos glandes, donde apunta la flecha. El niño por otro lado, sostiene en su mano una piña de pino, antiguo símbolo de potencia fecundadora por la multiplicidad de sus semillas (Ibid., p.276). Y, la esfera que sostiene en su mano la "Virgen", es un conocido símbolo pagano que representa la sabiduría. Razón por la cual también Minerva, diosa romana de la sabiduría, solía representársele con una esfera en la mano.



Minerva, diosa romana de la sabiduría.



Virgen Negra de Montserrat.

En esta fotografía de la Virgen de Montserrat, podemos apreciar más claramente los símbolos descritos en la página anterior. Nótese la piña de pino en la mano del niño y los glandes de los penes rodeando a la estatua. Entre los más célebres devotos de esta “Virgen”, tenemos al nefasto Papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia) quien enriqueció el culto de este ídolo por medio de la venta de indulgencias. También podemos mencionar a Ignacio de Loyola, otro personaje igual de nefasto o peor que el anterior, fundador de la Orden Jesuita y quien durante una noche de vigilia frente a la estatua, colgó su espada y su daga, para convertirse así en “*fiel soldado de Cristo*” (Warner, op. cit., p. 355). También Colón y Cortés, antes de partir de España hacia el Nuevo Mundo presentaron sus respetos a este ídolo (*La Diosa*, Adele Getty, 1955, p. 27).

Otra Virgen Negra a quien también se le atribuyen poderes de fertilidad en la esfera humana, animal y vegetal, es la Virgen Negra de Santa María de Lucera, en Italia. Este ídolo tiene su festividad durante la cual -coincidiendo ésta con las temporadas de siembra y cosecha- la imagen es literalmente bañada con granos de trigo, maíz, y otras ofrendas votivas. Incluso una tradición dice que el primer obispo de allí, San Basso, construyó la iglesia de Santa María de Lucera exactamente en el mismo lugar donde antes se encontraba el templo dedicado a Cibeles, una diosa romana negra asociada con los cereales y la fertilidad (*The Goddesses' Mirror*, David Kinsley, 1989, p. 235). Todo esto resulta más entendible, por otro lado, cuando nos enteramos que todas las Vírgenes Negras de Europa, se encuentran localizadas en lugares que anteriormente estuvieron ocupados por tropas romanas y donde existían santuarios a diosas negras, tales como: Ceres, Isis, Cibeles, etc. (Ibid.).



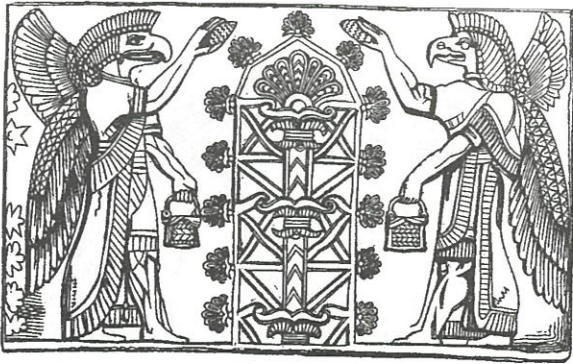
Virgen Negra de Thuret, con una piña de pino al costado derecho, clásico símbolo de fertilidad pagana.



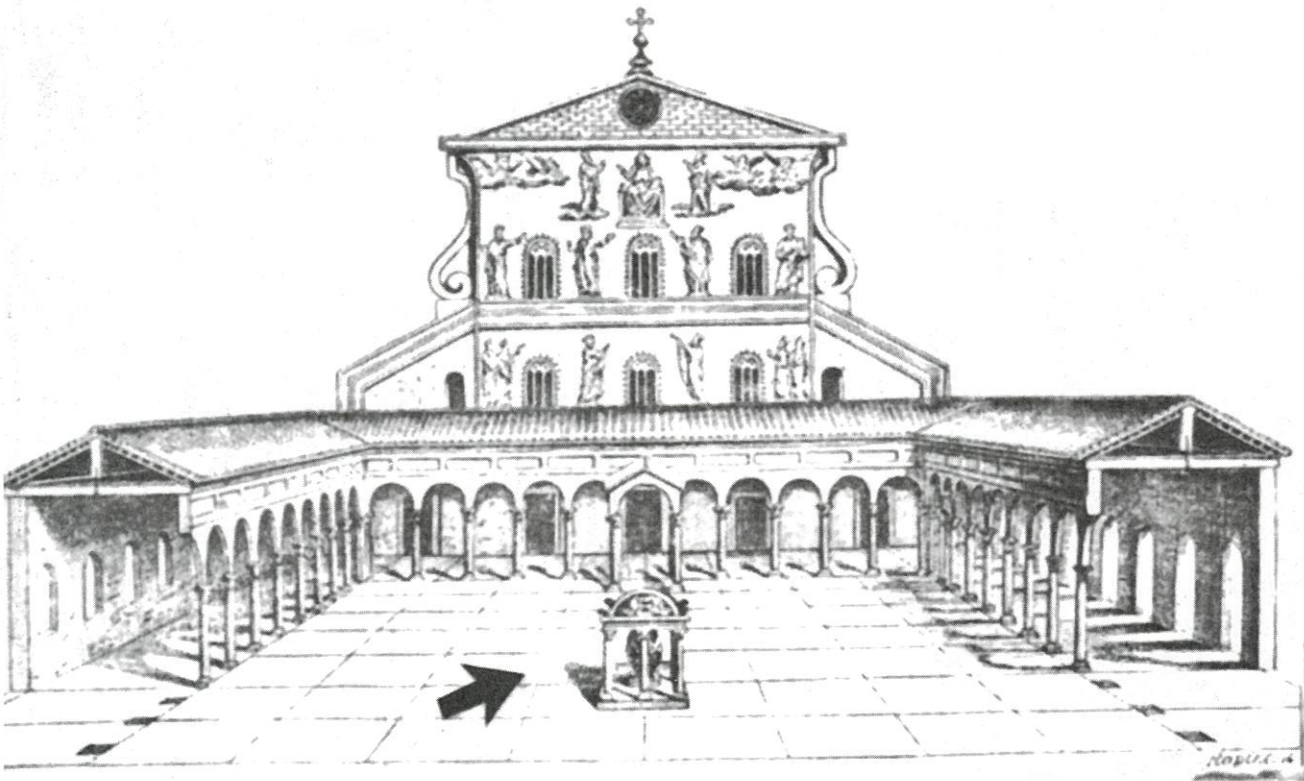
Dionisios sosteniendo su báculo coronado por la piña de pino. Diseño en vasija, Museo di Spina.



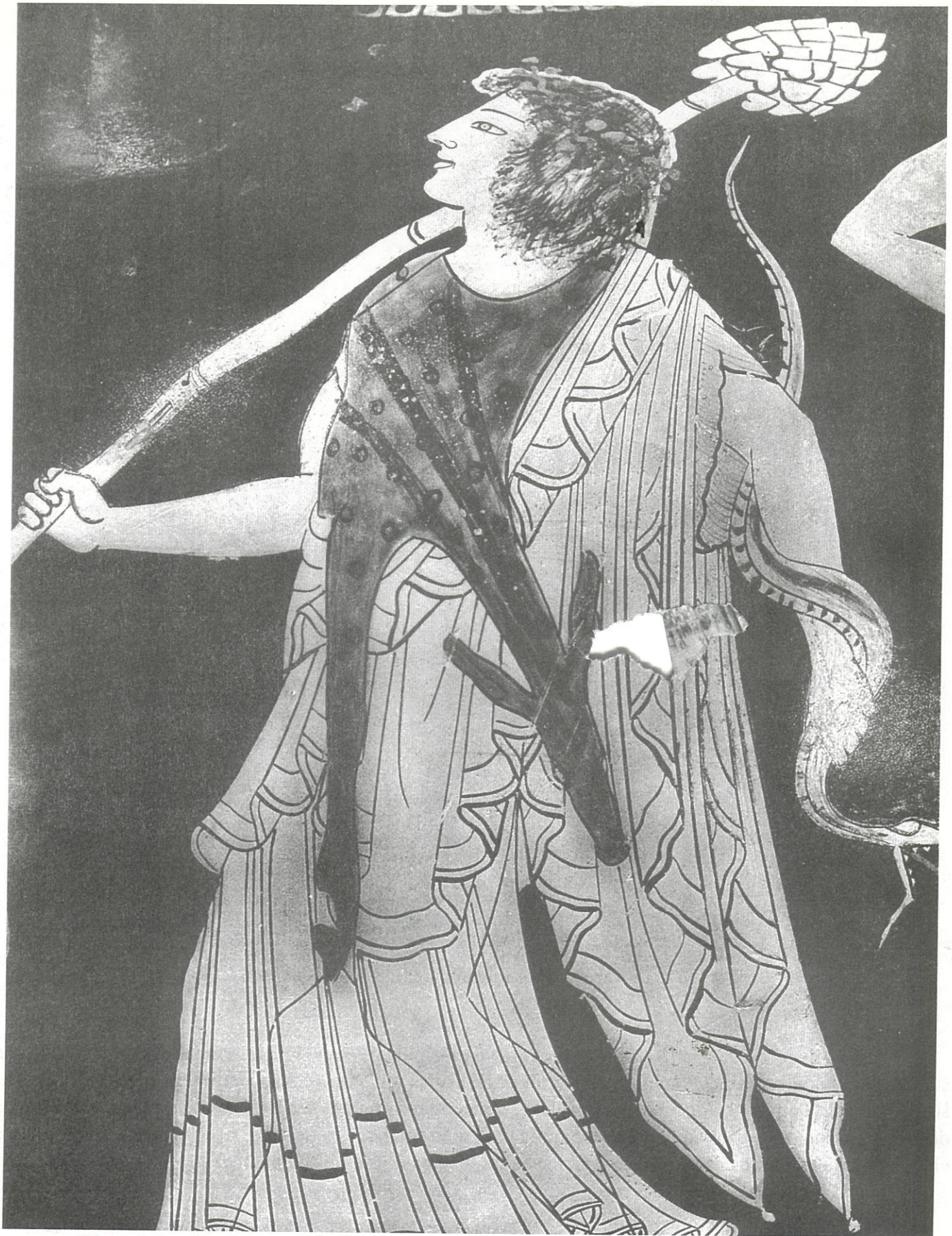
Aquí tenemos a la Virgen sosteniendo un báculo coronado por una piña de pino. Exactamente como solía representarse también el báculo de Dionisios que aparece a la izquierda. Virgen con niño, Notre Dame, París, siglo XII.



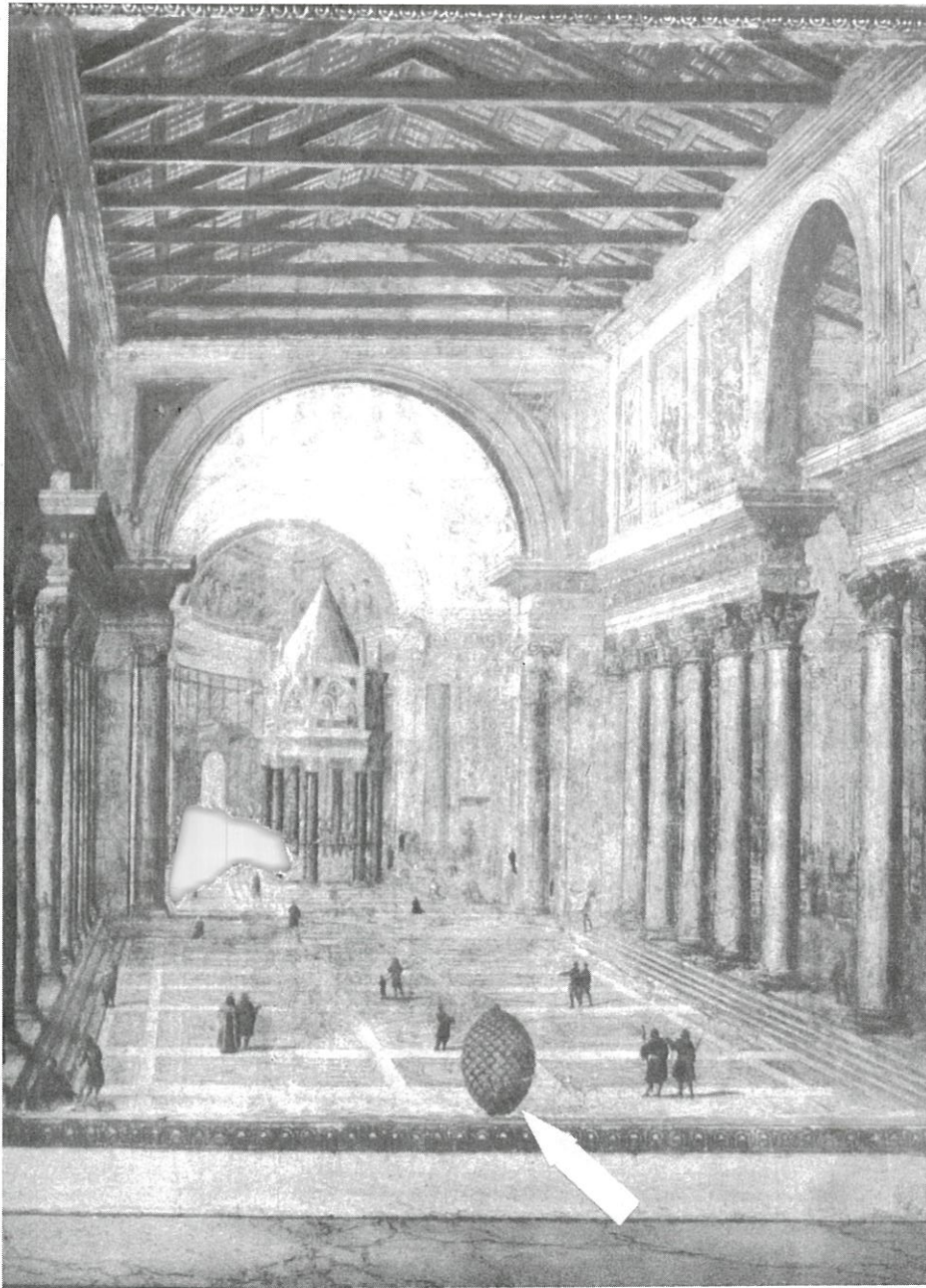
La piña de pino, como símbolo pagano de potencia fecundadora podemos rastrearlo hasta Nínive, Asiria. En las figuras de arriba tenemos a varios sacerdotes -a la izquierda aparecen como águilas- adorando a un pequeño obelisco, que no es mas que un pene disfrazado (*Ancient Faiths in Ancient Names*, Thomas Inman, 1872, vol. 1, p.25).



Atrio y fachada de la antigua Basílica de Constantino, hoy Basílica de San Pedro en el Vaticano. En el centro del patio, donde apunta la flecha, originalmente se encontraba una piña de pino gigante.

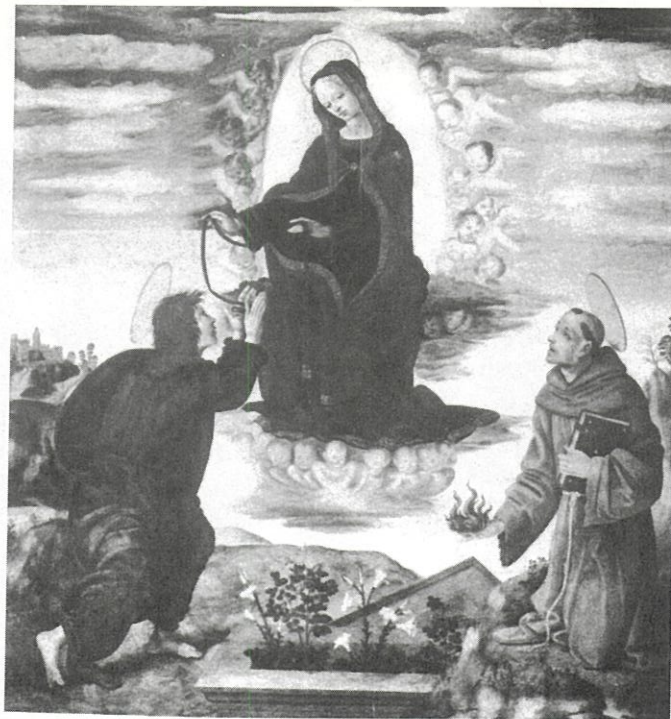


Diosa de las Bestias con báculo coronado con piña de pino. Vaso griego, siglo V, a.C.



Fresco del interior de la Basílica de San Pedro, siglo XVII.

Arriba, donde apunta la flecha, tenemos otra vez a la piña de pino gigante, aunque ahora vemos que ha sido trasladada del patio de la Basílica, al interior de la misma. En base a esto podemos entonces suponer que, si este símbolo de potencia fecundadora pagano se encontraba en un lugar prominente, y a la vista de todos dentro del principal y más importante templo católico del mundo; es de esperarse, por otro lado, que los clérigos romanos hayan deseado verlo también en las diversas representaciones de sus Madonas o Vírgenes.



La Madona della Cintola. Filippino Lippi, 1504.

De todas las reliquias e imágenes de la Virgen imbuidas con el poder de dar fertilidad a la matriz, la más eficaz era el cinto o ceñidor que ella supuestamente había usado alrededor de su cintura. De acuerdo a una leyenda medieval, la Virgen lo había dejado caer a la tierra durante su Asunción con el fin de convencer al incrédulo Tomás de su ascenso al cielo (Warner, op.cit., p.350).

Independientemente que la leyenda es una verdadera ridiculez, por otro lado también nos damos cuenta que no es sino un vil plagio de la mitología grecoromana. Ya que tal mitología nos dice que en el juicio de Paris, después que Hera (diosa reina del cielo, diosa de los dioses, representativa de las mujeres, y diosa de los matrimonios) le prometió a Paris poder y Atena la victoria; posteriormente Afrodita se despojó del cinto de su túnica y lo dejó caer, prometiéndole a Paris la más hermosa de las mujeres mortales. Después de este suceso, la mitología nos dice también que la misma Hera llegó a usar este cinto como amuleto de amor. Por causa de esto vemos que anteriormente en Roma, los romanos tenían a Juno Cinxia (Juno del Cinto) como la diosa que presidía en desatar el cinto de las novias (*The Greek Myths*, Robert Graves, 1966, p. 203).



María, como patrona de los matrimonios y protectora de las novias, distribuye dotes a esta pareja. Siglo XV, Roma.

María como Nuestra Señora de las Flores



Flora, diosa romana de las flores, las cosechas y la fertilidad.

En la Roma pagana de la antigüedad, en los últimos años del imperio romano, los romanos se arrojaban flores unos a otros durante el licencioso festival *Ludi Floreales*, esto desde el 23 de abril al 3 de mayo en honor de Flora, diosa de las cosechas y la fertilidad cuyo culto estaba asociado particularmente con la excitante flor del espino, o sea la flor de mayo. En toda Europa Medieval, el 1 de mayo, la Reina de Mayo era coronada y algunas veces casada con el Hombre Verde, según un antiguo rito de fertilidad que en algunos lugares -incluyendo Inglaterra- ha sobrevivido a las prohibiciones (*The Golden Bough*, J.E. Frazer, 1963, pp. 157-178; *The Cult of the Mother Goddess*, 1958, pp. 187, 188).

Los reformadores protestantes aborrecían esta festividad y lucharon contra ella en el norte de Europa. Pero los jesuitas, expertos en transformar lo pagano en católico romano, “santificaron” la celebración y convirtieron a la Reina de Mayo en la Virgen María. Esto sucedió a partir del siglo XVIII en Nápoles, desde donde se extiende después a toda Italia, Irlanda, y a todo el mundo católico, alentado y supervisado por los jesuitas (*Manuale di Storia Liturgica*, Mario Righetti, 1959, vol. 2, p. 367).

Todo lo anterior, lógicamente, nos viene a explicar por qué en muchos países católico romanos las estatuas de la Virgen son galardonadas con flores y coronadas el 1 de mayo, y llevadas en procesiones a través de las calles cubiertas también de flores y alfombradas con espino. En Irlanda, por ejemplo, el mayo o espino se considera que tiene poderes mágicos y es consagrado a la Virgen en muchos de sus santuarios (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p. 366).

Por otro lado, antes que los jesuitas convirtieran a la Virgen en la Reina de Mayo, a la Virgen ya se le había relacionado con el concepto de la flor. Durante la Edad Media, cuando ella se convierte en tema de amor poético y en ocasiones también erótico, uno de sus más locos enamorados, el monje Geautier de Coincy (m. 1236) le compuso un canto erótico donde le dice que ella es su amada; y que sobrepasa a todas las otras amadas porque ella es tan bella, y nunca le da ninguna aflicción. Su fragancia, en particular, le encanta: “*Ella es la flor, la violeta, la rosa plenamente florecida, que da el olor que satisface a todos. La madre del Señor Altísimo está perfumada más que cualquier flor*” (*Les Chansons de la Vierge*, Jacques Chailley, París, 1959).

Otro monje loco que también se enamoró de la Virgen, fue Bernardo de Clairvaux. Y, en uno de los poemas que le dedicó a ella, también la relaciona con flores cuando dice: “*Oh María, tú eres la violeta de humildad, la azucena de pureza, la rosa de amor*” (*Man, Myth and Magic*, Marshall Cavendish, 1983, vol. 7, p.1749).



María dentro de una azucena donde dice...“Reina de las Vírgenes, reza por nosotros”.

Symbols in the Church, Carl Van Treeck, 1960.



**María dentro de una
azucena, flor que simboliza
fuerza y virginidad.**



**María dentro de la
rosa mística.**

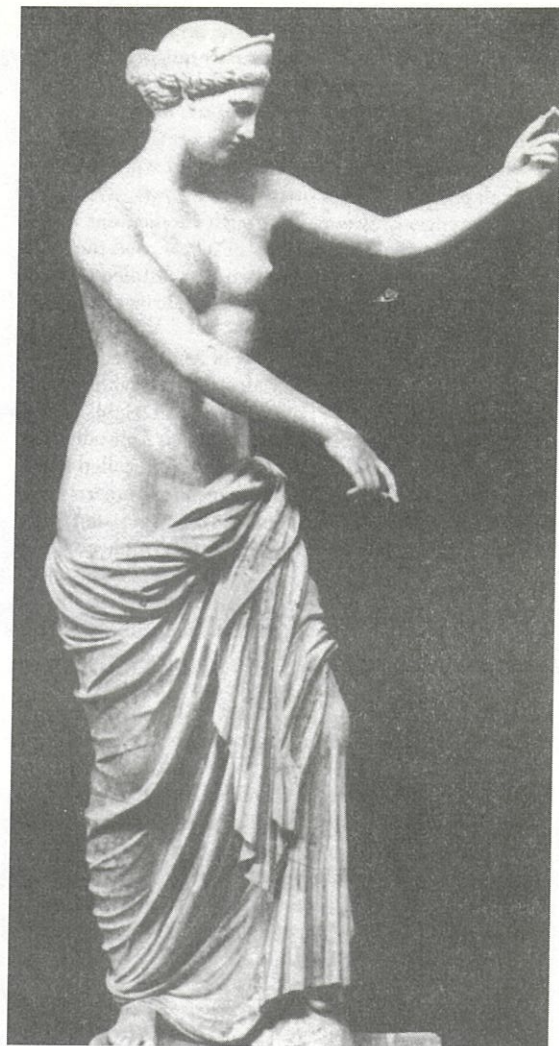


**El dios egipcio Horus dentro de una flor de loto.
Otro concepto pagano plagiado por los clérigos romanos para representar
a María dentro de una flor, como aparece arriba.**



**Afrodita sobre un ganso y sosteniendo una
azucena en la mano.**

Museo Británico, 470 a.C.

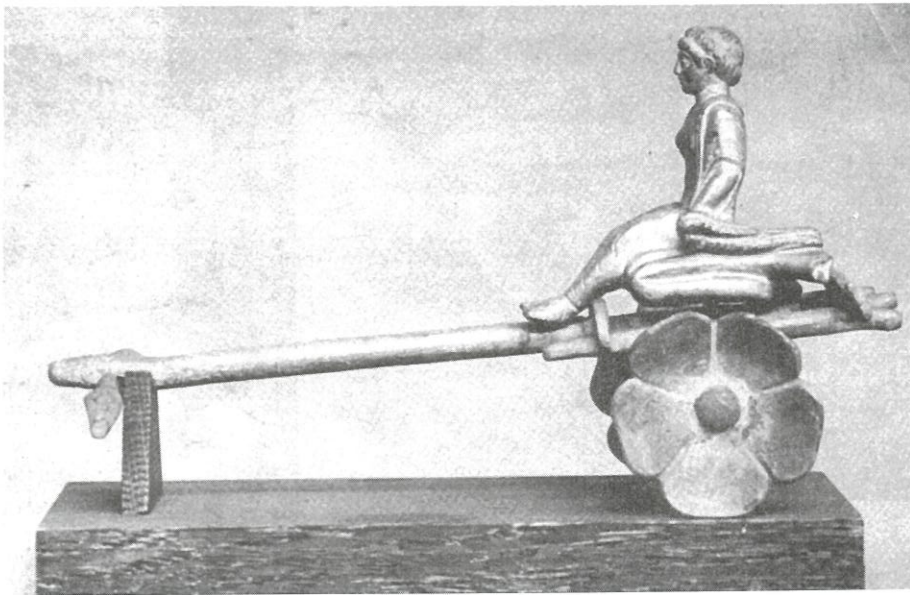


Afrodita, siglo IV a.C.

El hecho que los clérigos romanos hayan asociado a la Virgen con las flores, específicamente con la azucena y la rosa como en el caso anterior, nos muestra una vez más que no son sino unos viles plagiarios. Pues sabemos por ejemplo que Afrodita, diosa griega del erotismo y por ende también de la fertilidad y el crecimiento, solía representársele con una azucena en la mano (*The Meaning of Aphrodite*, Paul Friedrich, 1978, p. 75).

De igual manera la rosa también estaba asociada con Afrodita, ya que la diosa era celebrada como la Señora de la floración de primavera, especialmente las rosas en floración, e incluso llevaba rosas en su pelo. Debido a esto la rosa era llamada también “la imagen de Venus”, que era el nombre romano para Afrodita (*The Homeric Gods: The Spiritual Significance of Greek Religion*, Walter F. Otto, 1954, p. 94).

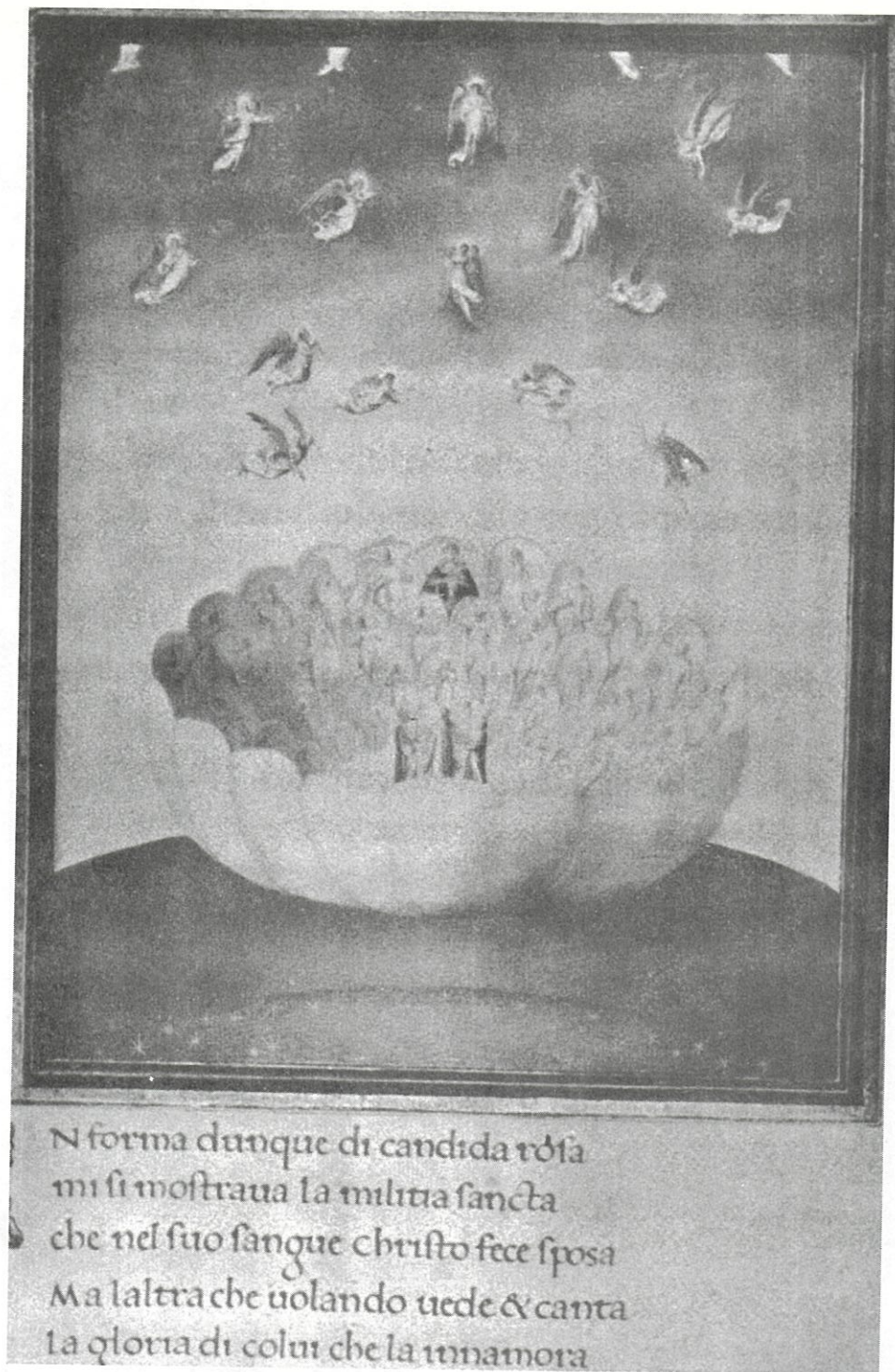
El aroma que despiden las flores en su floración, por otro lado, se consideraba como un afrodisíaco que despertaba el deseo sexual del cual Afrodita era la diosa, y por ello se le representaba casi siempre desnuda. En las últimas etapas de su adoración y culto, a Afrodita empezó a asociársele cada vez más con fragancias florales que propiciaban el deseo sexual (Friedrich, op.cit.). Los griegos le dedicaron a Afrodita numerosos cánticos y poemas eróticos donde comúnmente mencionaban el aroma de las rosas. Y de aquí, sin duda, se inspiró el monje Gautier de Coincy para componer su canto erótico a la Virgen. Pues como anteriormente mencionamos, él le llama... “la rosa plenamente florecida, que da el olor que satisface a todos”.



Afrodita en un carro de procesión con ruedas en forma de rosa.



Idílicamente rodeada por las rosas que son su símbolo, la Virgen está sentada en un paraíso jardín. Madona bajo un Rosal, Stefan Lochner (m. 1451).



**La rosa mística de Dante, con la Virgen en el borde más alto de la rosa.
Manuscrito de la Divina Comedia, sigloXV.**

El poeta Dante Alighieri, creador de una de las obras literarias más grandes de todos los tiempos, la Divina Comedia, mantiene a la Virgen en su obra como una figura exaltada celestialmente, y se refiere a ella varias veces como la Reina del Cielo (*Paradiso*, XXXI, 133-136). El dibujo arriba, pertenece a una visión de la Virgen que Dante describe en su obra. Una visión que, evidentemente, fue “inspirada” por el antiguo concepto pagano que ya mencionamos.



**Grabado en madera “La Santa Virgen, con un marco ovalado
hecho de flores. Siglo XV, Suecia.**



La Madona de la Rosa. Seikyo Okayama, convento de Obayashi, Japón.

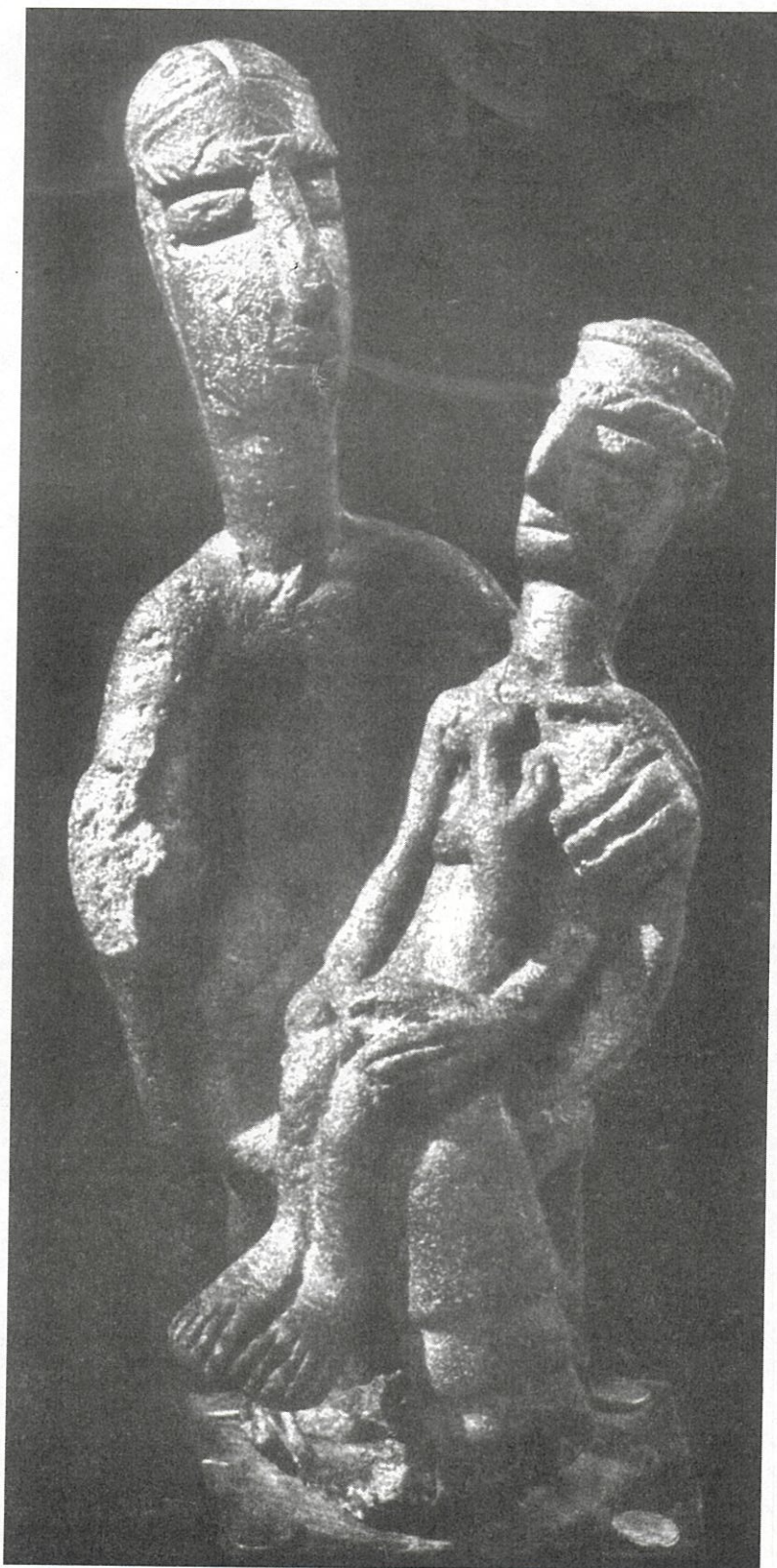
María como diosa-madre con niño...

¿iconografía prehistórica?

La iconografía mariolatrera, especialmente las primeras imágenes de María entronada amamantando a un niño, fueron influenciadas grandemente por las imágenes de Isis y su hijo Horus. No obstante, la imagen de la diosa-madre con un niño en sus brazos, no solamente se remonta al antiguo Egipto -miles de años antes de Cristo- con la diosa Isis, sino que retrocede incluso hasta la prehistoria. A continuación presentamos, a manera de ejemplo, unas fotografías de tal iconografía prehistórica, pasando después a períodos posteriores donde sigue siendo patente el concepto iconográfico diosa-madre con niño.



Diosa madre con niño. Cerdeña, prehistórica.



Diosa madre con niño. Italia, prehistórica



Diosa madre con niño, con rostro sonriente de reptil. Ur, Babilonia, 4000-3500 a.C.



**Diosa madre con niño.
Chipre, siglo XV-XVIII a.C.**



**Isis amamantando al dios-niño Horus.
Egipto, 2040-1700 a.C.**



Isis amamantando al dios-niño Horus. Egipto, siglo VIII-VI a.C.



Diosa madre con niño. Congo Belga, Africa.

La leche de María

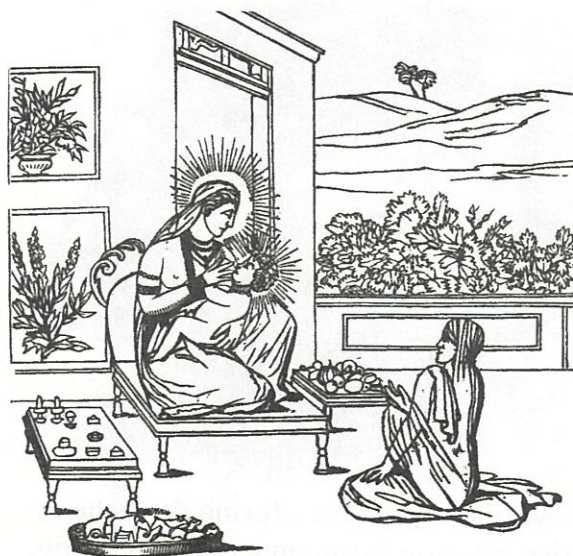
La Virgen, en el romanismo católico, representa la maternidad en su plenitud y perfección. Sin embargo los clérigos romanos, en su afán de deificarla, y no obstante siendo ella madre, la exentaron de relaciones sexuales y de los trabajos del parto. Con todo, en el culto católico se le permitió a la Virgen cumplir una función biológica natural: dar el pecho. Y, desde las imágenes más tempranas en adelante, se ha representado a la Virgen amamantando a su hijo.

No obstante, como vimos en el capítulo anterior, las diosas han amamantado a sus descendencias divinas tan lejos atrás como cualquier civilización descubierta. Y es que la leche, desde tiempos inmemoriales, simbolizaba la clave del don de la vida. Pues sin ella, en tiempos donde no existían comidas para bebés, el niño tenía escasas posibilidades de sobrevivir. De manera que la aparición casi milagrosa de la leche en el pecho de la madre, parecía tan providencial como la concepción y el nacimiento del propio niño.

Por otro lado todos los estudiosos del tema coinciden que el concepto de la Virgen lactante, *Maria Lactans*, se originó más bien en Egipto. Pues Isis, más que ninguna otra diosa, es representada casi siempre como madre lactante del dios Horus. Pero su rostro es gélido, e inspira temor mientras ofrece el pecho a su hijo. Este tipo de iconografía influenció las primeras imágenes de la Virgen lactante, como se puede apreciar abajo, donde vemos a la Virgen imponiendo su majestad y dignidad mirando al frente, por encima de la cabeza del niño, con ojos enormes y bordeados en negro, mientras ofrece el pecho al niño (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p.256).



**Isis amamantando a Horus.
Y, a la derecha, María amamantando a Jesús,
según unos manuscritos coptos de
Fayum (895-898).**



**Maia, diosa hindú mas tardía que la
Isis egipcia, dando pecho a Krishna y
mirándolo a los ojos, denotando así una
expresión más humana.**



Isis, conocida también como Señora de la Abundancia, ofrece su pecho a un dios Horus adulto, para recordarle de dónde procede su poder y que sigue dependiendo de ella (Relieve del templo Dendera). La comunión que ofrecía Isis al mundo estaba compuesta de pan -porque ella descubrió el trigo- y de leche, que manaba de su pecho. El iniciado o devoto de Isis bebía leche de una copa en forma de pecho de mujer, para recordar que Isis, como Madre Naturaleza, era “Madre de Todos” (*La Diosa*, Adele Getty, 1995, p. 73).



Las vasijas sagradas en forma de pecho de mujer, desempeñaron un papel importante en la vida ritual de diversos pueblos cuando éstos adoraban a la Gran Madre.



Isis, como la Madre de Todos, también era madre de los reyes de Egipto. Isis con el Rey, Templo de Seti, Egipto, Dinastía XIX.



Vasija con cuatro pechos de mujer. Terracota, Perú, precolombina.



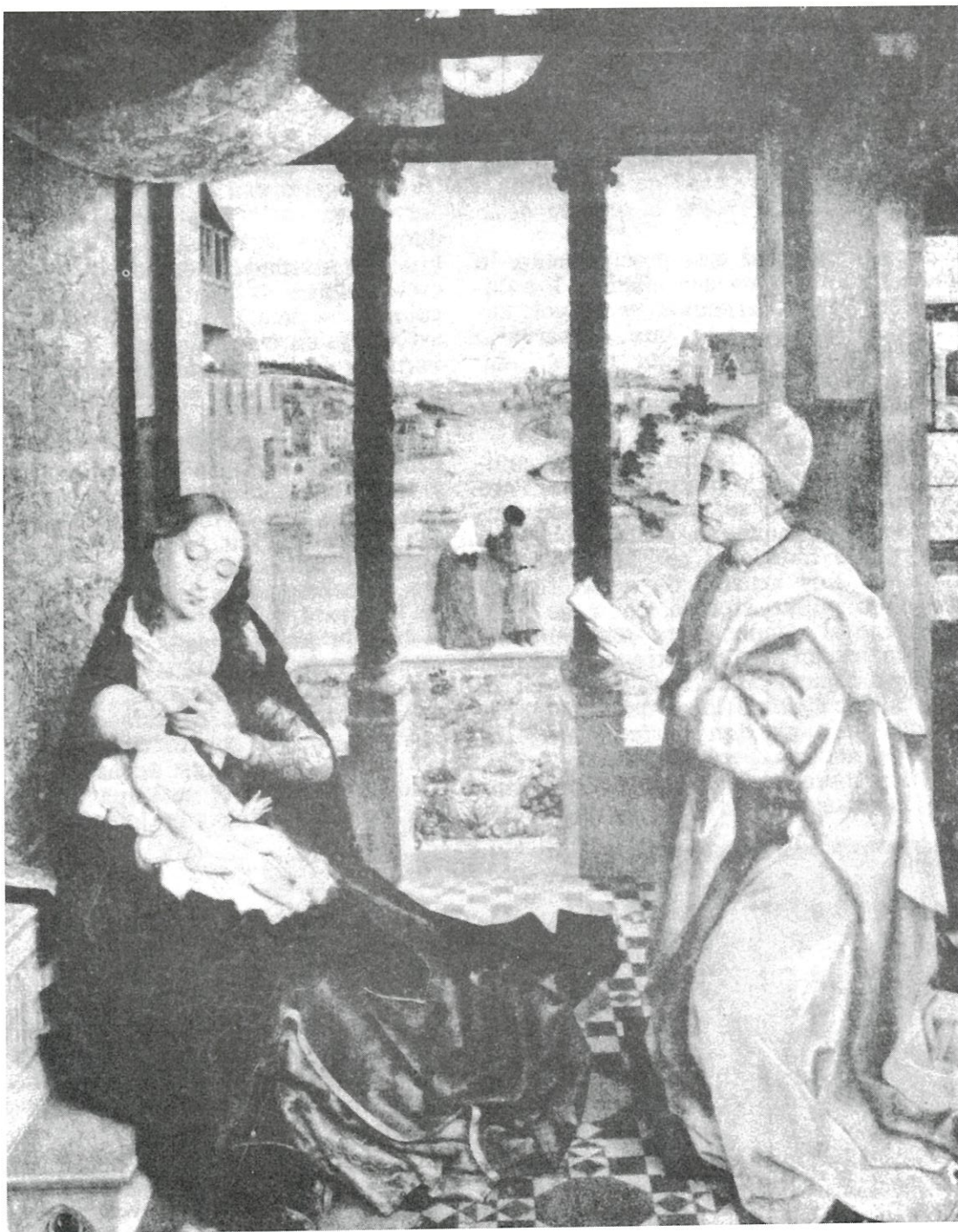
En la mitología egipcia, la influencia que ejercía la leche del pecho de Isis sobre un dios Horus adulto, fue trasladada en su concepto por el ingenio diabólico de los clérigos romanos a la figura de la Virgen María y Jesús. En esta pintura de comienzo del siglo XV en la catedral de Florencia, tenemos una dramática escena. María, desnudando su pecho, se arrodilla al lado de Cristo, el cual descubre los estigmas de su Pasión. Y en esta actitud ella, manipulándolo por medio de su leche, le pide que interceda ante el Padre por los pecadores acurrucados en torno a su manto. El Dios Padre arriba, con una flameante aureola, asiste a la petición.



La iconografía mariolatrera de la Virgen dándole pecho al niño Jesús, se volvió muy popular en el mundo católico romano. Esto porque servía a los intereses de los clérigos romanos en su afán de deificar a María. Pues la imagen proyecta a Jesús, el Dios-hombre que hizo los cielos y la tierra, dependiente de la leche de su madre. Y así, la leche de María, toma implicaciones universales. Pues su leche nutre a aquel que a su vez nutre a toda la raza humana. Ella en esta caracterización se vuelve la madre de salvación, y su leche se vuelve la leche de salvación (*The Goddesses' Mirror*, David Kinsley, 1989, p. 226).



Otras de las muchas representaciones de la Virgen lactante. Escuela de Cuzco, Perú, siglo XVIII.



**Virgen lactante siendo pintada por San Lucas,
según la representación de Roger Van der Weyden, 1440.**

Los clérigos romanos, en su afán de deificar la imagen de la Virgen lactante, donde Jesús no es nada más que un bebé indefenso dependiente de la leche de su madre, nunca imaginaron que siglos después su ridiculez y cinismo religioso quedaría al descubierto. Es decir ¿quién hoy en día podría creer que Lucas, habiendo sido colaborador del apóstol Pablo y que nunca conoció a Jesús, iba ser capaz entonces de pintarlo en brazos de su madre?

Por otro lado es interesante hacer notar que, así como Isis daba su leche no solamente su hijo el dios Horus sino también a todos sus devotos; vemos que los clérigos romanos, rayando otra vez en la ridiculez, copiaron también este concepto de la mitología egipcia y lo introdujeron a su mitología católica romana. Y, a fin de llevar esto a cabo, los clérigos romanos inventaron en ese entonces ciertas fábulas que ni un retrasado mental las creería en la actualidad.

Quizá el ejemplo más famoso de este absurdo lo tenemos cuando María supuestamente dispensó tres gotas de su leche a uno de sus devotos, el abad francés Bernardo de Clairvaux, un fervoroso adorador de María: *“Bernardo estaba recitando el Ave Maris Stella frente a una estatua de la Virgen en la iglesia de San Vorles en Chatillon-sur-Seine, y cuando llegó a las palabras ‘Monstra esse matrem’ (muestra que eres madre), la Virgen apareció ante él y presionando su pecho dejó caer tres gotas de leche en sus labios (Two Saints, St. Bernard and St. Francis, G. Culton, 1932, p. 9).*



La Virgen recompensando el celo de San Bernardo su “Trovador” con tres gotas de leche de su pecho. Filippino Lippi, 1504.

Esta pintura que aparece arriba, la cual alcanzó gran difusión durante el Renacimiento, nos muestra a un “San” Bernardo con aureola, símbolo de santidad. Sin embargo, la historia no registra a este tipejo como ningún santo, sino más bien todo lo contrario. Ya que “San” Bernardo fue responsable de inventar el concepto del guerrero-monje durante las guerras de exterminio del Vaticano denominadas como Las Cruzadas o “Guerras Santas”. Pues a fin de proveer más soldados al Papa, convirtió a miles de monjes en guerreros, e incluso justificaba masacres de pueblos enteros cuando decía: *“El cristianismo se glorifica en la muerte de un pagano, porque a través de ello Cristo mismo es glorificado” (The Monks of War, Desmond Seward, 1972, p. 4).*

Una de las leyendas más tempranas y evidentemente absurdas de los milagros de la Virgen lactante, incluso con cierto contenido erótico, que aparece una y otra vez en compilaciones posteriores durante la Edad Media, es la siguiente: Un monje está muriendo de una pútrida enfermedad de la boca, de manera que su nariz y labios han sido corroídos por úlceras. Sus compañeros le han dado ya por muerto. El entonces le reprocha a la Madona recordándole con amargura que él la había invocado fielmente todos los días, incluso con las mismas palabras de aquella mujer que aparecen en los evangelios... “*Bendito sea el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron*” (Lucas 11:27). La Virgen, apropiadamente corregida por el reproche de su devoto, se aparece al lado de su cama y, como describió Gautier de Coincy, que escribió la historia en francés en 1223:

*Con mucha dulzura y mucha delicadeza
De su dulce seno sacó su pecho,
Que es tan dulce, suave y bello,
Y lo colocó en su boca,
Y dulcemente le toca por todas partes,
Y lo riega con su dulce leche.*

Miracles de la Notre Dame, Gautier de Coincy.

La asociación de la leche de María con sus poderes de intercesión y curación, inspiró una enorme cantidad de reliquias en todo Europa. Desde el siglo XIII, pequeñas botellas en las que la leche era guardada, se veneraban por todo el mundo católico romano en santuarios que atraían peregrinos por millares, esto con su respectiva derrama económica, por supuesto. Walsingham, Chartres, Génova, Roma, Venecia, Avignon, Padua, Aix-en-Provence, Toulon, París y Nápoles poseían todas la preciosa y eficaz sustancia.

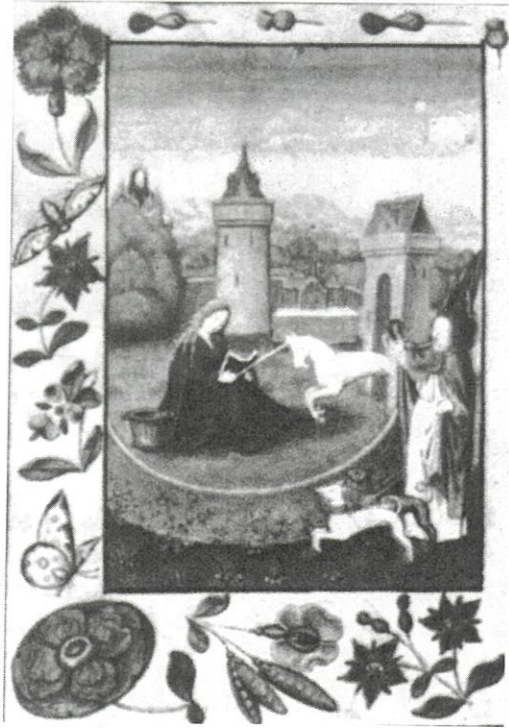
En ocasiones, la reliquia pretendía ser un trozo de suelo de la gruta de Belén, donde unas pocas gotas se habían derramado supuestamente mientras María estaba dando el pecho. Este lugar, conocido como la Gruta de la Leche, incluso puede ser visitado hoy en día por los turistas en Jerusalén (Warner, op.cit., p. 266). Lo curioso del caso, no obstante, es que la Biblia no registra que Jesús haya sido amamantado en una cueva, sino en un pesebre (Lucas 2:7).

Por otro lado, y en relación a la gran estafa que representaban este tipo de reliquias, vemos que el reformador y teólogo francés Juan Calvino, dedicó al tema un párrafo mordaz en su obra titulada *Tratado sobre las reliquias*. Allí Calvino nos informa que no hay una ciudad tan pequeña, ni convento... “*tan mezquino que no exhiba algo de la leche de la Virgen...Es tanta, que si la santa Virgen hubiese sido una vaca, o una ama de cría durante toda su vida, ni aún así habría logrado tanta productividad* (Dictionnaire Critique des Réliques et Images Miraculeuses, Collin de Plancy, 1821, vol. 2, p. 160).

Un desarrollo aún más curioso y sumamente ridículo que los clérigos romanos inventaron respecto a la leche de la Madona, fue la aplicación de la leyenda mitológica del unicornio al misterio de la Encarnación. Según el *Physiologos*, el bestiario mitológico más ampliamente leído, el unicornio era un animal de fabulosa rapidez, fuerza y belleza, y sólo podía ser capturado por una virgen. Si los cazadores querían encontrar un unicornio, tenían que atraerlo con una doncella sin mancha, cuya fragancia se sobrepondría a la natural ferocidad del animal. Y entonces el unicornio, dócil como un cordero, se acostaría sobre el regazo de la doncella y bebería la leche de su pecho. De ese modo el unicornio se intoxicaría, y los cazadores podrían cogerle así desprevenido y llevarlo cautivo al palacio de su rey.

Esta leyenda misteriosa, y probablemente de origen oriental, fue plagiada por el Papa Gregorio el Grande (m. 604), quién además sustituyó al unicornio por Jesús. Debido a esto vemos que para el siglo XIV, la leyenda ya se encontraba firmemente arraigada en los católicos romanos. Pues se veía al unicornio como un prototipo del redentor encarnado, que enarbola “*un cuerno de salvación*” por nuestros pecados; y, la virgen que le hace caer

en la trampa, es María su madre, a cuya virtud él no puede resistir. Así, una vez que ha sucumbido a ella, se convierte en su bebé y mama de su pecho, y está predestinado a la muerte, cazado y golpeado de tal modo que puede conducir a la muchedumbre de los redimidos al “palacio del rey” del paraíso (*The Lore of the Unicorn*, Odell Shepard, 1967).



Cristo el unicornio, cazado por el ángel Gabriel y sus perros, posa su cabeza en el regazo de la Virgen, a la que no puede resistir, estando ella sentada en el jardín cerrado rodeada de otros símbolos de su virginidad. De izquierda a derecha, la zarza ardiendo, la torre de marfil, el arca de la Alianza, la puerta cerrada; y, a su lado, el tarro que mantiene el maná a salvo de la corrupción (Holanda, siglo XVI).



Los excesos en la iconografía de la Virgen Lactante, de parte de los clérigos romanos, inspiraron cuadros como el que aparece a la izquierda. Ella es Agnès Sorel, la amante de Carlos VII de Francia y madre de cuatro de sus hijos. La mujer hechizó de tal manera al tesorero de Carlos VII, Étienne Chevallier, que hizo que éste ordenara hacer su retrato al pintor Jean Fouquet (año 1450). Ella aparece como Virgen entronizada, con la frente excepcionalmente ancha -afeitada como era la moda- coronada con joyas, mientras que de su sensual corpiño brota un pecho redondo y firme.

Posteriormente, se consideró indecoroso que la Virgen apareciera con su pecho desnudo, y el Papa Paulo IV (1555-1559) ordena al pintor Daniele da Volterra que cubra los desnudos de la Capilla Sixtina, renovando así el ascetismo en el catolicismo romano (Warner, op.cit., p.220).



Santa Sofía representando la Sabiduría. De un manuscrito italiano, Edad Media.

Esta es una de las representaciones absurdas que provocó en su tiempo la iconografía de la Virgen lactante. Es la personificación de la Sabiduría en Santa Sofía, representada aquí como una diosa que está dispensando su Sabiduría, esto a través de la leche de sus pechos que están siendo mamados por dos hombres.

María como Emperadora del Infierno

El paralelismo existente entre la mitología pagana de diversas diosas de la antigüedad, con la mitología de la Virgen católica romana, incluye también el aspecto del descenso de la diosa al infierno. Y, debido precisamente a esto, es que los clérigos romanos en su afán de enriquecer la mitología mariana, inventaron que la Virgen entre sus muchas “hazañas”, había descendido también al infierno, como más adelante veremos.

No obstante, el mito más antiguo recuperable en este sentido, donde una diosa desciende al infierno, nos hace retroceder hasta Inana, en Sumeria. Aunque ella es también, dicho sea de paso, la primer Gran Diosa a quien la historia registra por nombre (*The Goddesses' Mirror*, David Kinsley, 1989, p.113).

Inana tenía un papel central en la mitología, teología y culto sumerio. Estaba asociada fuertemente con la fertilidad de las cosechas, los animales, y la vida en general. Se le representaba reinando en los cielos y por ello se le conocía también como la Reina del Cielo, título que hoy también se le da a la Virgen María.

El descenso de Inana al mundo de los muertos, y su posterior ascenso después de tres días, está relacionado, no obstante, con los ciclos de vegetación. Ya que para que aparezcan las cosechas, primeramente se tiene que enterrar la semilla y morir ésta en la tierra (*The Treasures of Darkness: A History of Mesopotamian Religion*, Thorkild Jacobsen, 1976, p.36).

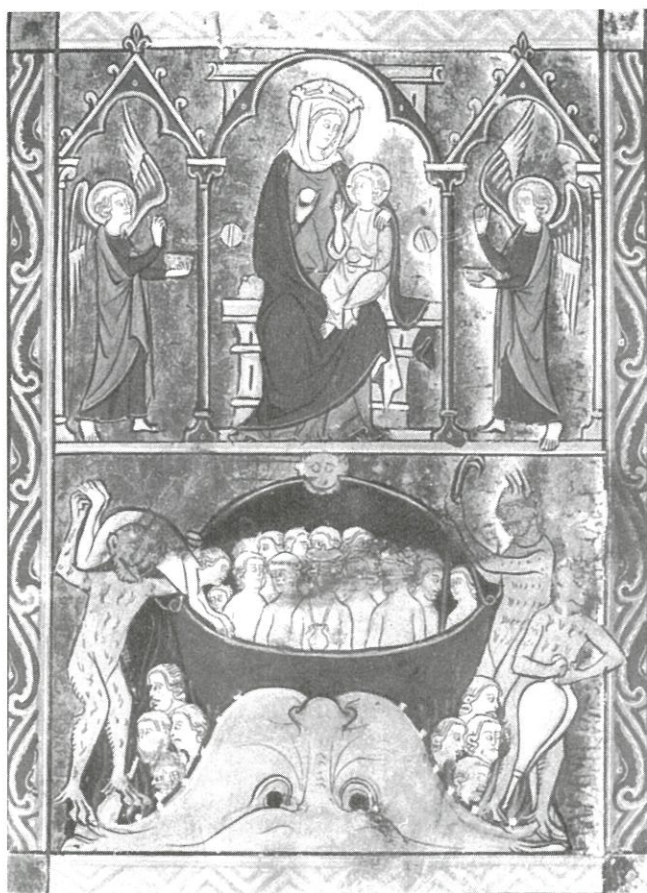


Inana, tercer milenio, a.C. Museo del Louvre.

Otra mitología posterior a Inana en Sumeria, donde vemos que también una diosa desciende a los infiernos, es el caso de la mitología grecoromana. Pues allí vemos que Démeter (la Ceres romana), diosa de la agricultura, descendió a los infiernos para rescatar a su hija Perséfone del sombrío Plutón, rey de las tinieblas y monarca de los muertos.



Este relieve muestra cómo Plutón, en su carro tirado por cuatro corceles, raptó a la bella hija de Démeter para llevársela a los infiernos.



El primer documento que habla del descenso de la Virgen al infierno, es el *Apocalipsis de Pablo*. Un documento que, evidentemente falso, no obstante era popular en el siglo IV, y siguió siendo popular a pesar del rechazo mordaz de “San” Agustín. Incluso Dante, en su obra *La Divina Comedia*, cuando describe el descenso de Pablo al infierno, denota que está evidentemente influenciado por la descripción del infierno que aparece en el *Apocalipsis de Pablo* (*The Apocryphal New Testament*, M.R. James, 1926, p. 563; *Inferno*, Dante Alighieri, canto 10).

El simbolismo en esta pintura del siglo XIV consiste en que los condenados, en la boca de Satanás, sólo pueden encontrar ayuda por la intercesión de la Virgen, que por ello se convierte en la Reina del Infierno.

Durante la Edad Media los clérigos romanos, aprovechándose de la gran ignorancia y superstición en que se encontraba la mayoría de la gente, inventaron leyendas de la Virgen sumamente absurdas y ridículas relacionadas al infierno y al poder de ella sobre el diablo. A fin de llevar a cabo esto, y como siempre suelen hacerlo, recurrieron entonces a las imágenes para representar y propagar sus mentiras.



Detalle de un manuscrito francés, siglo XIV.

Un ejemplo de este tipo de leyendas medievales, representado aquí a la izquierda, lo tenemos cuando supuestamente un caballero le prometió a Satán entregarle su propia esposa a cambio de riquezas y fama. En esa ocasión la Virgen asumió no sólo el lugar de la esposa, sino también sus rasgos, habla y vestidos, y viajó así de incógnita con el caballero a su cita con Satán en el bosque. Y, por supuesto, cuando se aproximó, el demonio vociferó enloquecido y se echó a sus pies (*Middle English Miracles of the Virgin*, Mary Boyd, 1964, p. 11-14).

La cólera del diablo ante tan descarados trucos por parte de la Virgen es inmensa, y reclama ante el tribunal de Cristo todos los milagros truculentos que ella hace subvirtiendo el curso de la justicia: *“Es ella la que más nos ha perjudicado -dice el diablo en un relato- pues aquellos a los que el Hijo en su justicia abandona, la madre en la sobreabundancia de su misericordia los trae de nuevo a la indulgencia”* (*Life in the Middle Ages*, G. Coulton, 1928, p.62-65).

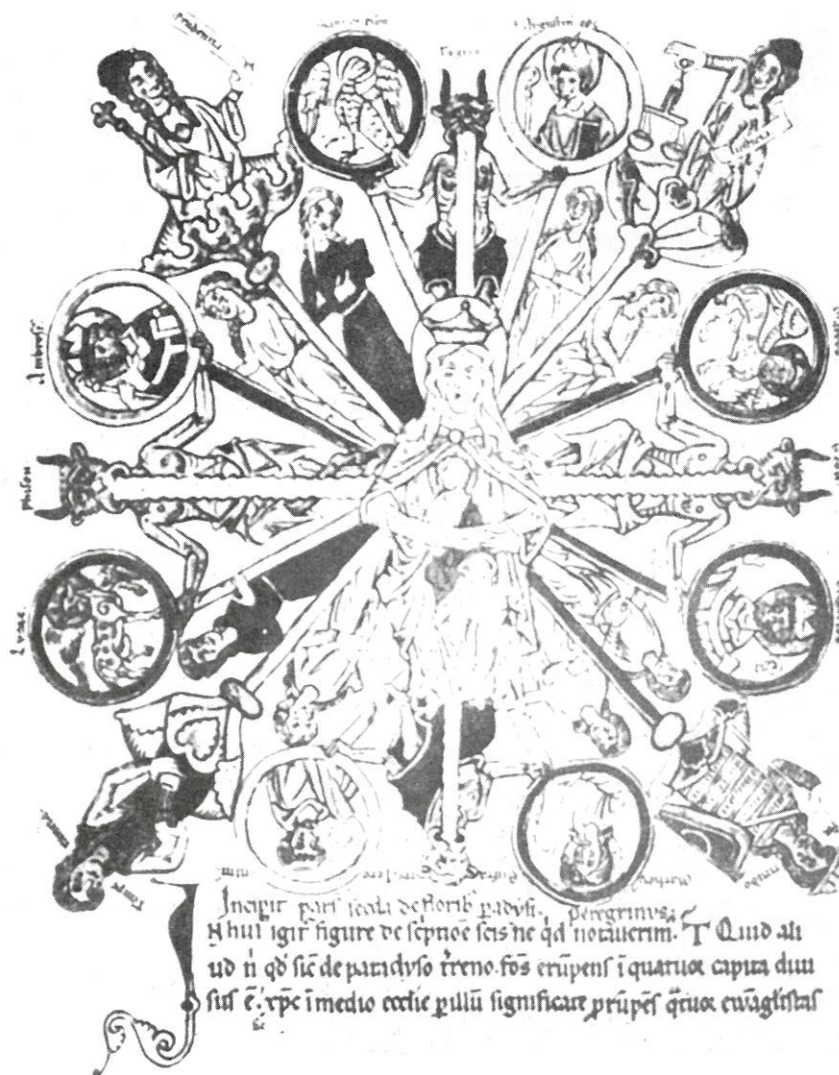


Detalle de un manuscrito francés, siglo XIV.

Los “trucos benévolos” de la Virgen llegan a tal grado en la calenturienta mente de los clérigos romanos que incluso ella hace trampa en el mismo tribunal de Cristo. En la representación que aparece a la izquierda, vemos cómo la Virgen hace trampa para favorecer a uno de sus devotos, inclinando a su favor la balanza que sostiene el arcángel Miguel, mientras un demonio jala el otro extremo de la balanza hacia abajo.

En las leyendas de la Virgen, cuanto más disoluto es el suplicante, más le place a la Virgen. Los héroes de los milagros son embusteros, ladrones, adúlteros y fornicarios, estudiantes lascivosos, monjas embarazadas, clérigos holgazanes, monjes fugados, etc. No obstante, con la única condición que canten sus alabanzas, usualmente recitando el Ave María, y muestren el debido respeto, no deben fracasar. Su justicia es lealtad a los suyos: sea cual sea su conducta, cualquiera puesto bajo su protección es su vasallo y ella es su soberana responsable. Por medio de ella toda la alegre y pecadora pandilla de la humanidad desenfrenada, amante pero “débil”, encuentra así su camino al “paraíso”. No es de extrañar pues que los demonios se encuentren confundidos, como aparece en la obra de Gautier de Coincy: *“La morralla se va al cielo: tenemos el grano y Dios la paja”* (*Les Miracles de la Notre Dame*, Gautier de Coincy, 1223).

Otro factor que contribuyó grandemente a la propagación del mito del poder de María sobre las huestes del infierno, lo encontramos en la obra de la monja española Sor María Agreda de Jesús (1602-1665), titulada *La Ciudad de Dios*. La cual está considerada como la más abundante “revelación” de María y ampliamente leída y estimada en su tiempo. En su obra, esta monja loca imagina a Jesús en la cruz confiando todo el universo a su madre y dándole completo poder sobre los demonios: “*Los demonios la temerán y estarán sujetos a ella. Todas las criaturas irracionales, las estrellas, los planetas, los elementos con todos los seres vivientes, los pájaros, los peces y los animales... estarán de igual modo sometidos a ella... Todo lo que ella ordene y disponga en mi Iglesia... será confirmado por las tres divinas personas (The City of God, María Agreda de Jesús, p. 569).*”



La Virgen, como Emperadora de los Infiernos, mantiene sujetos a los demonios mientras lleva sus devotos al Paraíso.
Manuscrito alemán, siglo XIV.

Sin duda, en su aspecto medieval como Emperadora de los Infiernos, la Virgen logró gran popularidad para su culto. Pues incluso hoy en día los católicos romanos todavía creen que ella ayuda, intercede y salva, a todo tipo de personas aunque éstas sean de dudoso carácter moral, independientemente que se arrepientan o no. Y es que a final de cuentas, el arraigo y popularidad de cualquier clase de idolatría, consiste precisamente en que se puede seguir pecando con tal que se sirva al ídolo; esto con “mandas”, votos, promesas, u ofrendas.

María como Madre de Misericordia



**La Virgen María, como una independiente y monumental *Magna Mater*,
extiende su manto para acoger a hombres y mujeres que han buscado su protección.
Madona della Misericordia. Piero della Francesca, 1445.**

Las leyendas de la Virgen como intercesora y salvadora del infierno -único puente frente al terror seguro de la condenación eterna- propiciaron que ésta adquiriese entonces otro aspecto en su iconografía, ahora como Madre de Misericordia. Después de la Peste Negra, alrededor del año 1340, la Madre de la Misericordia ya se había convertido en la figura votiva más popular para los suyos, una diosa tutelar completamente independiente. Arriba, en la obra de Piero, vemos que la Virgen está en el centro, descollando notablemente sobre los hombres y las mujeres que alrededor de ella la contemplan en oración. Es monumental, tan alta e imponente que el halo de su cabeza está visto en perspectiva desde abajo. Casi terrorífica en su inmensidad y su quietud, la Madre de Misericordia es ciertamente la “*Emperadora del Infierno...cuyo nombre está llamado a ser la alegría de toda la humanidad* (Religious Lyrics of the Fifteenth Century, Carleton Brown, 1932, pp. 22-25).

Tal imagen, por supuesto, omitió totalmente a Cristo e inspiró veneración por la Virgen en su propio provecho, sugiriendo que su misericordia, dada directamente, podía salvar a los pecadores. La imagen de la Madre de

Misericordia viajó a través de Europa durante los siglos XIV y XV, y gozó de una difusión sin precedentes. No obstante los clérigos romanos, cuando se dieron cuenta que tal culto estaba saliéndose de su control, prohibieron la iconografía de la Madre de Misericordia porque implicaba abiertamente la soberanía autónoma de la Virgen (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p. 423).

María se había convertido en un ser celestial más cercano a los hombres, podía entenderlos y compadecerse de ellos, podía aceptar excusas y hacer excepciones... y esto aun contra las reglas. De esta manera la independencia de María se convirtió en una independencia de Misericordia contra Justicia ¡El reino espiritual entonces se dividió ! Ella, en su esfera de acción, era igual que Cristo en la suya. Y podía, además, enfrentarlo en defensa de aquellos que la amaban.



**Estatuilla de la Madre de Misericordia con su manto protector.
Michael Erhard, 1480. Museo Kultur Besitz, Berlín.**

El culto a la Madre de Misericordia se hizo también más popular cuando los clérigos romanos empezaron a difundir el concepto de Jesús como juez celestial. En su papel que juzga a los humanos después de la muerte o al fin del mundo, Jesús era normalmente representado como alguien determinante, mal encarado, enojado y aun hostil, que miraba amenazadoramente a los humanos desde el cielo. Esto, supuestamente, por el dolor y angustia que la humanidad injustamente le había ocasionado y que él no merecía (*The Goddesses ' Mirror*, David Kinsley, 1989, p. 236).

En este distorsionado papel de juez duro e inflexible que los clérigos romanos crearon para Jesús, abriendo así un espacio perfecto en su mitología para la imagen falsa de su Madre de Misericordia, la función bíblica de Jesús como abogado (*Paraklete*) de la humanidad y como el buen pastor que protege y ama sus ovejas, es totalmente ignorada y olvidada. Y, es precisamente en este contexto, donde María entra para usurpar el papel que Jesús aparentemente ha abandonado: ahora como amiga y protectora de su devoto pecador. Y, no obstante la iconografía de la Madre de Misericordia finalmente se prohibió -esto en el Concilio de Trento en 1545- el símbolo de su manto protector sobrevivió a su prescripción en el arte católico romano. Pues posteriormente se inventó que el manto de la Virgen, denominado en ese entonces también como “escapulario”, tenía su origen en la visión de un santo, y que tenía especiales poderes profilácticos contra la muerte y el mal. En 1521 la Virgen se apareció a San Simón, un monje místico inglés, que adquirió el sobrenombre de “Stock” (tronco de árbol) por el árbol en que decidió “enclaustrarse”. Ella le dio el manto: “*Recibe, mi amado hijo -dijo la Virgen- este hábito de tu orden, que tendrá para ti y todos los carmelitas el privilegio de que cualquiera que muriese vestido con él no sufrirá nunca el fuego eterno*” (*Marie in her Scapular Promise*, John Mathias Haffert, Nueva Jersey, 1940).

La prenda que la Virgen dio a Simón es llamada el Escapulario Marrón, una estrecha túnica que entra por la cabeza y cae hasta el suelo por delante y por detrás, y que protege el hábito de los monjes mientras trabajan. Mucho antes de la supuesta fecha de la visión algunas órdenes que hacían trabajo manual -como los cistercienses- habían adoptado este tipo de delantal y lo habían interpretado, con el amor medieval al simbolismo, como la cruz de Cristo. Durante el siglo XIII, grupos de laicos que se unían a la vida monástica haciendo una promesa limitada de trabajar y rezar frecuentemente, llevaban el escapulario como señal de su estatus de Orden Tercera. La historia de la visión de Simón comienza a aparecer en torno al año 1500, con la finalidad de justificar la fe creciente en los poderes de la prenda. La popularidad del escapulario como amuleto mágico coincide con el aumento de los llamamientos a la protección de María después de la muerte, y con la desesperación y sentido de condenación universal en la Europa de esa época. Predicadores como John Wycliffe (m.1384) se enfurecían con los frailes por pretender que cualquiera que llevase el escapulario cuando muriese no iría al infierno; de tal modo que la Iglesia católica intentó entonces corregir el elemento herético de la *promesa del escapulario* de la Virgen insertando para tal fin la palabra *piadosamente*: “*Quien quiera que muriese ‘piadosamente’ vestido con él no sufrirá nunca el fuego eterno*”.

En el siglo XVI, con la finalidad de hacer posible que hombres y mujeres ordinarios lo llevaran sin estorbo, el escapulario se redujo o se “encogió” a dos pequeñas piezas de tejido monástico marrón, adornado con imágenes de Cristo y la Virgen, unidas por hilos y llevadas atrás, sobre la espalda, y delante, sobre el corazón, como si fuera de verdad el peto de una armadura. Desde entonces no ha perdido popularidad entre las masas de católicos romanos. Durante la Primera Guerra Mundial, el Vaticano permitió la sustitución de la tela marrón, que es un elemento intrínseco del escapulario, por una imagen de metal, porque el tejido era propenso a los parásitos (Warner, op.cit.,pp. 423-424).

Finalmente nos resta decir que, como era de esperarse, el concepto de María como Madre de Misericordia es también otro plagio de los clérigos romanos. Pues en diversas mitologías de otros pueblos, ya existían ciertas diosas que cumplían la función de Madre de Misericordia antes que María. Como es el caso en China, con la diosa budista Kuan Yin. En China, en todos los templos de las ciudades, su imagen ocupa un lugar prominente, atrayendo multitudes de devotos -especialmente del sexo femenino- durante sus principales festividades. De igual manera, en todos los altares familiares o caseros de los chinos, ella es la deidad favorita. Y, en todo tipo de peligros físicos o mentales, como patrona y protectora de madres, y dadora de niños, ella es constantemente invocada. Por lo tanto, toda la gente en general, tiene confianza en su poderosa protección (Kinsley, op.cit., pp. 26, 27, 28).

Y, aunque Kuan Yin tiene distintas funciones, pues aparece en distintas manifestaciones, su carácter esencial está claro y consistente a través de toda su historia: ella es la esencia de misericordia y compasión, siempre pronta para responder las peticiones de ayuda de sus devotos. Kuan Yin pues, como diosa de misericordia, se añade así a la larga lista de diosas paganas cuyas funciones y atributos fueron sincretizados en María, gracias al diabólico ingenio de los clérigos romanos.



**Kuan Yin, la diosa china de misericordia.
Monasterio Shuanglin, China.**

María como *Mater Dolorosa*...

¡un concepto blasfemo!



***Mater Dolorosa* traspasada por espadas.
Kloster Mariastein, Suiza.**

Otra faceta de la Virgen inventada durante la Edad Media, y que también usurpó méritos de Jesús para transferirlos a la Virgen, fue el culto a la *Mater Dolorosa*. Lo cual tiene que ver con los sufrimientos que ella experimenta como resultado de la muerte de su hijo. Y, aunque María no tiene un papel importante en la

Pasión de Jesús en la narrativa de los evangelios (únicamente el evangelio de Juan 19:2, la menciona al pie de la cruz), el culto de la *Mater Dolorosa* -iniciado alrededor del siglo XI- proveyó una serie de incidentes falsos relacionados con la crucifixión de Jesús, donde María aparece como testigo sufriente. Estos eventos, que constituyen la pasión de Jesús, son relatados entonces a través de los ojos y emociones de María. De manera que mientras Jesús es acusado, juzgado, sentenciado a muerte, escarnecido, y finalmente ejecutado, María sufre con él uniéndosele en su agonía. Después de su muerte en la cruz, ella toma el cuerpo sangriento en sus brazos y lo prepara para su sepultura. Todo esto, claro, en plena contradicción con los evangelios, donde se nos dice que: “*José de Arimatea, miembro noble del concilio, que también esperaba el reino de Dios, vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús... compró una sábana... lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro...*” (Marcos 15:43-46).

Con el transcurso del tiempo, el culto de la *Mater Dolorosa* fue desarrollando una mitología mariolatrera que en muchos aspectos era paralela al sufrimiento y agonía de Cristo mismo. Esto al extremo que incluso surgieron fraternidades religiosas que se concentraron en los sufrimientos de María, y difundieron este aspecto mariolatrero por todo el mundo católico romano (*The Goddesses' Mirror*, David Kinsley, 1989, p. 229).

El número de los sufrimientos de María oscilaba entre cinco a quince, pero en el siglo XVII fueron oficialmente definidos por los clérigos romanos como siete, los cuales eran: la profecía de Simón que una espada traspasaría su alma, la huída a Egipto, la desaparición de Jesús en el templo, encontrar a Jesús camino al Calvario, la crucifixión, el descenso de la cruz, y la sepultura de Jesús. Iconográficamente, María como *Mater Dolorosa* es normalmente representada con siete espadas traspasándola. Para muchos de sus devotos, María se convirtió así en la figura primaria con la que podían identificarse y pedir socorro.

El sufrimiento de María se entendió entonces como no menor al de su hijo, e incluso se inventó que ella lo había pedido a Dios y le había sido concedido. De esta manera María se convierte en co-sufridora con Cristo, y comparte así el drama divino de la redención. Todo lo cual, evidentemente, resulta totalmente blasfemo de principio a fin.

El paralelismo blasfemo entre los sufrimientos de Jesús y los inventados a María, son enfatizados por la monja española María Agreda de Jesús (m. 1665) en su obra *La Ciudad de Dios*, donde dice: “*Ella rezó a Dios para que se le permitiese sentir y participar en su virginal cuerpo todos los dolores de las heridas y torturas que Cristo iba a experimentar. Esta petición fue concedida por la bendita Trinidad, y la madre en consecuencia sufrió también los mismos tormentos de su amado hijo*”.

Finalmente nos resta decir que, el culto a la *Mater Dolorosa*, aparte del apoyo literario que se le brindó, fue fomentado también por medio de la música. Esto con himnos como, *Donna del Paradiso*, compuesto por Jacopone da Todi (1230-1306); y el *Stabat Mater*, donde se ensalzan los supuestos sufrimientos de la Virgen.

María como novia de Cristo

En numerosas culturas paganas de la antigüedad, especialmente en las Religiones Misterio del cercano Oriente, existía en sus creencias el así llamado “*matrimonio sagrado*”. Es decir, las bodas de la diosa con el dios, las bodas más grandes del cielo y la tierra de las que procedía la abundancia, símbolo clave alrededor del cual giraba la mitología de estos pueblos (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p. 174; *La Diosa*, Adele Getty, 1990, p. 92).

Ejemplos acerca de tales “uniones celestiales” los podemos encontrar en el matrimonio anual del dios Baal con su hermana Anat, un culto de fertilidad caananita cuya finalidad era desencadenar las fuerzas de la naturaleza; igualmente tenemos a Tammuz, amante de la diosa Istar; a Cibeles, amante de Attis; las bodas de Isis y Osiris en Egipto, y así sucesivamente.



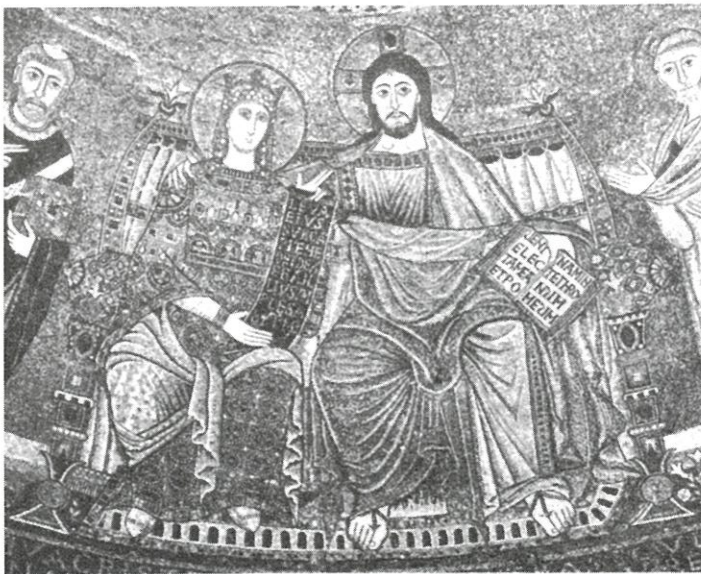
En Egipto los faraones eran considerados dioses. El faraón Rámses III abrazando a Isis, simbolizando así una “unión sagrada”. Tebas, 1150 a.C.



Los agricultores en Japón siguen adorando a Dosojin (el concepto dios-diosa) en numerosos santuarios. Aquí representado en piedras de la prefectura de Shizuoka, Japón.

Durante la Edad Media los clérigos romanos, siguiendo en su insaciable afán de deificar cada vez más a María, tomaron el antiguo concepto pagano del “matrimonio sagrado” dios con diosa y ... ¡convirtieron a María en la novia de Cristo! Algo que bien podríamos definirlo, por otro lado, como todo un caso de incesto, aunque aquí de “naturaleza celestial”.

No obstante, tal plagio mitológico evidentemente convenía a los intereses de los clérigos romanos, ya que al convertir a María en la novia de Cristo, automáticamente por extensión la convertían a ella en *Matter Ecclesiae*, Madre de la Iglesia. Esto, claro, en plena contradicción con el Nuevo Testamento, donde se nos dice claramente que la novia de Cristo es la Iglesia (Efesios 5:32; 2 Corintios 11:2).



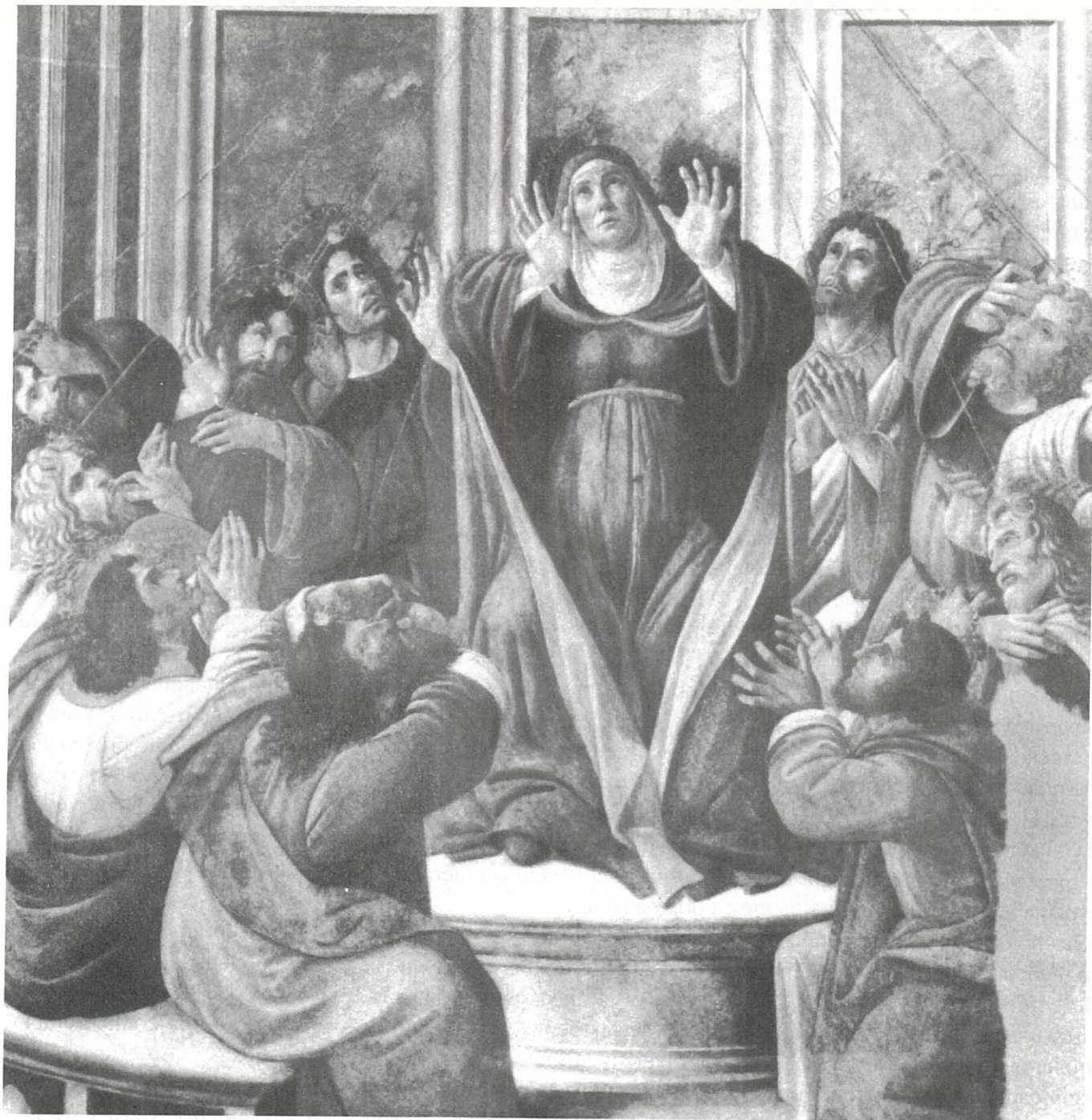
En este mosaico Cristo abraza a su madre entronizada como su reina y su novia. María sostiene una filacteria que dice: “*Su izquierda está bajo mi cabeza y su diestra me abraza*”. En el libro que sostiene Cristo dice: “*Ven mi escogida, te pondré en mi trono*”. Siglo XII, Santa María in Trastevere, Roma.



En *La Coronación de la Virgen*, de Agnolo Gaddi, la Virgen se convierte en novia de Cristo, y por tanto es su reflejo exacto.



***El Matrimonio Místico*: Cristo toma la mano de su madre como gesto legal y formal de unión nupcial. Gablete díptico florentino, siglo XIV.**



María como figura central en el descenso del Espíritu Santo el día de Pentecostes, convirtiéndola así en Madre de la Nueva Iglesia, *Matter Ecclesiae*. Botticelli, siglo XV.

Aunque el libro de los Hechos de los Apóstoles no nos dice que María estaba presente el día del derramamiento del Espíritu Santo, los clérigos romanos, rayando en lo absurdo, la metieron en la escena para tipificar que ella dio a luz a la Iglesia. Tal mentira, por otro lado, se entiende en cuanto a su propósito engañoso, ya que hablando desde el punto de vista estrictamente bíblico, todos sabemos, o deberíamos saber, que la Iglesia nació precisamente el día del Pentecostés.

María ...¿siempre virgen?

En las narrativas de los evangelios, es por demás evidente que la virginidad de María se ve únicamente en el sentido que enfatiza la concepción y nacimiento divino de Jesús. Por ello, la importancia y significado de su virginidad tiene razón de ser única y exclusivamente en cuanto a la naturaleza divina de Jesús, mas no en cuanto a la suya propia. Es por esto que, después del nacimiento de Jesús, vemos que los escritores del Nuevo Testamento ya no mencionan la virginidad de María. Aunque claro, esto se debe también a que María tuvo más hijos con José su esposo, como nos lo enseña la misma Biblia (Mateo 12:47; 13:57; Juan 7:35; Marcos 3:32, 6:3; Hechos 1:14; Gálatas 1:19). Lo cual también es un hecho claramente expresado por la afirmación de que Jesús era su “*hijo primogénito*”. Y, si Jesús fue su primer hijo o primogénito, entonces esto significa que después hubo otros hijos además de él. Así también, cuando el evangelio de Mateo 1:25 nos dice que José “*no la conoció hasta*” que dio a luz a Jesús, esto obviamente quiere decir entonces que la “*conoció*” después, o sea que tuvo relaciones sexuales con ella.

Además, si María no hubiese tenido hijos con José, él ciertamente hubiera tenido derecho a divorciarse de ella, pues en la cultura hebrea se considera a la “matriz estéril” una maldición. Y, si como dicen los católicos que ella permaneció virgen porque tenía un voto de castidad, entonces esto también hubiera sido causa de divorcio, pues habría infringido así el pacto sagrado del matrimonio al haber actuado con engaño.

De igual manera, también resulta totalmente absurdo e infantil pensar que José, una vez casado con María, se limitaría únicamente a contemplarla a ella como si fuese una diosa sobre su nicho; esto sin tocarla, besarla, abrazarla, y lo que sigue después. Ya que él, como es lógico suponer, se casó con ella para tener una vida marital normal, compartiendo el mismo lecho.

No obstante no fue sino hasta después del siglo IV, precisamente el período de tiempo en el que María llegó a convertirse en objeto de culto y reverencia, que los papeles en cuanto a su virginidad se invirtieron. Y, en vez de entenderse su virginidad en relación al nacimiento divino de Jesús, empezó a verse ésta como prueba de la divinidad de la misma María (*The Goddesses' Mirror*, David Kinsley, 1989, p. 224). Por lo tanto, estando así las cosas, tenemos que la “virginidad perpetua” de María fue declarada oficialmente en el Segundo Concilio de Constantinopla, año 381; y, en el Concilio de Calcedonia del año 451, se le dio el título de “siempre virgen” (*aeiparthenos*). Sin embargo, no fue sino hasta el Concilio Laterano del año 649, cuando a su “virginidad perpetua” la convirtieron finalmente en dogma (Ibid.).

El hecho que los clérigos romanos hayan convertido a María en virgen perpetua -esto a pesar de no tener ninguna base bíblica- resulta entendible cuando nos damos cuenta que en ese tiempo, cuando se le declaró a ella “virgen perpetua” (año 381), las imágenes de las diosas grecoromanas de la antigüedad estaban empezando a desvanecerse de la “memoria colectiva” de las gentes; y los clérigos romanos, astutos como siempre, simplemente sincretizaron en María los diversos atributos y funciones de tales diosas. En el caso de la virginidad, por ejemplo, tomaron el concepto pagano que existía en el mundo grecoromano de que la virginidad era poderosamente mágica, y que confería fuerza y pureza ritual (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p. 80).

Pues sabemos que la diosa Hera, esposa de Zeus y madre de muchos, renovaba anualmente su doncellez cuando era sumergida por las ninfas en el manantial de Canato. Por extensión, los celebrantes de los misterios sagrados en el mundo antiguo, a menudo se preparaban a sí mismos con la abstención de comida y bebida, así como de relaciones sexuales, con la finalidad de adquirir la condición de fuerza y pureza apropiada para el servicio de los “dioses” (demonios). Las Vírgenes Vestales romanas que servían a la diosa Vesta, y los eunucos o *galli* que servían a la diosa Cibeles en Roma, dieron origen a la idea que la continencia es un estado mágico de poder, más que una consideración ética acerca de la inmoralidad del sexo mismo (*Essays on Religion and the Ancient World*, Arthur Darby, 1972, vol. 2, pp. 7-15).

El concepto de la diosa virgen, por otro lado, era común y recurrente en la mitología grecoromana. Pues vemos que Artemisa (la Diana romana) la diosa de la luna, era virgen; Atenea (la Minerva romana) la diosa de la sabiduría, era virgen; y Afrodita (la Venus romana) la diosa del amor, a pesar de haber tenido hijos, seguía siendo virgen igual que Hera.



Nacimiento de Afrodita emergiendo del mar. Relieve Ludovisi, Roma.

En latín, el idioma del imperio Romano, la palabra para “mar” era *mare*, y su plural *maria*. Por lo tanto, María se relaciona inmediatamente con el mar, de donde supuestamente también salieron varias diosas grecoromanas (*The Virgin*, Geoffrey Ashe, 1976, p. 48). El nacimiento de Afrodita saliendo del mar, no obstante, simboliza también el renovamiento de su virginidad por medio del baño ritual.



La Sagrada Familia, Franz von Defregger (1835-1920).

Para apoyar el concepto falso de la “virginidad perpetua” de María, los clérigos romanos, como siempre suelen hacerlo, echaron mano del arte pictórico para validar sus mentiras. Aquí en esta pintura vemos a María con el niño sentada en una especie de trono o plataforma como diosa, mientras que José se encuentra más abajo que ella, a sus pies, ocupando un lugar secundario. Nótese que María es representada como una muchacha joven, mientras que a José lo pintan ya viejo, con pelo blanco, y medio calvo. El mensaje es obvio, pues a esa edad José difícilmente “puede hacerle algo” a la Virgen.



San José y el niño Jesús. Pintor desconocido, Museo Nacional, Río de Janeiro, Brasil.

Otra representación de José con el niño Jesús que ayuda a propagar la mentira de la “virginidad perpetua” de María. José es representado aquí una vez más como un viejo entrado en años, calvo, y con el poco pelo que le queda completamente blanco. O sea que, en otras palabras, un hombre completamente “inofensivo” para la virginidad de María, la diosa católica romana.



La Huida a Egipto. Adolphe W. Bouguereau (1859), Francia.

El recurrente y obsesivo tema de pintar a José viejo y calvo, y a María como una muchacha joven, delata la importancia que tiene para los clérigos romanos la “virginidad perpetua” de María su diosa.

María *Theotokos* ... ¿la Madre de Dios?

En Roma, en el siglo IV, el culto a la Madre de Dios era todavía oficialmente desconocido. No obstante después del Concilio de Efeso (431 d.C.), donde se declaró a María la Madre de Dios (*Theotokos*), la devoción al culto aumentó drásticamente, como incluso los mismos comentaristas católicos afirman (*The Church of the Fishers of Men*, F. Gontard, 1964, p. 120).

Anteriormente al Concilio, Nestorio, Patriarca de Constantinopla, se oponía a que llamasen a María la “Madre de Dios”. Pues afirmaba con justa razón que tenía poco sentido sugerir que una creatura -como María- pudiese ser la madre del Creador. Para Nestorio, *Anthropotokos* (Madre del Hombre) o *Christotokos* (Madre de Cristo), tenía más sentido.

Por otro lado Cirilo, el Patriarca de Alejandría, se oponía en esto a Nestorio y lo conminó varias veces a que se retractase de su “error”, pero no tuvo éxito. Estando así las cosas, y considerando que la unidad de la Iglesia estaba siendo amenazada, el emperador Teodosio II, ejerciendo su autoridad en el Este, y Valentiniano III ejerciendo su autoridad en el Oeste, convocaron un Concilio en Efeso en el año 431.

En el Concilio, Cirilo terminó triunfando sobre su enemigo y lo excomulgó, asegurando así también para él su futura canonización. María fue proclamada *Theotokos* (Madre de Dios), y una procesión de antorchas atravesó la ciudad de Efeso, demostrando su júbilo porque el hombre que había desairado a la Virgen María había sido depuesto: “¡Honor sea dado a la *Theotokos*! ¡Viva Cirilo!”, gritaba la gente (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1990, p. 102).

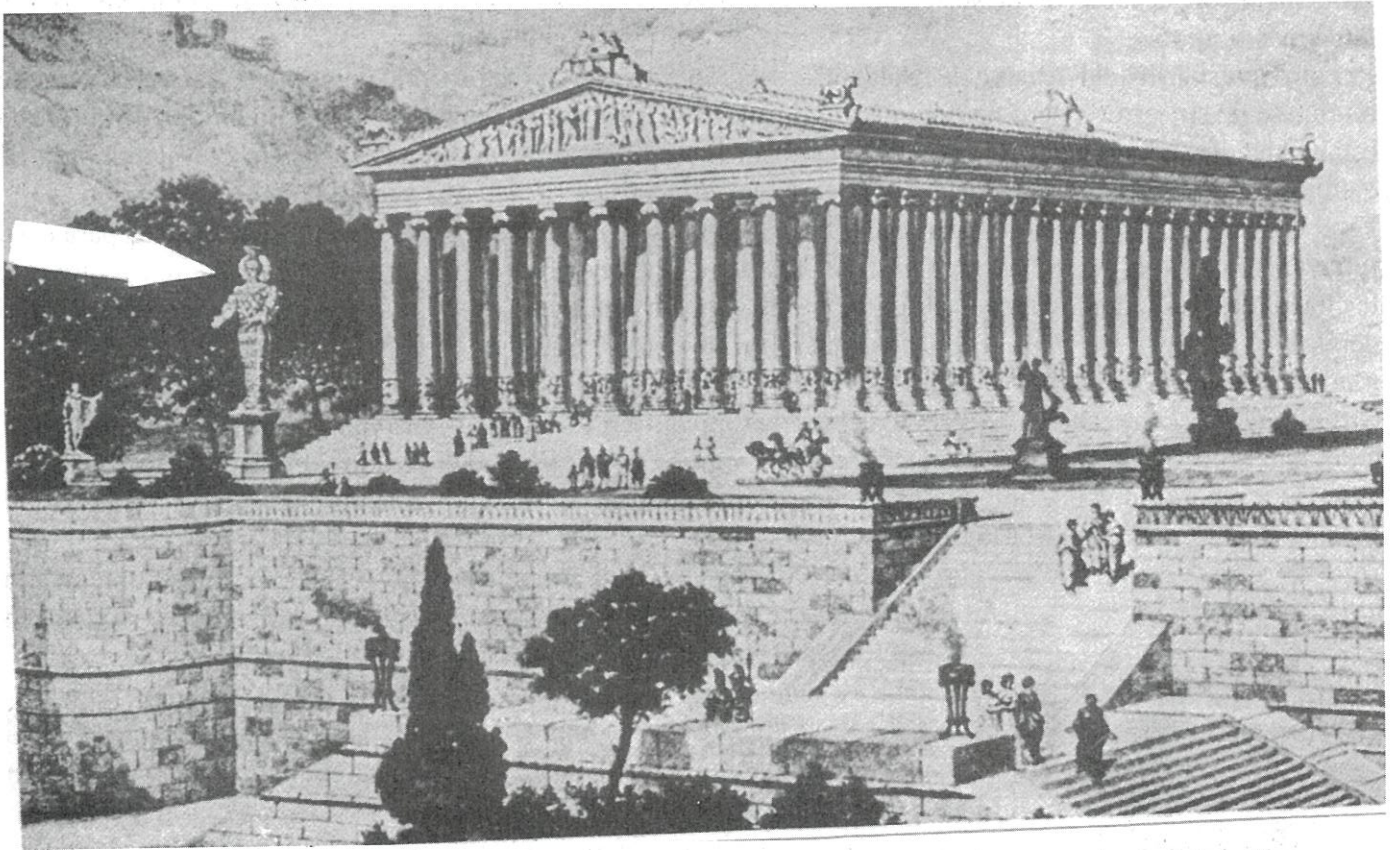
Cirilo también, como suelen hacerlo los clérigos romanos en estos casos, puso bajo *anathema* (maldición) a todo aquel que no creyese que María fuese la *Theotokos*. Y, después del Concilio, el Papa Sixto III mandó contruir -en honor de la definición de María como *Theotokos*- el santuario más importante para María en el Este, la Basílica de Santa María Maggiore en Roma.



Curiosamente, no obstante, fue también en Efeso, 350 años antes que María fuese proclamada *Theotokos*, donde casi linchan al apóstol Pablo aquellos que se opusieron a su predicación y que gritaron en el teatro durante casi dos horas... “¡Grande es Diana de los efesios!” (Hechos 19:23-40). La cual Diana por cierto, en la mitología grecorromana era reconocida como una *Magna Mater* o Gran Madre, igualmente como hoy en día los católicos romanos reconocen también a María como la “Madre de Todos”.

Por otro lado, y aunado a estas similitudes “accidentales” entre María y Diana, vemos que Efeso aparece también en la mitología católica romana como el lugar donde la Virgen vivió los últimos años de su vida, y desde donde supuestamente ascendió al cielo. Y, de acuerdo a la leyenda, allí también fue donde el incrédulo Santo Tomás recibió el cinto de la Virgen como prueba de su ascenso al cielo (Warner, op. cit., p. 350).

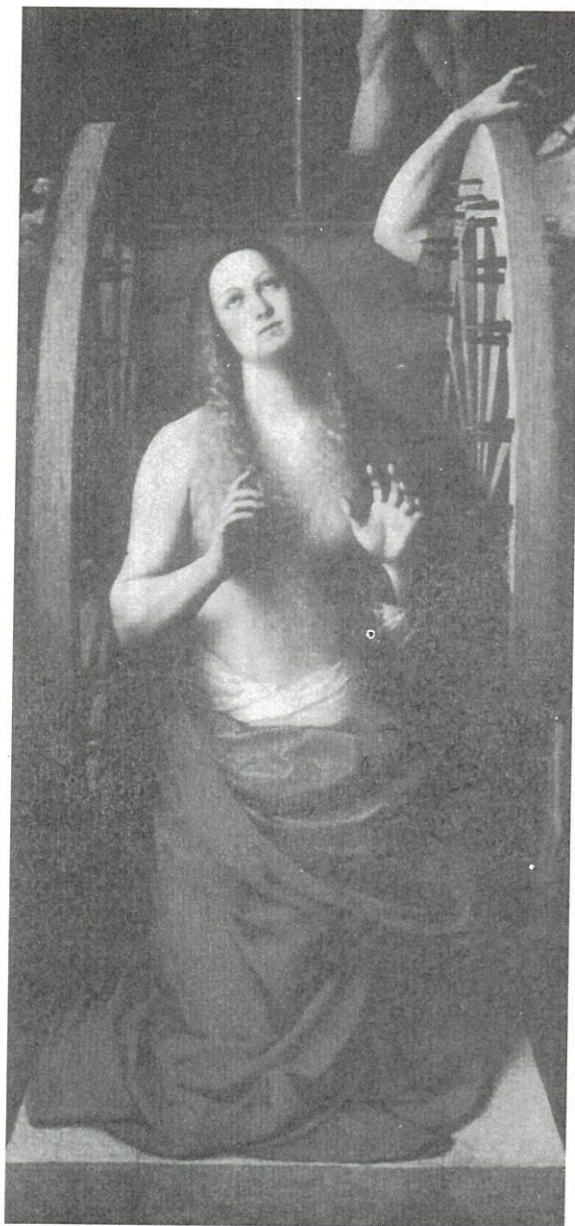
**Diana de Efeso, diosa de fertilidad
y coronada como una torre
que la identifica como
Magna Mater, Gran Madre.**



El templo de Diana en Efeso, una construcción de mármol resplandeciente, está considerado como una de las Siete Maravillas del mundo antiguo. La estatua de la diosa, con sus numerosos pechos, se encontraba al frente del templo -donde señala la flecha- como se puede apreciar aquí en esta representación.

Por otro lado, y volviendo de nuevo al Patriarca Cirilo de Alejandría, vemos que la causa por la que él defendió tan fervientemente a María como la *Theotokos*, tiene relación sin duda, con una serie de circunstancias que antecedieron al Concilio de Efeso y que definitivamente influyeron para que él tomase tal decisión. Un escenario que, evidentemente, lo preparó astutamente el diablo con anterioridad porque resultaba crucial para su proceso de deificación de María. Tal escenario, o contexto histórico, es más o menos como sigue:

El tiempo en que Cirilio vivió, era una época donde se consideraba a los neoplatónicos y gnósticos la principal amenaza para el entonces naciente dogma de la Iglesia Católica Romana, el cual estaba todavía en desarrollo. Hipatía, una mujer virgen iniciada en los Misterios Eleusinos y también sacerdotisa de Isis, vivió también en esa época. Ella era directora de la Biblioteca de Alejandría, y se le presenta en la historia como la filósofa,



matemática, astrónoma y médica, más destacada de su tiempo. Las gentes la querían y gozaba de gran fama por sus discursos públicos. El obispo Sinesio (370-413) de Ptolemaida, le llamaba la “Filósofa”, el más respetable de sus títulos; y, en cartas dirigidas a ella, se pueden leer también los términos de “Musa” y “Oráculo” (*La Diosa*, Adele Getty, 1990, p. 25).

En el año 415, cuando Hipatía se dirigía un día a la Biblioteca, fue apresada por un grupo de monjes bajo las órdenes de Cirilo, Patriarca de Alejandría. La arrastraron hasta el Cesarium, la desnudaron y la desollaron viva con conchas de ostra, y a continuación quemaron sus despojos. Entonces, tras la muerte de Hipatía, surge en el catolicismo romano un personaje con el nombre de Santa Catalina de la Rueda, una figura ficticia, pues no existen pruebas de su existencia. Lo extraño, no obstante, es que la supuesta Santa Catalina, presenta un gran parecido con Hipatía. Ya que no sólo vivió en el mismo lugar y en la misma época, sino que también se le conocía por su habilidad para derrotar a otros filósofos y por su deseo de mantenerse libre de vínculos matrimoniales. Toda una serie de circunstancias que llevan a la conclusión que Hipatía fue “romanizada” y “canonizada” mediante la invención de Santa Catalina de la Rueda.

A la supuesta Santa Catalina, por cierto, se le atribuye también una muerte horrible. Pues la leyenda dice que la ataron a una “rueda catalina” con el fin de aplastarla y quemarla al mismo tiempo (Ibid., p.26; *The Virgin*, Geoffrey Ashe, 1979, p.189). Podemos inferir, por lo tanto, que el asesinato de Hipatía seguramente pesaba en la conciencia de Cirilo. Pues el siguiente paso público del Patriarca consistió en elevar el principio femenino a su posición anterior, es decir, la Gran Madre de la antigüedad volvió a ser entronizada, ahora bajo el nombre de *Theotokos*... “La Madre de Dios”.

**Santa Catalina de la Rueda, siendo
sujetada a la rueda de martirio.
Retablo de Gaudenzio Ferrari
(1848-1546).**



**La Vierge Ouvrante, una figura de la Virgen hecha de madera pintada.
Alemania siglo XV, Musée de Cluny, París.**

Esta figura contiene un terrible secreto herético, pues nos muestra de una manera por demás evidente cómo María, siendo la madre de Jesús (izq.), terminó siendo después la madre de... ¡Toda la Trinidad! La figura de la derecha contiene en el centro un viejo barbón que supuestamente representa a Dios Padre, en la cruz está Jesús y, en la punta de la cruz, una paloma que no se alcanza a percibir y que representa al Espíritu Santo. A ambos lados, en las alas de la figura, se encuentran las imágenes pintadas de un Papa, un obispo, reyes y reinas... todos en actitud de adoración.

La figura resulta muy interesante porque muestra cómo la Virgen romana, una vez entronizada como la *Theotokos*, la Madre de Dios, posteriormente procedió a “tragarse” a toda la Trinidad. Delatándose así, en este aspecto, como la perpetuación de aquella antiquísima diosa pagana de la Era Neolítica a la que llamaban “Madre de los Dioses”, la diosa Cibeles, a quien también asimiló y a quien más adelante veremos con más detalle.



Diosa Sákti. Siglo XVIII, Rajastán, India.

El hecho que la Virgen se haya “tragado” a toda la Trinidad, como se ilustra en la página anterior, no es, por otro lado, un concepto propio del romanismo católico. Ya que tal concepto, como nos lo ilustra la imagen de la diosa Sákti arriba, tiene que ver con la antigua idea pagana que todas las cosas nacen de la Gran Diosa, incluso el mismo dios creador. Ella está sentada con los brazos alzados, haciendo el gesto *orans* católico romano con el que solía representarse a María en el pasado; mientras Brama, el Creador, reposa sobre su *yoní*. Entre sus pechos, Visnú el Preservador mantiene el mundo, y sobre su corona está sentado Siva, Señor del Universo. Ella es la diosa Sákti y, sin ella, los dioses no tienen poder.



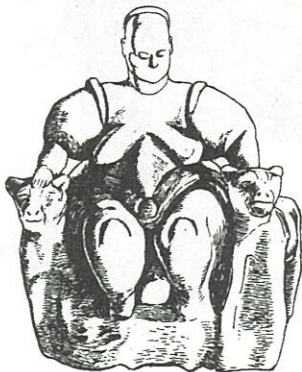
Cuando la Gran Diosa es la creadora, su propio cuerpo es el mundo, y de ella se nutre toda la humanidad. Dibujo Medieval (*The Power of Myth*, Joseph Campbell, 1968, p. 164).

Cibeles... ¡la Madre de los Dioses!

Aparte de la obvia similitud de títulos entre Cibeles “Madre de los Dioses” y María “Madre de Dios”, existen otros factores que nos muestran la conexión entre ambas diosas mitológicas. Pues vemos por ejemplo que cuando se declaró a María la “Madre de Dios” en Efeso, año 431, el culto a Cibeles todavía existía en Roma. Y, debido precisamente a ello, es que Ambrosio (340-397) obispo de Milán (Roma), casi nunca se refería a María en sus escritos como la “Madre de Dios”, en latín *Mater Dei*, por temor a que pudiera mal interpretarse y relacionarse tal título con Cibeles “Madre de los Dioses”, que en latín es *Mater Deum* (*The Virgin*, Geoffrey Ashe, 1976, p.183).

Aunado a esto, y como ya habíamos visto anteriormente, después del Concilio de Efeso el Papa Sixto III le mandó construir a María el santuario más importante del Este, Santa María Maggiore en Roma ¿Dónde exactamente en Roma? bueno, pues justamente donde antes había estado el templo de Cibeles, sobre la Colina Esquilina (Ibid., p. 192). Posteriormente, también otros santuarios de Cibeles fueron reemplazados por María, como por ejemplo en Lyon (Francia), donde un gran templo de Cibeles de 86 x 53 m. fue suplantado por la gran Basílica de Notre Dame de Fourviere, dentro de la cual por cierto se encuentra el oratorio de las Vírgenes negras. De igual manera en el Monte Vergine, al sur de Nápoles, donde existía otro santuario de Cibeles, también fue suplantado por uno a María.

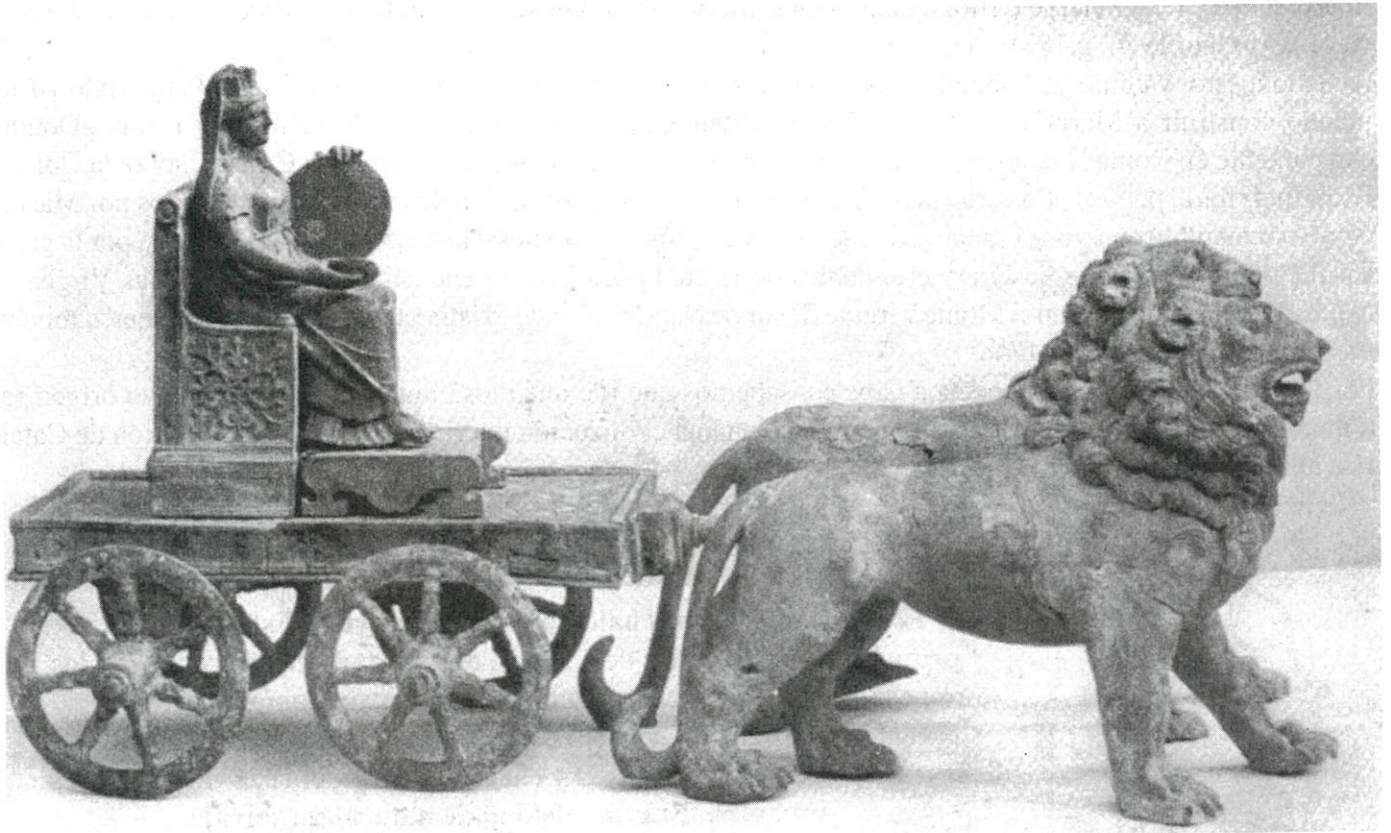
Por otro lado, y en lo que respecta a Cibeles, sabemos que fue una diosa importada a Roma, cuyo origen se remonta hasta la Edad Neolítica, 6000 años a.C., en una civilización matriarcal asentada en la región de Catal Huyuk, Frigia.



Estatuilla de Cibeles hallada en Catal Huyuk. Esta es quizá la primera representación de Cibeles, está sentada en su trono, con los pechos, el vientre y las caderas de un enorme tamaño, símbolos característicos de la Gran Madre. Tiene un leopardo a cada lado, y las manos apoyadas confiada y cariñosamente sobre la cabeza de los animales. Era una deidad de naturaleza salvaje.

En Frigia, Cibeles era adorada en la ciudad de Pesiunte en la forma de una piedra negra, la cual era en realidad un aerolito que había caído a tierra, y se le consideraba la morada de la diosa (*The Encyclopedia of Religion*, Mircea Eliade, 1993, vols. 3-4, pp. 185, 186). Cibeles fue importada a Roma desde Pesiunte, vía Pérgamo por barco, en el año 204 a.C., y fue recibida en el puerto de Ostia, todo ello por órdenes del Senado romano. Pues en ese tiempo Roma estaba siendo amenazada por Aníbal el Cartaginés, y las Sibilas -profetisas romanas- habían predicho que si se traía la diosa a la ciudad, Roma se salvaría de ser conquistada (Ibid.). La profecía finalmente resultó cierta, pues Aníbal se retiró antes de llegar a Roma. Y la diosa, en forma de roca meteórica, estuvo alojada temporalmente en el templo de Victoria -un gran honor para una deidad extranjera- mientras se le construía su propio templo, lo cual se llevó a cabo en el año 191 a.C.

Cibeles, al igual que María, podría considerársele también en su mitología como la Madre de Dios. Ya que no solamente se le veía como madre de todos los dioses, sino también como madre de Júpiter en particular, el dios de todos los dioses romanos. Y, aparte de conocerse como *Mater Deum* (Madre de los Dioses), se le conocía también como *Magna Mater* (Gran Madre), y *Mater Deum Magna Idaea* (Gran Madre de los Dioses del Monte Ida), pues Ida era el monte en que los griegos creían que había nacido Zeus, el Júpiter romano. Otros títulos comunes de Cibeles, usualmente eran la combinación de *Mater* con un lugar geográfico específico, como *Mater Illaca* y *Mater Syriae*.

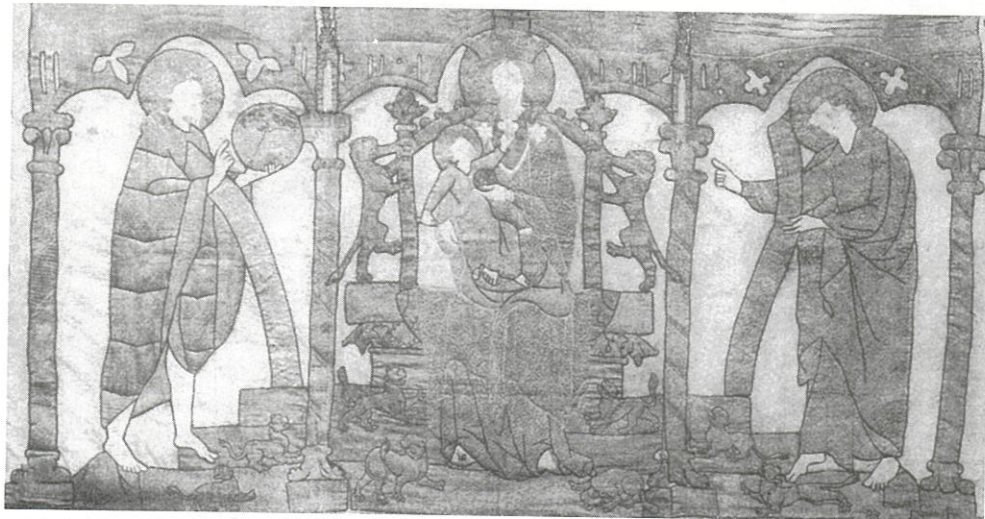


Escultura en bronce de Cibeles. Roma, siglo II a.C.

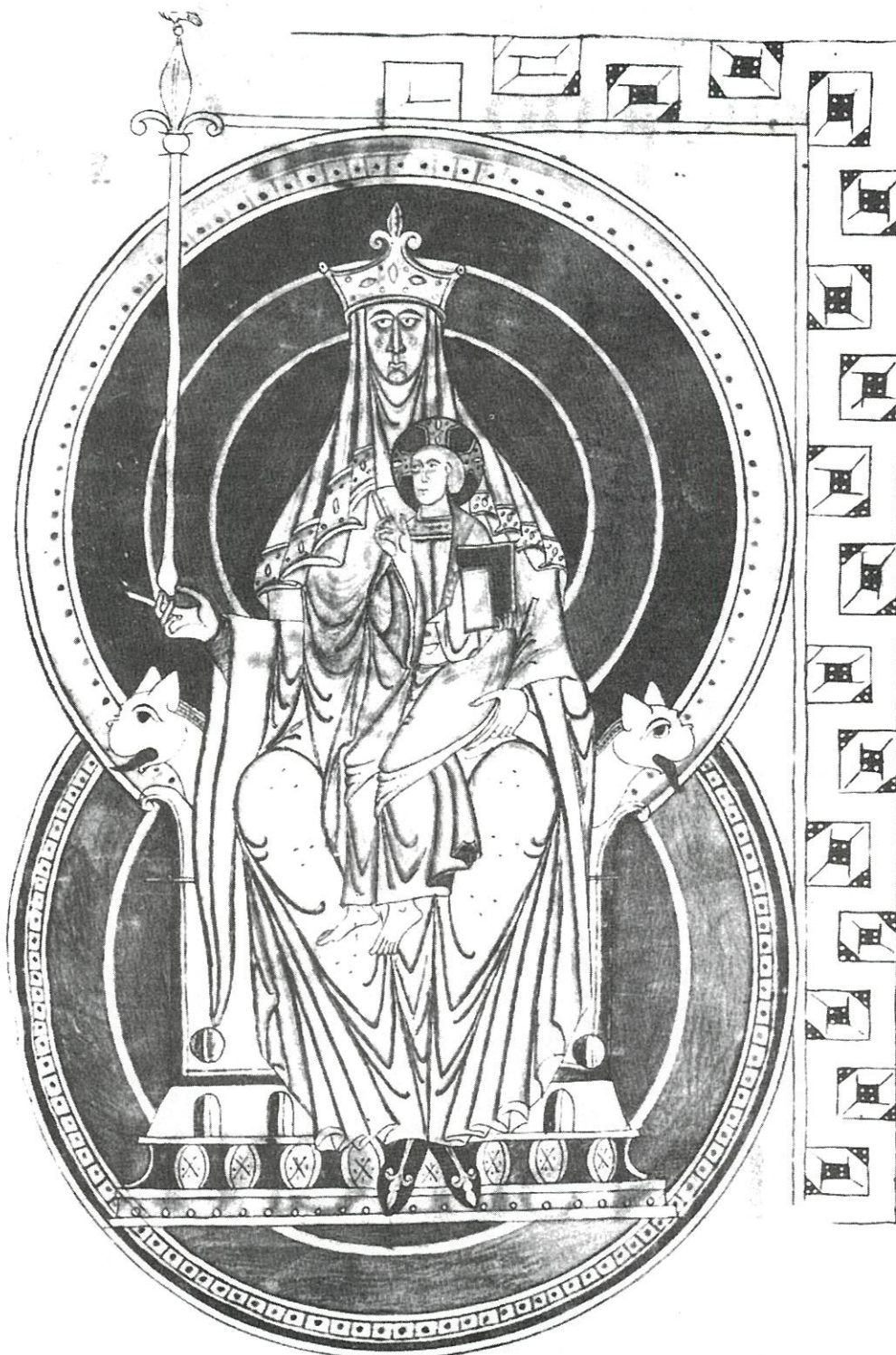
Cibeles sentada en su trono y puesta en su carro de procesión tirado por leones. Sobre su cabeza tiene la así llamada corona-torre, que la identifica como *Magna Mater*. En su mano izquierda sostiene un *tympanon* (una especie de tambor), y en su mano derecha tiene una vasija para su baño ritualístico, que es precisamente lo que representa la escultura. Pues ella va en procesión desde su santuario al río Almo, para ser bañada ritualísticamente. Los leones, así como los leopardos, siempre estuvieron asociados a Cibeles, pues en su remoto pasado ella fue también la Señora de las Bestias.



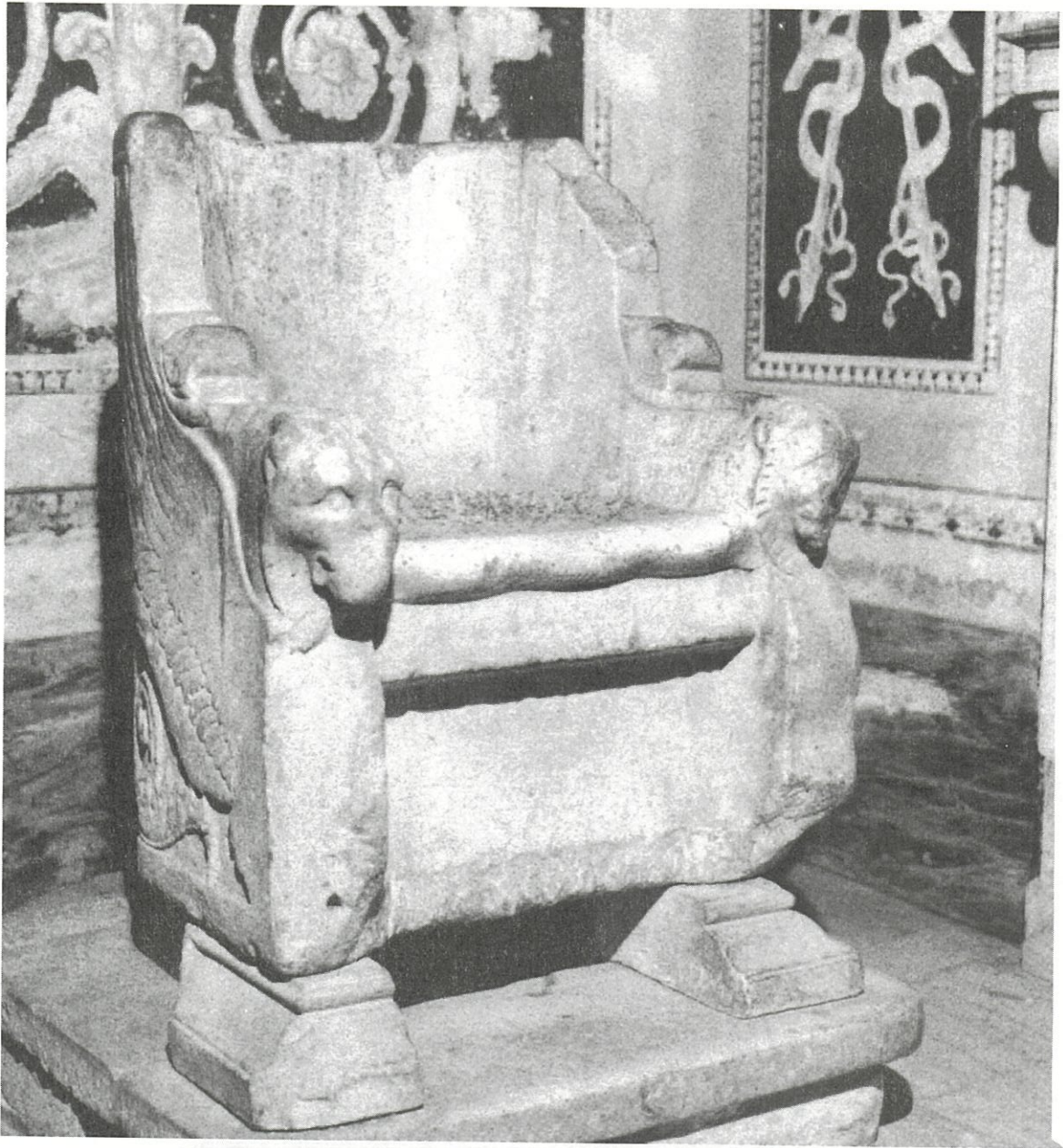
Otra representación típica de Cibeles con los símbolos propios de la diosa. Está sentada en su trono con un león a cada lado, sobre su cabeza tiene la corona-torre, y con la mano derecha sostiene el *tympanon*.



Este tapiz del siglo XIV, nos muestra la Virgen María de la misma forma en que solía representarse a Cibeles. Está sentada en su trono con un león a cada lado, su corona tiene una especie de torre en medio; y, la figura de la izquierda sostiene un *tympanon* en la mano. Una prueba más, sin duda, que a Cibeles... ¡también se la tragó María!



Una vez más los vestigios de Cibeles aparecen en esta representación de la Virgen, donde la vemos entronada con una fiera a cada lado de su trono. Manuscrito del siglo XII, Biblioteca Bodleian, Oxford, Inglaterra.



Trono o cátedra del Papa Gregorio el Grande (590-604).

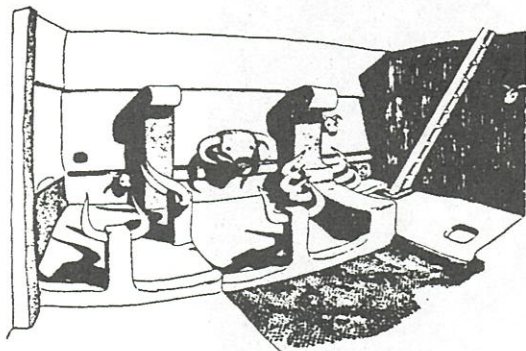
La relación de Cibeles con el romanismo católico, no se limita únicamente a la Virgen. Pues aquí vemos, por ejemplo, cómo este trono o cátedra utilizada por el Papa Gregorio el Grande, tiene la cabeza de un león a cada lado, exactamente como solía representarse el trono de Cibeles. El trono se encuentra en la iglesia dedicada a San Gregorio en Roma; y, de acuerdo a los mismos historiadores católicos romanos, el trono se remonta incluso más atrás del tiempo de Gregorio. No deja de ser irónico pues, que si este trono en realidad perteneció más bien a Cibeles la “Madre de los Dioses”, cuyo culto todavía existía alrededor del año 400 d.C., el mismo trono haya sido ocupado después por uno de los máximos representantes de aquella religión que convirtió a María en la “Madre de Dios”.



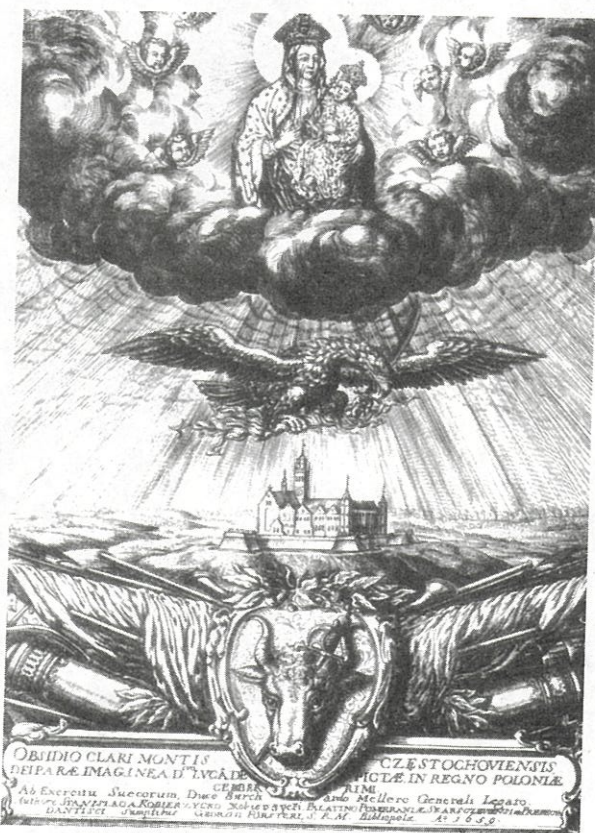
La diosa Cibeles vestida cómo *hierofante* o sacerdotisa de los Misterios Eleusinos. Mountfacon Antiquities.

En esta representación de Cibeles como *hierofante*, se hace patente la influencia que tuvo la diosa en la vestimenta de los clérigos romanos. Pues lleva una mitra “episcopal” sobre su cabeza, además de otras vestimentas del clérigato católico romano. Para una descripción más detallada de esta figura ver *Pontifex Maximus, Dinastía Milenaria de... ¡Brujos Sacerdotes!* Parte I, (Martín Careaga 1998 p.62).

El culto de Cibeles, por otro lado, estaba asociado con el *Taurobolium*. Un ritual donde se sacrificaba un toro arriba de una fosa cubierta con una tarima de madera. La sangre del toro recién sacrificado, todavía caliente y saliendo a borbotones, escurría entonces entre las grietas de la tarima y bañaba así al iniciado que se encontraba bajo la tarima, dentro de la fosa. El iniciado, completamente “bautizado” en sangre, abría incluso su boca para beber la sangre que escurría de arriba (*Greek and Roman Religion*, John Ferguson, pp. 167-168; *The Encyclopedia of Religion*, Mircea Eliade, 1993, vols. 11-12, p. 466).



El toro estuvo asociado a Cibeles desde tiempos inmemoriales. Aquí tenemos una reproducción de un santuario encontrado en Catal Huyuk, lugar de origen de Cibeles. El santuario estaba dedicado a la adoración del toro, y data de la Era Neolítica.



Grabado de la Virgen Negra de Czestochowa, Polonia 1659. Stanislaus Kobierzcki.

En este grabado de la Virgen Negra de Czestochowa -la Virgen preferida del Papa Juan Pablo II- vemos la cabeza de un toro traspasada por una espada, simbolizando así el sacrificio del toro. Este concepto, vestigio inequívoco del ritual del *Taurobolium*, denuncia así una vez más la relación entre María y Cibeles. Y, de la misma manera que Cibeles libró a Roma de una invasión de Aníbal el Africano, a esta Virgen se le atribuye también la salvación de Polonia del ataque de los Sarracenos (*Miracles of Mary*, Michael S. Durham, 1995 p. 117).



Nuestra Señora de la Macarena, protectora de los toreros. Sevilla, España.

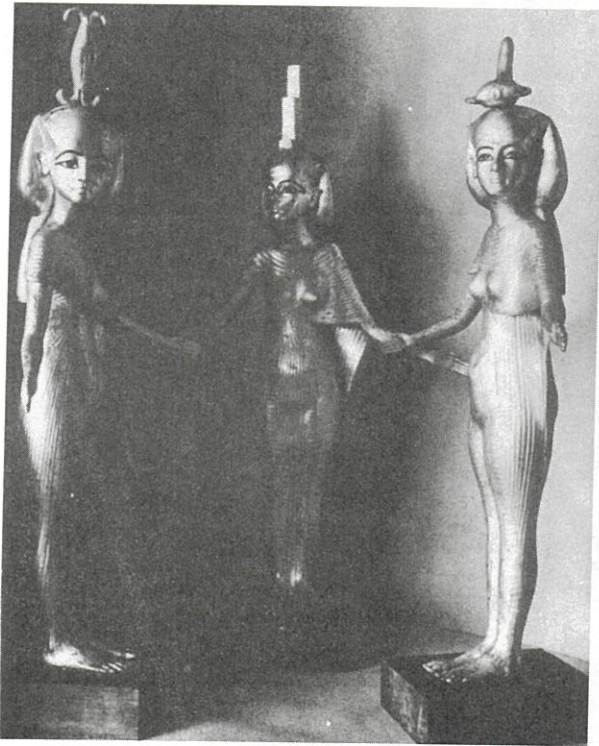
Esta Virgen llorona, protectora y patrona de los toreros, delata también la relación existente entre María y Cibeles. Pues del *Taurobolium* de Cibeles, donde un toro era sacrificado, se derivó después la tauromaquia, la cual implica también el sacrificio del toro. Y, seguramente debido a esto, es que en la capital mundial de la tauromaquia, en pleno centro de Madrid, se encuentre localizada una famosa fuente... “La Fuente de las Cibeles”.

María como Triple Diosa y... ¡Su Abuelita!

La Edad Media, que comprende cinco o seis siglos transcurridos después de la caída del imperio Romano, es conocida también en la historia como la “Edad Oscura”, debido a la ignorancia y superstición general en que vivía la gente. Durante todo este tiempo, los clérigos romanos aprovecharon para proyectar a María como una Gran Diosa, y no solamente asociándola con conceptos completamente heréticos como vimos que sucedió con la “*Vierge Ouvrante*”, que contenía dentro de ella toda la Trinidad. Ya que también se les ocurrió proyectarla incluso como una Triple Diosa, esto con el fin, por supuesto, de presentarla como una diosa trinitaria asemejándose así a Cristo en su Trinidad.

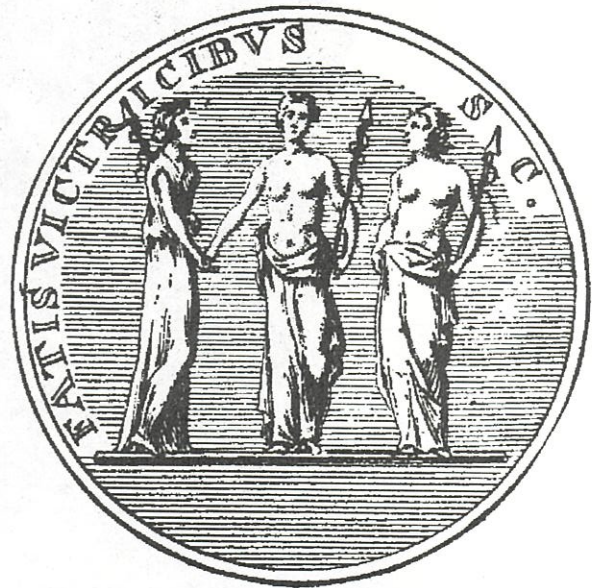
Este evento o circunstancia, curiosamente, pasó casi desapercibido en la historia, algo que seguramente hoy en día los clérigos romanos deben sentirse muy afortunados que así haya sucedido. No obstante, en este libro, informamos al lector acerca de esta absurda treta que los clérigos romanos -por causa de su obvia ridiculez- quisieran olvidar y desearían no se divulgara.

Y, aunque el concepto de la Triple Diosa no fue invención de los clérigos romanos, pues tal concepto ya existía miles de años antes de Cristo; éstos, como era de esperarse, recurrieron una vez más a la mitología de las diosas paganas y le aplicaron el concepto de la Triple Diosa a María.



**Estatuillas de oro de la Triple Diosa
(Neit, Isis y Selket).
Tebas, Egipto, 1354 a.C.**

En Egipto los egipcios veneraban a la Triple Diosa bajo la forma de Neit (la que es), Isis (el trono), y Selket (la que hace que la garganta respire). Los Celtas, por su parte, veneraban a la Triple Diosa como “Las Madres” (*La Diosa*, Adele Getty, 1990, p. 86).



**Las Diosas del Destino. Moneda del emperador
romano Diocleciano, 300 d.C.**

En la Roma pagana de la antigüedad, la manifestación de la Triple Diosa se representó como las Tres Diosas del Destino, y también como la tricéfala Hécate (*The Great Mother*, Erich Newmann, 1963, p. 229).



María con el niño, su madre “Santa Ana”, y la abuela “Santa Emerencia”.
Talla Alemana del siglo XVI. Escuela de Augsburgo, Baja Sajonia.

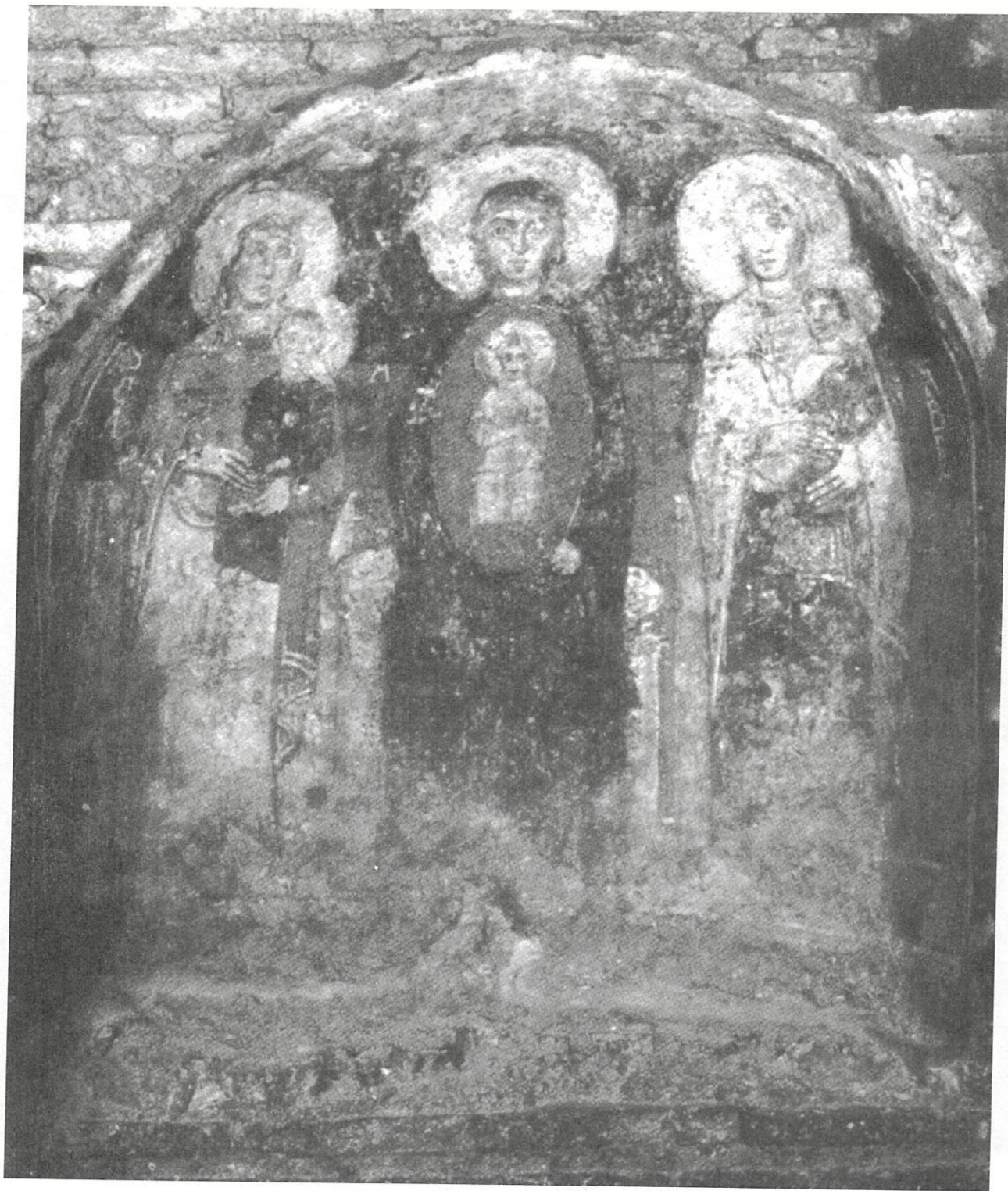
En la Edad Media los clérigos romanos, no satisfechos todavía con haber puesto a María por encima de la Trinidad, le crearon también a ella su propia trinidad. Y, para tal fin, inventaron entonces no sólo una madre de nombre “Santa Ana” -pues no aparece en la Biblia- sino que también le inventaron... ¡Una abuelita de nombre Santa Emerencia!



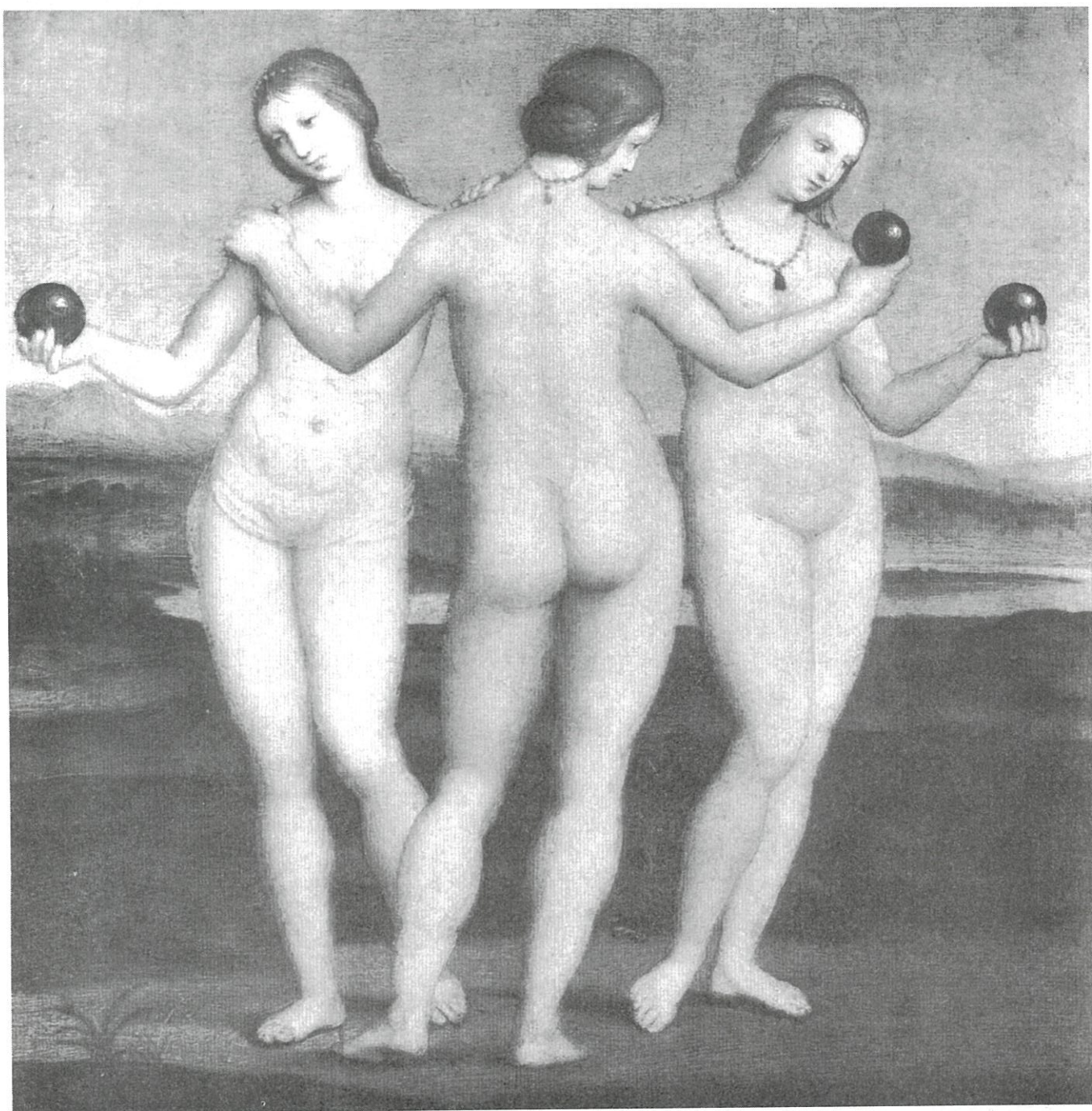
María con el niño y su madre apócrifa... “Santa Ana”.
Pintura por Massacio, Escuela Florentina, siglo XV.



Otra representación de María con el niño y su madre apócrifa, “Santa Ana”. Madera pintada, España, siglo XIV.



**Aquí tenemos otro intento de los clérigos romanos para presentar a María como una diosa trinitaria. En el centro se encuentra la Virgen María; a la derecha Elisabet su prima; y, a la izquierda, Santa Ana la madre apócrifa de María.
Nicho del siglo VIII, Santa María Antiqua, Roma.**



El concepto de la Diosa Triple en una pintura de Rafael, un pintor que sirvió por mucho tiempo al Vaticano. *Las Tres Gracias*, año 1500.

María en el Nuevo Testamento...

¡brilla por su ausencia!

En orden cronológico, las obras más tempranas del Nuevo Testamento son las cartas del apóstol Pablo. En su carta a los Gálatas, escrita alrededor del año 57 d.C., es la referencia más temprana a la madre de Jesús que ha llegado hasta nosotros. Allí, en Gálatas 4:4, para hacer el apóstol más cercano su punto de vista sobre la humanidad de Jesús, dice a los creyentes que Jesús fue *“nacido de mujer”*. Lo cual constituye, sin duda, una entrada muy silenciosa e insignificante para la Virgen María, independientemente que aparte de esta mención anónima y de pasada en Gálatas, Pablo no se vuelve a referir de nuevo a la madre de Jesús en ninguno de sus escritos. Tampoco el resto del Nuevo Testamento es más generoso con María y, cuando llega a mencionarse, casi siempre es dentro de un contexto negativo.

Por otro lado también tenemos que el conjunto de información histórica acerca de la Virgen en el Nuevo Testamento, es nulo y desdeñable. Pues su nacimiento, familia, muerte, apariencia o edad, nunca son mencionadas. Durante el ministerio de Cristo ella juega un papel pequeño e insignificante y, cuando aparece en escena, las circunstancias son dudosas y a menudo implican cierto desaire o desdén. Además, nunca hay referencias a ella por los títulos empleados ahora en su culto, simplemente le llaman *“María la madre de Jesús”*, pero nunca *“Virgen”* y mucho menos *“Madre de Dios”*.

En el evangelio de Lucas, por ejemplo, María aparece expresando duda e incredulidad. Esto cuando el ángel Gabriel se le aparece para anunciarle el nacimiento de Jesús, y ella entonces duda de las palabras del ángel (Lucas 1:34). Más adelante, en el mismo evangelio de Lucas, cuando Jesús tenía doce años de edad y María lo encuentra en el templo -después de buscarlo por tres días pues lo creía extraviado- ella le reclama diciendo: *“Hijo ¿por qué me has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia”*. Jesús entonces le responde *“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?”*. Después, la narrativa continúa diciendo que: *“Mas ellos no entendieron las palabras que les habló”* (Lucas 2:41-50).

Las palabras *“no entendieron”* ciertamente resultan una afirmación extraña cuando consideramos lo que había sucedido antes en el capítulo anterior (Lucas 1:34). Pues Gabriel, dos veces, le había dicho a María que Jesús era el *“Hijo de Dios”*. Sin embargo, aquí a María ya se le había olvidado todo, o quizá no lo creía realmente. De aquí la respuesta brusca de Jesús para sus padres, la cual, aunque se quiera disfrazar, no viene hacer sino una reprensión directa para sus incrédulos padres *“¿Por qué...?”*, *“¿No sabíais que...?”*. María, sin duda, debía haberlo buscado primeramente en el templo, en la *“casa de su Padre”*.

En el evangelio de Juan, que narra el primer milagro de Jesús cuando convierte el agua en vino en las bodas de Caná. Vemos que María, ahora sí creyendo que Jesús era el Hijo de Dios, actúa no obstante imprudentemente y pone en un predicamento a Jesús forzándolo a que realice un milagro, pues la narrativa dice: *“Y faltando el vino, la madre de Jesús le dijo: No tienen vino. Jesús le dijo: ¿Qué tienes conmigo mujer? Aún no ha llegado mi hora”*. En otras palabras, María andaba de *“metiche”* y al darse cuenta que faltaba el vino, aprovechó la ocasión para demostrar el poder de su hijo. Jesús, que conocía todas las cosas, entendió los motivos de su madre y por ello le contestó enojado: *“¿Qué tienes conmigo mujer?”*. Ni siquiera se refirió a ella como *“madre”*, sino solamente como *“mujer”*. Y, para hacerle entender a su madre que el *“tiempo de Dios”* no tenía nada que ver con los deseos de su familia natural, y que ella por *“metiche”* estaba adelantándose, él le aclara la situación diciéndole: *“Aún no ha llegado mi hora”*. Y es que este primer milagro de Jesús, en realidad, es bastante diferente a todos los que hizo posteriormente. Pues sabemos que la mayoría de sus milagros eran hechos por compasión: como sanar enfermos, echar fuera demonios, alimentar a los hambrientos, pero... ¿convertir agua en vino para que no falte éste en una fiesta?

Por otro lado el evangelio de Marcos nos dice que en una ocasión los parientes de Jesús -incluyendo a María- creyendo que él estaba loco, trataron de prenderle pero sin resultado (Marcos 3:21). Esto después que Jesús ya había sanado multitudes enteras y había efectuado innumerables milagros. En este contexto María aparece de nuevo y, mientras Jesús estaba enseñando dentro de una habitación llena de personas, su madre y sus hermanos, quedándose afuera, le mandaron un mensaje pidiéndole que saliera, esto seguramente para llevárselo. Jesús entonces se niega a salir y, mirando alrededor la gente que estaba sentada escuchándole, dice: “¿Quién es mi madre y mis hermanos? He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, éste es mi hermano, y mi hermana, y mi madre” (Marcos 3:31-35).

Jesús, por supuesto, estaba poniendo en primer lugar a la familia espiritual antes que la natural. Y también estaba implicando, por extensión, que su familia natural al creer que él estaba loco, no eran en realidad su verdadera familia, y por ello ni siquiera salió a verlos. La actitud de Jesús para con su madre en esta situación, da la inequívoca impresión de una verdadera “cachetada”. Y es que en realidad no era para menos, pues él sabía muy bien quien era ese “espíritu” que estaba operando dentro de su madre y sus hermanos para distraerlo de su misión.

Un incidente posterior, donde vemos que Jesús confirma su deseo de distanciarse de su madre y poner las cosas en su lugar, se encuentra en Lucas 11:27, 28 donde dice: “Mientras él decía estas cosas, una mujer de entre la multitud levantó la voz y le dijo: Bienaventurado el vientre que te trajo, y los senos que mamaste. Y él le dijo: Antes bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan”. Aquí vemos que Jesús otra vez desdeña el parentesco carnal con su madre, y pone el énfasis en aquellos que oyen la palabra de Dios y la guardan. Implicando quizá también que su madre, habiendo oído la palabra de Dios, no la había guardado. De aquí en adelante la presencia de María en el Nuevo Testamento se desvanece por completo, y no vuelve a aparecer sino en el evangelio de Juan, cuando ella se encuentra al pie de la cruz y Jesús se refiere a ella como “mujer” (Juan 19:25, 27). No obstante, en la resurrección de Jesús, que es la experiencia central que reaviva a los discípulos y crea el Cristianismo... María es excluida de ella. Esto a pesar que Jesús se apareció durante cuarenta días antes de su ascensión a más de quinientos hermanos (1 Corintios 14:5, 7). Y, definitivamente, este es un hecho que siempre ha preocupado a los católicos romanos, el que Jesús nunca se le haya aparecido a su madre en su resurrección (*The Virgin*, Geoffrey Ashe, 1976, p. 112).

Por otro lado los evangelios no nos dicen -ni los Hechos ni las Epístolas- nada de la vida posterior de María, ni de su muerte. Así como tampoco nunca la vemos empezando a ser madre espiritual de los creyentes en general. Y, en los términos estrictamente bíblicos de que la Iglesia no existía como tal sino hasta después del Pentecostés, no hay pruebas de que María siquiera perteneció a ella. No obstante los clérigos romanos, para justificar el culto a María, apelan a la tradición. Pero aun la tradición debe tener alguna base bíblica. Y, como hemos visto, el culto mariano carece por completo de base bíblica.

María en los Apócrifos... ¡pura ridiculez!

Debido a que la Biblia no da ninguna base para el culto a María, los clérigos romanos se apoyaron entonces en mentiras y leyendas acerca de su vida. La primera y principal obra acerca de esa “desconocida” vida de la Virgen que no aparece en los evangelios, fue el apócrifo *Libro de Santiago*; y, posteriormente, todas las demás obras al respecto se derivaron de ésta (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p.50; *The Virgin*, Geoffrey Ashe, 1976, p. 63).

El *Libro de Santiago* apareció antes del siglo II, y es un relato Oriental que influenció profundamente el culto de la Virgen después del Concilio de Efeso, cuando se le declaró a ella la “Madre de Dios”. El libro está lleno de personajes ficticios que nunca existieron, el orden cronológico de los eventos descritos no concuerda, equivoca las costumbres judías del tiempo de María, y hace una mezcla de costumbres judías con grecoromanas que lo convierte en una verdadera “ensalada” imposible de digerir.

El *Libro de Santiago* presenta, por ejemplo, un personaje ficticio llamado Joaquín y quien supuestamente es el padre de María. Un hombre de excepcional riqueza y caridad, que cada año divide sus bienes en tres partes: una para sí mismo, otra para los pobres, y una tercera parte para el templo. Pero Ana su mujer -otro personaje ficticio- era estéril y cuando él fue al templo a realizar su ofrenda habitual, el Sumo Sacerdote le reprendió por su falta de hijos, un estigma del desagrado divino. Habiendo sido rechazada sus ofrendas, Joaquín marchó al desierto para hacer penitencia por cuarenta días.

Ana, lamentándose en su hogar por la pérdida de su marido y por su esterilidad, se vistió el traje de novia y anduvo paseando por el jardín. Allí, al ver un nido lleno de cría de gorriones, se inspira para cantar un amargo canto. Pero mientras se lamentaba, un ángel se le aparece también a Joaquín comunicándole que su deseo ha sido cumplido, lleno de alegría regresa precipitadamente a la ciudad y encuentra en las puertas de Jerusalén a su esposa, que “*echó a correr y se abalanzó sobre su cuello*” (*Libro de Santiago* 4, 4).

En agradecimiento a Dios, Ana promete dedicar el hijo al templo. María nace y su infancia está llena de prodigios. A los seis meses da siete pasos; al año, Joaquín celebra una fiesta de cumpleaños con “*los sacerdotes, los escribas, el Sanedrín, y todo el pueblo de Israel*” (Ibid., 6, 2). Cuando tiene tres años, sus padres cumplen su promesa y la llevan al templo. El sacerdote la sienta en una grada del altar, pero ella inspirada “*danzó sobre sus piecitos, haciéndose querer de toda la casa de Israel*” (Ibid., 7, 3). Después los ángeles le traen comida celestial. Pero cuando ella alcanza la pubertad, el Sumo Sacerdote Zacarías (este personaje Zacarías fue copiado del evangelio de Lucas, aunque erróneamente, pues Zacarías no era Sumo Sacerdote) teme que “*llegue a mancillar -con su menstruación- el santuario del Señor*”, y después de ser instruido por Dios, reúne en el templo a todos los viudos de Israel, diciéndole a cada hombre que lleve una vara en su mano, pues Dios dará un signo en su elección de marido para María.

José se apresura junto con los otros pretendientes, y una paloma vuela desde su vara y se posa sobre su cabeza. Los demás viudos, furiosos, rompen sus varas contra sus rodillas por no haber conseguido la mano de María. Después, el mismo José pone reparos a este honor, arguyendo su “edad” y su familia: “*Tengo hijos, y soy viejo, mientras que ella es una niña; no quisiera ser objeto de risa por parte de los hijos de Israel*” (Ibid., 9, 2). El Sumo Sacerdote ordena entonces a José que acepte su destino, lo que él hace, dejando a María en su casa con su familia, mientras él va a comprar una casa. Aquí vemos claramente cómo el falso *Libro de Santiago* promueve la “virginidad perpetua” de María, pues al hacer a José viudo y con hijos, obviamente da la pauta para explicar los “hermanos incómodos” de Jesús de los que nos hablan los evangelios, atribuyéndolos así a su supuesto primer matrimonio. De igual manera, en algunas versiones de otro libro apócrifo llamado el *Evangelio del Seudo-Mateo*, vemos que la virginidad perpetua de María se pretende justificar aduciendo que ella ha prometido ser Virgen para siempre (*Evangelio del Seudo-Mateo*, pp. 189-193). No obstante, la creencia generalizada entre los católicos, del supuesto voto de virginidad de María originado en los apócrifos, refleja por otro lado una ignorancia abismal respecto a la cultura judía. Pues si leyera la Biblia, se darían cuenta de

las grandes lamentaciones de aquellas mujeres que eran estériles. Ya que la matriz estéril era considerada incluso como una maldición, un terrible estigma para cualquier mujer, así como también la soltería (Warner, op.cit., p.59).



El matrimonio de María y José. Murillo, siglo XVII.

Una vez más, el arte de los mejores artistas pintores, se prestó para propagar las mentiras del Vaticano. Arriba tenemos una representación del matrimonio de María y José, donde José es elegido por la señal de la paloma sobre su cabeza. María supuestamente siguió siendo virgen porque José, aparte de estar ya viejo, respetó la virginidad de María.

Mientras José se ausenta pues anda buscando comprar una casa, la narrativa del *Libro de Santiago* continúa diciendo que los sacerdotes del templo le piden a María que teja el sagrado velo del Templo, puesto que ella es todavía “*inmaculada ante los ojos de Dios*” (10,1).



**La Virgen María embarazada y tejiendo el velo del Templo.
Alemania, año 1400, Statliche Museen, Berlín.**

El autor del *Libro de Santiago*, evidentemente, refleja una gran ignorancia cuando narra que María estuvo tejiendo el velo del Templo en la ausencia de José. Ya que durante ese tiempo -cuando María pudo haberse encontrado allí- Herodes el Grande, rey de Judea bajo el imperio Romano, estaba llevado a cabo una grandiosa reconstrucción de toda la estructura del Templo. Y, la idea de una pequeña adolescente residiendo allí, con obreros trabajando alrededor de ella y moviendo gigantescos bloques de piedra, realmente resulta hasta cómica (Geoffrey, op.cit., p.77). Además, el velo del Templo que supuestamente estaba tejiendo, haya sido éste el velo interior o exterior del Templo (Exodo cap. 34), era de proporciones tan enormes, que sin duda le hubiera tomado toda su vida tejerlo.

Por otro lado, y en lo que respecta al concepto de presentar a la Virgen tejiendo en estado de embarazo, vemos que éste es un concepto totalmente pagano perteneciente a la Gran Diosa de la Antigüedad, y que estuvo presente en la mitología de diversos pueblos. Pues tanto en Grecia como en Roma, por ejemplo, se tenía idea que la mujer no sólo proveía al hombre su vestido (tejido) en el sentido literal, sino que también lo vestía con el cuerpo humano que ella tejía mientras lo tenía en su vientre (*The Great Mother*, Erich Neumann, 1963, p. 230). Y, por ello, en la mitología griega tenemos que el destino en la vida del hombre, su pasado, presente y futuro, están unidos por el hilo del tiempo, el cual es entretejido por las Moiras o Parcas: Cloto, la Tejedora; Láquesis, la Mediadora; y Atropos, la que corta el hilo. Se creía también que ellas estaban presentes en el nacimiento de los niños, esto para otorgar maldiciones y bendiciones que se tejerían con el destino personal. De igual manera, tenemos que en Escandinavia eran las Nornas o Extrañas Hermanas, y las Valkirias, que utilizaban la sangre y las entrañas de los hombres para tejer el destino del mundo (*La Diosa*, Adele Getty, 1995, p. 94).



Las tres Parcas o Diosas del Destino. Nótese el hilador con hebras de hilo que sostiene cada una de ellas en su mano, el cual representaba el destino del hombre. Moneda del emperador romano Diocleciano, 300 d.C.

Neumann también nos dice que “*Las Grandes Diosas son tejedoras, tanto en Egipto como en Grecia, y entre los pueblos Germanos y los Mayas. Y, por que la ‘realidad’ es formada por las Grandes Tejedoras, todas las actividades relacionadas al tejido pertenecen a la esfera de actividad de la mujer*” (Neumann, op.cit., p. 227). En el idioma griego, por cierto, la palabra “*mitos*” designa el esperma o la simiente del hombre como un hilo trenzado; o sea, la materia prima sobre la cual se empieza a “formar” el tejido (Ibid., p. 231).



Desde siempre, las mujeres y la Diosa han tejido: la tela y la materia de relatos y hechizos, el tejido del interior del útero, o el tiempo y el destino en el universo. Vaso griego, siglo VI-V a.C.

El *Libro de Santiago*, por otro lado, también se equivoca al hablarnos de la presencia de María dentro del Templo. Ya que no estaba permitido para las mujeres entrar al patio interior del Templo en Jerusalén, sino solamente al patio exterior. La idea de que una joven, o una mujer, pudiera consagrarse al servicio de Dios y vivir en contacto con el *Sancta Sanctorum* al cuidado del Sumo Sacerdote, hubiera resultado algo completamente aborrecible y sacrílego para los judíos (Warner, op.cit., p. 58). Pues es un hecho conocido que los judíos eran a tal extremo celosos de su Templo, que incluso cuando alguien lo profanaba le daban muerte (Hechos 21:28-31). Además, sabemos que la costumbre de tener sacerdotisas vírgenes sirviendo en el templo, obviamente no era una costumbre judía, sino totalmente pagana. Estando esta costumbre extendida hasta Siria, donde “curiosamente” se originaron los manuscritos más antiguos del *Libro de Santiago* (Ibid.).

Ejemplos de sacerdotisas vírgenes sirviendo en el templo, los encontramos a través de todo el imperio Romano. Como por ejemplo en el templo de Zeus y Amón en Tebas, donde según Estrabón y confirmado por Juvenal en el momento en que el *Libro de Santiago* fue probablemente compuesto, doncellas de perfecta belleza y buena familia servían en el templo hasta que la pubertad las infectaba, y contraían matrimonio después de un período de luto por su primer y divino novio, el cual era la deidad a la que servían (*The Mothers*, Robert Briffault, 1927, pp. 214, 215). El autor del *Libro de Santiago* pudo haber conocido también los templos de Corinto y del Monte Eryx en Sicilia, donde Afrodita era servida de modo semejante, aunque no se requería de castidad perpetua. Y, definitivamente, tuvo que haber oído de las poderosas Vírgenes Vestales de Roma, cuya virginidad era guardada celosamente, y su pérdida era castigada con la muerte (*Pontifex Maximus, Dinastía Milenaria de... ¡Brujos Sacerdotes!* Parte I, Martín Careaga, 1998, pp. 72-80).

Por otro lado también vemos que el *Libro de Santiago*, al narrarnos la historia de la Anunciación de María, no sólo copia unos hechos de los evangelios para distorsionarlos, sino que también inventa una serie de anécdotas absurdas imposibles de digerir. Pues copiando del evangelio de Lucas, nos dice que a María se le apareció el ángel dos veces -Lucas nos dice sólo una vez- mientras está sacando agua, y de nuevo en el hogar mientras hila. Al sexto mes vuelve José y se reprocha a sí mismo amargamente el que su joven pupila esté embarazada; una virgen consagrada del templo se encuentra encinta porque él, al que le fue confiada, no supo guardarla. José llama a María para que le dé cuenta, y ella proclama su inocencia: “*Por vida del Señor, mi Dios, que no sé de donde ha venido esto*” (13,3). Como en el evangelio de Mateo, José piensa aún repudiarla, pero un sueño le reafirma su honestidad.

Cuando se anuncia el censo, José se prepara para llevar a María y a su hijo a Belén, pero se encuentra molesto, ya que tendría que registrarla como su esposa o hija: “*Pero ella es una niña*”. Antes de alcanzar Belén, María pide ayuda para bajar del asno que monta porque siente que le vienen los dolores. Encuentran una cueva y José la deja con los hijos de él -de su supuesto primer matrimonio- para buscar una partera. Encuentra una mujer en el camino y le habla acerca de María -“*que aunque me cayó en suerte a mí por mujer, no lo es, sino que ha concebido por virtud del Espíritu Santo*”- y la lleva a la cueva. Una luz cubre entonces la cueva “*hasta que apareció el niño, y vino a tomar el pecho de su madre María*” (19, 2). Todo esto, claro, contradiciendo el evangelio de Mateo, el cual nos dice que Jesús nació en un pesebre, no en una cueva (Mateo 2:7). La partera, habiendo presenciado el nacimiento, quedó pasmada y proclamó el milagro (¡y qué milagro! el niño apareció de la nada y, caminando por su propio pie, se dirigió al pecho de María y empezó a mamar). Pero cuando se encontró con otra mujer, Salomé, fuera de la cueva, ésta última parecía escéptica y reclamó una prueba. Salomé pidió que María se descubriera y entonces la examinó. Inmediatamente Salomé gritó de dolor, pues su mano blasfema quedó seca por el fuego. Ella pide perdón por su incredulidad y promete que si le es devuelta su mano, ella curará en nombre de Jesús. Un ángel le dice que sostenga al recién nacido, y cuando lo hace sucede la curación.



La Virgen María dando a luz a Jesús, cuyo resplandor eclipsa al de la vela que sostiene San José en su mano. Nótese que a San José -una vez más- lo pintan viejo y calvo, con el fin de proyectar la idea “que ya no puede” hacerle nada a la Virgen. La comadrona Salomé (der.) que dudó de la virginidad de María, extiende la mano que se secó cuando incrédulamente la examinó. *La Navidad*, Robert Campin (m. 1444), Museo de Dijon, Francia.

El *Libro de Santiago*, a pesar de su antigüedad, nunca fue incluido en el Canon por causa de su contenido propio para “retrasados mentales”, y fue condenado en el decreto Gelasiano. El decreto, por largo tiempo atribuido al Papa Gelasio I (492-496), ha sido recientemente atribuido a un clérigo independiente de un siglo posterior. La condenación, en todo caso, generó confusión en todo el mundo católico de Occidente. Pero el libro había cumplido su propósito de deificar a María haciéndola perpetuamente virgen. El Oriente, por su parte, recibió el *Libro de Santiago* como auténtico (existen manuscritos en griego, etíope, y el más antiguo es siríaco); pero, sorprendentemente, no fue traducido al latín sino hasta el siglo XVI. En Occidente, el *Libro de Santiago* y el *Evangelio Según Tomás*, se combinaron para formar dos libros apócrifos: el *Evangelio Según el Seudo-Mateo* y la *Historia del Nacimiento de María*. Ambos fueron escritos en latín alrededor de los siglos VIII o IX, cuando muy pronto.

Cuando la monja Roswitha de Gandersheim, escritora teatral y poetisa (m. 1002), compuso el primer verso latino que narraba la vida de Joaquín y Ana -padres ficticios de María- y el nacimiento de María, anotó en su prefacio: “*Cuando comencé, bastante tímidamente, con el trabajo de composición, no sabía que la autenticidad de mi material había sido cuestionada* (The Plays of Roswitha, Christopher St. John, 1923, pp. XXXII, XXXIII). Sin embargo, seguramente no se impresionó mucho por este descubrimiento, pues continuó explotando los apócrifos condenados y terminó su artístico poema “*María*”.

No fue sino hasta el tiempo de la Reforma, cuando los ficticios personajes Joaquín y Ana y el nacimiento de María, empezaron a provocar una investigación. Uno de los libros más ampliamente difundidos después de la invención de la imprenta, *La Leyenda Dorada*, de Jacobo de Varagine, incluía toda la leyenda en su integridad. Santa Ana, supuestamente, era una santa querida, un personaje real que cuidó de María. En las ruinas de Santa María de Antiqua en Roma -la antigua iglesia del Foro- Santa Ana lleva a María en sus brazos (ésta es la imagen devocional más primitiva de María como bebé, año 648); y, aunque el tiempo ha desfigurado al bebé, todavía se le puede ver un lóbulo de la oreja, con un rico pendiente a la moda oriental. Santa Ana pues, a pesar de ser un personaje completamente ficticio, fue convertida por el catolicismo romano en una mujer histórica y con su culto oficial. Tan recientemente como en 1954, el Papa Pío XII recomendaba la peregrinación a su famoso santuario en la Gran Bretaña (Warner, op.cit., p. 57). Sus reliquias incluso se repartieron en Colonia (Alemania); y un fragmento de su muñeca, con un trozo de carne todavía “milagrosamente” adherida, se encontraba en la iglesia de Santa Ana de Beaupré. En Jerusalén, por ejemplo, los visitantes escuchan misa en la capilla de Santa Ana, descrita en la guía de turistas como “el lugar de nacimiento de la Virgen Bendita”. Joaquín, aunque menos popular, ha inspirado también su propio culto, el cual todavía perdura. Y, la fiesta de los padres de María, se conserva en el nuevo calendario católico el día 26 de julio, que anteriormente correspondía a la antigua fiesta de Santa Ana (Ibid.).

La necesidad de una Diosa...

¿Mariolatría espontánea?

De acuerdo a lo que registra la historia, el culto a la Virgen no aparece sino hasta después del año 400 (*The Virgin*, Geoffrey Ashe, 1976, p.122; *The Encyclopedia Britannica*, vol. 5, p. 459). Esto nos deja, evidentemente, con un lapso de tiempo de tres siglos -después de iniciado el Cristianismo- a través del cual la Virgen brilla por su ausencia. Y es que cuando analizamos todo lo que los autores cristianos pudieron haber dicho en relación a ella durante esos tres siglos, nos damos cuenta que en realidad no dicen nada, o muy poco. Ya que María, para ellos, era simplemente la madre de Jesús (Ashe, op.cit., p. 123). Sin embargo, cuando el culto hace su aparición y empieza ser introducido en la "Iglesia", lo hace de repente y aparentemente viniendo de ninguna parte ¿Por qué? bueno, el contexto histórico es más o menos como sigue y nos brinda la respuesta: Primeramente tenemos que cuando el emperador romano Constantino (m. año 337) llevó a cabo la "mezcla" del Paganismo con el Cristianismo -surgiendo así la Iglesia Católica Romana- no mucho tiempo después empezó a surgir el culto a la Virgen. Y es que cuando la mayoría de los paganos fueron forzados por el gobierno imperial a bautizarse y adherirse a la recién formada Iglesia-Estado del imperio, ésta empezó a recibir gran cantidad de "conversos" que en realidad no lo eran *. Estos "conversos", por supuesto, no iban a despojarse tan fácilmente de su tradición milenaria de adorar a divinidades femeninas. Y el problema para ellos consistía en que la recién formada "Iglesia", aunque mezclada, no proveía para ellos la imagen de una diosa-madre que sustituyera a la que ellos tanto reverenciaban. Ya que el Dios Hijo Jesús no podía reproducir, obviamente, el patrón pagano de diosa-madre al que ellos estaban tan acostumbrados a adorar, y eran confrontados con una trinidad rígida que excluía por completo a la diosa-madre.

Por lo tanto, estando así las cosas ¿Cuál era entonces la solución al dilema? ¿Quién podría reunir los requisitos necesarios? ¿Quién podría ocupar el trono vacante de la Reina del Cielo? Bueno, vemos que los paganos "conversos" juntamente con los clérigos romanos, no tardaron mucho tiempo para encontrar una figura femenina que les pudiese servir adecuadamente... ¡la Virgen María!

Además, durante este período de tiempo que estamos tratando, el imperio Romano se encontraba sufriendo invasiones de los bárbaros (Ashe, op.cit., p. 193). Eran tiempos de tremenda incertidumbre social que, psicológicamente hablando, hicieron más imperiosa la necesidad de los paganos "conversos" de buscar una diosa-madre que les brindase protección. Ya que ella, en una Era de peligro e inseguridad, representaba un refugio de valor único... ¡Una "matriz" donde refugiarse!



Este relieve, parte del Arco de Constantino, representa el Concilio de Nicea, donde por orden del emperador se reunieron 318 obispos. Nótese la posición de preeminencia de Constantino, que aparece sentado a la derecha, mientras los obispos permanecen de pie.

Para Constantino fue cosa fácil llevar a cabo la "mezcla" del Paganismo con el Cristianismo, pues él dictaba el tiempo y lugar de los sínodos de la Iglesia, y aun como debería votarse. Sin su aprobación, nada podía pasar a ser ley.

* Cuando Constantino se convirtió en emperador del imperio Romano, su imperio estaba formado tanto por paganos como por cristianos, pues para ese entonces los cristianos ya se habían vuelto muy numerosos. Por lo tanto, para darle la necesaria cohesión a su imperio -esto a través de una sola religión- y tener contentos a los paganos y a los cristianos al mismo tiempo, Constantino llevó a cabo una verdadera "mezcla" de lo pagano con lo cristiano, y así se formó la Iglesia Católica Romana. No obstante, la "conversión" a la nueva religión era obligatoria y su rechazo castigado con la muerte. Para mejor comprensión de este tema ver *Pontifex Maximus, Dinastía Milenaria de ... ¡Brujos Sacerdotes!* Parte I, Martín Careaga, 1998, pp. 28-32, 123.

Por otro lado, nadie puede negar también que la historia misma de la humanidad nos muestra la tendencia recurrente del hombre a adorar el concepto de la diosa-madre. Lo cual podemos evidenciar, por ejemplo, con la siguiente lista -en inglés- de diosas pertenecientes a diversas culturas del mundo.

LISTA DE DIOSAS

African, Carthaginian, Egyptian, North African and Phoenician

Abuk	Het	Ogdoad
Ahemait	Isis	Olosa
Aisha Qandisha	Isong	Oshun
Akusaa	Kalisha	Oya
Ala	Kla	Qadesh
Al-Lat	Lat	Qebhsnuf
Al-Uzza	Lemkechen	Reenet
Ama	Maat	Renpet
Ament	Mafdet	Ri
Ankt	Maruwa	Sabulana
Anuket	Mawu	Sambatu
Asase Yaa	Mehit	Saosis
Astronoe	Mehurt	Sati
At-Em	Menat	Sekhmet
Athtar	Meri	Sela
Au Set	Mertseger	Selkhet
Avaris	Meskhoni	Shait
Ba'Alat	Mut	Shamshu
Bakkah	Mylitta	Sheshat
Bast	Nahab	Sige
Bau	Naila	Ta-Dehnet
Belqis	Nambi	Tanetu
Beruth	Nana Buluku	Tanith
Candace	Neb-Ti	Tauret
Dea Caelestis	Neith	Tefnut
Dhat-Badan	Nekhebet	Uadgit
Dido	Nephthys	Umm Attar
Elat	Nsomeka	Uzza
Ermutu	Nut	Wazit
Genea	Oba	Yemaya
Hathor	Ochumare	Ymoja
Hekt	Oddudua	

Ainu, Japanese, and Korean

Amaterasu	Kamui Fuchi	Shita-Teru-Hime
Aryong-Jong	Kaya-Nu-Hima	Sinjang Halmoni
Aze	Kishimogin	Suhijini-no-Kimi
Basho	Kongsim	Sungmo
Benten	Kono-Hana-Sakuya-Hime	Tamayorihime
Byul-Soon	Kuzu-no-Ha	Tatsuta-Hime
Chup-Kamui	Mama	Toyota-Mahime
Dae-Soon	Mulhalmoni	Toyo-Uke
Fuji	Naru-Kami	Tsuru
Hae-Sun	Ningyo	Turesh
Hiedo-no-Ame	Nish-Kan-Ru Mat	Uke-Mochi
Himiko	No-Il Ja-Dae	Uso-Dori
Ikutamayorihime	Ootonobe-no-Kami	Uzume
Inaba	O-Ryu	Wakahirume
Inari	Oto-Hime	Yamato-Hime-no-Miko
Ishikore-Dome	Pali Kongju	Yama-Uba
Iwa-Naga-Hime	Rafu-Sen	Yaya-Zakura
Izanami	Samsin Halmoni	Yondung Halmoni
Izushio-Tome	Sayo-Hime	Yuki-Onne
Jungo	Seyadatarahime	
Kaguya-Hima	Shino-To-Be	

Anatolian, Armenian, Hattian, Hittite, Hurrian, and Persian

Aka	Istustaya	Saris
Anahita	Jaki	Semiramis
Ararat	Jeh	Shauskha
Armaiti	Kait	Sipyrene
Cybele	Kamrusepas	Tarkhu
Halmasuit	Kupapa	Tasimmet
Hannahanna	Lilwani	Tharatha
Hebat	Muzulla	Wurusemu
Hulla	Myrrha	Zintuki
Inaras	Nasa	

Australian, Maori and Pacific Islands

Agusan Devi	Biliku	Eingana
Aponibolinayen	Bugan	Gnatoo
Atanea	Darago	Gnowee
Bara	Djanggalwul Sisters	Goga
Bila	Doh Tenagan	Hainuwele
Haumea	Liomamar	Rabie
Hikuleo	Lorop	Rona
Hina	Luminu-Ut	Satine
Hit	Madalait	Tapa
Indara	Mahui-Iki	Taranga
Iro Duget	Makore-Wawahiwa	Tuli
Julunggul	Matariki	Wahini-Hai
Jungkowa	Mayi-Mayi	Walo
Kalwadi	Miru	Walutahanga
Kapo	Nevinbimbaau	Waramurundji
Koevasi	Numma Moiyuk	Wari-Ma-Te-Takere
Kunapipi	Nyapilnu	Wawalag Sisters
La'i-la'i	Pani	Whaitiri
Laka	Papa	Wuriupranili
Le-Hev-Hev	Pare	Yak
Ligoapup	Parewhenua-Mea	
Ligoband	Pele	

Baltic, Germanic, Icelandic, and Scandinavian

Ahrenkonigin	Fulla	Ivithja
Alfhild	Fylgja	Jord
Amberella	Gefjon	Juras Mate
Angerboda	Gerd	Jurate
Angeyja	Gna	Kornjunfer
Aspelenie	Gollveig	Kveldrida
Asynjr	Gondul	La Reine Pedaque
Atla	Gonlod	Laima
Audhumbla	Groa	Laumes
Austrine	Hariasa	Lofn
Bestla	Harimela	Ma-Emma
Bil	Hedrun	Maria
Breksta	Heith	Mari-Ama
Brynhild	Hel	Matergabiae
Buschfrauen	Hertha	Modgud
Dag	Hervor	Mora
Dekla	Hild	Myrkrida
Dis	Hlin	Nana
Dugnai	Hlodyn	Nerthus
Edda	Hnossa	Nixies
Eir	Hrede	Norns
Embla	Huldra	Nott
Fangge	Hyrrokin	Oddibjord
Fengi and Mengi	Iarnvithja	Perchta
Frau Holle	Idunn	Perkuna Tete
Freya	Imd	Ran
Frigg	Ingebord	Rind
Rugiu Boba	Skogsnufvar	Var
Saga	Skuld	Voluspa
Saule	Snotra	Vor
Saules Meita	Sunna	Waldmichen
Sibilja	Swan Maidens	Wanne Thekla
Sif	Sweigsdunka	Weisse Frauen
Sigurdrita	Syn	Wilden Wip
Silge Fraulein	Tamfana	Zemyna
Sjofn	Thordis	Zisa
Sjojungru	Thorgerd	Zytniamatka
Sjora	Vakyrine	
Skadi	Valkyries	

Caribbean, Central American, Macumban, Mesoamerican, and South American

Aida-Wedo	Ezili-Freda-Dahomey	Marinette
Akewa	Guabancex	Masaya
Alaghom Naom Tzentel	Guatauva	Mayáhuel
Anuanaitu	Huitaca	Metzli
Atabei	Huixtocihuatl	Mictecacihuatl
Auchimalgen	India Rosa	Mu Olokukurtilisop
Bachue	Itiba Tahuvava	Obatallah
Cavillaca	Ituana	Omecihuatl
Ceiuci	Itzpapálotl	Oshun
Chalchiúhtlicue	Ix Chebel Yax	Oya
Chantico	Ix Chel	Quetzapetlatl
Chicomecóatl	Ixtab	Sibilaneuman
Cihuacóatl	Iztaccihuatl	Sicasica
Cihuateteo	Korobona	Teczistecatl
Cipactli	Kualchink	Tlazoltéotl
Coatlícue	Mama Allpa	Toci
Coatrischie	Mama Cocha	Tonan
Cocomama	Mama Ocllo	Xochiquetzal
Coyolxauhqui	Mama Quilla	Yemanjá
Dabaiba	Maman Brigitte	Yohuatlicatl
Evaki	Mamapacha	Zaramama

Celtic: British, Continental, Irish, Scottish, and Welsh

Achall	Aibheaog	Airmed
Achtan	Aife	Almha
Achtland	Aige	Andraste
Aeracura	Ailinn	Anne
Aeron	Ain	Anu
Aeval	Aine	Ardwina
Argante	Chlaus Haistic	Flidais
Arianrhod	Clidna	Gentle Annie
Arnementia	Corchen	Gillagriene
Artio	Corra	Glas
Badb	Coventina	Godiva
Ban Naomha	Cred	Grainne
Banba	Creiddylad	Grainne ni Malley
Ban-Chuideachaidh Moire	Crobdh Dearg	Grian
Banshee	Dahut	Guinevere
Basilea	Dames Vertes	Gwyar
Bean Nighe	Damona	Gwyllion
Bebhionn	Danu	Habetrot
Becuma	Dea Nutrix	Habondia
Belisima	Deae Matres	Henwen
Benvarry	Dechtere	Inghean Bhuidhe
Berecynthia	Deirdre	Korrigan
Biddy	Devorgilla	Latiaran
Biddy Mannion	Dia Griene	Latis
Black Annis	Dil	Lavercam
Blathnat	Domnu	Leanan Sidhe
Blodewedd	Don	Liban
Bo Find	Druantia	Logia
Boann	Dubh Lacha	Luaths Lurgann
Branwen	Eadon	Mabb
Bri	Ebhlinne	Macha
Brigantia	Echtghe	Maeve
Brigid	Edain	Magog
Bronach	Ele	Mal
Buan	Emer	Mala Liath
Caer	Eostre	Marcia Proba
Cailleach	Epona	Melusine
Caireen	Eri of the Golden Hair	Minerva Medica
Cally Berry	Eriu	Momu
Campestres	Ess Euchen	Moncha
Canola	Estiu	Morgan Le Fay
Caolainn	Etain	Morgay
Carlin	Ethne	Moriath
Carman	Fachea	Morrigan
Carravogue	Fand	Moruadh
Cartimandua	Feithline	Muime Chriosda
Cathubodia	Fideal	Muireartach
Ceasg	Finchoem	Munanna
Ceibhfhionn	Findabar	Nar
Cerridwen	Finncaev	Natosuelta
Cessair	Fiongalla	Nehalennia
Cethlion	Flonnuala	Nemain
Cetnenn	Fithir	Nemetona
Nessa	Rosmerta	Sirona
Niamh	Saba	Sulis
Nicnevin	Sabrina	Suliviae
Nimue	Scathach	Taillte
Oanuava	Scota	Triduana
Odras	Sequana	Turrean
Olwen	Sheila na Gig	Uairebhuidhe
Oona	Silkie	Varia
Ratis	Sin	Veleda
Rhiannon	Sinann	Viviane

Campe	Erinyes	Karpophoros
Carya	Eumenides	Kore
Cassandra	Europa	Lada
Cassiopeia	Eurydice	Lamia
Castalia	Eurynome	Lampetia
Cer	Gaea	Latona
Cerberus	Galatea	Leda
Ceto	Ganymeda	Lemna
Charila	Gorgons	Leto
Charybdis	Graces	Leucippe
Chelone	Graee	Limnades
Chera	Halcyone	Litae
Chimera	Harmonia	Lotis
Chloë	Harpies	Lygodesma
Chrysothenius	Hebe	Lysippe
Circe ,	Hecate	Lyssa
Cleone	Hegemone	Macaria
Clymene	Helen	Macris
Clytemnestra	Heliades	Maenads
Clytie	Helle	Maia
Cotys	Hera	Malophoros
Croale	Hero	Manto
Cydippe	Hesperides	Marpesia
Cynosura	Hestia	Marpessa
Cyone	Hiera	Medea
Cyrene	Hippia	Medusa
Da	Hippo	Megaera
Dactyls	Hippodamia	Meilichia
Damia	Hippolyta	Melanippe
Danae	Horae	Meliae
The Danaids	Horephoros	Melissa
Daphne	Hydra	Menalippe
Dejanira	Hypermnestra	Mentha
Demeter	Ia	Meroe
Despoina	Iambe	Merope
Dione	Iaso	Meta
Doris	Ida	Metanira
Dryads	Idothea	Meter
Dryope	Ino	Metis
Echenais	Io	Mnasa
Echidna	Iphigenia	Mnemosyne
Echo	Iphis	Moirae
Eileithyia	Irene	Mormo
Eireisone	Iris	Muses
Electra	Ismene	Myrine
Eos	Jocasta	Naiads
Erigone	Kakia	Nausicaa

Chinese, Manchurian, and Mongolian

Aigiarm	Hu-Tu	Shiju-Gara
Altan-Telgey	Kuan-Yin	Sien-Tsang
Chang-O	Lan Ts'ai-Ho	Tai Yuan
Chih Nu	Lo Shen	Teleglen Edzen
Chuang-Mu	Ma Tsu-Po	Tien-Hou
Etugen	Ma-Ku	Tien-Mu
Feng Pho-Pho	Meng-Po Niang-Niang	Tou-Mou
Fu-Pao	Nu Kua	Tsan-Mu
Ho Hsien-Ku	Pa	Tsi-Ku
Hsi-Ling Shih	Pao-Yueh	Vatiaz
Hsi Wang Mu	Pi-Hsia Yuan-Chin	
Hsian Fu-Jen	Sao-Ts'ing Niang	

Cretan, Greek, pre-Hellenic, and Hellenistic

Acantha	Ananke	Até
Adamantea	Anaxarete	Athana Lindia
Aedon	Andromeda	Athene
Aega	Anesidora	The Augralids
Aella	Anieros	Aura
Agave	Anthea	Basile
Agdos	Antianara	Basilinna
Aithuia	Antigone	Baubo
Alcippe	Antiope	Bia
Alecto	Aphrodite	Biblys
Alectrona	Arachne	Bontene
Althaea	Arete	Brimo
Amalthea	Ariadne	Britomartis
Amazons	Artemis	Caenis
Amphitrite	Artemisia	Caligo
Amymone	Asteria	Callisto
Anadyomene	Atalanta	Calypso
Nemesis	Persephone	Selene
Nephele	Phaedra	Semele
Nereids	Pheraia	Sibyl
Nike	Pherenice	Sirens
Niobé	Philemon	Smilax
Nympheuomene	Philomena	Spako
Nyx	Phoebad	Sparta
Oceanids	Phryne	Spes
Omphale	Phyllis	Sphinx
Oreads	Pitho	Styx
Oreithyia	Plataia	Syrinx
Orthia	Pleiades	Teleia
Otiona	Poine	Telesilla
Otrere	Polycaste	Telphassa
Pallas	Polydamna	Telphusa
Pamphile	Praxidike	Tethys
Pandia	Procris	Thalassa
Pandora	Protagenia	Thalestris
Panope	Psyche	Thea
Pantariste	Pyrrha	Themis
Paphos	Pythia	Thesmophoros
Pasiphae	Python	Thetis
Penelope	Rhea	Thyone
Penthesilea	Rhode	Tomyris
Perasia	Rumor	Urania
Pero	Salmacis	
Perse	Scylla	

Etruscan, Italic, and Roman

Abeona	Befana	Damatre
Abundita	Bellona	Damatres
Acca Larentia	Bona Dea	Dea Dia
Adeona	Caca	Devera
Aetna	Camenae	Diana
Alemona	Camilla	Disciplina
Amata	Candelifera	Diuturna
Angerona	Cardea	Edusa
Angitia	Carmentia	Egeria
Anima Mundi	Carna	Fama
Anna Perenna	Ceres	Felicitas
Antevorta	Claudia Quinta	Feronia
Aricia	Concordia	Fides
Arria	Copia	Flora
Aurora	Cuba	Fons
Aventina	Cunina	Fornax

Fortuna	Menrva	Sipna
Fraud	Mens	Spes
Fulgora	Minerva	S'renua
Furrina	Moneta	Tanaquil
Galiana	Naenia	Telete
Ggigantia	Necessitas	Tellus Mater
Giane	Nona	Tempestates
Hybla	Nortia	Thalna
Intercidona	Ocrisia	Titania
Juno	Ops	Tuchulcha
Lalal	Ossipago	Turan
Lara	Pales	Tursa
Lasa	Pallor	Uni
Laverna	Panacea	Unxia
Libera	Parca	Vacuna
Liberalitas	Partula	Vagitanus
Libertas	Pavor	Valetudo
Libitina	Pietas	Vanths
Lignaco-Dex	Pomona	Vegoia
Lucina	Postvorta	Venus
Luna	Potina	Veritas
Luperca	Proserpine	Verplace
Magna Mater	Providentia	Vesta
Maia	Put	Vesuna Erinia
Mania	Rhea Silvia	Virginia
Marcia	Rumina	Volumna
Matuta	Salus	Voluptas
Meditrina	Seia	Zirna
Mellonia	Sentia	

Finno-Ugric: Cheremis, Finnish, Hungarian, Mordvin, and Saami

Avfruvva	Laugo-Edne	Paive
Azer-Ava	Loddis-Edne	Pohjan-Akka
Barbmo-Akka	Louhi	Port-Kuva
Beiwe	Luonnotar	Poshjo-Akka
Beiwe-Neida	Luot-Hozjit	Radien-Akka
Bonto	Madder-Akka	Radien-Kiedde
Cacce-Jienne	Mardeq Avalon	Rana Neida
Cuvto-Ava	Mere-Ama	Rauni
Haltia	Metsannetsyt	Risem-Edne
Idem-Huva	Metsarhatija	Sar-Akka
Ilma	Mielikki	Sundi-Mumi
Juks-Akka	Nakineitsi	Suonetar
Kalma	Ovda	Tava-Ajk
Keca Aba	Paivatar	Tundr Ilona
Tuonetar	Veden Emo	Xatel-Ekwa
Tuulikki	Vellamo	Xoli-Kaltes
Uks-Akka	Viran-Akka	Yabme-Akka
Ved-Ava	Vitsa-Kuva	Zlota-Baba

Indian, South Asian, and Tibetan

Abhramu	Jyestha	Ranu Bai
Aditi	Kadru	Rati
Alakhani	Kali	Rohini
Amba	Kandiu	Rudrani
Ammavaru	Karaikkal-Asmmaiyar	Saibya
Anna Purna	Katau Kumei	Sakkala-Khatun
Armaiti	Khala Kumari	Samjuna
Banka-Mundi	Khon-Ma	Samundra
Bardaichila	Kottavi	Saning Sri
Bentakumari	Kunti	Sarasvati

Bhavani	Kurukulla	Sarna Burhi
Bisal-Mariamna	Kusumamodini	Sarvari
Bomong	Lakshmi	Sasti
Budhi Pallien	Lalita	Sati
Candi	Lla-Mo	Savitri
Challallamma	Lohasur Devi	Shakti
Chinnintamma	Mahakala	Sila
Churalin	Maitreya	Sita
Dakini	Manasa	Sitala
Davata	Marahi Devi	Srinmo
Devayani	Marici	Suki
Devi	Maya	Sunkalamma
Dharti Mata	Minachiamman	Sur'a
Diti	Mindhal	Surabhi
Draupadi	Muk Jauk	Surasa
Durga	Mutyalamma	Tara
Ekash-Taka	Naina Devi	Tari Pennu
Ekhe-Urani	Nirriti	Toh Sri Lam
Emboq Sri	Parooa	Trung-Trac
Ganga	Parvati	Tsun Kyankse
Gauri	Pidari	Tulsi
Gauri-Sankar	Po Ino Nogar	Ukepenopfu
Ghar-Jenti	Pok Klai	Urvasi
Hada Bai	Prakriti	Ushas
Hathay	Prithivi	Vajravarak
Holika	Radha	Vinata
Huligamma	Rakshasi	Yamuna
Ila	Rambha	Yaparamma
Janguli	Ranaghanti	Yasodha

Mesopotamian: Akkadian, Aramaic, Babylonian, Chaldean, Elamite, Sumerian, Syrian, and Ugaritic

A	Hanata	Ninmah
Absusu	Inanna	Ninsar
Abtagigi	Irkalla	Nin-Si-Anna
Adamu	Irnini	Ninsikilla
Aja	Ishtar	Ninti
Allatu	Kadi	Nintur
Amashilamma	Kathirat	Nisaba
Anat	Ki	Orore
Anatu	Kilili	Sadarnuna
Anunit	Lahar	Sala
Aruru	Lamamu	Sarbanda
Ashnan	Lamasthu	Sasura
Atargatis	Mami	Seimia
Bau	Mamitu	Shapash
Belit-Ilani	Minu Anni	Sharrat Shame
Belit-Seri	Myrrha	Shatagat
Damkina	Nagar-Saga	Sherua
Dea Syria	Nammu	Shulamite
Derceto	Nana	Siduri
Egime	Nanshe	Siris
Eriskegal	Ninazu	Tauthe
Erua	Nindum	Tiamat
Eshara	Ningal	Ulsiga
Gamlat	Ninhurra	Uttu
Gamsu	Ninhursag	Vashti
Gatamdug	Ninkasi	Zanaru
Gestinanna	Ninkharak	Zarpandit
Gula	Ninkigal	Zib
Gumshea	Ninlil	

North American

Aghyu Gugu	Chuginadak	Hekoolas
Ailsie	Djigonasee	Hulluk Miyumko
Ai-Willi-Ay-O	Dzalarhons	H'Uraru
Akycha	Estsanatlehi	Irdlirvirisissong
Amayicoyondi	Gendenwitha	Kadlu
Apasinasee	Genetaska	Kanene Ski Amai Yehi
Ataensic	Glispa	Loo-Wit
Atse Estsan	Gyhdeptis	Mahakh
Awitelin Tsita	Hanwi	Meni Loimis
Butterfly Maiden	Hastseoltoi	Nahkeeta
Changing Woman	Hatai Wugti	Nokomis
Noogumee	Qamait	Tahc-i
Norwan	Qocha Mana	Tlitcaplitana
Nuliayoq	Rhpisunt	Unelanuhi
Ohoyo Osh Chishba	Rukko	Uti Hiata
Omamama	Sedna	Utset and Nowutset
Onatah	Selu	Wah-Kah-Nee
Oniata	Shiwanokia	White Buffalo Woman
Pahto	Sneneik	Yebaad
Panes	Snutqtxals	Yolkai Estsan
Ptesan-Wi	Spear-Finger	
Pukimna	Tacoma	

Slavic: Balkan, Polish, Russian, Scythian, Siberian, and Thracian

Ajysyt	Dolya	Kupalo
Apia-Fellus	Dziwozony	Marzana
Arganthone	Erce	Mati
Artimpaasa	Ja-Neba	Mokosh
Baba Yaga	Jezenky	Mother Friday
Bendis	Kasum-Naj-Ekva	Mou-Njami
Bugady Musun	Kikimora	Navky
Colleda	Kostrubonko	Ognyene Maria
Doda	Kou-Njami	Poldunica
Poza-Mama	Tabiti	Vodni Panny
Rusalky	Tu-Njami	Vut-Imi
Selci Syt Emysyt	Umaj	Wlasca
Siva	Ursula	Zima
Sreca	Veshtitze	Zonget
Sroya	Vesna	Zywie
Sudice	Vila	

El siglo IV, que es justamente el período antes que apareciese el culto a la Virgen, se caracterizó por ser un período de tiempo en la historia dentro del cual diversos grupos de paganos tuvieron que ser asimilados por la “Iglesia mezclada”. Y, como ya habíamos mencionado, en este contexto se encontraban también aquellos primeros paganos “conversos” que, con el transcurso del tiempo, fueron ejerciendo cada vez más presión sobre la “Iglesia mezclada” para que les proveyese una diosa-madre. Estando así las cosas, surge entonces dentro de los diversos grupos asimilados, un extraño grupo de mujeres que, sorprendentemente... ¡Ya adoraban a María como la Reina del Cielo!

Al principio, la “Iglesia mezclada” no asimiló al grupo inmediatamente, debido a que eran sacerdotisas y rechazaban la supremacía masculina (*The Virgin*, Geoffrey Ashe, 1976, p. 151). Pero al final, terminaron siendo asimiladas porque habían provisto la fórmula diosa-madre que todos los paganos “conversos” anhelaban. Este grupo o secta de mujeres se les denominaba las *Collyrinas*, esto por causa de la palabra griega *collyris*, que se encuentra en la versión griega de 2 Samuel 6:19 y significa “un pequeño pan”. La primera y única fuente histórica que hace mención de ellas es Epifanio (310-403), Padre de la Iglesia Griega y obispo de Constancia.

Epifanio las menciona en su obra más conocida, *El Panarion* (escrita entre 374 y 377), conocida también como *Un Estuche Médico para Remedios contra Herejías*. La finalidad de Epifanio en esta obra es enumerar y describir todas las herejías que habían existido desde los primeros días de la Cristiandad, y discute 80 de ellas, en orden cronológico. Y, en la herejía número 79, Epifanio habla de las *Collyrinas*.

Epifanio por su parte, aunque creía en la virginidad perpetua de la Virgen, no aprobaba su adoración como diosa. Cuando se refiere a las *Collyrinas*, dice que son mujeres en su mayoría, y las describe como simples, débiles y desdeñables. Sin embargo, de acuerdo a los reportes que le han llegado, representan más que un simple grupo local. Empezaron en Tracia y han propagado su culto hasta la parte alta de Escitia, que comprende las tierras al oeste y norte del Mar Negro, y también se han propagado a Arabia. De los países en medio, no se dice nada, pero el área es impresionante, implicando por lo tanto una existencia que data mucho tiempo atrás antes que Epifanio escribiese al respecto. Y, dondequiera que las *Collyrinas* florecen, tienen asambleas o asociaciones. Y adoran a María como la Reina del Cielo, con un ritual que evidentemente se remonta más atrás que la Cristiandad.

*Ellas adornan una silla o trono, lo cubren con
una tela de lino, y, en determinado momento solemne,
ponen pan allí y se lo ofrecen a María; y
todas participan de este pan.
(Ashe, op.cit., p. 159).*

La ceremonia, según Epifanio, se prolonga por días, y la denuncia sarcásticamente. Diciendo lo que cualquier otro clérigo de su tiempo seguramente también hubiese dicho sin reservas: “*Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean adorados, pero que nadie adore a María*”. Epifanio pronuncia esta máxima a manera de conclusión, no sin antes haber afirmado que:

*Dios descendió del cielo, la Palabra se vistió a sí mismo
en la carne de una virgen santa, pero no, ciertamente, que la Virgen
deba ser adorada, o hacer una diosa de ella, o que
debamos ofrecer sacrificio en su nombre, así como tampoco,
después de tantas generaciones, las mujeres una vez más
sean nombradas sacerdotes... Dios no comisionó a
la Virgen para que ministrase bautismo o bendijera a los
discípulos, así como tampoco le mandó que gobernase sobre la tierra.*

(*Panarion*, Epiphanius, en J.P. Migne, *Patrologia Graeca*, vol. 42;
Mary: a History of Doctrine and Devotion, Hilda Graef, 1963, vol. I, pp. 72, 73).

Por lo que dice aquí Epifanio, parece ser que las *Collyrinas* eran feministas que resentían una iglesia fundada en la supremacía del hombre, y por ello hicieron a María su diosa, su cabeza. Epifanio también advierte contra la participación de las mujeres en el “sacerdocio”; y más adelante -en su *Panarion*- hace la conexión entonces con aquellas mujeres condenadas en Jeremías 7:18, que hacían ofrendas similares -tortas de pan- a la Reina del Cielo, que en ese caso era Astarté. La cual también es Asera, y para los babilonios Istar. En el cercano Oriente, por otro lado, el cocerle panes a Istar era una característica propia de la adoración del culto. Un himno a Istar, por ejemplo, incluye líneas como: “*Oh Istar, he hecho una preparación de leche, pan cocido, y sal, escúchame y sé propicia*”. Otro himno a ella dice: “*Oh Istar, veo a tu rostro, y hago una ofrenda de leche pura con pan cocido*”. Se cree que los panes cocidos y ofrecidos a la Reina del Cielo, podrían haber tenido incluso la forma de la diosa (*Le Culte de la Reine du Ciel*, Mahias Delcor, 1982, p. 106).

En Jeremías 7:18 los panes mencionados son llamados *kawanim*, y están relacionados con el pan babilonio *kamanu*, que se preparaba con higos y miel y era cocido bajo las brasas. No obstante, en el caso del *kawanim* hebreo, éste estaba hecho a base de cereal, usualmente cebada. Y, si observamos un grano de cebada, veremos que se asemeja a una vulva de mujer (*In a Chariot Drawn by Lions*, Asphodel P. Long, 1993, p. 125). Debido a ello se cree que los panes preparados para la Reina del Cielo “hechos con su imagen”, posiblemente tenían forma de vulva. Y, aunque los niños y los hombres ayudaban a las mujeres en el ceremonial del culto, los niños recogiendo la leña y los hombres encendiendo el fuego (Jeremías 7:18), eran las mujeres quienes lideraban la ceremonia y presentaban las ofrendas a la diosa.

El origen de la diosa Istar, por otro lado, resulta interesante cuando nos damos cuenta que, igualmente que Cibeles, ella empezó siendo un aerolito negro caído del cielo; cuyo nombre en griego era *baetyl*, y en hebreo *bethel*, que significa “casa de Dios” (Delcor, op.cit., p. 126). Toda la literatura concerniente a esto, coincide en decirnos que los antiguos tenían la creencia de que cuando “una roca caía del cielo”, ésta contenía la presencia de la divinidad y, en todos los casos, el morador divino era femenino. Tal divinidad femenina se afirmaba entonces que era la Reina del Cielo, pues había venido precisamente del cielo, y por ello su nombre (Long, op.cit., p. 127).

Al resumir la información presentada, podemos decir entonces que hasta el tiempo de Epifanio (310-403), no existen indicios dentro de la “Iglesia” de devoción pública a María como un ser humano que pudiese recibir adoración, escuchar oraciones, y mucho menos “regir sobre la tierra” en el más mínimo sentido. Por lo tanto, antes de Epifanio, no existe pues rastro del culto, lo cual es evidenciado también por el hecho que tampoco hay indicios de “herejes”, ya sea distorsionando o exagerando el culto. De manera que entonces hasta lo que se conoce, el culto a María empezó con las *Collyrinas*, y su adoración a ella como la Diosa (Ashe, op.cit., p. 151).

Y, aunque Epifanio en sus escritos condena a las *Collyrinas*, se alcanza a percibir que éste encuentra atractivas ciertas creencias de ellas en la Virgen. Pero, debido a que las *Collyrinas* están separadas de la “Iglesia”, no puede darles crédito o ser abierto. Epifanio, por su parte, creía en la “virginidad perpetua” de la Virgen. Y se le atribuye también en ser el primero en identificar a la Virgen con la mujer que aparece en Apocalipsis 12. Esto obviamente de una manera equivocada, pues la mujer allí solamente puede ser la Iglesia de Jesucristo.



Epifanio identificó erróneamente la visión de la mujer en Apocalipsis 12, con la Virgen María. Una mujer encinta vestida del sol... perseguida por un dragón de siete cabezas. Su interpretación, aunque data antes del año 400, fue pintada por primera vez por artistas monásticos medievales. Saint Albans, 1250, Biblioteca Pierpont Morgan, Nueva York.

La secta de las *Collyrinas* terminó siendo asimilada por la “Iglesia”, pero confinó el culto de la Virgen dentro de ciertos límites y lo adaptó a su propio sistema (Ashe, op.cit., p. 185). Posteriormente en el año 787, en el Segundo Concilio de Nicea, se establecieron supuestamente “claras distinciones” en cuanto al culto de la Virgen. Pues se afirmó que *latria* (adoración) era para el Padre solamente; *dulia* (reverencia) para los santos; e *hiperdulia* (más que reverencia) para la Virgen.



Durante la Edad Media, la iconografía de María representando a la mujer de Apocalipsis 12, propagó el error de tal interpretación.

El rosario de la Virgen...sus negros antecedentes.

Primeramente tenemos que la palabra “rosario” se deriva del latín *rosarium*, que significa “jardín de rosas”. Y, en la Edad Media, cuando se tomó a la rosa como símbolo de la Virgen, las cuentas mismas del rosario fueron vistas como coronas de rosas para coronar a la Reina de los Cielos (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p. 396).

El rosario, no obstante, no es de origen católico romano, ya que independientemente de la fecha de su primera aparición en Europa, éste ya existía en Oriente con siglos de anterioridad. Su origen, como cadena o collar de cuentas para rezos, se remonta a la India Brahmánica, donde todavía se emplea en el culto a Vishnu y Shiva. Y, a través del hinduismo, su uso se extendió después al budismo y más tarde al islam, donde se menciona desde el siglo IX.



Representación de un sikh pronunciando sus cuentas, las cuales cuenta con su mano metida en una bolsa de tela. Una tradición practicada en Oriente mucho tiempo antes que fuese adoptada por el romanismo católico.



La Virgen entregando el rosario a Santo Domingo. Rosario de la Santísima Virgen, impreso en Venecia, 1524.

En la India el “rosario” se conoce con el nombre sánscrito de *japa-mala*, que significa “collar susurrante”, y tiene la finalidad de llevar la cuenta de las oraciones susurradas. En el Tibet, es utilizado por monjes y laicos, y su color varía según la divinidad que se adore. Allí, aparte de utilizarse para rezos, se utiliza también para adivinación (*Man, Myth and Magic*, Richard Cavendish, 1985, vol. 9, p. 2420).

Lo peligroso del rosario, no obstante, es que tiene un poder hipnótico que se produce por la pronunciación repetitiva de los rezos. Algo que no es de extrañar cuando consideramos su origen oriental, pues es un hecho conocido que tanto en el hinduismo como en el budismo, los rezos repetitivos que ellos llaman “*mantras*”, producen un cambio en la frecuencia de las ondas cerebrales, lo cual abre al individuo al mundo de los espíritus o demonios. Esto explica también por qué, en la mayoría de las apariciones de la Virgen, por alguna u otra causa, sale a relucir el rosario. Y es que también, en el catolicismo romano, el rosario tiene su origen precisamente con una aparición de la Virgen.

La leyenda católico romana nos dice que la Virgen se le apareció a Santo Domingo mientras éste “trabajaba” entre los Albigenses, entregándole el rosario e instruyéndole para que lo predicase a la gente como un “*singular remedio contra la herejía y el pecado*”. Prometiéndole también mucho éxito para su apostolado si la obedecía en esto (*The New Catholic Encyclopedia*, 1967, vol. XII, p. 667).

La Virgen, por su parte, le cumplió fielmente a Domingo de Guzmán su promesa. Ya que definitivamente Domingo si tuvo “mucho éxito en su apostolado”, pues vemos que fundó la Orden de los Dominicos. La cual por cierto fue aprobada y bendecida por el Papa Gregorio IX -autor y creador de la Inquisición- para que juntamente con la Orden Franciscana, le sirviesen entonces como brazos ejecutores de su recién creada Inquisición. Y, cuando la Enciclopedia Católica nos dice que Domingo “trabajaba” entre los Albigenses, esto en realidad quiere decir que fue enviado allá para someterlos a la Inquisición. Lo cual implicaba, aparte de la muerte y tortura de los herejes, la completa demolición de sus hogares (*Los Secretos de la Inquisición*, Edward Burman, 1993, p. 34).

Y es que los Albigenses, al no reconocer la autoridad del Papa, y vivir una vida de casi perfecta santidad, representaban un verdadero peligro para el corrupto dominio papal. La solución pues, consistió en tacharlos de “herejes” y masacrarlos a todos por completo, incluyendo mujeres y niños (*Vicars of Christ: The Dark Side of the Papacy*; Peter De Rosa, 1988, [pp. 152, 153]). Todo esto, claro, con la colaboración y “buen éxito del apostolado” de Domingo de Guzmán, cumpliéndose así la bendita profecía de la Virgen en la vida del Dominico. El cual por cierto, antes que naciese, su madre soñó que daba a luz un perro y no un niño. Y, por esta causa, a los dominicos se les llegó a conocer después como los *dominicanes*, o sea los perros del Señor, y también como los “frailes negros”.



“Santo” Domingo de Guzmán con el emblema de la Inquisición Española. Nótese abajo el símbolo del perro, con el que siempre se le identificó al dominico.

Domingo murió en el año 1221 y, debido a los “servicios” prestados a su “Santidad” el Papa, fue canonizado posteriormente el 4 de agosto de 1234. En ese entonces, cuando el obispo de Toulouse se enteró de su canonización -habiendo sido él mismo seguidor de Domingo y prior provincial de los dominicos- celebró públicamente la inmensa alegría que le embargaba quemando a una mujer y a varios hombres, todos ellos “herejes”. La mujer estaba enferma, por lo que fue necesario llevarla en la cama hasta el lugar de la ejecución en un prado que era propiedad del conde de Toulouse. La crónica de este acontecimiento dice de la manera siguiente: “ *Y después que el obispo y los frailes y sus compañeros hubieron visto completado el asunto, volvieron al refectorio y, dando gracias a Dios y al bienaventurado Domingo, comieron con regocijo lo que les habían preparado. Dios hizo estas obras en el primer día de la fiesta del bienaventurado Domingo...*” (*Heresy, Crusade and Inquisition in Southern France 1100-1250*, W.L. Wakefield, 1974, pp. 215-216).

Las aterradoras palabras del cronista nos dan una visión fiel y auténtica de cómo se conducían los “santos” frailes dominicos, y nos muestra también por qué la Virgen escogió al “bienaventurado” Domingo para entregarle su rosario. No en balde Voltaire, en su obra de teatro *La Pucelle d’Orléans*, condena al infierno a este “santo” (Burman, op.cit., p. 77).



La Madona del Rosario, con “Santo” Domingo sosteniendo un rosario -apenas perceptible- en cada mano y San Pedro Mártir a la derecha. Caravaggio (1571-1610), Museo Kunsthistorisches, Viena.



“Santo” Domingo predicando a los Albigenses, rechazando sus “heréticos” argumentos y descontándolos con los dedos de su mano. Los perros pintos simbolizan a los dominicos, supuestamente rescatando a las ovejas de los lobos. Fresco de Simone Martini, Iglesia de Santa María Novella, Florencia.



Nuestra Señora del Rosario. Un cuadro típico de la propaganda del rosario, donde vemos a la Virgen entregando el rosario a un monje y una monja, representando éstos a las órdenes religiosas católico romanas. Autor desconocido, siglo XVIII, Convento da Lapa do Desterro, Río de Janeiro, Brasil.

Otro personaje relacionado a la propagación del rosario, con antecedentes igualmente negros o peores que Domingo de Guzmán, fue el Papa Alejandro VI (Rodrigo Borjia). Este tipejo, como es un hecho por todos conocido, celebraba orgías en el Vaticano; envenenaba cardenales para vender sus puestos a otros clérigos que después también envenenaba; rompió record entre todos los papas por haber fornicado con tres generaciones de mujeres, la madre, la abuela, y la hija; y así, sucesivamente, su lista de fechorías es interminable (*Pontifex Maximus, Dinastía Milenaria de... ¡Brujos Sacerdotes!* Parte I, Martín Careaga, 1998, pp. 168-171). No obstante, gracias a él, la práctica del rosario se extendió como pólvora. Pues fue el primer Papa en mencionar el rosario, aprobando oficialmente su uso por medio de una Bula de indulgencia otorgada a la Confraternidad del Rosario, en julio 13 de 1495 (*The New Catholic Encyclopedia*, 1967, vol. XII, p. 668).



Propaganda del rosario. La Madona del Apocalipsis rodeada de cinco decenas de cuentas. Grabado en madera, Savoy, Francia, 1490.

Además de los despreciables sujetos antes mencionados -Domingo de Guzmán y Rodrigo Borjia- la negra historia del rosario continuó formándose después en base a la intervención de personajes de lo peor, de la más baja calaña. Pues vemos por ejemplo que el Papa Pío V, habiendo sido fraile dominico y Gran Inquisidor antes de convertirse en Papa, y considerado el Papa más malvado del tiempo de la Contrareforma, promulgó una Bula ratificando el uso del rosario. Después, en 1572, instituyó también la festividad de “Nuestra Señora de la Victoria”, esto para conmemorar la derrota de los turcos en la batalla de Lepanto, en octubre de 1571. Ya que, según él, la batalla se decidió para Dios por la intercesión de la Virgen, la cual intervino por causa de los rosarios ofrecidos a ella aquí en la tierra, rezados por las confraternidades del rosario en Roma. En esta batalla contra los turcos, el Papa había formado una “Santa Alianza” con Roma, España y Venecia. De los gastos de guerra, una sexta parte pagó el Papa y el resto España y Venecia. Posteriormente el sucesor de Pío V, Gregorio XIII, rebautizó la festividad de Nuestra Señora de la Victoria con el nombre de “Festividad del Rosario”. Y, en la primera cuarta parte del siglo XVIII, Clemente IX decretó que la festividad debía ser guardada por toda la Iglesia. De manera que hoy en día, por causa de que la batalla de Lepanto se ganó en el mes de octubre, el calendario católico festeja el 7 de octubre como “Nuestra Señora del Santísimo Rosario”.



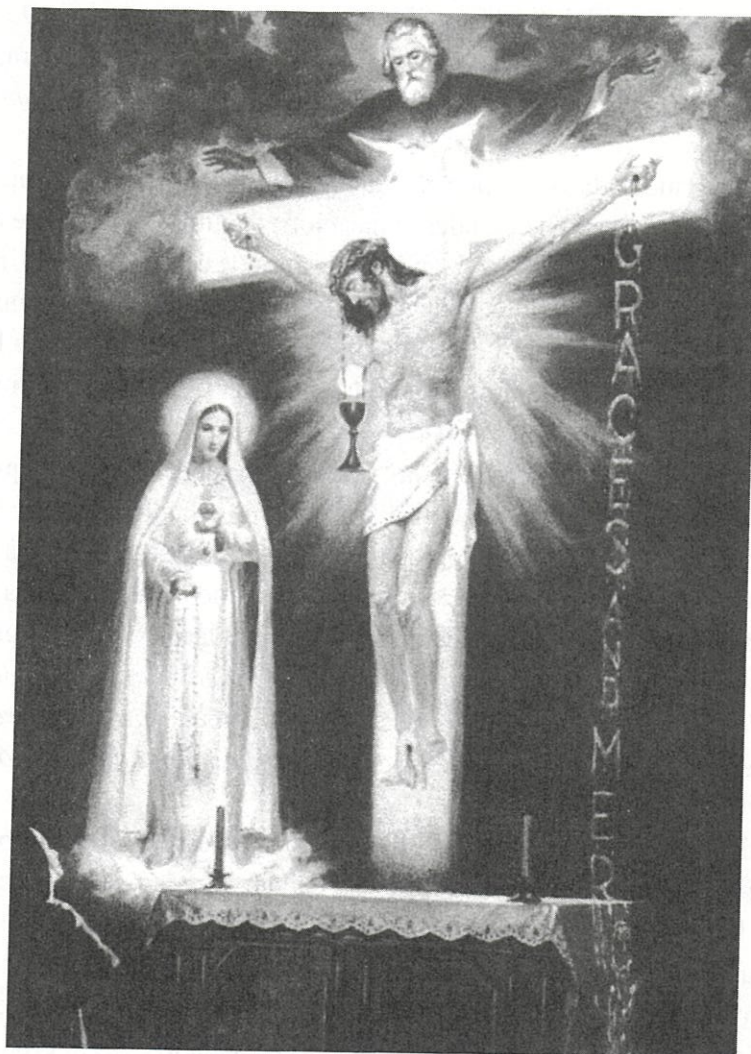
Papa Pío V, el Papa inquisidor más malvado del tiempo de la Contrarreforma, y fundador de la festividad del rosario.

Nótese el rostro sumamente torvo y maligno de este sujeto, y la pequeña cara de un demonio que aparece arriba de su cabeza, donde señala la flecha. Grabado de Giovanni Batista.



Rostro amplificado del demonio que se encuentra arriba de la cabeza de Pío V. Seguramente este es el mismo demonio que, aparentemente desearando pasar desapercibido, “inspiró” a este Papa para que mandara a innumerables personas a la hoguera de la Inquisición. Esto cuando fungía como Gran Inquisidor bajo el Papa Paulo IV, y después también cuando fue Papa.

Por otro lado, y como ya habíamos mencionado al principio de este capítulo, la mayoría de las “apariciones” de la Virgen están relacionadas de alguna forma al rosario... *“ese objeto sagrado que tiene su origen en los cielos y que fue dado a la humanidad a través de una aparición de la Virgen”*. Bernadette Soubirous, a quien supuestamente se le apareció la Virgen varias veces en Lourdes en 1858, solía recitar el rosario mientras tenía sus “visiones”. Igualmente en Fátima en 1917, la Virgen instaba a rezar sus rosarios a los niños a quienes se les apareció, y se llamaba a sí misma “Nuestra Señora del Rosario”. Actualmente, en ambas peregrinaciones, todavía emplean el rosario recitando el Avemaría (Warner, op.cit., p.400).



Con fines meramente propagandísticos -nótese el rosario en mano de la Virgen- se hizo esta pintura que representa la totalidad del supuesto mensaje de Fátima dado a la niña Lucía, aquí ya convertida en monja al pie del altar. La pintura se encuentra en la capilla del Convento Doroteo, en Tuy, y data de 1929.

Las personas involucradas en las “apariciones”, no obstante, suelen tener efectos negativos en sus vidas que la Iglesia Católica siempre ha tenido cuidado en no dar a conocer. En la Salette (Francia) en 1846, por ejemplo, la Virgen se le apareció ataviada de luz y rosas a un niño de once años llamado Maximino Giraud (m. 1875) y a una chica de catorce años, Melania Calvat (m. 1904). Ambos, Melania y Maximino, tuvieron vidas accidentadas después de la aparición. Maximino, para horror de la Iglesia, incluso patentó un licor llamado

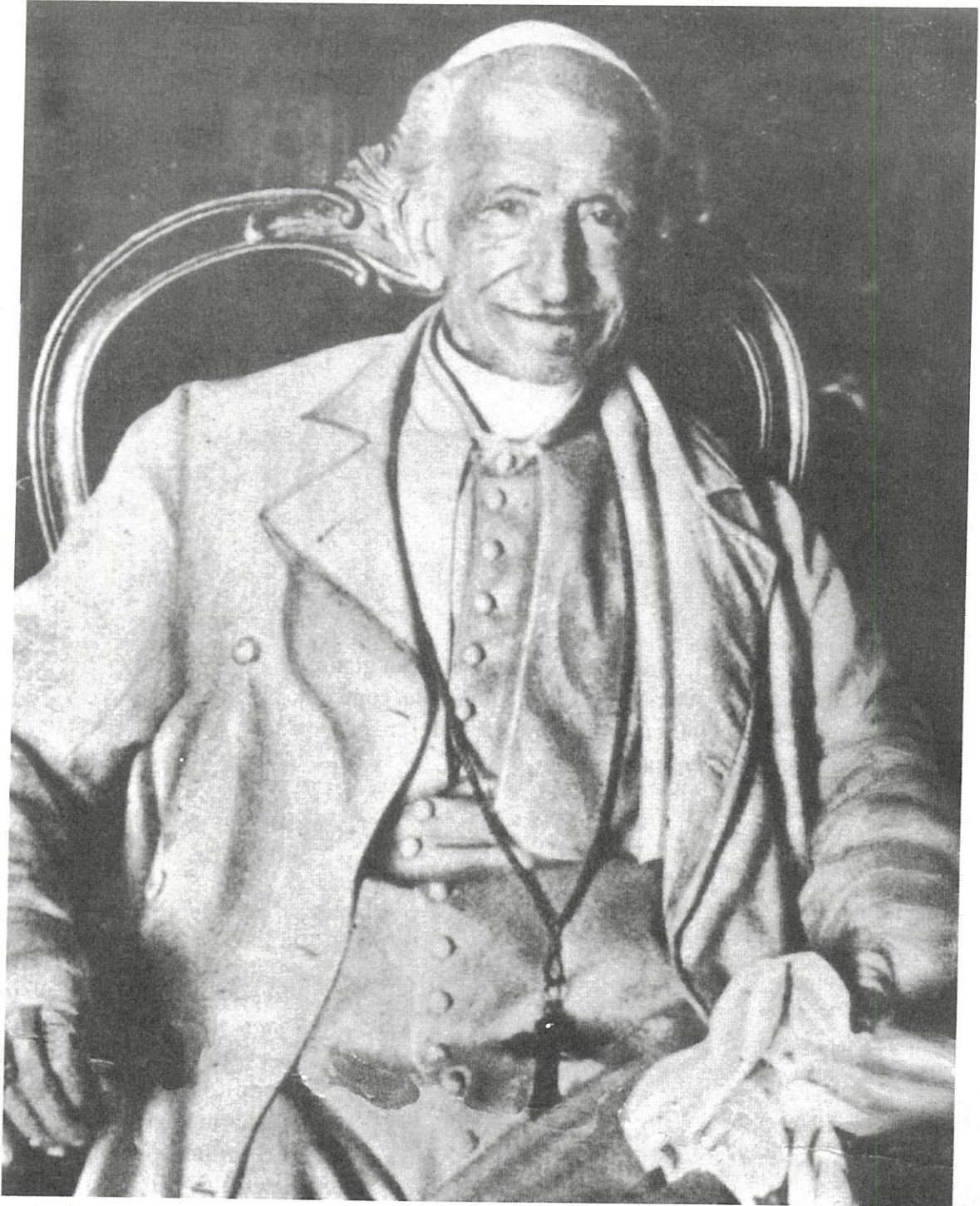
“Salettina”, y la peregrinación a la Salette, aunque respaldada oficialmente, en la actualidad está en decadencia (Mary: *A History of Doctrine and Devotion*, Hilda Graef, 1963, pp. 99-103).

En 1871 la Virgen supuestamente se apareció de nuevo en Francia, en Pontmain, a un pastorcito de doce años, a su hermano de diez, y a otros dos chicos. Y, mientras la visión duplicaba su tamaño y las estrellas de su vestido se multiplicaban, el pueblo entero recitaba el rosario ante el lugar (Ibid; pp. 103-106). En Irlanda, en la diminuta y pobre aldea de Knock, condado de Mayo, la Virgen rodeada de un grupo de santos, se materializó durante un temporal de agua en el muro de la iglesia parroquial en 1879. De nuevo los videntes -quince o más en este caso- recitaban el rosario ante el prodigio (Warner, op.cit., p. 400). En 1933 la Virgen, vestida de blanco y azul, con rosas en los dedos de sus pies y las cuentas del rosario en su cintura, se apareció a Mariette Beco, de doce años, en Banneux, Bélgica, cuando ella recitaba su rosario (*A Woman Clothed with the Sun*, John D. Delaney, 1960, pp. 241-267).

Por otro lado, resulta evidente que toda las supuestas “apariciones” de la Virgen no vienen a ser sino una simple estrategia de los clérigos romanos. Ya que tales “apariciones” cumplen un doble objetivo en lo referente a la propagación del culto de la Virgen, pues “santifican” el lugar donde éstas suceden e incrementan la devoción al rosario como plegaria milagrosa. No obstante, la devoción al rosario suele surgir también cuando la “Iglesia” se siente débil e insegura; y, la plegaria en sí, indica una disposición combativa entre los católicos. Y es que desde la batalla de Lepanto, la Virgen y su oración particular, el rosario, han sido continuamente asociados con la lucha católica contra sus enemigos.

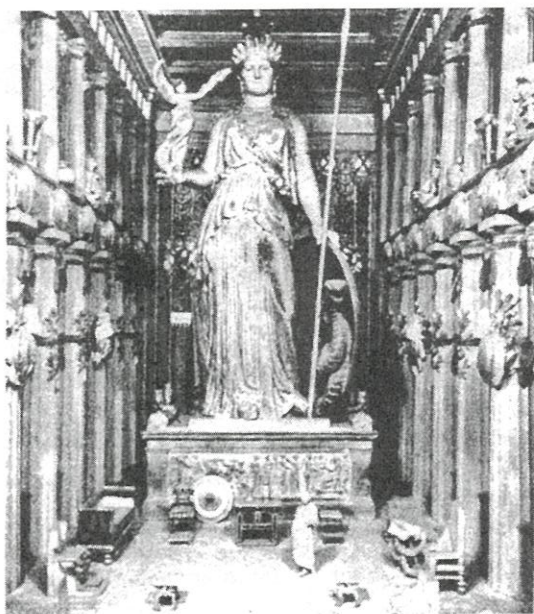
En 1717, la festividad del Rosario se extendió a toda la “Iglesia” en general después que los turcos fueran una vez más vencidos por los ejércitos católicos en Petrovaradin (Yugoslavia). En las visiones de Fátima en Portugal, en 1917, Nuestra Señora del Rosario habló de un anticristo. Y, en la propaganda católica que siguió a las apariciones, el supuesto anticristo era identificado con el comunismo y utilizado para inflamar una verdadera paranoia fanática. Lucía dos Santos, uno de las tres infantes que hablaron con la Virgen, reveló en 1927 que ella le había dicho: “Yo vendré para pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón... Si mis exigencias son oídas, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, extenderá sus errores por todo el mundo, provocando guerras y persecución de la Iglesia... Pero al final, mi Inmaculado Corazón triunfará” (Delaney, op.cit., p. 194).

Y, aunque los vientos políticos en el romanismo católico actualmente son muy cambiantes, no obstante las asociaciones militantes del rosario han sobrevivido. En 1966, en la festividad de Nuestra Señora de los Dolores, y de nuevo 1974, el Papa Paulo VI urgió una Cruzada Universal del rosario para llevar la paz al mundo, particularmente a Indochina. El movimiento ecuménico, por otro lado, ha suavizado el aspecto militante de la Virgen, y muchos papas, particularmente León XII, conocido también como el “Papa del Rosario”, han pedido más rosarios para conseguir la unificación -por supuesto bajo el papado- de la cristiandad y traer paz a la “Iglesia” (León XII, Encíclica *Octobri Mense*, 23 de septiembre de 1891). De igual manera tres papas posteriores a León XII; Benedicto XV, Pío XI y Pío XII, escribieron también una encíclica promoviendo el uso del rosario (Warner, op.cit., p. 406). Y, aunque la misma *New Catholic Encyclopedia* (1967, vol. XII, p. 668) nos dice que aquellos papas que han emitido documentos en relación al rosario, lo han hecho para “aumentar la devoción y no para enseñar verdad histórica -pues la leyenda de Domingo y el rosario obviamente es falsa- vemos que entonces León XII definitivamente se “saltó la barda” cuando afirmó que: “La creencia que a esta forma de oración le ha sido dada un poder especial por la Reina del Cielo es justificada, porque a través de su instigación y bajo su patronazgo fue introducida por el santo Padre Domingo, y fue propagada en un tiempo hostil a todo aquello que era católico -muy parecido al tiempo nuestro- y como un poderoso medio de oposición contra los enemigos de la fe (*Miracles of Mary*, Michael S. Durham, 1995, p. 130).



Papa León XIII (m. 1903), conocido también como “El Papa del Rosario”.

El aspecto combativo de la Virgen relacionado al rosario, se extiende también en cierta manera a su función como guardiana de ciudades, como portadora de la paz o la victoria, y a su imagen en los estandartes de guerra de ciertos ejércitos. Y, en estas funciones, vemos que ella evidentemente sustituyó a la diosa griega Atenea, la Minerva romana. Incluso el Partenón, que fue construido en honor de Atenea y donde se encontraba la estatua gigante de la diosa, fue dedicado a la Virgen en el siglo VI. Posteriormente allí también, en el año 1017, el emperador Basilio II le rindió homenaje por la victoria obtenida sobre los búlgaros.



Representación de la estatua gigante de Atenea en el Partenón. Ella, como ahora María en Roma, era defensora de la ciudad.



Nuestra Señora Defensora de Roma. Una estatua de cuarenta pies situada en Monte Mario, mirando sobre Roma. Es la estatua más grande de la Virgen en el mundo, y cumple ahora las funciones de guardiana que anteriormente tenía la diosa Atenea.

El dogma de la Inmaculada Concepción

La historia del romanismo católico nos muestra claramente que los dogmas de la Virgen, antes de convertirse en dogmas, siguen un extraño proceso de formación a través del cual se evidencia la presencia de una inteligencia sobrenatural -Satanás- controlando todo el proceso de principio a fin. Pues vemos que los dogmas, antes de convertirse en dogmas, inicialmente aparecen como creencias populares en el paganismo de las masas católicas romanas. Después, tales creencias populares son ratificadas o reconocidas “oficialmente” por el clerigato romano. Y, finalmente, una vez habiendo transcurrido un período indeterminado de tiempo -normalmente implica varios siglos- aquellas creencias populares que ya fueron reconocidas oficialmente, terminan convirtiéndose en dogma por decreto de los papas. Tales dogmas, por cierto, curiosamente son decretados por los papas cuando el catolicismo se encuentra pasando por momentos difíciles, cuando la “Iglesia” se siente insegura. No obstante, cada vez que se ha decretado un dogma acerca de la Virgen, vemos que después sucede algo casi mágico, pues la Reina del Cielo le da un nuevo “levantón” a su Iglesia y gana también más adeptos. Podríamos decir que esto es como si ella recompensara así a sus vasallos los papas, por deificarla de esta manera cada vez más a través de sus inicuos dogmas, añadiendo blasfemia tras blasfemia.

En el caso del dogma de la Inmaculada Concepción -proclamado en 1854- la historia registra que éste tuvo su origen como creencia popular a partir del siglo IV, durante el movimiento ascético en el romanismo católico

(*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p. 85). Este dogma establece que la Virgen nació sin pecado original, haciéndola así la única criatura humana que siempre fue protegida de cualquier mancha del pecado original. El concepto surgió en el siglo IV porque de esta manera los paganos “convertidos”, los cuales formaban la mayor parte de la “Iglesia”, resolvían así la aparente contradicción de que María -habiendo sido un ser de carne y hueso- pudiese ser virgen y madre al mismo tiempo. El problema se resolvió con la doctrina de la Inmaculada Concepción, pues de esta manera María era elevada a la categoría de diosa por medio de un nacimiento sobrenatural. Y, como diosa, no resultaba difícil que entonces pudiese ser virgen y madre a la vez. Ya que también las diosas que los paganos “convertidos” estaban acostumbrados a adorar en su mitología, a diferencia de las madres humanas, podrían seguir siendo vírgenes después de dar a luz.

Aproximadamente más de diez siglos después, en el Concilio de Basilea en 1439, el Papa Félix V declaró la creencia como enseñanza oficial de la Iglesia. Esto a pesar que poco después el mismo Félix fuese destituido como anti-Papa. Posteriormente cuando Sixto IV, un franciscano, llegó al trono papal, éste instituyó en 1476 un oficio con extravagantes alabanzas para la fiesta de la Inmaculada Concepción; y, con ello, la celebración adquirió más auge.



La Inmaculada Concepción de María: un rayo del cielo ilumina en el vientre de Santa Ana al bebé que ella concibió sin pecado original. Breviario Grimani, obra titulada *Horas del la Virgen*, 1551.

Durante el tiempo de la Contrarreforma, los jesuitas se dedicaron con la feroz militancia de su orden -fundada en 1534- a extender la creencia en la Inmaculada Concepción de María, pues ésta era una de las herjías católicas que principalmente enardecía los ánimos de los reformadores protestantes; y, por este medio, ellos proclamaban así el desafío y la audacia de Roma. En el Gesu en Roma -la iglesia de los jesuitas- existe una capilla lateral dedicada a la Virgen, la cual brilla en su interior todo el día con veladoras votivas y zumba con los murmullos del rosario. Allí también se encuentran mármoles coloreados incrustados en las paredes, con temas que supuestamente prefiguraban la Inmaculada Concepción. No obstante, la imagen de la Inmaculada Concepción no alcanzó la perfección visual hasta que artistas españoles del siglo XVII; como Velázquez (m. 1660), Zurbarán (m. 1664), Ribera (m. 1652) y Murillo (m. 1682), se esmeraron en participar en esta particular devoción “mariolatrera”.

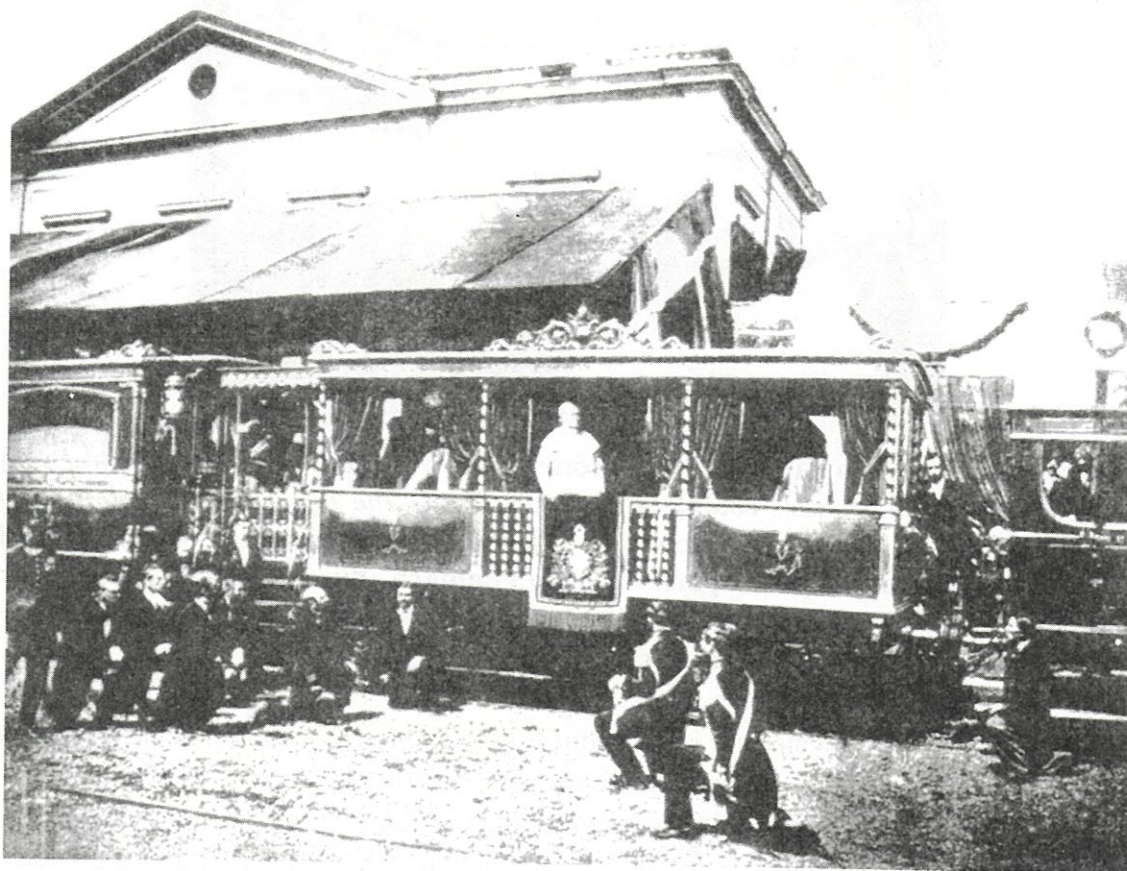


**La Virgen de la Inmaculada Concepción.
Diego Velázquez, 1618, National Gallery, London.**

Bajo este aspecto María es adorada en solitario, pues el niño ya no aparece en sus brazos. Sola, deja de ser el instrumento de la Encarnación, y se proyecta entonces como “diosa” para ser adorada en su propio derecho. Los reformadores protestantes siempre se opusieron a este aspecto de la Virgen. De tal manera que durante el tiempo de la Reforma, se repetía entre ellos la frase crítica del emperador iconoclasta Constantino V, del siglo VIII: “*Cuando llevó a Cristo en su seno, era una bolsa llena de oro. Pero después, no fue más que una bolsa vacía*” (Religious Art from the Twelfth to the Eighteenth Century, Emile Male, 1970, p. 167).

Como ya habíamos mencionado anteriormente, los dogmas de la Virgen o cualquier otro decreto papal acerca de ella, los cuales han ido acumulándose a través de los siglos en un claro proceso de deificación progresiva del ídolo, siempre se han dado dentro de un contexto de circunstancias o momentos difíciles para la Iglesia Católica; y, el caso del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854, de ninguna manera podía ser la excepción. Pues vemos por ejemplo que en 1848, seis años antes que el Papa Pío IX decretase este dogma, al viejo se le estaban poniendo las cosas difíciles en Italia. Esto porque sus “rebeldes” súbditos italianos literalmente lo forzaron para que les otorgase una Constitución, ya que en ese entonces el Papa era dueño de casi toda Italia -Los Estados Papales- y fungía como su tirano, con ejército y policía secreta (*Pontifex Maximus, Dinastía Milenaria de... ¡Brujos Sacerdotes!* Parte I, Martín Careaga, 1998, pp. 111-120).

Estando así las cosas, con Italia en proceso de independizarse del tirano, el Papa decretó entonces el dogma de la Inmaculada Concepción, pues de esta manera él afirmaba su posición de líder espiritual mundial y obtenía así el “levantón” político que tanto necesitaba en esos momentos. Además de que también “inyectaba” nueva vida al culto de la Virgen, lo cual evidentemente consiguió. Y, para completar su estrategia, ordenó llevar a cabo reconstrucciones o renovaciones a gran escala de las basílicas más veneradas en Roma, como Santa María Maggiore, San Lorenzo Fuori Le Mure, y otras.



Pío IX parado sobre la plataforma de su vagón de tren personal. En este tren viajó a través de toda Italia para promover el culto de la Virgen María, esperando revivir así la deteriorada autoridad del Vaticano en ese tiempo.



Papa Pío IX (m. 1878), el último Papa que fungió como tirano en Italia. Un sujeto despreciable culpable de genocidio y que terminó sus días completamente loco (*How the Pope Became Infallible*, August B. Hasler, 1981, pp. 124-127). Este Papa decretó el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen, convirtiéndola así a ella en una especie aparte de la raza humana, pues no está manchada por la Caída. En las manos el viejo sostiene una cajita de rapé -tabaco en polvo que se consume inhalándolo- un vicio propio de ese tiempo y al cual el viejo era adicto.

Sin duda, la mayoría de los católicos ignoran que este Papa Pío IX, responsable de establecer el dogma de la Inmaculada Concepción de María, también fue responsable entre otras cosas, de lo siguiente: Durante su papado se llevó a cabo el asesinato del presidente Abraham Lincoln (m. 1868) por medio de un complot jesuita, ya que en el Vaticano se justifica el “tiranicidio”. Es decir, cuando un gobernante resulta contrario a los intereses del Vaticano, entonces se le tacha de “hereje” y se le manda matar (*An Inquiry into the Assassination of Abraham Lincoln*, Emmet McLoghlin, 1967). También, durante su papado, apoyó la invasión francesa a México. Esto de tal manera incluso Maximiliano, antes de venir a México, fue a ver al Papa junto con su esposa para que les diese la “bendición”. La cual, como todos sabemos, no resultó una “bendición” para Maximiliano y su esposa, sino más bien una maldición. Pues él terminó siendo fusilado por Benito Juárez y ella terminó loca.



Maximiliano y su esposa Carlota, antes de venir a México, fueron con el Papa Pío IX para que les diese la “bendición”. El viejo apoyó la intervención francesa pues no le convenía a sus intereses que Juárez, el gran Benemérito de las Américas, implementase las Leyes de Reforma. Representación de la escena por el pintor José Salomé Pina.

Entre los grandes aciertos de su “Santidad” Pío IX, podemos mencionar también la ocasión cuando ordenó a su policía papal que disparase indiscriminadamente contra una muchedumbre -incluyendo mujeres y niños- por el gran “pecadote” de celebrar con júbilo en las calles de Roma en 1861, la creación del Reino de Italia con Roma como su capital. Mientras la gente se congregaba y gritaba con alegría ¡Viva Italia! ¡Viva Vittorio Emmanuele!, el cerdo asesino, enfurecido, respondió a esta manifestación con ráfagas de balas asesinas (*A Woman Rides the Beast*, Dave Hunt, 1994, p. 128).

Posteriormente, antes que el tirano fuese depuesto, y teniendo control todavía sobre la provincia de Roma, el tirano volvió a llenarse de ira y mandó ejecutar a miles de italianos porque, según él, mantenían el “concepto herético” de desear un gobierno civil libre de la dominación de la “Iglesia”. En esa ocasión, alrededor de 8000 ciudadanos fueron confinados a las cárceles papales bajo condiciones infrahumanas, la mayoría encadenados a muros de forma permanente, y no eran soltados ni siquiera para hacer ejercicio o sus necesidades básicas. Un embajador inglés de ese entonces, testigo ocular de la situación, incluso se refirió a los calabozos de Pío IX como: “*el oprobio de Europa*” (McLoughlin, op.cit., p. 94).

Otro testigo ocular describió la misma situación como sigue: “*Desde la mañana hasta el anochecer, los miserables cautivos se agarran de las barras de hierro de sus calabozos, y perpetuamente imploran un pedazo de pan en el nombre de Dios a las personas que por allí pasan ¡Una prisión papal! cómo me estremezco mientras escribo estas palabras... seres humanos apilados confusamente unos arriba de otros, cubiertos con harapos, e hirviendo con piojos*” (*Italy under Victor Emmanuele*, Count Charles Arribavene, 1862, vol. II, p. 366).

Para información del lector, la estructura maldita donde el tirano encarceló y torturó a estos pobres hombres, era el Palacio de la Inquisición en Roma. Actualmente todavía se encuentra en el mismo lugar, a un costado del Vaticano. El odiado edificio estuvo a punto de ser quemado y destruido por la gente cuando Pío IX fue depuesto como rey de Roma, pero el gobierno italiano persuadió a los ciudadanos para que éste permaneciese abierto al público como testimonio de las atrocidades papales (Hunt, op.cit., p. 131).



El Papa Pío IX, representado aquí por un cerdo a punto de ser sepultado, y con una inscripción en la barriga que dice “*poder temporal*”. El dibujo corresponde al Concilio Vaticano I en 1870, cuando el Papa decretó el dogma de... ¡La Infabilidad papal!

Como puede apreciarse en el dibujo arriba, el autor no se equivoca en llamar a Pío IX un cerdo. Miles de italianos, como lo testifica la ilustración, lo consideraban precisamente eso. El tirano fue tan odiado por los italianos que, tres años después de su muerte, cuando una peregrinación llevaba su cadáver en un ataúd a la Catedral de San Lorenzo -pues su último deseo fue que su cadáver permaneciese allí- la peregrinación fue atacada por las masas de gente que, identificando el cadáver de su antiguo opresor, intentaron arrojarlo al río Tíber (*The Papacy and the Modern World*, Karl Otmar von Aretin, 1970, p. 132).



En diciembre de 1869 Pío IX, levantándose de su trono, dio inicio al Concilio Vaticano I. El Concilio, presionado por el Papa, lo declaró infalible en asuntos de fe y moral católica.

Además del dogma de la Inmaculada Concepción, Pío IX añadió otro dogma blasfemo a su cuenta, el dogma de la Infalibilidad papal. Este dogma, igualmente que el dogma de la Inmaculada Concepción, tenía propósitos políticos “terrenales”. Ya que el Papa decretó el dogma como un gesto de desafío contra las tropas italianas que se estaban acercando a Roma, las cuales ocuparon la ciudad dos meses después y depusieron al tirano (Aretin, op.cit., p. 102).

No obstante, retornando al dogma de la Inmaculada Concepción, vemos que “curiosamente” y por causa de una “bendita” coincidencia, cuatro años después que el Papa Pío IX declarara en 1854 este dogma, el dogma fue ratificado por... ¡la aparición de la misma Virgen en persona! En los Montes Pirineos, en la ciudad de Lourdes (Francia), una chica de catorce años que no sabía leer ni escribir, y que había estado enferma de cólera tres años antes, y que también sufrió de asma crónica durante toda su vida, vio a una dama 18 veces en una cueva cerca del río (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p. 325).

Aquero, como la llamó la chica (que en su dialecto local significa *ella*), “era una mujer muy joven que llevaba un velo y una faja azul celeste, descalza y con dos rosas en los pies más relucientes que el oro, con unos ojos azules que no se pueden olvidar”. Una luz blanca, “como la luz del sol en la tierra”, la precedía, y durante las visiones la joven y la chica rezaban el rosario juntas y hablaban. La chica, de nombre Bernadette Soubirous, entraba en trance ante la gruta cuando rezaba, mientras que la multitud -al final ya se contaba por miles- observaba sus movimientos. En una ocasión, escarbó la tierra y dejó al descubierto un manantial, cuyas aguas turbias con lodo bebió, y también comió algunas hierbas (Ibid.). O sea que, en otras palabras... ¡todo un caso de posesión demoníaca! Más tarde, la chica dijo que *Aquero* se lo había ordenado como penitencia. La jerarquía católica de la localidad la presionó entonces para que preguntara a *Aquero* cuál era su nombre. Obedientemente la chica lo hizo, pero no fue sino hasta la décimo sexta aparición -curiosamente coincidiendo con la fiesta de la Anunciación de 1858- cuando en respuesta a su petición la visión le contestó a la chica que su nombre era, obviamente... “*La Inmaculada Concepción*” (*Les écrits de sainte Bernadette etsa voie spirituelle*, A. Ravier, 1980, pp. 59, 65, 71).

Bernadette escribió al Papa Pío IX ocho años después de las visiones, desde el convento de Nevers, donde se había hecho monja: “*Me parece... que la Santísima Virgen, por ti proclamada Inmaculada, a menudo nos mira desde el cielo de una manera maternal, Santísimo Padre. Me gusta pensar que esta buena madre te ama de una forma especial, porque hace cuatro años vino en persona a la tierra para decir ‘soy la Inmaculada Concepción’. Yo no sabía lo que eso significaba, nunca había oído esas palabras. A menudo me decía a mí misma: qué buena es la Santísima Virgen. Se podría pensar que vino a confirmar las palabras de nuestro Santísimo Padre*” (Lourdes, *Terre d’Evangeli*, André Revier, 1965, p. 57).

Lamentablemente Bernadette, una chica que creció en medio de la miseria y la ignorancia -pues ni siquiera hablaba francés sino sólo su dialecto local- no podía saber que a quien ella llama aquí "*Santísimo Padre*", era en realidad un tipo despreciable culpable de genocidio. Y, cuando también dice que "*me gusta pensar que esta buena madre te ama de una forma muy especial*", es porque evidentemente ni ella ni la Virgen conocían los antecedentes de semejante asesino, el "*Santísimo Padre*".

Bernadette, seguramente también ignoraba que su destino ya había sido decidido en las altas esferas del Vaticano. Pues para que no existiera la posibilidad que ella echara a perder las cosas con su ignorancia, y fuese sometida a un escrutinio público respecto a las visiones, decidieron entonces enclaustrarla en un convento para mantenerla aislada hasta su muerte, lo cual sucedió el 16 de abril de 1879. Posteriormente, en junio 14 de 1925, la "Iglesia" beatificó a Bernadette; y, el 8 de diciembre de 1933, fue finalmente canonizada.



Bernadette Soubirous, la muchacha vidente de Lourdes, a quien la Virgen le ordenó que bebiera agua con lodo y comiera hierba dizque de penitencia, todo un caso de posesión demoníaca. Víctima también del Vaticano, pues después de las "visiones" la encerraron en el convento de Nevers hasta que murió. Igualmente como sucedió con la niña Lucía, vidente de la visión de Fátima, quien también terminó sus días dentro de un convento convertida en monja.

Aquí resulta necesario, por otro lado, hacer la aclaración al lector que el dogma de la Inmaculada Concepción no es tan inocente como aparenta ser. Ya que desde el punto de vista teológico, al analizarlo, la doctrina conduce a un terreno muy peligroso y con “olor a azufre”. Pues por medio de este dogma exentan a María de la Caída, y por extensión también de todo el proceso del parto, incluyendo la menstruación. Estando así las cosas, entonces la humanidad completa de Jesús resulta también cuestionable, por causa de que su madre no es completamente humana... y el que sale ganando es el diablo. Pues todos sabemos, o deberíamos saber, que Jesús venció al diablo en la cruz como **hombre** y no como Dios. Ya que él, como Dios que es, obviamente tenía el poder para no dejarse crucificar, lo cual pudo haber hecho cuando le decían: “*Si eres hijo de Dios, desciende de la cruz*” (Mateo 27:40). Debido a esto vemos que el mismo diablo -conocedor de esta situación- cuando se enfrentó a Jesús en el desierto para tentarlo, lo quiso forzar a que actuara como Dios y no como **hombre**, cuando le dijo: “*Si eres hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en pan*” (Mateo 4:3). Y también los demonios, cuando se dirigían a Jesús, siempre le llamaban *Hijo de Dios*: “*¿Qué tienes con nosotros Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?*” (Mateo 8:29; Lucas 8:28). Ellos, los demonios, sabían muy bien que Jesús los había vencido como **hombre** y no como Dios. Por lo tanto, si se hubieran referido a él como el Hijo del **Hombre**, sería como enfatizar aun más su derrota. De igual manera, cuando Jesús antes de ser crucificado se encontraba ante el Sumo Sacerdote, éste le preguntó: “*Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios*. Jesús le dijo: “*Tú lo has dicho... desde ahora veréis al Hijo del **Hombre**...*” ¿Se da cuenta el lector? Jesús se refirió a él mismo como el Hijo del **Hombre** a través de todo el Nuevo Testamento. Y, por ello, vemos que también en las Epístolas su humanidad es enfatizada: “*Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo **hombre***” (1 Timoteo 2:5); “*...la gracia y el don de Dios por la gracia de un **hombre**, Jesucristo*” (Romanos 5:15).

Como podrá darse cuenta el lector, resulta evidente que los dogmas del catolicismo romano son “cocinados” en los calderos más profundos del infierno. Los cuales dogmas también, cuando suben a la tierra para aparecer en el Vaticano, vienen en forma de brebajes infernales que los papas fielmente dispensan para que sean literalmente “tragados” por todos los católicos romanos del mundo. Y, cuando decimos que estos dogmas o brebajes del diablo tienen que ser “tragados” por todos los católicos, esto es porque realmente así sucede. Ya que un dogma viene a ser, en pocas palabras... una enseñanza o artículo de fe que no tiene ninguna base bíblica; y, por causa de ello, tiene que ser entonces aceptado o “tragado” -bajo pena de maldición o *anathema*- por todos los católicos del mundo simplemente porque lo dijo el Papa.

En el pasado, cuando el papado solía cometer todo tipo de atrocidades por medio de la “Santa” Inquisición, las personas que rechazaban los dogmas de los papas eran simple y sencillamente quemadas vivas en la hoguera. Curiosamente, no obstante, a este “santo” acto los inquisidores le llamaban *auto de fe*. Por lo tanto, si alguien se atrevía a rechazar o cuestionar un dogma o artículo de fe proveniente de algún Papa, entonces terminaba siendo “rostizado” en un *auto de fe*. Aunque esto, por supuesto, se hacía en plena obediencia a la Biblia, pues los inquisidores citaban a Santiago 2:20 donde dice que “*la fe sin obras es muerta*”. Y, cuando quemaban a la gente en vez de pasarla a espada... ¿Sabía el lector que los inquisidores también lo hacían en plena obediencia a su conciencia cristiana? Esto porque en Génesis 9:6 y en Mateo 26:53, decían los inquisidores, Dios prohíbe derramar sangre con espada. Aunque claro, antes de quemar a la gente, los “santos” inquisidores solían también torturar a sus víctimas con todo tipo de tormentos para que confesaran todos sus “pecadotes”. Y, para este fin, mientras la víctima era interrogada a base de tormentos, le ponían frente a sus ojos un crucifijo. El cual, como podrá imaginar el lector, había sido previamente “bendecido” con agua bendita.

Ya por último resta decir que Pío IX, el Papa que decretó el dogma de la Inmaculada Concepción y también el dogma de la Infabilidad papal, decretó ambos dogmas sin importarle lo que cualquiera pudiera opinar al respecto.

Confirmando así lo que habíamos mencionado anteriormente, que los dogmas papales, una vez decretados, tienen que ser literalmente “tragados” por todos los católicos romanos, gústeles o no les guste. Sepa el lector por ejemplo, que antes de llevarse a cabo el Concilio Vaticano I, el viejo Papa estaba tan determinado a pasar el dogma de la Infabilidad, que le reveló al jefe editor de la *Civiltà Cattolica* lo siguiente: “*Estoy tan resuelto, que si es necesario formularé la definición del dogma yo mismo y disolveré el Concilio si decide guardar silencio*”. De la misma manera en el verano de 1869, un año antes del Concilio, el Papa le expresó al delegado de Bélgica: “*La gente quiere acreditarme con la Infabilidad. No lo necesito para nada ¿acaso no soy ya infalible? ¿acaso no establecí yo solo el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen hace unos años atrás?* ” (*How the Pope Became Infallible*, August B. Hasler, 1981, pp. 181, 182).

El dogma de la Asunción de la Virgen

El dogma de la Asunción, proclamado por Pío XII en 1950, era un desarrollo lógico del anterior dogma de la Inmaculada Concepción. Pues siendo la Virgen libre del pecado original, era entonces también dogmáticamente libre de la putrefacción de la tumba. O sea que, en otras palabras, se cumplió aquella sentencia que dice “*una mentira lleva a otra mentira*”.

La primera noción de la Asunción de la Virgen fue introducida en el siglo VI por las fantasías ridículas de un texto apócrifo, el *Transitus Mariae*. Este texto, obviamente, no tiene ningún valor histórico, lo cual es evidenciado por sus grotescos relatos de milagros. La historia del *Transitus Mariae* se desarrolla más o menos como sigue: María vive en Belén. El ángel Gabriel le hace saber que su fin se acerca. Por mandato de ella, todos los apóstoles son traídos de todos los distintos países del mundo en un viaje fantástico volando por las nubes hasta Belén. Numerosos milagros de sanidad toman lugar al pie de la cama de María. Y, porque el peligro acecha de parte de los judíos, el Espíritu Santo levanta a María y a los apóstoles en una nube y los lleva a Jerusalén. Durante este viaje y más tarde en Jerusalén, más milagros se llevan a cabo. Jesús aparece entonces, rodeado de muchas bandas de ángeles sentado sobre un trono en Jerusalén y proclama que María será llevada al cielo. Luego siguen discursos y oraciones de parte de María. Cristo y los ángeles entonan un canto de alabanza. María bendice a cada apóstol individualmente y luego muere. Cristo recibe su alma. Los apóstoles cargan su cuerpo en una camilla a Getsemaní para su entierro. En el camino, un judío intenta tocar el cadáver: ambas de sus manos son cortadas por una espada invisible y luego inmediatamente le son reinjertadas por San Pedro. El judío se vuelve cristiano. Durante tres días cantos de ángeles invisibles son escuchados. Cuando los cantos cesan, los apóstoles deducen que el cuerpo de la santa Virgen ha ascendido al cielo. En ese momento Ana, la madre de María aparece junto con su prima Elisabet, Abraham, y David (quien canta aleluya), y muchos ángeles. Todos veneran la tumba en la cual María es depositada. Los apóstoles alaban a Dios y le dan gracias por el maravilloso evento que han presenciado (*How the Pope Became Infallible*, August B. Hasler, 1981, p. 264).

Este relato fantástico, por increíble que parezca, es la única fuente histórica de la Asunción de la Virgen. Y, debido a esto, es que los teólogos católicos siempre han tenido que defender esta doctrina en base a puras especulaciones. Lo que viene a explicar también por qué, incluso bajo el punto de vista católico romano, esta “creencia” no cumple con lo que ellos llaman “tradición histórica y teológica”, que es el criterio bajo el cual ellos supuestamente aceptan y ratifican las creencias populares (*The Virgin*, Geoffrey Ashe, 1976, p. 209). Y, como podrá darse cuenta el lector en este caso, la creencia de la Asunción de la Virgen carece de ambas tradiciones, tanto histórica como teológica. Aunque claro, a final de cuentas, nada de esto importa. Ya que una vez convertida en dogma papal la creencia, el deber de todo católico romano es “tragarse” el dogma.

Por medio de la Asunción, María se convierte entonces en “Reina de los Cielos” y, como reina, ella es coronada con una corona sobre su cabeza que es la señal de su triunfo. La primera imagen de María Regina se encuentra en un muro de la iglesia de Santa María Antiqua, el edificio católico más antiguo en el Foro romano, y la pintura corresponde a la primera mitad del siglo VI. Sentada majestuosamente en su trono la Virgen reina encierra el mensaje que ella pertenece a aquella tradición pagana clásica, cuando se personificaba por medio de diosas a ciudades e instituciones. Y así ella, en el corazón de Roma, encarna a la nueva Roma que ahora es la Iglesia; igualmente como la Dea Roma -actualmente en el Capitolio- representaba anteriormente a Roma. Y, puesto que ella está ataviada con las insignias enjoyadas de un monarca secular de ese entonces, proclama por medio de esta propaganda visual el concepto que la “Iglesia” es una teocracia cuyo agente y representante es el Papa, el Amo de Roma. Y, aunque actualmente una corona parezca una parte normal de la apariencia de María, la cual no requiere de ningún comentario, este símbolo, como todos los símbolos, de ninguna manera es algo inocente. Pues con su corona celestial, en ese tiempo, María implicaba la proyección de la jerarquía católica hacia los cielos, ratificándola, por así decirlo, divinamente (*The Goddesses' Mirror*, David Kinsley, 1989, p.244).



La Dormición de la Virgen (1145-55) por Caravaggio. The British Library. En el arte de Occidente, la Dormición de la Virgen implicaba por extensión su Asunción. La conexión entre ambos eventos apareció en pinturas como la de arriba, donde vemos que ángeles están presentes y Cristo sostiene a una María infante en el momento de su Dormición. Esta pintura aparece junto a la de la página siguiente, donde María, por causa de su Asunción, se ha convertido en Reina del Cielo.



María como Reina del Cielo (1145-55) por Caravaggio. The British Library. Esta pintura de María, continuación de la que aparece en la página anterior de la Dormición, tiene una inscripción que dice *Ici est faite Reine del Ciel*, “ahora se ha convertido en la Reina del Cielo”. Los ángeles a ambos lados sostienen estandartes de victoria, para mostrar que ella, igual que Cristo, conquistó la muerte y ascendió en forma corporal al cielo.



La Asunción de la Virgen de Tiziano, en la que los apóstoles sobre la tierra, alargan la mano, en temor y éxtasis hacia la descalza Madonna, que asciende, llevada hacia arriba por ángeles y querubines, hacia la corona dorada de los cielos, donde Dios la espera. Santa María Gloriosa dei Frari, Venecia, 1518.

Como era de esperarse, en este asunto de la supuesta “Asunción” de la Virgen, vemos que los clérigos romanos están manejando otro brebaje del diablo en forma de dogma. Pues al decir que ella ascendió al cielo en forma corporal sin sufrir corrupción, prácticamente están diciendo, aunque de una manera velada, que ella resucitó igual que Cristo y por ende también es divina.

Esta modalidad de María como Reina del Cielo, provocó a su vez que se construyeran muchas y grandes catedrales en su honor, las cuales se han descrito objetivamente como “palacios de la Reina del Cielo” (Ashe, op.cit.,p. 217). Esto especialmente en Francia, desde el siglo XII al XVI, en ciudades como Chartres, París, Reims, Amiens, Rouen, Bayeux y otras. Tales catedrales, no obstante, tienen una apariencia más espléndida que el palacio de cualquier reina terrenal. La Reina del Cielo, parece ser, le gustaba habitar en color, luz, y amplio espacio. Y, por ello, sus catedrales dan la impresión que fueron diseñadas más bien para ella que para el público. Exactamente como en el pasado sucedía con los templos de las divinidades femeninas, pues éstos eran contruidos en realidad como una “morada” para la diosa y por lo tanto no resultaban muy aptos que digamos para la congregación de adeptos.

En la Edad Media, el culto a la Reina del Cielo o María Regina, se manifestó más elocuentemente en los himnos que en las pinturas, las cuales empezaron a circular ampliamente en el siglo XII. *La Salve Regina* aparece por primera vez en un *antiphonarium* de la Orden del Císter, compilado en el año 1140. *El Regina Caeli*, atribuido al Papa Gregorio V (m. 999), y el *Ave Regina Caelorum*, también se convirtieron en himnos populares desde fines del siglo XII (*Tú sola entre las mujeres*, Marina Warner, 1991, p. 165).



Coronación de la Virgen. Velázquez, Museo del Prado, Madrid.

La Biblia nos dice que Jesús, al ser gloriosamente resucitado, se sentó a la diestra de Dios en las alturas (Hebreos 1:3; Lucas 22:69). No obstante a los clérigos romanos -como siempre fieles siervos de Satán- no les gustó que María su diosa se quedase atrás en este aspecto, e inventaron que ella, igual que Cristo, también había resucitado y que había sido trasladada directamente al cielo. Una vez en el cielo, ella se convirtió en la Reina del Cielo y allí es coronada como tal, pero ¿por quién es coronada? Bueno, nada menos que por... ¡toda la Trinidad! Como vemos en la pintura arriba, donde ella es la figura central y domina la escena sentada en un trono de nubes, siendo coronada por Dios Padre a la derecha, el Espíritu Santo como paloma sobre su cabeza, y Cristo a la izquierda. Durante la Contrareforma, artistas como Velázquez se prestaron para excitar y ofender a los reformadores protestantes con pinturas de este tipo, enfatizando que la Virgen estaba unida con la totalidad de la divinidad, y que la Trinidad la coronó Reina de los Cielos.



María Reina de los Cielos, 1485. National Gallery of Art, Washington.
En esta pintura vemos a María en el cielo siendo conducida por ángeles. Arriba de su cabeza se encuentra representada la Trinidad, como si fuese su corona.



Aunque Cristo mismo nos dice en Apocalipsis 22:16 que él es la “*estrella resplandeciente de la mañana*”, los clérigos romanos tomaron este título glorioso de Cristo para aplicárselo a María su diosa. En la Edad Media, María empezó a considerarse como la estrella más resplandeciente, la estrella de la mañana que precede a la salida del sol, invocada por ello en la letanía lauretana, *Stella Matutina*. En la representación de arriba, perteneciente a un dibujo de la Edad Media, vemos dentro del círculo a María brillando más que las demás estrellas (*El Mensaje de los Símbolos*, Manfred Lurker, 1992, p. 115).



María como la constelación de Virgo, con una luna creciente sobre su cabeza. Dibujo de la Edad Media.

Una vez hecha Reina de los Cielos, los clérigos romanos, en su loco afán de seguir deificando a María, aprovecharon para identificarla con la constelación de Virgo. Sin importarles, por supuesto, el hecho que la astrología se encuentra terminantemente prohibida en la Biblia. Ya que el Isaías 47:13-15, Dios mismo nos dice que el destino de los astrólogos es ser quemados por las llamas. Curiosamente, no obstante, miles de años antes que los clérigos romanos identificasen a María con el signo de Virgo; los babilonios, sumerios, hindúes, y egipcios, ya habían identificado a su principal diosa-madre como la constelación de Virgo (Lurker, op.cit., p. 111).



Reina del Cielo hindú con su hijo.

Miles de años antes que los clérigos romanos identificasen a María la Reina del Cielo con el signo zodiacal de Virgo, el concepto ya existía en la mitologías de diversos pueblos o culturas de la antigüedad. El dibujo nos muestra a la Reina del Cielo hindú con su hijo, rodeada de los signos del zodiaco y representando ella misma el signo de Virgo.

Estando así las cosas, quizá entonces no deba extrañarnos que los clérigos romanos -de acuerdo a unos escritos medievales- afirmen que la Asunción de la Virgen ocurrió precisamente bajo el signo de Virgo (*Lexicon der Christlichen*, vol. I, Friburgo, 1968, col. 84). Debido a lo cual también, en la catedral de Notre Dame en París, existe una representación del Zodíaco en cuyo punto dominante aparece sentada sobre un trono María, ocupando el lugar de la constelación Virgo (Lurker, op.cit., p. 113). Y es que también, de acuerdo al antiguo calendario astrológico romano la *Columella* (col. 1. II. cap. ii), la constelación de Virgo desaparece alrededor del 15 de agosto, que es la misma fecha en que los católicos celebran la Asunción de la Virgen.

En su aspecto como Reina del Cielo, las imágenes de María normalmente la representan parada sobre una luna creciente y con estrellas alrededor de su cabeza. Estas imágenes que asocian a María con cuerpos celestes, simbolizan la supuesta transcendencia de su “naturaleza celestial” al trasladarla fuera del mundo de los mortales ordinarios. Ya que los astros, de una manera general, siempre han representado lo celestial, lo inalcanzable. Sin embargo, su asociación con los cuerpos celestes que sugiere este tipo de iconografía, delatan también a María como una de aquellas diosas paganas del pasado que controlaban los ritmos cósmicos de la naturaleza (*The Goddesses' Mirror*, David Kinsley, 1989, p. 247).



La cósmica Reina de los Cielos con su hijo, rodeada de rayos solares y sobre una luna creciente.

Alberto Durero, 1511.



La cósmica Reina de los Cielos con su hijo, rodeada de rayos solares, con la luna creciente, y sobre una nube.

Dibujo medieval.

El sol, la luna, y las estrellas, se convierten en imágenes cósmicas de la “belleza” de María que prevalecen desde el siglo XII. Y, el motivo iconográfico de la diosa con el cuarto creciente, empieza fijarse desde el siglo XV, a menudo en candelabros o en imágenes de altar (Lurker, op.cit., p. 119). No obstante, la idea de asociar diosas-madre con la luna, es un concepto pagano antiquísimo que se remonta a la mitología más antigua recuperable semítico babilónica. Ya que el solsticio de invierno -cuando la Gran Madre da a luz al sol- ocupaba un lugar central en las religiones de los “Misterios Matriarcales”. Pues durante el solsticio de invierno, la luna (Gran madre) está llena y ocupa el punto más alto en su ciclo, el sol está en su nadir, y la constelación Virgo se levanta en el Este (*The Great Mother*, Erich Neumann, 1963, p. 313).



La Venus de Laussel, correspondiente al Paleolítico. Está desnuda y no tiene rostro, con marcados pechos colgantes, el vientre y el triángulo púbico. Con una mano señala su vientre preñado, y con la otra sostiene una luna en cuarto creciente con trece marcas, pues la concepción tiene lugar en el décimocuarto día después de la luna de la mujer.

Los antiguos reconocieron una misteriosa relación entre mujer y luna en el hecho de que el ritmo corporal o biológico de la mujer coincidía con el ritmo periódico del astro. No es casual, por lo tanto, que la palabra “menstruación” derive del latín *menstrualis* (mensual) y se relacione con una raíz *mens* que significa “luna”. En el pasado, las fases de la luna se tomaron también como medida del tiempo y se creyó que de sus cambios -su aspecto cambiaba en forma rítmica- dependía la prosperidad de toda la vegetación. De ahí también el uso de sembrar con el cambio de luna creciente y recoger los frutos en fase de luna menguante (Lurker, op.cit., pp. 116, 117).



Las diosas lunares maternas abundaron en el paganismo de la antigüedad, como esta diosa con luna en cuarto creciente sobre su cabeza. Irán, siglo I-II a.C.

Los clérigos romanos, que destilan paganismo hasta por las orejas, incluso llegaron a referirse abiertamente de María como la luna. “San” Ambrosio, obispo de Milán (340-397), recomendó a los fieles, por ejemplo, que no contemplasen únicamente con los ojos del cuerpo al astro nocturno, sino que lo hicieran “*con la fuerza viva y penetrante del espíritu*” (*Griechische Mythen in christlicher Deutung*, H. Rahner, 1957, p. 201). De igual manera el Papa Inocencio III -el peor asesino del romanismo católico- escribió: “*Debería mirar a la luna el que yace sepultado en la sombra del pecado y del crimen. Al haber perdido la gracia divina, el día ha desaparecido para él, ya no brilla para él el sol, pero la luna sigue en el horizonte. Vuélvase a María, bajo su influencia encuentran millares de personas cada día el camino de Dios* (The Mothers, R. Briffault, vol. III, 1927, p. 184).



María como barco. Miniatura medieval en un salterio yugoslavo.

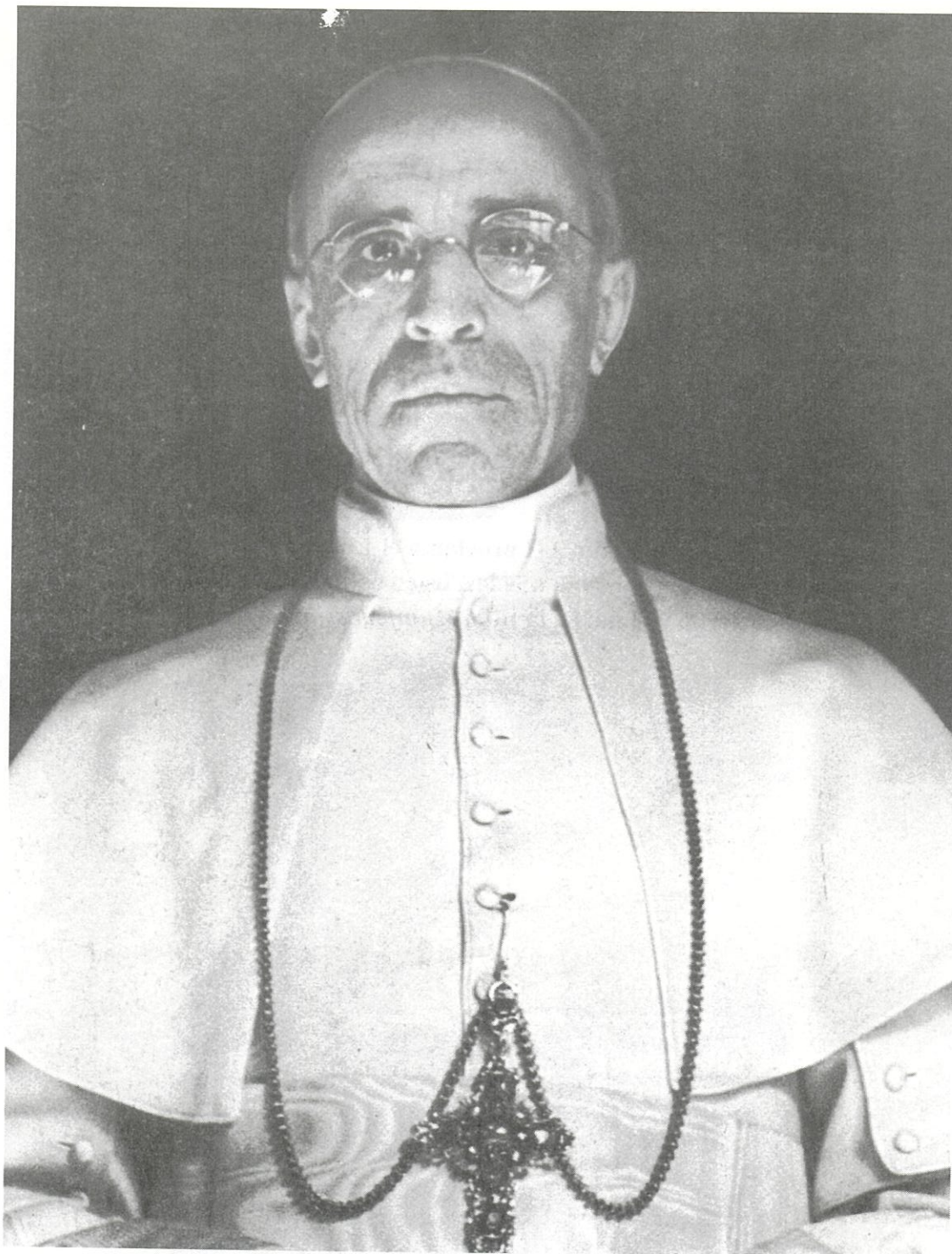
En el pasado, la ascensión y puesta de la luna, su influencia sobre las mareas y tempestades, suscitaban en el hombre un sentimiento de temor. Y, por esta causa, es que los mismos clérigos romanos se referían a este fenómeno como el *mysterium lunae* (Lurker, op.cit., p. 118). No obstante, cuando convirtieron a María en Reina de Cielo asociándola con la luna, se pensó entonces que ella podía brindar protección a los viajeros del mar. Una vez hecha la conexión, la iconografía al respecto no se hizo esperar, y empezaron a producirse pinturas donde María aparece brindando protección a aquellos de sus devotos que se hacían a la mar.



Una vez convertida en Reina del Cielo y con la luna bajo sus pies, María tomó control de la influencia lunar sobre las mareas y tempestades. Debido a esto sus devotos, como los que aparecen en esta pintura medieval, podían encomendarse a ella para ser librados de percances en el mar.



Anteriormente, a un costado del cerro del Tepeyac -donde apunta la flecha- se encontraba este barco hecho de piedra. El barco fue una ofrenda a la Virgen de Guadalupe de parte de unos marinos españoles. Los marinos, que estuvieron a punto de hundirse por causa de una tormenta en el Golfo de México, prometieron a la Virgen que si los llevaba a salvo al puerto de Veracruz, le levantarían un monumento en forma de barco cerca de su templo.



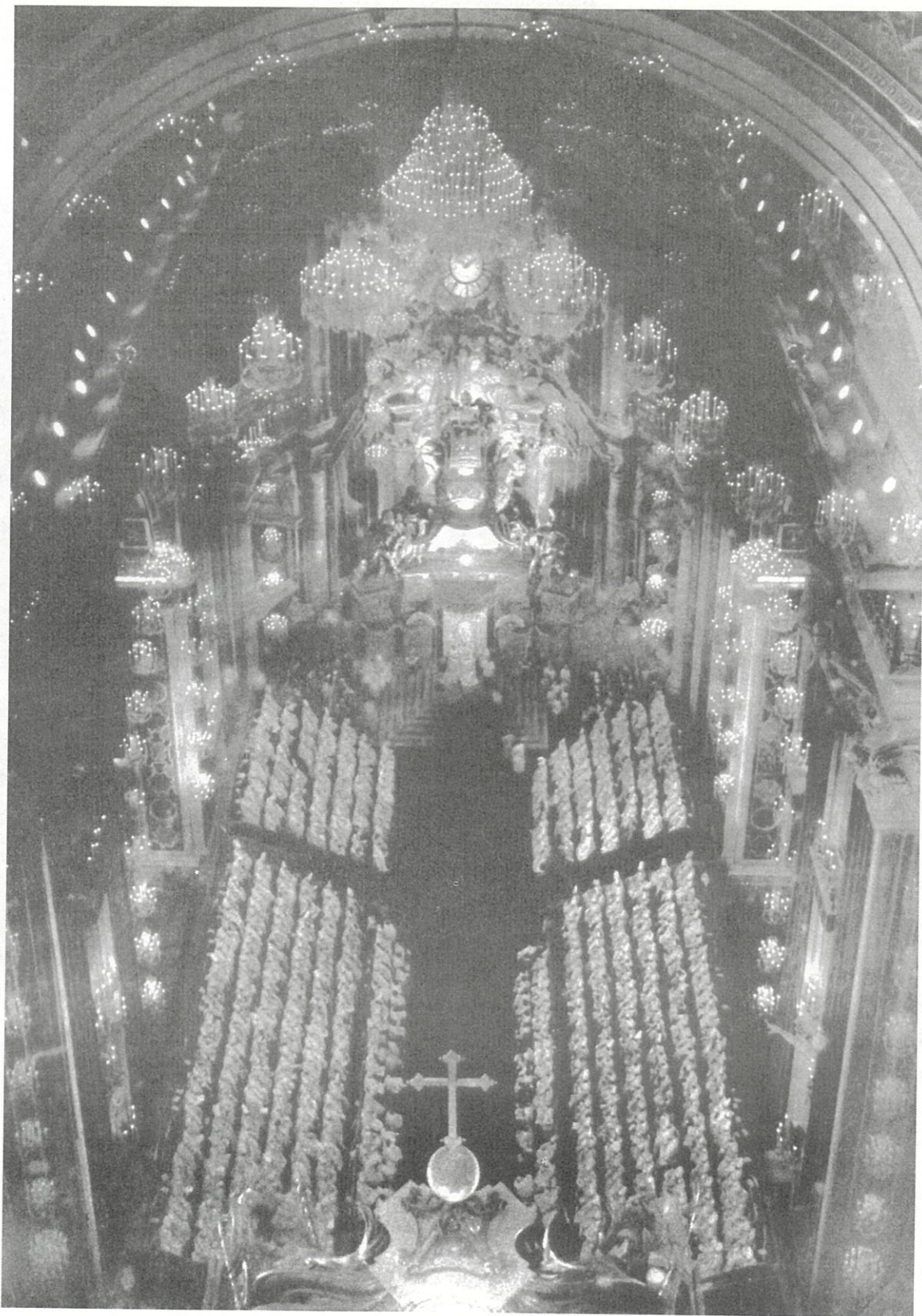
Este tétrico personaje es el Papa Pío XII, el cual decretó en 1950 el dogma de la Asunción de la Virgen. Por medio de este dogma todos los católicos romanos están obligados a creer, bajo pena de maldición o *anathema*, que la Virgen ascendió al cielo corporalmente sin que su cuerpo sufriera corrupción. No obstante, irónicamente y como castigo de parte de Dios por este dogma blasfemo, cuando Pío XII murió su cadáver empezó a pudrirse aceleradamente durante su funeral. Y, debido a esto, muchos católicos romanos no pudieron ver el cadáver de su querido Papa ser paseado en su ataúd, como suele ser la costumbre cuando muere un Papa (*O Vatican!*, Paul Hofmann, 1984, p. 25).



Desde su trono, Pío XII proclama el 1 de noviembre de 1950 el nuevo dogma que la Virgen ascendió al cielo en cuerpo y alma, en la Bula *Munificentissimus Deus*.



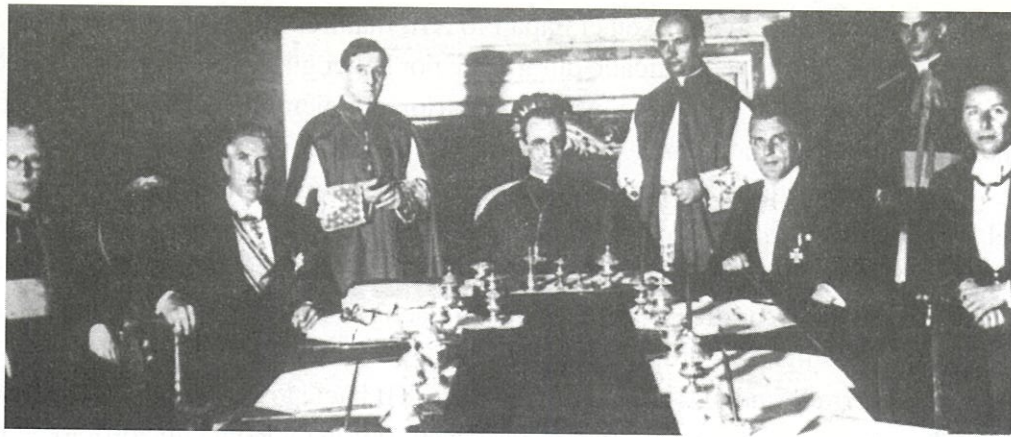
Setecientos mil peregrinos aguardan la proclamación del nuevo dogma mariano decretado por Pío XII.
Roma, 1950.



Los obispos del mundo en la Basílica de San Pedro, en el pronunciamiento del dogma mariano. Noviembre 1, 1950.



Poco después de proclamar el dogma de la Asunción, y para seguir con el festejo idolátrico, Pío XII descendió a las grutas de la Basílica de San Pedro para poner una corona de oro adornada con perlas sobre la cabeza de la estatua de la Virgen. Aquí se le ve poniendo una de las coronas sobre la cabeza del niño que sostiene la Virgen. Las estatuas datan del año 1484.



Sentado y en el centro de la fotografía, se encuentra Eugenio Pacelli -posteriormente Papa Pío XII- autor del dogma de la Asunción de la Virgen. Como Secretario de Estado del Vaticano, aquí Pacelli firma el famoso Concordato de 1933 con representantes de Hitler. Por medio de este Concordato entre el Vaticano y Hitler la “Iglesia” se comprometió, entre otras cosas: a darle el voto de todos los católicos alemanes a Hitler, lo cual finalmente permitió el ascenso del “monstruo” al poder; a nunca excomulgar a Hitler, que era católico; y a nunca protestar contra el genocidio de seis millones de judíos, lo cual también fielmente cumplió (*A Woman Rides the Beast*, Dave Hunt, 1994, p. 221). Hitler, por su parte, se comprometió por medio del Concordato a: respetar todas las actividades religiosas, bienes y negocios, de la “Iglesia” en Alemania. Sentado a la derecha de Pacelli, está Von Papen, un fiel católico representante de Hitler. Y, a la izquierda de Pacelli, el último hombre que aparece de pie, es Giovanni B. Montini, posteriormente Papa Paulo IV.



Aquí a la izquierda tenemos otra vez a Eugenio Pacelli -posteriormente Papa pío XII- como Secretario de Estado del Vaticano, junto al dictador asesino Mussolini y otros dignatarios fascistas en la firma del Concordato de 1929. Por medio de este Concordato, Mussolini logró que el Papa en ese entonces, Pío XI, requiriese de todos los católicos italianos que se abstuvieran de participar en cualquier tipo de política contraria a él. Ya que muchos católicos italianos eran socialistas activamente opuestos a Mussolini y a su partido fascista. De esta manera, el Vaticano hizo posible el ascenso del tirano al poder. Lo cual también fue reforzado por declaraciones públicas del mismo Papa en favor del dictador, tales como: “*Mussolini es el hombre enviado por la Providencia* (Ibid., 219). El Vaticano, por su parte, obtuvo por medio del Concordato que por ley nacional la religión católica fuese decretada como la “única religión” de Italia y, como consecuencia, mano dura y represión para las demás religiones. Además, el Vaticano obtuvo del

gobierno italiano la cantidad de 750 millones de liras, y 1000 millones de liras más en bonos del Estado. Esto como compensación por la pérdida de sus territorios papales en 1870 (*Pontifex Maximus, Dinastía Milenaria de... ¡Brujos Sacerdotes!* Parte I, Martín Careaga, 1998, p.120).

Eugenio Pacelli, una vez convertido en el Papa Pío XII, manifestó siempre una extraña preferencia por todo lo alemán. Esto a pesar de que fue criticado duramente por haber guardado silencio durante el Holocausto, mientras Hitler mataba a millones de judíos. Su círculo interior, por ejemplo, estaba constituido únicamente de jesuitas alemanes. Como el jesuita alemán Robert Leiber, que funcionaba para Pío XII como secretario de asuntos secretos y delicados. Y que también, con el transcurso del tiempo, llegó a ser cabeza y el hombre más importante en el Vaticano (*O Vatican!*, Paul Hofmann, 1984, p. 140). De igual manera, el confesor de Pío XII era un jesuita alemán, el sacerdote Agustín Bea. Ya que igualmente que todos los católicos, los papas también están obligados a confesarse periódicamente, y pueden escoger de entre las distintas órdenes religiosas (dominicos, franciscanos, jesuitas) su propio confesor (*Ibid.*, p. 139).

Al final de la Segunda Guerra Mundial, el favoritismo de Pío XII hacia los nazis salió a relucir cuando después que las fuerzas aliadas liberaran a Roma en 1944, éstas descubrieron en Roma un edificio de la “Santa Sede” que en realidad era un centro de espionaje y sabotaje de la Gestapo. La propiedad, al ser investigado el caso, había sido comprada en 1943 por la curia de las Iglesias del Este, con fondos “generosamente” provistos por un benefactor anónimo para el establecimiento de un seminario. Seis religiosos, todos provenientes de Alemania, resultaron ser en realidad agentes de la S.S. Los investigadores encontraron un radio transmisor y receptor en el sótano del supuesto seminario. Y es que el edificio más bien tenía la intención de ser una base de información secreta de agentes nazis, los cuales permanecerían allí disfrazados de clérigos una vez que se retiraran de Roma las fuerzas armadas alemanas (*Ibid.*, pp. 252, 253).

Además de todo esto, recientemente salió a la luz que durante el pontificado de Pío XII, el Vaticano ayudó a los nazis a esconder millones de dólares en oro que ellos habían robado a los judíos. Sobre todo oro dental, el cual los nazis arrancaban bábaramente con pinzas de las bocas de los judíos, antes de arrojarlos a los hornos crematorios o cámaras de gases (*U. S. Document Links Vatican, Nazi Gold*, Los Angeles Times, Julio 23, 1997, p. A44).



Hermana Pasqualina, monja alemana, ama de llaves “personal” del papa Pío XII.

La preferencia de Pío XII por todo lo alemán, se manifestó también en su elección de su ama de llaves personal, la monja alemana Pasqualina, a quien por cierto siempre le hablaba en alemán. No obstante, Pasqualina como ama de llaves de Pío XII, violaba el Canon 113 de la Iglesia. Pues el Canon 113 de la Ley dice que todos los clérigos deben evitar vivir en la misma casa con alguna mujer que pueda provocar sospecha de “algo malo”. Y, Pasqualina, resultaba “sospechosa” porque dada su juventud, todavía no alcanzaba la edad *canónica* (pasada la menopausia) para ser ama de llaves de ningún clérigo (Hofmann, *Ibid.*, p. 134).

En 1950, cuando Pío XII citó su propia infabilidad para definir el dogma de la Ascensión de la Virgen al cielo, muchos italianos estaban convencidos que Pasqualina -quien ejercía mucha influencia sobre el Papa y además concedía o negaba las entrevistas con él- siendo ella misma una ardiente devota de la Madona, fue responsable de la formulación del nuevo dogma. Incluso, cuando se proclamó el dogma, numerosos clérigos católicos que se encontraban presentes en el acto, alcanzaron a percibir que las letanías invocadas para la Virgen “*Virgo Potens*” (Virgen Poderosa), se estaban dirigiendo en realidad a la madre Pasqualina. Así

también, durante el rito externo afuera de la Basílica, ella se encontraba sentada en un lugar especial a un lado del altar pontificio -algo completamente inusual- con su rostro enmarcado por la austera cofia propia del hábito de su orden (*Ibid.*, pp. 136, 137).

Por otro lado, no deja de ser sumamente irónico que Pío XII, habiendo sido el Papa que promulgó el dogma de la incorrupción del cuerpo de la Virgen, él mismo se haya podrido de una forma escandalosa al sufrir la muerte, lo cual sucedió de la siguiente manera:

Alrededor de las 4:00 a.m., en octubre 9 de 1958, Radio Vaticano anunció la muerte del Papa. En las agitadas horas que siguieron al suceso, el doctor Galeazzi aseguró a los oficiales del Vaticano que él podía encargarse del embalsamamiento del cuerpo de Pío XII y que llamaría a un especialista, Oreste Nuzzi, para asistirlo. Los dos hombres trabajaron durante dos días. En la tarde de octubre 11, el cadáver, dentro de un ataúd de madera de ciprés, fue llevado desde Castel Gandolfo a el Vaticano en una carroza funeraria que había sido prestada por el departamento de servicios funerarios de la ciudad de Roma. La carroza funeraria fue adornada a todo lujo con cuatro estatuas doradas de ángeles, los cuales sostenían báculos con guirnaldas que parecían moverse saludando a las multitudes mientras la carroza avanzaba. A esto se añadió una réplica en madera de la triple tiara del Papa, que apoyada inestablemente en el centro del techo de la carroza, parecía que podía caerse en cualquier momento. Cuando la carroza hizo alto en la Basílica Laterana para el primer rito funerario, un desconcertante ruido como de un pequeño petardo se escuchó desde dentro del vehículo. Un proceso de fermentación, favorecido por la caliente temperatura característica de los días de otoño en Roma, provocó que se abriera el ataúd. Los clérigos del Laterano, asombrados y confusos, apresuraron la ceremonia. La carroza continuó a través del centro de Roma hacia el Vaticano, el ataúd fue llevado a la Basílica de San Pedro, y las puertas se cerraron a la gente. Dentro, los dos médicos siguieron trabajando en el cadáver del pontífice. Ambos estuvieron ocupados toda la noche dentro de la gigantesca y vacía Basílica.

Alrededor de las 7:00 a.m. en octubre 12, los dos hombres anunciaron que habían terminado su trabajo. Casi al mismo tiempo, las puertas de la Basílica se abrieron y los primeros lamentadores y curiosos empezaron a desfilar ante el ataúd de Pío XII. Vieron el cadáver del Papa vestido con una túnica roja, una mitra de tela de oro sobre su cabeza, y con su rostro color ceniza. Durante el día, mientras continuaba el río de visitantes, las flamas de las altas velas alrededor del ataúd empezaron a vacilar, la temperatura dentro de la Basílica aumentó, y la cara del pontífice tomó un tinte verde. Además, un insoportable y nauseabundo olor empezó a difundirse. La Basílica se cerró al atardecer y los dos médicos volvieron a trabajar sobre el cadáver una vez más. La siguiente mañana, la cara de Pío XII mostraba un color gris desconcertante y grandes manchas de descomposición se encontraban ya presentes. El ataúd fue entonces cerrado y metido a su vez dentro de otro ataúd más grande -este último de plomo y herméticamente sellado- para finalmente ser depositado en las grutas subterráneas de la Basílica de San Pedro.

La consternación de los dignatarios del Vaticano, y otras gentes que habían observado el cuerpo del pontífice muerto deteriorase al paso de las horas, fue reflejada en los periódicos. El doctor Galeazzi y su asistente, el doctor Nuzzi, se sintieron compelidos a dar una conferencia de prensa para explicar su método de embalsamamiento. Según ellos, trataron de embalsamar a Pío XII con el mismo método antiguo con el que se embalsamó al Señor Jesús después de su crucifixión. Esto implicaba nada de inyecciones, cirugía, o extracción de vísceras. Un método que podría describirse como “*ósmosis aromática*”, según declaró orgullosamente el doctor Nuzzi, quien también se jactaba, por cierto, de haber redescubierto la antigua técnica que había sido practicada hacía ya muchos siglos (Ibid., pp. 25, 26). La indignación que todo esto causó, fue aumentada cuando diversas revistas empezaron a publicar las fotos del Papa con su rostro podrido. Ciertamente un justo fin para un Papa que después de su elección en 1939, cometió también la blasfemia de decir: “*Soy el padre de toda la familia cristiana, siervo de los sirvientes de Dios, quien verdaderamente representa la persona, la palabra, y la autoridad de Jesucristo entre la humanidad*” (Ibid., p. 18).

Ya por último resta decir que Pío XII -autor del dogma de la Asunción de la Virgen- previamente a la proclamación del dogma en el año 1950, ya se había definido claramente como un Papa impulsor del culto mariolatrico.

Pues vemos por ejemplo que en 1942, ocho años antes de la proclamación del dogma, se le hizo cosa fácil consagrar nada más ni nada menos a... ¡Todo el mundo al Inmaculado Corazón de María! Y, tres años después, al año 1945 lo declaró como “Año Mariano”. No contento con estas “travesuras”, este hijo de María siguió jugando con el calendario católico romano y, en el año 1958, proclamó a María como reina; estableciendo así otra nueva festividad mariana para celebrarse el 22 de agosto.

No obstante, vemos que en 1942, cuando consagró a todo el mundo al Inmaculado Corazón de María, lo hizo más bien con fines políticos. Ya que veía con horror a la Rusia comunista. Y es que en la visión de Fátima, la Virgen, aparentemente deseosa de participar en la política mundial, había pedido que Rusia le fuese consagrada a su inmaculado corazón para que se convirtiese. Pues de lo contrario, dijo la Virgen, *“esparcirá sus errores a través de todo el mundo, provocando guerras y persecución de la Iglesia... Pero al final, mi Inmaculado Corazón triunfará”* (Encountering Mary, Sandra L. Zindars, 1991, pp. 199, 200).



Los niños Jacinta, Francisco y Lucía, supuestamente tuvieron la visión de la Virgen en Fátima (Portugal) en 1917. Lo curioso del caso es que aquí, igualmente como en la visión de Lourdes (Francia) en 1858, los videntes son niños completamente analfabetos. Y también en ambos casos, tanto en Lourdes como en Fátima, las niñas terminaron “convirtiéndose” en monjas, esto para poder controlar sus declaraciones y mantenerlas a salvo de una posible investigación o escrutinio público.



Juan Pablo II, otro Papa igual o más mariolatrero que Pío XII, se entrevista aquí con la monja Lucía. La misma niña que aparece arriba en la fotografía, pero que por causa de haber sido “escogida” para ver a la Virgen, terminó el resto de sus días encerrada en un convento. Una víctima más del Vaticano, sacrificada en este caso con fines de propaganda.

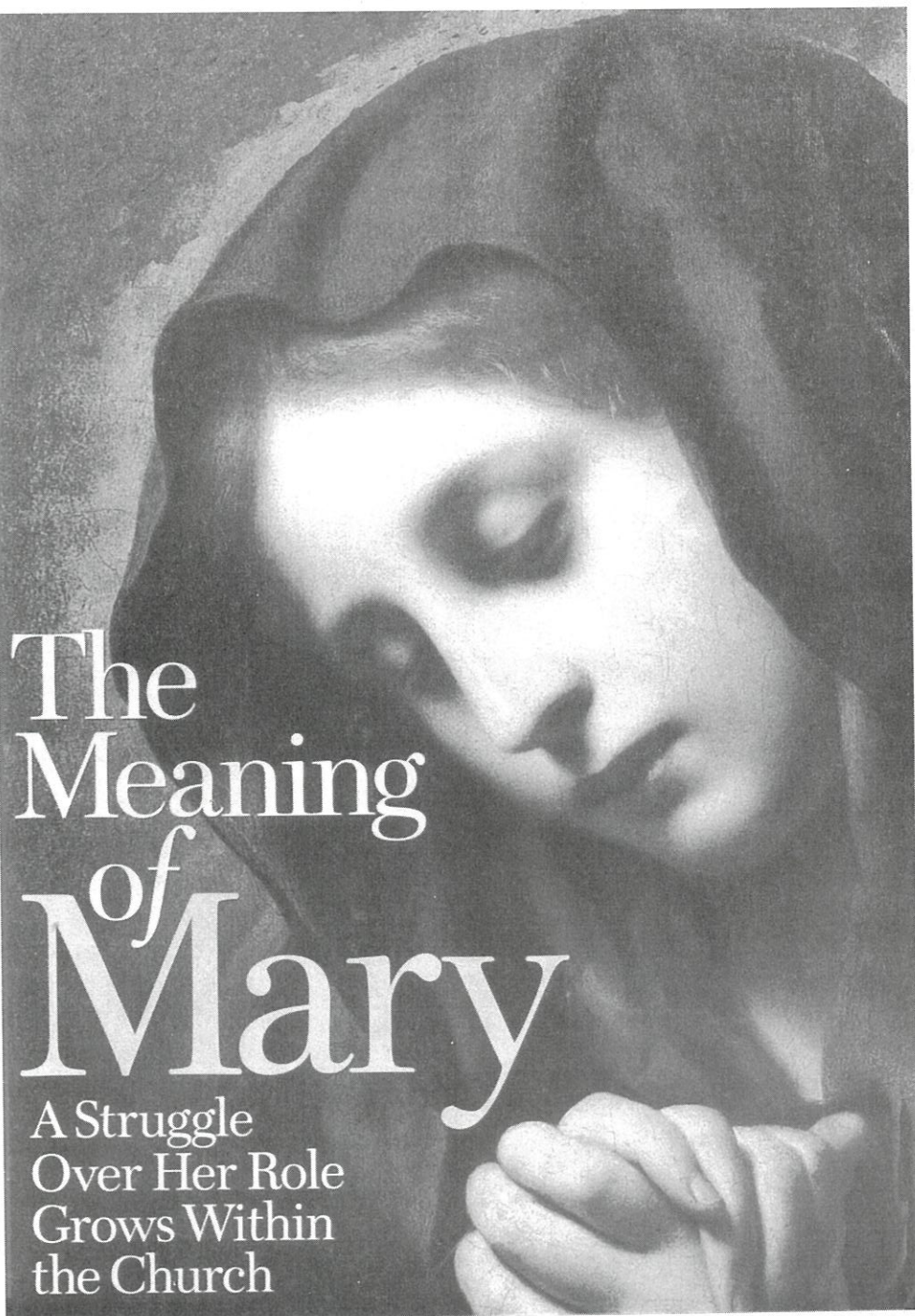
El nuevo dogma que se espera...

¡María co-redentora!

Pío XII, que como ya mencionamos fue completamente mariolatrero, planeaba elevar aún más a María con otro dogma, estableciéndola como co-redentora juntamente con Cristo. No obstante, su muerte en el año de 1958, le impidió proclamar este dogma blasfemo. Durante el Concilio Vaticano II, numerosos católicos romanos esperaban que se decretase este dogma de María como co-redentora. Pero para su desilusión, en 1963 el Concilio votó para que se incluyese el tema de la Virgen en el capítulo 8 de la Constitución de la Iglesia, *Lumen gentium*, de una manera general y no por separado. Sin embargo en 1964, Paulo VI, otro Papa mariolatrero, proclamó a la Virgen como *Mater Ecclesiae* (Madre de la Iglesia); y su exhortación apostólica en 1974, *Marialis Cultus*, intentó la renovación del culto y llamó a María “nuestra hermana” (*Encyclopedia of Religion*, Mircea Eliade, vol. 9, p. 252).



Una *Vierge Ouvrante* (se abre y se cierra) que ilustra el dogma blasfemo que se avecina. Sin la Virgen, la redención no hubiese sido posible. En las alas de la figura, están representados los misterios de la encarnación de Cristo. En el centro, encerrado en el vientre de la Virgen, está la figura de Cristo redentor sosteniendo su cruz. Rin Medio, año 1300.



The Meaning of Mary

A Struggle
Over Her Role
Grows Within
the Church

El tema del nuevo dogma que se avecina, María como co-redentora de la humanidad, ha sido analizado incluso por revistas seculares de seria reputación. Como vemos aquí esta portada de Newsweek, con fecha de agosto 25 de 1997.

El Papa Juan Pablo II, que quizá ha sido más mariolatrero que todos sus predecesores, posiblemente promulgue el nuevo dogma durante la celebración del Jubileo que tiene preparado para el año 2000, una ocasión perfecta para definir a María como Co-Redentora, Mediadora de Todas las Gracias, e Intercesora de toda la Humanidad. Lo mismo hizo Pío XII durante el Jubileo del año 1950, cuando aprovechó para promulgar el dogma de la Asunción.

Juan Pablo II se ha referido en numerosas ocasiones a María como co-redentora, como en abril de 1997 cuando dijo: *“Habiendo creado al hombre ‘varón y hembra’, el Señor también desea poner a la Nueva Eva al lado del Nuevo Adán en la Redención... María, la Nueva Eva, se convierte así en un perfecto ícono de la Iglesia... Nosotros podemos por lo tanto volvernos a la Bendita Virgen, implorando confiadamente su ayuda conscientes del singular papel que le ha sido confiado a ella por Dios, el papel de co-redentora en la Redención”* (Newsweek, agosto 25, 1997, p. 51).



Madre Angélica. Birmingham, Alabama.



Madre Teresa de Calcuta. India.

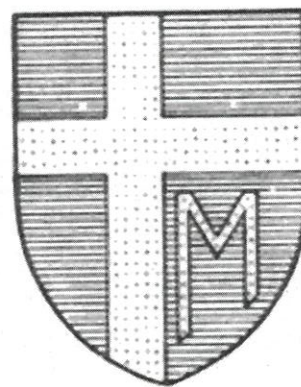
Entre los numerosos “monos cilindreros” del Vaticano que están presionando por la promulgación del nuevo dogma, tenemos por ejemplo a la madre Angélica. Esta monja tiene programa de televisión llamado Eternal World Television Network, con el que alcanza a 55 millones de hogares en 38 países. En relación al nuevo dogma la monja expresó: *“Si el Santo Padre define este dogma, salvará al mundo de grandes catástrofes y aumentará la misericordia de Dios aún más sobre este mundo”* (Ibid., p. 53). La madre Teresa de Calcuta, ahora ya fallecida, también presionaba al Papa animándolo para que definiese el nuevo dogma. Lo cual nos muestra que aunque ella hacía muchas “buenas obras”, el diablo nunca dejó de ser su padre, además de que adoraba a Juan Pablo II, como se puede apreciar en la fotografía de arriba.



Quizá más que todos sus predecesores, el viejo Juan Pablo II ha demostrado ser sumamente mariolatrero. Cuando visita algún país, lo primero que hace es rendirle culto a la Virgen o muñeca “barbie” patrona del país visitado. Aquí lo tenemos jugando con una “barbie” tamaño humano, llamada Nuestra Señora de Chinchiquira. Colombia, julio 3 de 1983.

BENEDETTO XIV 1740 1758 PROSPERO LAMBERTINI	CLEMENTE XIII 1758 1769 CARLO REZZONICO	CLEMENTE XIV 1769 1774 GIAN VINCENTO GANGANELLI	PIO VI 1775 1799 GIOVANNI ANGELO BRASCHI
PIO VII 1800 1823 BARNABA GREGORIO CHIARAMONTI	LEONE XII 1823 1829 ANNIBALE DELLA GENGA	PIO VIII 1829 1830 FRANCESCO SAVERIO CASTIGLIONI	GREGORIO XVI 1831 1846 BARTOLOMEO ALBERTO CAPPELLARI
PIO IX 1846 1878 GIOVANNI M. MASTAI FERRETTI	LEONE XIII 1878 1903 GIOACCHINO PECCI	S. PIO X 1903 1914 GIUSEPPE SARTO	BENEDETTO XV 1914 1922 GIACOMO DELLA CHIESA
PIO XI 1922 1939 ACHILLE RATTI	PIO XII 1939 1958 EUGENIO PACELLI	GIOVANNI XXIII 1958 1963 ANGELO GIUSEPPE RONCALLI	PAOLO VI 1963 GIOVANNI BATTISTA MONTINI <i>fel. regnante</i>

JUAN PABLO II



1978

?

KAROL WOJTYLA

Desde el Papa Inocencio III (1198-1216), todos los papas han tenido su escudo heráldico característico de su pontificado. No obstante, ninguno de ellos se caracterizó por representar a María en su escudo, como vemos que sucede con el escudo de Juan Pablo II, que nos muestra la letra M de María.

Guadalupe - Tonantzin - Juan Diego - Hongos alucinógenos.

Cuando los frailes católicos romanos llegaron a México, habiéndoseles confiado a ellos -las órdenes mendicantes- la “conquista espiritual” del Nuevo Mundo, debemos tener presente que su “Iglesia” u organización, contaba ya para ese entonces con más de mil años de experiencia sustituyendo ídolos paganos de todo el mundo por ídolos católicos romanos. Por lo tanto, seguramente no representó para ellos ningún problema sustituir a Tonantzin -la principal deidad de los indios- por la diosa María, la cual los españoles llamaban también Guadalupe. Ya que la mayoría de los conquistadores eran oriundos de Extremadura (España), de donde proviene María en su personificación como Guadalupe.

Las circunstancias para llevar a cabo la sustitución de “muñecas”, por otro lado, no podían haber sido más propicias para los clérigos romanos, que en este caso eran los franciscanos. Pues al percatarse éstos del gran “arrastre” que tenía entre los indios su diosa-madre Tonantzin, y siendo ellos mismos expertos en “cristianizar” todo lo pagano, simplemente les cambiaron de muñeca-madre a los indios. Lo cual también se les facilitó, evidentemente, por el hecho que el nombre de ambas diosas incluso era similar en cuanto a su significado. Ya que Tonantzin significa “*Nuestra Madre*”; y, para los católicos romanos, María también es “*Nuestra Madre*”. No obstante, a este respecto resulta necesario citar aquí al franciscano fray Bernardino de Sahagún, llegado a la Nueva España en 1529, quien en su *Historia General de las Cosas de la Nueva España* (1975, p. 704, ed. Porrúa) nos dice que:

“Cerca de los montes hay tres o cuatro lugares donde solían hacer muy solemnes sacrificios, y que venían a ellos de muy lejanas tierras. El uno de éstos es aquí en México donde está un montecillo que se llama Tepeácac, y los españoles llaman Tepeaquilla, y ahora se llama Nuestra Señora de Guadalupe. En este lugar tenían un templo dedicado a la madre de los dioses que llamaban Tonantzin, que quiere decir Nuestra Madre, allí hacían muchos sacrificios a honra de esta diosa, y venían a ellos de muy lejas tierras, de más de veinte leguas, de todas estas comarcas de México, y traían muchas ofrendas, venían hombres y mujeres, mozos y mozas a estas fiestas; era grande el concurso de gente en estos días, y todos decían vamos a la fiesta de Tonantzin; y ahora que está allí edificada la Iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, también la llaman Tonantzin, tomada ocasión de los Predicadores, que a Nuestra Señora la Madre de Dios la llaman Tonantzin.

De dónde haya nacido esta fundación de esta Tonantzin no se sabe de cierto; pero esto sabemos de cierto que el vocablo significa de su primera imposición a aquella Tonantzin antigua, y es cosa que se debería remediar porque el propio nombre de la Madre de Dios Señora Nuestra no es Tonantzin, sino Dios y Nantzin; parece ésta una invención satánica, para paliar la idolatría debajo la equivocación de este nombre Tonantzin, y vienen ahora a visitar a esta Tonantzin de muy lejos, tan lejos como antes, la cual devoción también es sospechosa, porque en todas partes hay muchas iglesias de Nuestra Señora, y no van a ellas, y vienen de lejas tierras a estas tierras a esta Tonantzin, como antiguamente”.

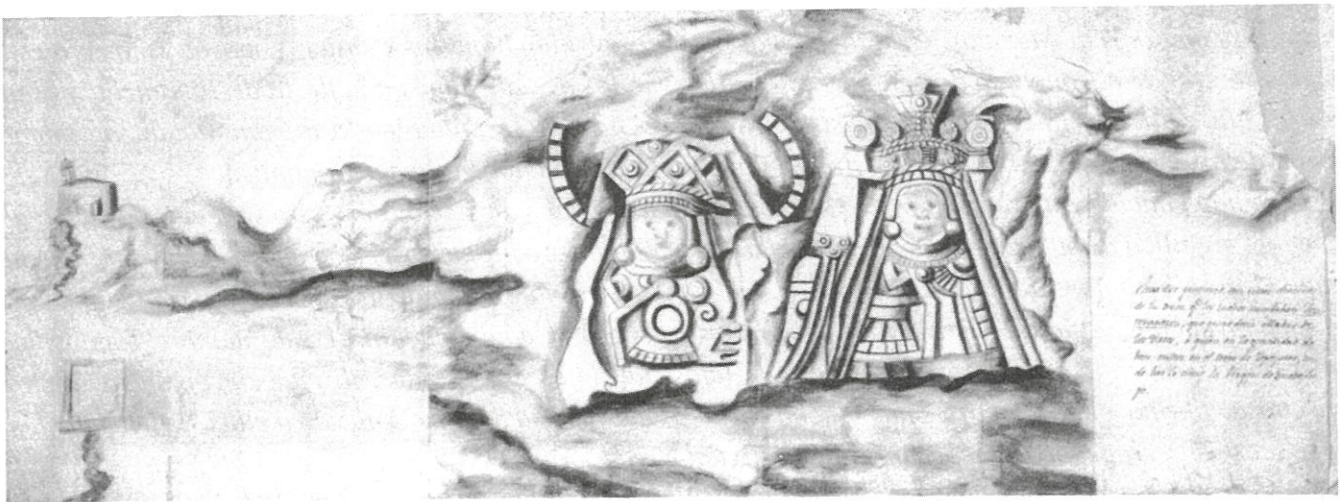
Note el lector cómo, por boca de un mismo franciscano, nos enteramos que:

1. En un “montecillo que se llama Tepeácac” (Tepeyac), los indios tenían un templo dedicado a la madre de los dioses que llamaban Tonantzin.
2. Allí los indios ofrecían sacrificios a Tonantzin, los cuales sacrificios por cierto implicaban la muerte de niños de cuna y doncellas esclavas (ver página 34 en este libro).
3. El “arrastre” del ídolo era evidente, pues los indios de lejanas tierras; hombres, mujeres, mozos y mozas, acudían a la fiesta de Tonantzin.

4. En el mismo lugar donde se encontraba el templo a Tonantzin -donde le ofrecían sacrificios humanos- se edificó una iglesia a la Guadalupe, la cual terminó siendo lo que hoy es la Basílica.
5. Los indios no se referían a María como Guadalupe, sino que la llamaban Tonantzin.
6. Sahagún no está de acuerdo en que aprovechando el significado del nombre de Tonantzin, los indios le llamen así a “*Nuestra Señora de Guadalupe*”. Y lo considera una “*invención satánica*” que debería remediarse.
7. Sahagún también considera que los indios muestran una “*devoción sospechosa*”, pues incluso aquellos que vienen de muy lejos y pudiendo acudir a las muchas otras iglesias de “*Nuestra Señora*”, continúan viniendo como antes a visitar a esta Tonantzin.

Por lo que escribe Sahagún, parece ser que él no tomó parte en la sustitución de Tonantzin por Guadalupe, pues ignora “*de dónde haya nacido esta fundación de Tonantzin*”. Y, tomando en cuenta que Sahagún llegó a la Nueva España en 1529, quiere decir entonces que la sustitución se llevó a cabo antes de esta fecha. No obstante, Sahagún no se oponía a la sustitución de ídolos, sino más bien en llamarle Tonantzin a la Guadalupe, una “*invención satánica*”. Y es que él, como buen franciscano, seguramente estaba informado que la sustitución de ídolos era un asunto claramente contemplado en la así llamada “*política misionera*”. Pues de acuerdo al primer Concilio de Lima, reunido en 1522, se acordó que: “*Mandamos que todos los ídolos y adoratorios que hubiese en pueblos donde hay indios cristianos, sean quemados y derrocados, y se edifique allí iglesia o al menos se ponga una cruz (Constituciones para indios del primer concilio limense, 1522; Missionalia Hispanica, año VII, núm. 19, 1950, p. 554).*

De igual manera el franciscano Juan de Torquemada (m. 1624), al referirse a la sustitución de Tonantzin por Guadalupe, “no se averguenza de la cruz de su parroquia” cuando abiertamente nos dice que: “*Se trataba de encaminar a los peregrinos hacia Nuestra Señora, la Virgen que es Nuestra Señora y Nuestra Madre, de sustituir a la diosa madre de los antiguos mexicanos por la madre de Cristo...*” (Monarquía Indiana, fray Juan de Torquemada, tomo II, libro X, cap. VII, pp. 245, 246).



“Códice de Teotenantzin”.

Las esculturas de Tonantzin en el cerro del Tepeyac se conservaron hasta el siglo XVIII, después desaparecieron.



Un vestigio del culto a Tonantzin lo tenemos actualmente en la celebración de la Guadalupe el 12 de diciembre. Donde vemos a los indios vestidos para la ocasión, adornados con plumas y ejecutando las mismas danzas con las que siglos atrás ellos festejaban la fiesta de Tonantzin.



Típicas mujeres indias rindiéndole culto a Tonantzin-Guadalupe en la Basílica.

Cuando los clérigos españoles sustituyeron a Tonantzin por la Virgen, habiendo en España distintas vírgenes para escoger como posibles sustitutos, éstos eligieron a la Guadalupe. Y, como ya habíamos mencionado, esto se debió a que la mayoría de los conquistadores provenían de la región de Extremadura, donde precisamente se encuentra la Guadalupe. Hernán Cortés, especialmente, era devoto de esta Virgen. Pues él era nativo de Medellín, una población de Extremadura y cercana al santuario de Villuercas, donde se encuentra la Guadalupe. Incluso actualmente, en el tesoro del santuario de esta Virgen, todavía existe una escoriación de oro que el mismo Cortés donó por haber sanado de una picadura de alacrán (*Quetzalcóatl y Guadalupe*, Jackes Lafaye, 1977, pp. 311, 317).



La Guadalupe española, matriz de la Guadalupe mexicana. Monasterio de Villuercas, España.



Medalla de la Guadalupe Española que usó Hernán Cortés. *México a través de los siglos*, D. Vicente Riva Palacio, 1984 tomo III, p. 142.

La Guadalupe española, no obstante, es una estatua negra de cedro. Y, de acuerdo a su propia leyenda católica, fue esculpida nada más ni nada menos que por...¡el mismo San Lucas! Aunque claro, cuando los clérigos romanos inventaron esta fábula, seguramente se les olvidó que Lucas no era católico romano como ellos, sino más bien cristiano... y además judío. Por lo tanto, siendo judío y también cristiano, Lucas entonces no pudo haber sido adorador de ídolos y mucho menos “fabricante”, pues conocía perfectamente el segundo mandamiento de la Ley de Dios, que dice: “*No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en el tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás...*” (Exodo 20:4,5).

Por otro lado, debe resultar obvio para cualquiera que la Guadalupe mexicana es una copia o derivación de la Guadalupe española, y esto no solamente porque ambas tienen el mismo nombre, sino porque también, en un principio, la Guadalupe mexicana no era una imagen pintada, sino más bien una **estatua** como la Guadalupe española. Lo cual es evidenciado, por ejemplo, en la misma leyenda de Juan Diego. Esto cuando su tío, milagrosamente sanado por la Virgen, es el encargado de decirle al obispo Zumárraga “*que cuando edificara su templo y colocara en él su milagrosa estatua, la llamara Santa María de Guadalupe*” (*Historia de la milagrosa imagen de María Santísima de Guadalupe*, escrita en el siglo XVII, Francisco de Florencia, p. 26).

Además de esta referencia anterior acerca de la estatua, existe también el testimonio del pirata inglés Miles Philips, quien en 1568 estuvo prisionero en la Nueva España por piratería, y dejó la siguiente narración respecto a la estatua que él denomina como una “*imagen de plata sobredorada*”:

“A otro día de mañana caminamos para México, hasta ponernos a dos leguas de la ciudad, en un lugar donde los españoles han edificado una magnífica iglesia dedicada a la Virgen. Tiene allí una imagen suya de plata sobredorada, tan grande como una mujer de alta estatura, y delante de ella y en el resto de la iglesia hay tantas lámparas de plata como días tiene el año; todas las cuales se encienden en fiestas solemnes. A esta imagen llaman en español Nuestra Señora de Guadalupe” (Enciclopedia de México, José Rogelio Alvarez, 1987, tomo VI, p. 3545; *Documentos Guadalupanos*, Xavier Noguez, 1993, p. 101).

Otro factor que evidencia que la Guadalupe mexicana es solamente una derivación de la que se encuentra en España, es la fecha de sus respectivas festividades. Pues tenemos por ejemplo que la fiesta de la Guadalupe de Extremadura se celebra el 8 de septiembre; y, todavía en el año 1600, la fiesta de la Guadalupe mexicana se celebraba entre el 8 y 10 de septiembre. Pero después fue desplazada al 12 de diciembre para distanciarse de la matriz española y de su culto. No obstante, la sustitución de la Guadalupe en forma de estatua, por la imagen pintada que todos conocemos, tuvo lugar cerca del año 1575; y, la modificación de las fechas de las fiestas en el calendario, se efectuó alrededor del año 1600 (Lafaye, op.cit., p.331).

El deseo de los clérigos asentados en la Nueva España, de distanciar a la Guadalupe mexicana de su matriz española -incluso cambiando la estatua por la imagen pintada- tuvo motivos no devocionales, sino más bien económicos. Pues de acuerdo a la cédula real que regía estos asuntos, la ley era terminante: las limosnas recogidas por las reproducciones debían pretenecer a la imagen original. Por lo tanto, la sustitución de la estatua de Guadalupe en el Tepeyac, por la imagen pintada, se debió entonces al deseo de conservar en la Nueva España las limosnas ofrendadas al ídolo (Ibid., p. 332).

Y es que desde un principio, el ídolo se manifestó en México como un buen productor de dinero. Pues existe el antecedente, por ejemplo, que fray Diego de Ocaña vino a la Nueva España -antes que se sustituyese la estatua por la imagen pintada- con la misión de recabar limosnas para la Guadalupe matriz en España. Y, el 8 de septiembre, día de la festividad de la Guadalupe, se dedicó a vender estampitas del ídolo. Esto con tal suerte que, de acuerdo a sus propias palabras, podría haber vendido veinte o treinta mil estampitas más aparte de aquellas que ya se le habían terminado (*Un viaje por América...*, fray Diego de Ocaña, ed. fray Arturo Alvarez, 1969, p. 168). Estando así las cosas, era de esperarse entonces que los criollos, juntamente con los clérigos asentados en la Nueva España, no vieran con buenos ojos la no participación de ellos en el lucrativo negocio; y de allí el deseo de ellos de sustituir la estatua por la imagen pintada, para apartarse de la matriz española. En la siguiente página presentamos, a manera de ejemplo, las similitudes existentes entre las dos vírgenes de Guadalupe, evidenciando así que la Guadalupe mexicana se inventó en base al mito de la Guadalupe española.

GUADALUPE
DE LAS VILLUERCAS
(España)

GUADALUPE
DEL TEPEYAC
(Nueva España)

IMAGEN

- | | |
|-----------------------------------|--|
| — esculpida por el apóstol Lucas; | — pintada por el ángel Gabriel; |
| — conservación milagrosa; | — "milagro continuado" de su conservación. |

TESTIGO DE LA APARICIÓN

- | | |
|-------------------------------------|-----------------------------|
| — un humilde pastor de Extremadura; | — un humilde neófito indio. |
|-------------------------------------|-----------------------------|

LUGAR DE LA APARICIÓN

- | | |
|--|--|
| — una montaña, entre los peñascos, cerca de un río encajonado; | — una colina, entre peñascos, cerca de una fuente. |
|--|--|

CIRCUNSTANCIAS DE LA APARICIÓN

- | | |
|--|---|
| — incredulidad del clero de la capital provincial; | — incredulidad del clero de la capital. |
| — repetición de la aparición, voluntad de la Virgen de fijar su santuario en el lugar de la aparición; | — repetición de la aparición, voluntad expresada por la Virgen de que su santuario se establezca en el lugar de la aparición. |
| — resurrección de un pariente próximo del testigo de la aparición; | — resurrección de un pariente próximo del testigo de la aparición. |
| — iluminación del clero que organiza una procesión e inaugura el santuario; | — iluminación del arzobispo; instala la imagen en el nuevo santuario. |
| — adhesión popular inmediata y masiva; | — adhesión popular masiva (en especial de los indios). |
| — época de desconcierto de la comunidad cristiana, después de la invasión de los musulmanes; | — época de desconcierto de los neófitos indígenas después de la conquista española, seguida de grandes epidemias. |

DESARROLLO DE LA DEVOCIÓN

- | | |
|---|---|
| — silencio historiográfico desde 1322, fecha presunta de la aparición, hasta 1440, fecha del primer manuscrito de apologética guadalupanista; | — silencio historiográfico desde 1531, fecha presunta de la aparición, hasta 1648, fecha de la primera obra de apologética guadalupanista. |
| — fundación del monasterio de Guadalupe en 1340 por el rey Alfonso XI, en acción de gracias por la victoria del Salado, sobre los moros; | — edificación del primer santuario del Tepeyac, por suscripción pública, 80 años después de la fecha de la aparición, según la tradición (1609). |
| — Nuestra Señora de Guadalupe de Las Villuercas es el santuario más favorecido de la península, de Alfonso XI a los Reyes Católicos (apogeo al final de la Reconquista y durante la conquista de América, finales del siglo xv y principios del xvi); | — Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac es jurada como "Patrona principal" de México, dos siglos después de su "aparición" (1737). |
| — multiplicación de los milagros terapéuticos en los orígenes, luego papel de protección sobrenatural con relación a la comunidad nacional (Reconquista); | — reconocimiento pontificio de la tradición guadalupanista y "Patronazgo universal" de Guadalupe sobre todo México (1754). |
| | — multiplicación de los milagros terapéuticos en favor de los indios, al principio, luego salvaguardia de la comunidad étnica (inundaciones 1629; epidemia 1737). |



Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo e Inquisidor Apostólico de la Nueva España.

En el mito de la Virgen de Guadalupe, resulta sospechoso que el testigo principal del “prodigio”, el franciscano fray Juan de Zumárraga, guarde un silencio absoluto respecto a la aparición (Lafaye, op.cit., p. 407). ¿Por qué? muy sencillo, el tipo nunca presencié tal cosa. Lo que sí sabemos, en cambio, es que este tipejo a quien los católicos consideran un santo, fue en realidad el primer “perro” inquisidor que hubo en la Nueva España.

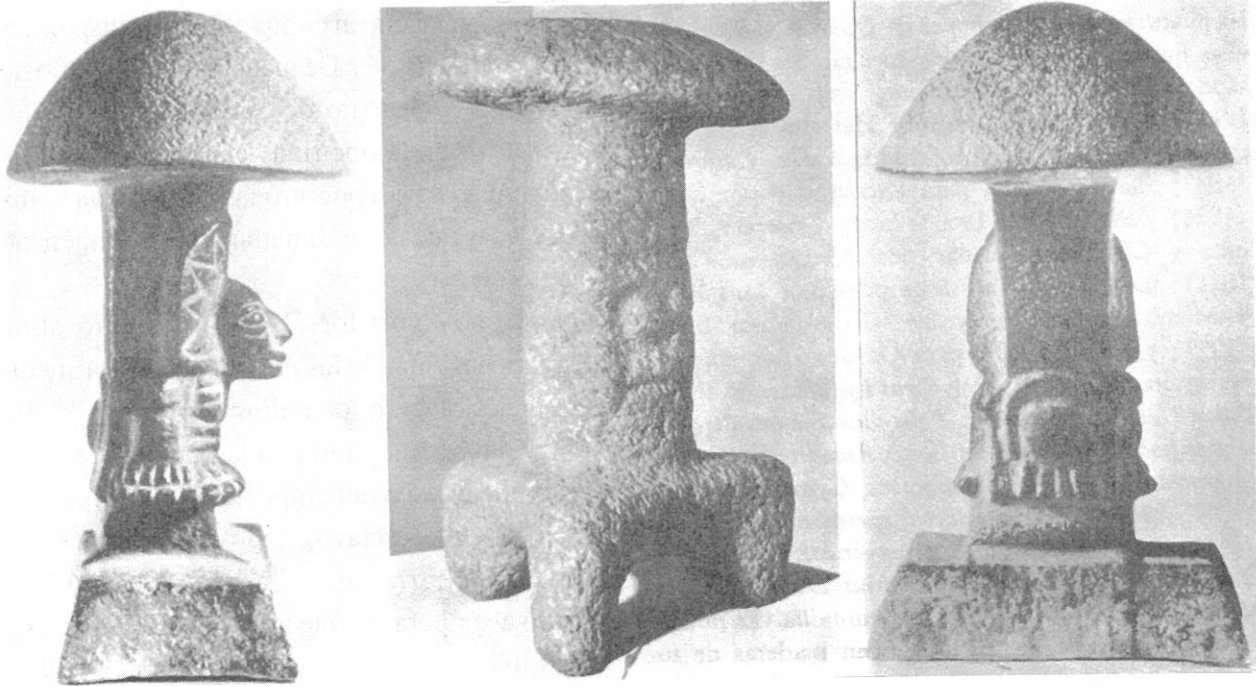
Para Zumárraga, su tarea de inquisidor -a quien él daba prioridad- consistía un complemento indispensable en la “obra indigenista”. De manera que al mismo tiempo que creaba el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco para instruir en la doctrina “cristiana” a los hijos de los caciques indios, por otro lado perseguía también a los caciques que no se sometían a su “evangelización” (Ibid., p. 58).

Cuando el emperador Carlos V intentó abolir el inhumano sistema de las *encomiendas* por medio del cual se explotaba a los indios peor que a bestias de carga, Zumárraga, junto con la mayoría del clero, se opusieron al deseo del emperador. Este tipejo, quien por cierto tenía esclavos negros e indios (*Esclavos*, Zavala, p. 64; *Tratados*, Las Casas, pp. 672-3), le escribió al emperador que no obstante los abusos contra los indios era algo incorrecto, por otro lado los españoles tenían derecho a insistir que los nativos trabajasen para ellos. Pues la tierra necesitaba a los españoles, “*así como la carne del cuerpo humano necesita los huesos para sostenerse*”. Los españoles, decía Zumárraga, podían darles a los indios ejemplo de “*bondad cristiana*”, ser a ellos como padres a hijos, y protegerlos del diablo (Zumárraga, García Icazbalceta, 3:231-39). Zumárraga, por su parte,

practicaba él mismo la “*bondad cristiana*” hacia los indios. Pues en 1539 hizo quemar en público al cacique de Texcoco, y en 1545 al de Yanhuatlán (Lafaye, op.cit., p. 108). Esto aunado a un número indeterminado de otras víctimas que no se dejaron “evangelizar” y por ello terminaron también en el hoguera. Zumárraga era pues, sin duda...¡Un verdadero santo católico romano! Y, por esta causa, es que seguramente la Virgen lo escogió para enviarle a Juan Diego.

En lo que respecta al indio Juan Diego, personaje principal del mito guadalupano y también ficticio -pues nunca se ha comprobado su existencia- resulta interesante hacer notar que, independientemente de quien haya sido el autor de la visión que se dice el indio tuvo de la Virgen, la visión misma se delata como una típica alucinación producida por hongos alucinógenos. Veamos a continuación por qué:

En primer lugar existe el hecho irrefutable que la ingestión de hongos entre los aztecas y otras tribus de indios, desde México hasta Honduras y El Salvador, era algo hasta cierto punto común y normal. Pues por medio de la ingestión de hongos, los indios facilitaban las visiones proféticas (Ibid., p. 62). A continuación presentamos, a manera de ejemplo, algunas esculturas precolombinas con forma de hongo, las cuales evidencian la extensa propagación del culto del hongo entre los indios de México y Centroamérica.



Hongos de piedra del período clásico maya. Rietberg Museum de Zurich.



Jaguar sentado con hongo creciendo de su espalda. Guatemala, 400 d.C.



Figura sentada con gorro en forma de hongo sobre su cabeza. Figuras como esta han sido asociadas con el culto tradicional del hongo entre los indios, y datan hasta 2000 años atrás. *The Encyclopedia of Psychoactive Drugs, Mushrooms*, Peter T. Furst, 1992, p. 78)



Celebrantes rodeando un hongo del tipo alucinógeno (*psilocybe mexicana*), como si fuese el eje del mundo. Cerámica de Colima, aproximadamente 2000 años de antigüedad.

Orozco y Berra, investigador mexicano, no descarta la posibilidad que hayan sido los toltecas los primeros en lograr un acervo importante de referencias respecto de los hongos, en especial los alucinógenos; Heim, coleccionista de ellos, los incluye dentro de las costumbres de los tarascos, zapotecas, teotihuacanos, mayas y chichimecas; y Dovobay, en los otomíes. Con los mexicas -Juan Diego era mexica- el pueblo consumía los hongos en las fiestas religiosas para tener alucinaciones, y los curanderos para adquirir clarividencia (*Enciclopedia de México*, José R. Alvarez, 1978, tomo VI, p. 1186).

Entre los cronistas españoles, especialmente frailes, que hicieron mención de los hongos entre los mexicas, tenemos por ejemplo a fray Bernardino de Sahagún. Fraile franciscano, con amplio conocimiento de la lengua náhuatl de los mexicas, compiló una obra de doce volúmenes titulada *Historia General de las cosas de la Nueva España*. Allí, Sahagún describe detalladamente la vida de los mexicas o aztecas y, en sus descripciones, menciona varias veces los hongos sagrados; incluyendo su taxonomía, efectos, y los distintos contextos en los cuales se empleaban (Furst, op.cit., p. 81).

Sahagún dice en su obra que los hongos eran conocidos en el náhuatl como *teonanacatl*; de *teo* divino, y *nacatl* carne, por lo tanto “*carne de dios*”. En el siglo XVI el fraile dominico Diego Durán (*Historia de los Indios de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, A.M. Garibay, 1967, 2 vols.), habla de los hongos fuera del contexto adivinatorio y dice que los mexicas los usaban también para solemnizar el entronamiento de los emperadores aztecas. Para Durán y otros historiadores de su tiempo, como el franciscano Toribio de Motolinía, los hongos sagrados eran obra del diablo. A Motolinía, por ejemplo, le molestaba sobremanera la gran similitud existente entre el ritual donde se comía el hongo, y el ritual católico de la eucaristía. Una coincidencia que, según él, se la atribuía al diablo (Furst, op.cit., p. 82). Lo cual era enfatizado aún más por el hecho que para los indios, el hongo era la “*carne de dios*”; y, para los clérigos romanos, la hostia también es la “*carne de Dios*”.



Un demonio con garras y con pico camina sobre unos hongos.
Ilustración incluida en la *Historia General de las cosas de la Nueva España* de fray Bernardino de Sahagún.

El rito sagrado del hongo entre los mexicas era de carácter público, pero después de la llegada de los españoles se volvió secreto (Alvarez, op.cit., tomo VI, p. 1186). Esto, obviamente, debido a la persecución que sufrió de parte de la Inquisición la celebración o práctica del rito. El gran “santo” e inquisidor Zumárraga, por ejemplo, juzgó en 1537 a dos indios hermanos de nombre Mixcóatl y Tláloc (hermanos de Martín Océlotl, que también fue juzgado después). Entre los diversos cargos contra los indios, se mencionó el uso de hongos sagrados de parte de ellos, mencionándose los hongos cinco veces durante el proceso del juicio (*Proceso de indios idólatras y hechiceros*, Publicaciones del Archivo General de la Nación, tomo III, México, 1912. *Proceso del Santo Oficio contra Martín Ucelo, indio, paridólatra y hechicero*).

Otro cronista español, miembro del clero secular, Jacinto de la Serna (*Tratado de las idolatrías, supersticiones, dioses, ritos, hechicerías y otras costumbres gentílicas de las razas aborígenes de México*, 2a. ed., México), nos informa también de un curandero que cometía “una gran idolatría con hongos que son recolectados en las tierras altas”. El curandero, de nombre Juan Chichiton (Juan pequeño perro), simulaba una eucaristía católica sobre un altar, donde ponía un santo junto con hongos y un recipiente con pulque. Y, a manera de la comunión católica, ofrecía los hongos a los presentes como si fuesen hostias, y el pulque como si fuese el vino de consagrar. De la Serna hizo todo lo posible por capturar al curandero, pero tristemente admite que éste era muy astuto y eludía las garras de la Inquisición (Furst, op.cit., pp. 84, 85).

Una vez habiendo demostrado el uso del hongo entre los mexicas y otros indios de la Nueva España, pasemos ahora a los efectos que produce el hongo en quien los consume, esto de acuerdo a la *Enciclopedia de México* (José R. Chávez, 1978, tomo VI, p. 1192) la cual textualmente nos dice que:

1. Percepción sensorial alterada con distorsión de los objetos y del espacio, y en general, acompañada de pseudoalucinaciones.
2. Hilaridad o mutismo y pérdida de la noción del tiempo. Percepción de figuras caprichosas -a veces hermosas- al cerrar los ojos, que hacen que el individuo los mantenga cerrados durante varias horas, despreocupado y en una posición casi estática, sentado o recostado.
3. Frecuentemente se deriva a una etapa mística, quizá la más importante para quienes acostumbran ingerirlos: despersonalización que produce angustia y ambivalencia al realizarse el encuentro con lo divino -Dios, vírgenes y santos-. En la medida en que transcurre la etapa, la angustia aumenta y la persona trata de volver a la realidad sin dejar ninguna huella como las que producen otras drogas.

Nótese que, entre los efectos mencionados, el inciso 3 nos habla de una etapa mística donde se tienen encuentros con “Dios, vírgenes y santos”, la etapa también “*más importante para quienes acostumbran ingerirlos*”. Y, al analizar nosotros la visión de la Virgen que se narra tuvo Juan Diego, fácilmente podemos darnos cuenta que ésta no es sino una alucinación producida por hongos. De manera que aunque nosotros sabemos que el indio no existió, quienquiera que haya tenido la visión más bien lo que experimentó fue una alucinación típica de hongos alucinógenos. No obstante, existen claros indicios que el autor de la visión -el supuesto Juan Diego- muy bien pudo haber alucinado a su esposa muerta. Ya que en 1531, dice la narración, cuando tuvo lugar la supuesta aparición, la esposa de Juan Diego de nombre María Lucía, tenía apenas dos años de muerta. Y los hongos, entre los varios efectos que producen en quienes los consumen, les pueden hacer ver a personas ya fallecidas. Debido a lo cual también, en uno de los primeros diccionarios de palabras mayas -*Vico*- compilado antes de la primera mitad del siglo XVI, el hongo denominado *xibalbáj* significaba “hongo del mundo subterráneo” o “hongo que da visiones del mundo de los muertos” (Furst, op.cit., p. 85). Este mismo hongo también es mencionado en un diccionario posterior, llamado *Vocabulario de la lengua Cackchiquel* (1960) de Tomás Coto.

Además de esto, el factor lingüístico resulta aquí un factor relevante, pues la Virgen en la aparición se refiere a Juan Diego como “*Juanito*”. Y, en ese entonces, solamente dos personas que fuesen del mismo nivel social y que tuviesen cierto grado de intimidad entre sí, podrían llamarse uno a otro utilizando diminutivos. De manera que cuando Juan Diego se refiere a la Virgen como “*niña mía*”, es porque en realidad se estaba dirigiendo a su esposa ya fallecida. Al aceptar esta hipótesis, se entiende mejor por qué Juan Diego evitó ver a la Virgen en la cuarta aparición dándole vuelta al cerro para eludirla. Y esto no precisamente por causa de que deseaba estar con su tío que se encontraba enfermo y no quería que la Virgen lo enviara otra vez con el obispo Zumárraga, sino más bien porque tenía temor que se le volviese a aparecer el fantasma de su esposa muerta. Todo lo cual resulta también más entendible cuando nos enteramos que entre los aztecas o mexicas, existía la creencia que los muertos en ocasiones se aparecían a los humanos, y que tales fantasmas eran a su vez temidos; según lo registra fray Bernardino de Sahagún en su *Historia General de las cosas de la Nueva España*, escrita alrededor de 1560 y casi contemporánea con los sucesos aquí relatados, los cuales supuestamente ocurrieron en 1531.

Otro factor de la historia del Tepeyac que afirma la hipótesis que el supuesto Juan Diego, o el autor de la visión, en realidad alucinó a su esposa muerta, consiste en el contacto personal del indio con la Virgen. Pues cuando él juntó las rosas y se las trajo a la Virgen, ella las tomó con su mano y las colocó en la tilma del indio, atando las dos esquinas de los extremos de la tilma alrededor de su cuello para que no se cayeran. Lo cual constituye

un caso único en el género de las apariciones marianas, que la Virgen ponga alrededor del cuello de alguno de sus videntes una prenda de tela o algo parecido. En cambio, en la ceremonia de matrimonio entre los aztecas, atar una prenda de tela alrededor del cuello del hombre era parte esencial de la ceremonia, según lo registra también Sahagún en su conocida obra. Tenemos así una evidencia más que la alucinación de Juan Diego, fue formada por los recuerdos de su esposa muerta. Y es que también, cuando se ingieren hongos alucinógenos, suele suceder que aquellos eventos que parecían haberse ya olvidado, resurgen con extraordinaria claridad, remontándose incluso hasta las etapas más tempranas de la niñez (Furst, op.cit., p. 98).

Además de esto, y según los mismos investigadores católicos, la imagen de la Virgen del Tepeyac refleja una muchacha adolescente de entre 14 y 16 años (*Santa María de Guadalupe*, pbro. José Rebollar Chávez, 1963, p. 107). O sea la misma edad en que normalmente se casaban las doncellas aztecas, a los 16 años, aunque Sahagún registra que también era normal en las doncellas casarse aún más jóvenes. La alucinación del supuesto Juan Diego, por lo tanto, probablemente reflejó la condensación de varios recuerdos asociados a su esposa el día en que ambos se casaron, y la alucinación de la Virgen fue en sí la imagen idealizada de su esposa.

Además de las referencias anteriores, aquí resulta necesario analizar también la primera aparición -fueron cuatro apariciones- de la Virgen a Juan Diego. Ya que la descripción del evento es, de principio a fin, una calenturienta alucinación producida por hongos alucinógenos. La narración, textualmente, dice así:

“Era sábado, muy de mañana, y venía en pos del culto divino y de sus mandados. Al llegar al cerrillo llamado Tepeyácac, amanecía; y oyó cantar arriba del cerrillo; semejaba canto de varios pájaros preciosos; callaban a ratos las voces de los cantores; y parecía que el monte les respondía (¿Cómo podría el monte responder al canto de unos pájaros? muy fácil, bajo el efecto del hongo los montes, árboles, ríos o piedras, adquieren personalidad humana. De tal manera que entonces pueden hablar, cantar, respirar, etc. Y, debido a ello, es que los indios les atribuyen también ser morada de ciertos espíritus, los cuales ellos denominan como “duendes”). *Su canto, muy suave y deleitoso, sobrepujaba al del coyoltotl y del tzinizcan y otros pájaros que cantan* (Bajo los efectos psicoactivos del hongo, los sentidos tienden a amplificarse; y, por esta causa, a Juan Diego le pareció escuchar un canto de pájaros que superaba cualquier otro que él hubiese escuchado con anterioridad). *Se paró Juan Diego a ver y dijo para sí: ¿Por ventura soy digno de lo que oigo? ¿Quizás sueño?* (No, no soñaba, pero sí alucinaba) *¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo?* (Aquí, en este punto, Juan Diego ya había perdido el sentido de la realidad, pues se encontraba por completo en otra dimensión... ¡en el mundo del hongo!). *¿Acaso allá donde dejaron dicho los antiguos nuestros antepasados, nuestros abuelos, en la tierra de las flores, en la tierra del maíz, de nuestra carne, de nuestro sustento; acaso en la tierra celestial?* (El hecho de haber escuchado un hermoso canto de pájaros, nunca hubiese podido provocar por sí solo el estado de confusión extrema en que se encontraba el indio, esto al grado de sentirse en la “tierra celestial”. Pues Juan Diego dudaba de lo que escuchaba, no sabía si soñaba, y no sabía donde estaba. Además, aquí también vemos que la tierra celestial para Juan Diego -un lugar que como buen mexica él describe como un lugar con flores, maíz y carne- no se parece en nada a la “tierra celestial” o cielo católico romano. Lo cual nos muestra que, no obstante al principio de la narración se nos dice que Juan Diego se dirigía al “culto divino”, vemos que en realidad el seguía inmerso en las antiguas creencias religiosas de sus antepasados. Creencias que, como ya demostramos, incluían la ingestión del hongo sagrado). *Hacia allá estaba viendo, arriba del cerrillo, del lado de donde nace el sol* (Aquí los mismos investigadores católicos afirman que esto fue antes de esclarecer la aurora, de manera que Juan Diego en realidad estaba contemplando el amanecer bajo los efectos del hongo), *de donde procedía el precioso canto celestial. Y cuando cesó de pronto el canto, cuando dejó de oírse, entonces oyó que lo llamaban, de arriba del cerrillo, le decían: Juanito, Juan Dieguito* (Aquí el indio se encontraba ya en la segunda etapa de intoxicación por hongos, “cuando el sujeto empieza a escuchar voces extrañas ordenándole que haga cosas raras; y, aunque el mundo físico que lo rodea permanezca todavía reconocible, no obstante espíritus pueden aparecerse y aun conversar con quien ingirió los hongos”, Furst, op.cit., p.58). *Luego se atrevió a ir donde lo llamaban; ninguna turbación pasaba en su corazón ni ninguna cosa lo alteraba* (Los ingredientes psicoactivos del hongo cambian el comportamiento normal del individuo y tienden a hacerlo más osado, provocando que haga cosas que normalmente no haría, Ibid., p. 64), *antes bien se sentía alegre y contento por todo extremo* (El característico estado de euforia completa producido por el hongo y que inunda todo el ser, frecuentemente provocando también arranques de risa, Ibid., p.57);

fue a subir al cerrillo para ir a ver de dónde lo llamaban. Y cuando llegó a la cumbre del cerrillo, cuando lo vio una doncella que allí estaba de pie, lo llamó para que fuera cerca de ella. Y cuando llegó frente a Ella mucho admiró en qué manera sobre toda ponderación aventajaba su perfecta grandeza; su vestido relucía como el sol, como que reverberaba (No olvidemos que aquí Juan Diego en realidad estaba contemplando un amanecer, y por ello le parecía a él que el vestido de la figura relucía “como el sol”), *y la piedra, el risco en el que estaba de pie, como que lanzaba rayos* (Los rayos que lanzaba el sol al amanecer, los atribuye aquí el alucinado de Juan Diego a la piedra detrás de la cual veía que estaba saliendo el sol); *el resplandor de Ella como piedras preciosas, como ajorca parecía* (Ajorca es una especie de brazaletes o argolla de oro o piedras preciosas que antiguamente usaban las indias en los tobillos o en las muñecas de los brazos. Juan Diego compara el esplendor de la Virgen con el destello de “piedras preciosas” porque en el estado de alucinación en el que él ya se encontraba, es típico ver los objetos con colores vivos, brillantes, y con resplandores); *la tierra como que relumbraba con los colores del arco iris en la niebla* (El indio continúa alucinando con relumbres, resplandores, y ahora también con los colores del arco iris; pero aquí es la simple tierra a quien él la ve así, como si la estuviera viendo a través de un calidoscopio, algo que definitivamente sólo puede ser provocado por una fuerte ingestión de hongos alucinógenos). *Y los mezquites y nopales y las demás hierbecillas que allí se suelen dar* (¡y hongos también!), *parecían como esmeraldas. Como turquesas aparecía su follaje, y su tronco, sus espinas, sus aguates, relucían como el oro* (Aquí vemos que todo, absolutamente todo el mundo físico que rodea a Juan Diego, ha sido transformado por el efecto del hongo, de tal manera que ya no puede ver nada sin alucinarlo).

Note el lector que esta narración, independientemente de quien haya sido su autor, se delata fácilmente desde su inicio como una alucinación producida por hongos. Ya que mantiene, de principio a fin, el característico orden de intoxicación progresiva que se observa en toda alucinación producida por hongos alucinógenos. Pues vemos que, primeramente, el sentido auditivo de Juan Diego es amplificado de tal manera que escucha el canto común de los pájaros como algo extraordinario, y también que “*el monte les respondía*”. Después, cuando él se pregunta a sí mismo... “¿Quizás sueño? ¿Dónde estoy? ¿Dónde me veo?”, denota que la intoxicación va en aumento, pues incluso llega a creer que quizá ya se encuentra en la “*tierra celestial*”. Posteriormente, también empieza a escuchar voces que lo mandan llamar. Para finalmente terminar viendo todo lo que lo rodea a través del hongo, es decir, completamente alucinado.

Los hongos alucinógenos, por otro lado, no se pueden mencionar sin hacer alusión también a aquellos “seres” que siempre han estado relacionados íntimamente con el hongo mismo...¡los duendes! Y, los duendes, están involucrados también con la imagen de la Guadalupe del Tepeyac, lo cual veremos más adelante. No obstante, veamos a continuación algo acerca de los duendes y su relación con el hongo.



Los duendes y su asociación con los hongos forman parte de la mitología y el folklore de muchas culturas, como vemos aquí con Alicia en el País de las Maravillas (izq.). Y, aunque los diversos hongos que causan alucinaciones -género *psilocybe*- existen en los cinco continentes del mundo, México supera a cualquier región del mundo con sus 35 variedades (The Encyclopedia of Psychoactive Drugs, Mushrooms, Peter T. Furst, 1992, p. 98).



Los hongos alucinógenos, algunos de los cuales se muestran en la ilustración de la izquierda, tienen distintas formas y clasifican en distintos géneros. Muchos de la variedad alucinógena, no obstante, pertenecen al género *Psylocybe*. Note el lector que la variedad *Panaeolus sphinctrinus* y *Psylocybe mixaeensis*, son los que se encuentran representados arriba en el dibujo de Alicia en el País de las Maravillas. El gusano, por su parte, aparece sentado sobre un *mixaeensis* y, abajo a su izquierda, aparecen dos pequeños *sphinctrinus*.



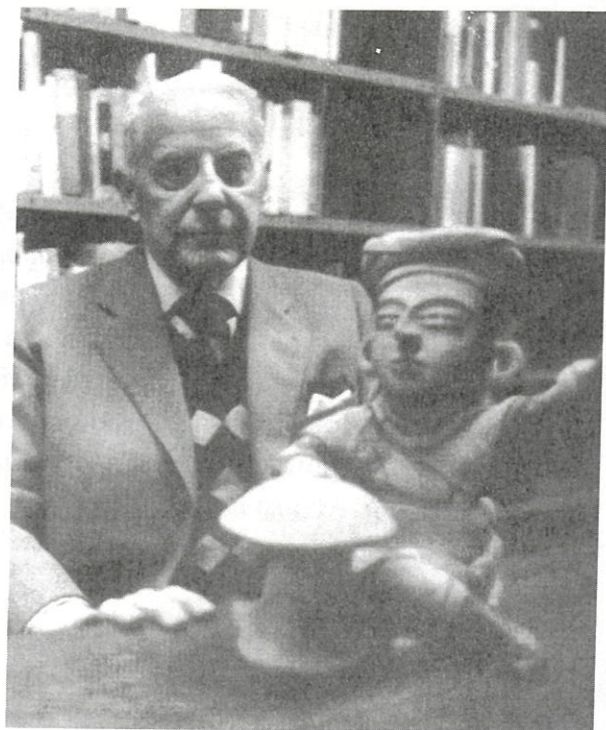
Esculturas mexicanas precolombinas que representan el espíritu del hongo en forma de pigmeo o “duende”. La figura de la izquierda data de 100 a.C.; la figura del centro, con un cinto de hongos, 400 d.C.; y la que aparece a la derecha, data de 100 d.C.



Una figura de barro de Colima, México. Es también un duende, aunque en este caso relacionado al peyote y no al hongo, en cada mano sostiene una cabeza de peyote.



María Sabina, la famosa india mazateca de Huautla de Jiménez, Oaxaca. Una sacerdotisa o *shamán* del hongo que, al comerlo, lo utilizaba con fines religiosos y de sanidad. Aquí la vemos durante una “vigilia” o ritual sagrado del hongo. En la fotografía de arriba la vemos invocando a quienes ella llamaba *los pequeños niños, santitos, o duendes*, con los cuales se comunicaba por medio del hongo. En la fotografía de abajo la vemos dando la bendición final.



El primer extranjero en participar en un ritual del hongo (año 1953) con María Sabina, fue el investigador R. Gordon Wasson. Conocido especialista y pionero en la materia, lo vemos aquí con una escultura precolombina de Veracruz, la cual representa una sacerdotisa tocando un tambor con forma del hongo sagrado. Después de 1953, Wasson comió hongos experimentalmente y dentro del contexto religioso de otros grupos de indios, como los náhuatl, mixtecos, y zapotecos.



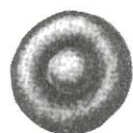
Muchachas indias de las montañas de Oaxaca, muestran manojos de hongos frescos recién obtenidos del género *psilocybe*. Los indios mazatecas, que en un tiempo formaron parte del imperio azteca, ahora invocan en sus ritos del hongo a sus antiguos dioses juntamente con los dioses católicos romanos. E incluso han identificado a su hongo sagrado con Cristo, y creen que los hongos salieron de su sangre (Furst, op.cit., p. 92).



Según María Sabina, el hongo habla a través de la boca del sabio o *shamán*, el cual es solamente un vehículo para la voz del hongo. Los hongos, a su vez, son visualizados como pequeños seres o duendes, y del mismo tamaño que los hongos (*La Vida de María Sabina*, Alvaro Estrada, 1977).



En 1957 Albert Hoffman, un científico sueco que fue el primero en identificar y aislar el elemento alucinógeno del hongo, llamándolo *hallucinogen psylocybin*, consumió él mismo 2.4 gramos de hongo seco de *psilocybe mexicana*; esto bajo supervisión médica en un experimento controlado científicamente. Curiosamente, cuando Hoffman empezó a tener visiones, el médico que lo asistía tomándole regularmente el pulso, “*se transformó de repente en un sacerdote azteca*”. Y, aunque Hoffman estaba consciente que quizá esto se debió a que él tenía conocimiento del origen del hongo, no obstante no pudo rechazar las imágenes del sacerdote azteca durante la alucinación (Furst, op.cit., p. 96).



MUSHROOM CAP



MORNING GLORY TENDRIL



TOBACCO FLOWER



MORNING GLORY FLOWER



SINICUICHE BUD

PSILOCYBE CAP



Esta estatua, de principios del siglo XVI, corresponde al dios azteca *Xochipilli*, el Príncipe de las Flores, y fue descubierta en la falda del volcán Popocatepetl. La estatua, así como también su pedestal, se encuentran adornados con representaciones estilizadas de varias plantas alucinógenas -con excepción de la flor de tabaco- las cuales aparecen a la derecha con sus nombres en inglés.

IMAGEN DE LA VIRGEN MARIA MADRE DE DIOS DE GVADALVPE, MILAGROSAMENTE APARECIDA EN LA CIUDAD DE MEXICO.

CELEBRADA

En su Historia, con la Profecia del capitulo doze del
Apocalipsis. A devocion del Bachiller Miguel
Sanchez Presbitero.

DEDICADA.

AL SEÑOR DOCTOR DON PEDRO DE BARRIENTOS
Zomeira, del Consejo de su Magestad, Tesorero de la Santa Yglesia Metro-
politana de Mexico. Gobernador, Promisor, y Visario de todos los Con-
ventos de Religiosas de esta Ciudad, Consultor del Santo Officio de la
Inquisicion Comissario Apostolico de la Santa Cruzada en todos
los Reynos, y Provincias de esta Nueva España,
Oc.

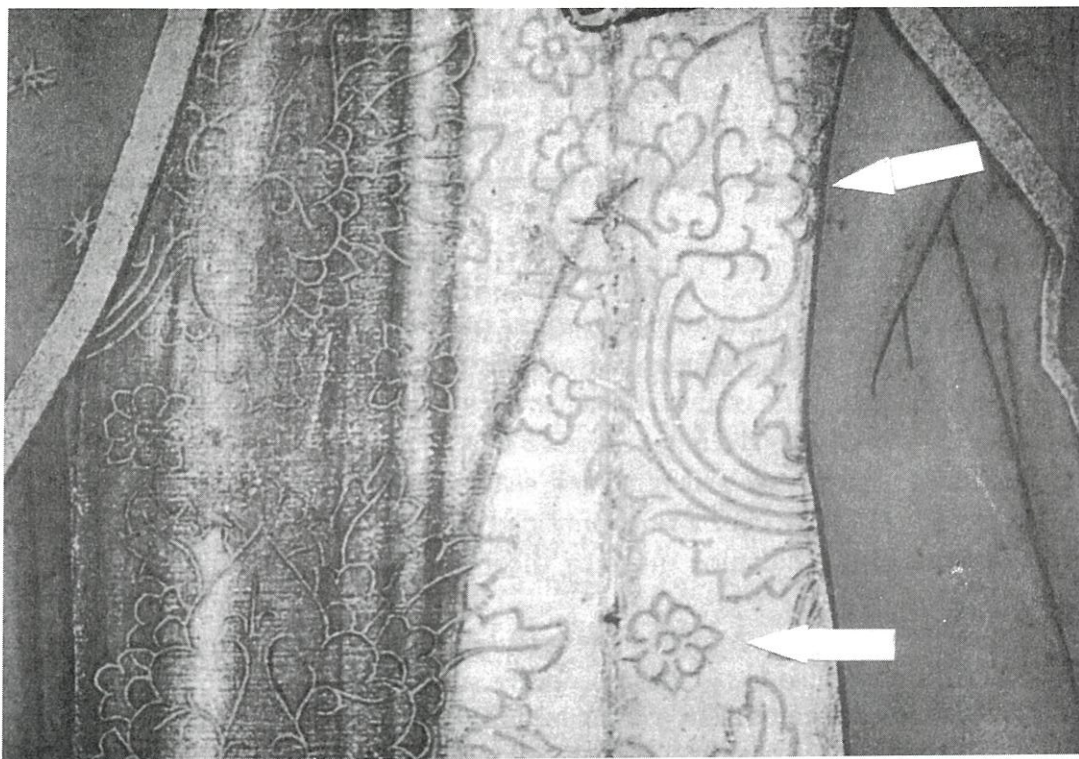


Año de

1648.

CON LICENCIA Y PRIVILEGIO,
En Mexico. En la Imprenta de la Viuda de Bernardo Calderon.
Vendese en la tienda de la calle de San Agustín.
Portada del libro Imagen de la Virgen, del
Br. Miguel Sánchez impreso por la Vda.
de Bernardo Calderón, México, 1648.

Curiosamente, en lo que puede llamarse la primera versión oficial de la mariofanía del Tepeyac, escrita por el bachiller Miguel Sánchez en 1648 -pues antes de él nadie destacó formalmente una aparición de la imagen del Tepeyac- vemos que en la portada de su obra aparecen unas figuras a los pies de la Virgen que bien podrían pasar por hongos. Los cuales hongos también, dan la impresión que estan siendo adorados por los ángeles que se encuentran a ambos lados de la Virgen. Ya que se alcanza a percibir fácilmente que la atención y mirada de los ángeles, está dirigida a los hongos y no a la Virgen.

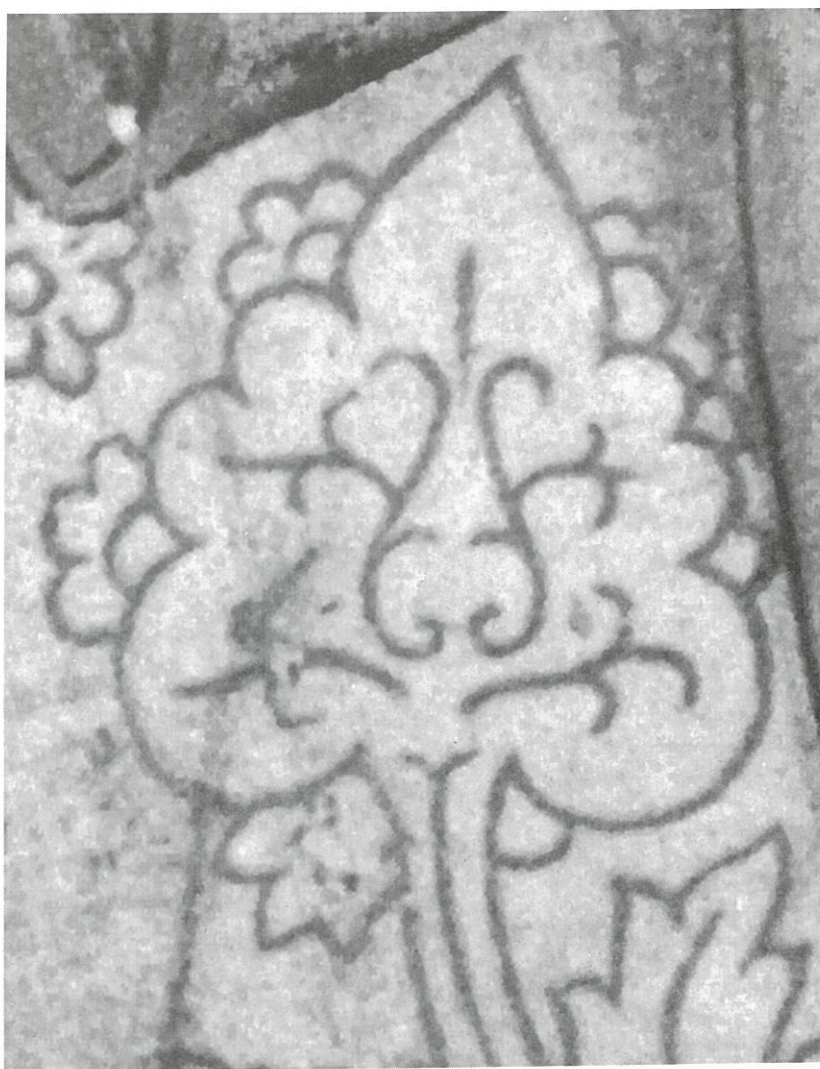


La relación existente entre el hongo alucinógeno y la Guadalupe, también se hace patente en esta fotografía de su manto -tomada 30 cm. de distancia- donde se puede apreciar cómo el mismo manto de la Guadalupe, delata el origen alucinógeno de la visión de Juan Diego. Pues claramente se puede observar que las supuestas flores dibujadas sobre el manto, no son sino disfrazados rostros de duendes saliendo del tallo de una planta. Note el lector, donde señala la flecha superior, el característico rostro burlón y travieso de un duende. Además, el diseño de las otras flores aquí representadas, donde señala la flecha inferior, guarda mucha similitud con la flor de la “*morning glory*” que aparece en la página 198, cuyo nombre científico es *turbina corymbosa*. Y, entre los aztecas, las semillas de esta planta -conocida por ellos como *ololiuqui*- eran utilizadas precisamente para producir alucinaciones (Furst, op.cit., p. 86).

Por otro lado, también existe la referencia muy importante que en el pasado, de acuerdo al *Codex Vienna* -uno de los pocos manuscritos pictóricos precolombinos que escapó de ser destruido por los frailes españoles- se identificaba a los hongos sagrados con deidades femeninas de la tierra. Por lo tanto, no es nada difícil que el supuesto Juan Diego, si no alucinó a su esposa muerta, muy bien pudo haber alucinado entonces a una deidad del panteón azteca, o quizá fue una combinación de ambas. La *Enciclopedia de México* (José Rogelio Alvarez, 1978, tomo VI, p. 9), por ejemplo, nos dice: “Anteriormente a la Conquista existía en el cerro del Tepeyac un templo dedicado a Tonantzin (la madre de los dioses), y parece que la diosa se aparecía a los indígenas en figura de jovencita, con su túnica blanca ceñida, aunque siempre a uno solo, y le revelaba cosas secretas” (*Monarquía Indiana*, fray Juan de Torquemada). Tales apariciones de Tonantzin, evidentemente, eran producidas por los mismos hongos alucinógenos que los indígenas solían consumir; y de allí que ellos los identificasen con deidades femeninas de la tierra, en este caso con Tonantzin, la cual definitivamente era una deidad de la tierra (ver página 34). No obstante, si los indios alucinaban a Tonantzin, y esto aparentemente con cierta regularidad según se percibe en lo dicho por Torquemada, entonces... ¿Por qué el indio Juan Diego no habría de alucinar también a Guadalupe? Sobre todo cuando caemos en cuenta que la “aparición” de la Virgen se efectuó exactamente en el mismo lugar en que solía aparecerse Tonantzin a los antepasados de Juan Diego, en el cerro del Tepeyac; y que también, tanto Tonantzin como Guadalupe, son representadas físicamente como jóvenes adolescentes de entre 14 y 16 años de edad.



En esta imagen de la Guadalupe del Tepeyac, se pueden apreciar en su manto -donde señalan las flechas- un total de siete rostros de duendes. Note el lector que cada planta cuenta con su respectivo tallo, hojas y flores, haciéndola así una planta completa. Por lo tanto, los rostros de los duendes que pretenden disfrazarse como flores, no deben confundirse o considerarse como si fuesen también flores de la misma planta. Ya que la planta no puede tener dos flores distintas, y mucho menos tan desproporcionadas en tamaño una de la otra. En cambio, si aceptamos que los diseños son en realidad rostros de duendes, entonces todo concuerda. Pues el simbolismo aquí sería que los indios, de una manera encubierta, nos están diciendo que la “aparición” de la Guadalupe fue posible gracias a la ingestión de su hongo sagrado. El cual los abría a ellos al mundo espiritual, donde veían y conversaban con duendes o espíritus y también con deidades femeninas como Tonantzin.



Rostro amplificado de uno de los siete rostros de duendes con nariz de puerco que se encuentran visibles en el manto de la Guadalupe.

Este rostro amplificado, perteneciente a uno de los siete rostros de duendes que se encuentran intencionalmente escondidos o disfrazados como flores en el manto de la Guadalupe, representa, sin duda, una gran ironía cargada de profunda tristeza. Pues por medio de su sonrisa burlona, sabiendo que su presencia ha resultado imperceptible para el ojo humano durante siglos, este duende ejerce así la única venganza disponible para él. Ya que de alguna manera, logró que lo pintaran en el manto de la Guadalupe. Y así, cada vez que alguno de los millones de católicos romanos adoran y se postran ante la Guadalupe, en realidad también lo están adorando a él.

Vemos pues cómo lo duendes, aquellos espíritus que antaño propiciaban el culto al hongo sagrado entre los indios, jugaron así su último “truco” a los clérigos españoles al transferirse inadvertidamente al manto de su amada Madona. Y, si el obispo español Zumárraga pudiese ver hoy el rostro burlón de este duende en el manto de la Guadalupe, seguramente se volvería a morir de la impresión. Pues él fue el principal responsable en aplicar la maquinaria de la “Santa” Inquisición para erradicar el culto al hongo sagrado entre los indios, esto como primer Obispo e Inquisidor Apostólico de la Nueva España (*Proceso contra indios idólatras y hechiceros*, Publicaciones del Archivo General de la Nación, tomo III, México 1912).



Explicación de la figura.

Esta figura de la Virgen (madera pintada, Francia, siglo XV), contiene un terrible secreto herético que delata la verdadera posición de la María católica romana dentro de su "Iglesia". Ya que una vez quitada la aldaba que nos señala la flecha, la figura se abre -ver portada- para mostrarnos de una manera por demás evidente el misterio blasfemo que encierra el ídolo. Y es que María, considerada en un principio únicamente como la madre de Jesús, ha experimentado a través de los siglos -gracias a los clérigos católicos romanos- un largo *proceso de deificación progresivo* que la ha llevado incluso al extremo de... ¡tragarse a toda la Trinidad! Como podemos constatarlo aquí con esta figura de la Virgen, cuyo contenido nos muestra a un señor con barba que representa a Dios Padre; en la cruz está Jesús crucificado; y, en la punta de la cruz, una paloma que no se alcanza a percibir y que representa al Espíritu Santo. En ambos lados, en las dos alas de la figura, se encuentran representados también -en actitud de adoración- reyes y reinas, un Papa con su tiara (izq.), y un obispo con su mitra (der.).

La labor de investigación contenida en este libro, acerca del vasto tema de la Virgen católica romana, que para su mejor comprensión se presenta con innumerables fotografías, ayudará al lector a descifrar el gran enigma que hoy en día representa el culto idolátrico de la "Gran Diosa". Ya que en esta obra -única en su género- el lector encontrará también respuesta a ciertas interrogantes, tales como: ¿Cuándo, cómo y por qué se originó el culto de la Virgen María? ¿Por qué las raíces del culto se remontan incluso hasta la prehistoria? ¿Cuándo, cómo y por qué se sincretizaron en María las virtudes y funciones de diversas diosas paganas de la antigüedad? ¿Por qué durante los primeros 400 años d.C. no hay vestigios del culto? ¿Cuál es la historia oculta detrás de los dogmas de la Virgen? ¿Cuál es el próximo dogma mariano que se avecina? En fin, muchas preguntas que si se ignora su respuesta, resulta entonces imposible descifrar... ¡El enigma de la Virgen!